

MENSAJES PRESIDENCIALES
1958-1962

3

ARTURO FRONDIZI

MENSAJES PRESIDENCIALES
1958-1962

3

Fundación
Centro de Estudios Presidente Arturo
Frondizi

Índice

Lo que no ha sido logrado y debemos alcanzar 18 de mayo de 1961	11
Saludo al pueblo de Bolivia 23 de mayo de 1961	15
Líneas y objetivos comunes 24 de mayo de 1961	17
La ciudad de La Paz como símbolo 25 de mayo de 1961	25
El sentido social de la libertad y el desarrollo económico 25 de mayo de 1961	27
Las instituciones militares 26 de mayo de 1961	33
La tradición cultural 27 de mayo de 1961	37
La batalla del transporte 5 de junio de 1961	39
La contribución del pueblo argentino a la causa de la libertad 16 de junio de 1961	49
La construcción de caminos 1º de julio de 1961	57
El hemisferio sur de la política internacional 18 de julio de 1961	61
Mensaje a los compatriotas de las regiones australes 10 de agosto de 1961	65
Imperio del derecho y desarrollo 18 de agosto de 1961	67
La Argentina ante los problemas mundiales 21 de agosto de 1961	77

La creación del Consejo Nacional de Desarrollo 8 de setiembre de 1961	93
La joven generación argentina 19 de setiembre de 1961	99
Paz, libertad y justicia para el mundo 27 de setiembre de 1961	101
La libertad, los ideales de Occidente y el desarrollo económico-social 9 de octubre de 1961	113
Paz, justicia y libertad 12 de octubre de 1961	133
El problema ferroviario y la huelga general 5 de noviembre de 1961	135
Todo a través de la ley, nada por el camino de la violencia 10 de noviembre de 1961	143
Desarrollo patagónico y grandeza nacional 25 de noviembre de 1961	153
Proyección argentina hacia el mundo 26 de noviembre de 1961	157
La Argentina y el Canadá 27 de noviembre de 1961	163
Las nacionalidades independientes 28 de noviembre de 1961	165
La solidaridad continental 30 de noviembre de 1961	173
La epopeya nacional de la India 4 de diciembre de 1961	177
La paz, el desarme y el desarrollo 4 de diciembre de 1961	179
La autodeterminación de los pueblos 5 de diciembre de 1961	189
Los nuevos mercados 6 de diciembre de 1961	191
Acercamiento indo-argentino 6 de diciembre de 1961	195
Saludo desde Nueva Delhi 7 de diciembre de 1961	197
Saludo al llegar a Calcuta 7 de diciembre de 1961	199

Aumento del intercambio cultural y comercial	
7 de diciembre de 1961	201
La superación de los males del subdesarrollo	
8 de diciembre de 1961	203
El saber y el mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad	
9 de diciembre de 1961	207
Brindis	
9 diciembre de 1961	209
Las relaciones comerciales	
10 de diciembre de 1961	211
La nueva frontera de la patria	
13 de diciembre de 1961	215
Saludo al pueblo del Japón	
14 de diciembre de 1961	217
Los fundamentos del desarrollo	
14 de diciembre de 1961	219
La tradición y los cambios históricos	
14 de diciembre de 1961	225
La Argentina y las inversiones externas	
15 de diciembre de 1961	227
La ley sobre la fuerza	
15 de diciembre de 1961	231
Economía y democracia	
15 de diciembre de 1961	233
Saludo desde el acorazado <i>Mikasa</i>	
16 de diciembre de 1961	235
El progreso material al servicio de la vida y de la paz	
19 de diciembre de 1961	237
La libertad espiritual y las grandes realizaciones nacionales	
20 de diciembre de 1961	239
Mensaje de Año Nuevo	
31 de diciembre de 1961	245
Presencia de la Argentina en el mundo y las perspectivas de desarrollo nacional	
2 de enero de 1962	247
El interior y la unidad nacional	
12 de enero de 1962	261
El Gobierno subordina su política al desarrollo y al saneamiento financiero	
17 de enero de 1962	267

Transformación de la geografía nacional	
19 de enero de 1962.....	283
La política exterior independiente	
3 de febrero de 1962.....	287
Las obras del desarrollo y la soberanía	
10 de febrero de 1962.....	297
Política y petróleo	
15 de febrero de 1962.....	303
El sentido de la unidad nacional en la lucha contra el subdesarrollo del interior	
16 de febrero de 1962.....	311
Los valores espirituales y el desarrollo económico	
17 de febrero de 1962.....	317
Un campo próspero y una industria poderosa, pilares de una nación soberana	
18 de febrero de 1962.....	329
La llamada crisis moral: un recurso que tiene su historia	
22 de febrero de 1962.....	335
La experiencia de cuatro años de gobierno	
23 de febrero de 1962.....	347
Por encima de los partidos políticos está la unidad en los objetivos nacionales	
24 de febrero de 1962.....	349
La creación de la Bandera Nacional	
27 de febrero de 1962.....	355
Integración territorial y cultura nacional	
1º de marzo de 1962.....	357
Los dos planes de gobierno y de acción política	
1º de marzo de 1962.....	359
Los dos extremismos: peronista y antiperonista	
8 de marzo de 1962.....	369
El avance de la Patagonia es el fundamento de la Argentina potencia mundial	
10 de marzo de 1962.....	381
El plan nacional de energía	
14 de marzo de 1962.....	387

Lo que no ha sido logrado y debemos alcanzar

Declaración después de la reunión de gabinete, el 18 de mayo de 1961

El gabinete del Poder Ejecutivo de la Nación acaba de realizar su primera sesión plenaria desde que fuera reorganizado. Al término de las deliberaciones juzgo necesario dirigirme al pueblo de la Nación para referirme a las principales medidas que hemos adoptado, a sus fundamentos y a la inquebrantable decisión que nos anima de llevarlas adelante hasta sus últimas consecuencias.

El pueblo argentino ha realizado un extraordinario esfuerzo para reconstruir su economía y las finanzas de la Nación. Quiero señalar que este esfuerzo es motivo de justificado orgullo y que podemos estar satisfechos de algunos de los resultados alcanzados. Anoto, entre ellos, la estabilidad de nuestra moneda y la recuperación del crédito externo. Estamos absolutamente resueltos a no apartarnos del camino iniciado y a insistir inflexiblemente en las medidas de estabilización y saneamiento.

Con la misma franqueza con que ya lo hiciera en el mensaje al Congreso y al pueblo en ocasión de inaugurar el período de sesiones de ambas Cámaras, debo señalar que hasta ahora no se ha logrado equilibrar el presupuesto de la Nación y que el déficit que soportamos determina que toda estabilización resulte precaria y que los esfuerzos que la Nación en su conjunto ha cumplido y cumple para llevar adelante los planes de desarrollo se vean minados por este mismo fenómeno del déficit presupuestario.

Nos disponemos ahora a liquidar este déficit atacándolo en sus causas.

El pueblo de la Nación conocerá las medidas inmediatas y mediatas que hemos dispuesto, a través de los decretos y resoluciones

respectivos. Juzgo, sin embargo, que es necesario anticipar ya los grandes lineamientos de estas medidas. La magnitud de la obra que emprendemos, el hondo y trascendente significado que debe tener en la economía general de la Nación y la repercusión social que ella necesariamente implica hacen imprescindible esta comunicación directa entre el mandatario y sus mandantes.

El mayor volumen del déficit fiscal se origina en las empresas estatales de servicios públicos y dentro de ellas son los transportes los que representan su casi totalidad.

No obstante gravitar de tal manera sobre la economía toda del país, el servicio que se presta no solo es malo, sino indigno de un país que ha alcanzado el grado de cultura del nuestro. En consecuencia, procederemos a la reestructuración general de los servicios, para lograr con su autofinanciación la mejora necesaria hasta alcanzar niveles decorosos. Al mismo tiempo, se procederá con energía y celeridad a reorganizar los distintos sectores de la administración pública.

- 1) Las empresas estatales de servicios públicos no serán privatizadas. No venderemos los ferrocarriles ni las líneas aéreas, ni los teléfonos, comunicaciones, Agua y Energía, YPF y otros servicios esenciales. Pero se procederá a privatizar, en cambio, todos los servicios cuya atención en manos del Estado no se justifique por valederas razones de custodia de nuestra soberanía. Entregaremos igualmente a la actividad privada todas las obras y servicios accesorios, como talleres, restaurantes, líneas de comercialización y expendio de productos, perforación de pozos, construcción de polductos, etc. El Estado no financiará las inversiones que pueda hacer la industria privada por orden y bajo control de esas empresas estatales.
- 2) Las empresas estatales se organizarán con toda la autonomía y flexibilidad propia de las empresas comerciales privadas, de modo que su explotación no arroje déficit que deba ser financiado por el fisco. Sus administradores tendrán toda la autoridad necesaria para que, al mismo tiempo, resulten responsables del resultado económico de las explotaciones.

- 3) Actuaremos drásticamente para mejorar el servicio ferroviario y suprimir el enorme déficit del orden de los 23.000 millones de pesos, susceptible de elevarse a más de 33.000 millones si prosperaran las mejoras reclamadas por el personal. Para valorar esta cifra, conviene recordar que el presupuesto total de la Nación alcanza a 120.000 millones de pesos.
Esta reorganización se hará en la más estrecha colaboración con el personal ferroviario, procurando hasta la última instancia que no haya una sola cesantía que no tenga su correlativa vacante inmediata en otro sector de la actividad.
Al adoptar estas medidas, se logrará que el servicio ferroviario resulte económico, con lo que el Estado podrá obtener los créditos necesarios para mejorar los servicios incorporando todos los adelantos técnicos que permitan que ellos sean prestados con eficiencia y comodidad para los usuarios. El Estado, en cambio, no podría contratar deudas para enjugar déficits.
- 4) Con igual criterio se actuará en el resto de las empresas estatales y se procederá a enajenar inmuebles y otros bienes del Estado que no cumplan una función útil o cuya venta produzca recursos que puedan ser mejor invertidos.
- 5) La reorganización de la administración pública se llevará a cabo seleccionando a los más capacitados para que continúen en ella con una remuneración más justa.
El personal que resulte eliminado se mantendrá en el presupuesto con su sueldo congelado hasta que sea solicitado para otra actividad. Solo en su última instancia se procederá a su separación, en cuyo caso será debidamente indemnizado.

Estas medidas concretas que enuncio serán respaldadas por una política financiera general tendiente a sanear definitivamente la moneda. De este modo, podemos afirmar rotundamente que no habrá devaluación y que el salario será defendido en su actual capacidad adquisitiva.

Todo este proceso ha de cumplirse con absoluta celeridad. Y así como afirmamos que hemos de proceder sin vacilaciones para llevar-

lo a cabo con buen éxito, extremaremos todos los recaudos para que la profunda transformación que ello implica se cumpla en condiciones tales que sean respetados los intereses y derechos de todos los sectores. Quienes deban abandonar sus funciones, y que no representan sino menos del uno por ciento de la población total, tendrán amplia oportunidad de nuevas ocupaciones y en ningún caso quedarán sin empleo o sin ser debidamente indemnizados. Esto asegura a los trabajadores en su conjunto que no habrá causa real de inquietud social, ya que no se incorporará al país una masa de desocupados que pudiera gravitar sobre el trabajo y las remuneraciones de los demás.

Esta ancha perspectiva debe imponerse sobre la estrecha consideración de sectores particulares y sobre supuestas conveniencias inmediatas. Estamos definitiva e irrevocablemente resueltos a que el interés general de la Nación prive sobre el interés de grupos. Estamos cambiando viejas estructuras y desafiando rutinarios intereses para asegurar trabajo, salarios dignos y una vida espiritual plena a veinte millones de argentinos. Lo haremos sin ignorar los riesgos y las dificultades. Nos alienta una fe inmovible en el patriotismo y el buen sentido de nuestro pueblo.

Saludo al pueblo de Bolivia

*Discurso pronunciado en el aeropuerto de El Alto, La Paz,
al llegar a Bolivia, el 23 de mayo de 1961*

Llego a esta tierra de Bolivia con honda emoción americana. Como presidente de los argentinos, quiero interpretar los sentimientos de mi pueblo, afirmando que nuestra raíz histórica común, nuestra epopeya de liberación vivida al unísono, determinan asimismo un destino compartido. Ese destino no puede ser sino el de la plena realización nacional, en un mundo donde el progreso está dejando de ser un privilegio para convertirse en patrimonio de todo el género humano.

Cumplo con este viaje un deseo largamente postergado: el de ratificar, una vez más, la vigencia de una hermandad que, hundiendo sus raíces en la historia, se proyecta largamente hacia el futuro.

Líneas y objetivos comunes

Discurso pronunciado en el banquete en que recibió la condecoración de la Orden del Cóndor de los Andes, en el grado de Gran Collar, La Paz, Bolivia, el 24 de mayo de 1961

Profundamente conmovido agradezco el Gran Collar de la Orden del Cóndor de los Andes, que me habéis impuesto. Llegué a esta tierra con el objetivo concreto de ratificar, una vez más, la vigencia de los indestructibles lazos de amistad que unen a nuestras naciones y de reiterar que debemos cumplir nuestro destino común, si no queremos traicionar el rumbo que nos impusieron nuestros antepasados.

El cóndor de los Andes adquiere el valor de un símbolo para esta parte del continente que con tenacidad, imaginación y fuerza, debe enfrentar, para su plena realización, circunstancias adversas pero no indomeñables.

Así como la gesta emancipadora fue posible porque todos los pueblos de América se lanzaron a la lucha con metas indivisibles de libertad y soberanía, así también hoy, en esta encrucijada de América, debemos mancomunar nuestros esfuerzos para asegurar el logro de condiciones que nos permitan el ejercicio pleno y sin retaceos de nuestra soberanía.

El afecto que une a nuestros dos países tiene su fuente en la historia y la geografía, pero se nutre también de la identidad de ideales, de problemas y de intereses. La historia que habla el elocuente lenguaje de la raza y de la sangre, del credo y del idioma, nos encontró unidos en la epopeya de la emancipación americana. Resulta imposible al observar nuestro pasado hablar de héroes de uno o de otro país, porque todos son héroes comunes. Ese tiempo que veneramos como fuente de nuestras nacionalidades lo conquistaron nuestros

antepasados en nombre de los pueblos de la América hispana. Es así que cualquiera fuera el origen y el lugar de nacimiento, encontraban su propia patria en cada ciudad y en cada rincón de nuestras tierras y si Warnes y Belgrano lucharon en Bolivia, también Saavedra, hombre de estas regiones, fue el primer presidente de las Provincias del Río de la Plata.

La geografía que diseña su paisaje y que imprime un sello de majestuosa dimensión a vuestra patria, prolonga en el norte de mi país su estilo vertical y la bizarra elevación de sus montañas. Es así que al conocer vuestra tierra y evocar vuestro pasado histórico reencontramos los parajes donde se derramó antaño sangre criolla en aras de una libertad que consideramos común, de una independencia que entendimos indivisible y de una justicia que deseamos plasmar en todos los terrenos.

Aspiramos hoy a realizar como americanos esos bienes por los que lucharon las generaciones que nos precedieron y que constituyen el patrimonio espiritual del Nuevo Mundo. Reclamamos por ello el ejercicio efectivo de los derechos humanos, la justicia y la igualdad de todos los hombres y para todos los pueblos y afirmamos nuestra decisión de luchar decididamente contra la pobreza y la ignorancia que cubren inmensas zonas del continente.

Ello es así porque estamos persuadidos de que solo será posible preservar el ejercicio de la libertad en todas sus formas si creamos las condiciones económicas y sociales imprescindibles para que las garantías jurídicas de las personas y de sus bienes reposen sobre la seguridad y el bienestar.

A su vez, frente a los graves trastornos que trae aparejados el subdesarrollo económico y en la certeza de que estamos asistiendo a una crisis de carácter mundial, comprendemos que esta es una hora de prueba para los países latinoamericanos y de honda reflexión para sus gobiernos e inclusive para las fuerzas políticas de oposición.

La alternativa que ofrece el panorama continental es clara y elocuente, y debe llamar a la serena reflexión de todos.

Considero que los paliativos limitados son insuficientes para responder a las necesidades que plantea el subdesarrollo económico y

social, y que la única solución que existe nuestro alcance está representada por una firme aceleración del ritmo de crecimiento de nuestras economías, que solo puede lograrse mediante el establecimiento de las industrias básicas en nuestros países.

Altos niveles de vida de nuestros pueblos y ritmo de crecimiento económico adecuado al vertiginoso desarrollo de las expectativas sociales significarán estabilidad institucional, vigencia de la democracia y concordia americana.

Estancamiento económico, miseria e ignorancia son términos de enfrentamiento social, de tensiones internacionales y de conmoción continental.

A su vez, la prosperidad de cada pueblo será prenda de bienestar de los demás, como también la crisis que azote a alguno de ellos representa una amenaza inevitable y angustiosa para todos.

Estos juicios que os formulo con mi más absoluta convicción en el destino de los pueblos de América se inspira en el ferviente deseo de alcanzar nuestra definitiva emancipación material al margen de la opresión y de la violencia.

Es por la responsabilidad que asumo que contraigo la obligación de transmitir mi pensamiento con absoluta franqueza. Quiero decir además las razones que nos conducen a estrechar más aún los lazos que nos unen y deseo, en consecuencia, exponer las orientaciones fundamentales de mi gobierno sobre los problemas que afectan la realidad mundial.

El mundo contemporáneo nos ofrece el panorama internacional determinado por condiciones y circunstancias que no guardan semejanza con las que en el pasado definían la vida de los pueblos.

El vertiginoso desarrollo tecnológico que ha conducido a la victoria del tiempo sobre el espacio y a un ínfimo conocimiento de las experiencias históricas que realizan los pueblos ha provocado el acercamiento de las sociedades, la intensificación de las relaciones humanas y el desarrollo del intercambio de bienes y productos hasta un nivel jamás alcanzado.

Esto significa que ninguna región del orbe, ni ninguno de los sectores sociales de los pueblos es hoy ajeno a la historia y que el futuro

de la humanidad será el resultado de lo que los hombres hagan en todo el mundo.

Antaño la política internacional de un país podía considerarse determinada únicamente por su espacio geográfico inmediato y, en algunos casos, por la existencia de las relaciones unilaterales con los centros dinámicos del poder mundial. Era a su vez la conducta exterior de los estados un conjunto de reflejos condicionados por situaciones de presión o de violencia.

En nuestros días la esfera de acción de un país en el plano internacional está determinada por la totalidad de la realidad mundial y el carácter de las relaciones que se establecen no está circunscripto a los problemas de la paz y de la guerra, sino que alcanza niveles de cooperación económica, desarrollo cultural y colaboración científica y técnica.

Esta circunstancia que de manera tan precisa ha enriquecido el contenido de la acción internacional de los Estados, nos impone el deber de conjugar nuestros esfuerzos para acelerar este proceso de perfeccionamiento de la comunidad internacional y progreso en las relaciones entre los Estados. En ese sentido, la vigorosa empresa emprendida por las naciones de Europa para reconstruir sus economías a través de un programa orgánico y serio, luego de atravesar la grave situación de posguerra, representa un ejemplo para las naciones de América latina, que hemos decidido superar el estancamiento económico e incorporarnos a las grandes corrientes de la economía internacional.

Por otra parte, los nuevos programas de cooperación económica internacional que los países altamente industrializados de Occidente han encarado, constituyen también hallazgos que deben estimular nuestra iniciativa e inspirarnos métodos dinámicos para coordinar nuestra acción en el plano internacional.

No existen ya en nuestros países dudas acerca de cuáles son las grandes líneas y los objetivos comunes que debemos procurar. De lo que se trata, en consecuencia, es de consagrarnos con imaginación creadora a la tarea de forjar los instrumentos aptos para alcanzarlos,

empresa que solo será posible si empezamos por tener profunda fe en la capacidad de realización y en la voluntad de nuestros pueblos.

El sentido de nuestra transformación y de la expansión correlativa de nuestra estructura económica presupone la intensificación de nuestro comercio internacional. Al margen de la cooperación financiera que pueda promover un aumento sustancial de las inversiones públicas y privadas en los sectores básicos de nuestra economía, será la expansión de nuestro poder de compra internacional el factor decisivo de nuestro crecimiento. En ese sentido, puedo afirmar que, de no crearse las condiciones objetivas que conduzcan en el plano internacional a la promoción del intercambio comercial entre los países altamente industrializados de Occidente y las naciones de América latina, el aporte y los efectos favorables que puedan derivarse de la cooperación internacional serán neutralizados al mismo tiempo que la solidaridad política de Occidente sufrirá la gravitación desfavorable de dichos factores.

Los países latinoamericanos hemos sometido nuestro comercio exterior a un sistema multilateral basado en el principio competitivo y nadie puede ignorar el significado de este esfuerzo, más aún si se considera el carácter de nuestras economías y los métodos que en el pasado utilizaron muchos de los países que hoy gozan de un nivel económico elevado.

Esa posición nuestra nos autoriza, en consecuencia, a solicitar una política comercial basada en análogos principios.

No debe ocultarse la dramática significación que poseen en el plano político las decisiones económicas injustas y perjudiciales.

Advierto la grave circunstancia que puede derivarse de la existencia de líneas económicas divergentes entre los países industrializados y las naciones económicamente rezagadas de Occidente y, sin dejar de reconocer las dificultades que puedan presentarse para adecuar las orientaciones comerciales de manera eficiente, considero que las consecuencias que pueden devenir de los diversos sistemas que conspiran contra nuestro desarrollo económico serán mucho más graves que los reajustes inevitables que surjan de las medidas necesarias

para unificar el enfoque de los problemas emergentes del subdesarrollo económico.

La urgente necesidad de proceder a ensamblar en un conjunto armónico las líneas fundamentales de la política económica de los países de Occidente, constituye una exigencia de la hora presente, porque es en el ámbito de la competencia económica y social donde se produce el desafío más grave al sistema de vida de la democracia.

La paz ha dejado de ser ya un estado que tratan de alcanzar los pueblos para representar el ámbito inevitable de vida de la humanidad. El poder de destrucción que la técnica y la ciencia moderna han puesto a disposición del género humano hace sumamente improbable una conflagración mundial para decidir el enfrentamiento de los sistemas en pugna.

De allí que Occidente, y en especial los países que en razón de su poderío económico están a la vanguardia, deben comprender la realidad del problema en todos sus términos. No debe escapar a la inteligencia de los gobiernos el significado que revisten la técnica y el avance científico como instrumentos decisivos para alcanzar un desarrollo ilimitado, así como que el factor fundamental para alcanzarlo está representado por la industrialización y el progreso técnico de la estructura económica.

La industrialización supone abundancia de capitales y un régimen jurídico de respeto a estos sin aceptar imposiciones ni injerencias extrañas, pero también implica un tratamiento equitativo de las naciones subdesarrolladas en sus necesidades de expansión comercial. Presupone también la cooperación técnica y cultural para arribar a la formación del capital y de los conocimientos tecnológicos que todo país requiere para afrontar las demandas que el mismo desarrollo va generando en la medida en que constituye un incesante motor de nuevas expectativas y aspiraciones siempre renovadas.

Nuestro campo de combate en esta batalla por el progreso son los talleres, las fábricas, los laboratorios, las organizaciones agrícolas, las universidades, es decir, todos aquellos lugares donde la población se lanza apasionadamente a una lucha que le permitirá superar la

miseria, la ignorancia, la enfermedad, los bajos niveles de vida, en otras palabras, todo cuanto constituye nuestro atraso. Toda América se ha lanzado a esa lucha por el futuro, y si en el ámbito internacional asumimos la responsabilidad de identificarnos plenamente con nuestras más caras tradiciones occidentales y cristianas, también afirmamos con energía que constituimos una comunidad de países con características y fisonomía particulares, por lo que tenemos asimismo una perspectiva propia para la interpretación de los problemas que preocupan al mundo y, en particular, a nuestro continente.

La ciudad de La Paz como símbolo

*Discurso pronunciado en la Alcaldía Municipal de La Paz,
en momentos de ser declarado Huésped Ilustre de la ciudad,
La Paz, Bolivia, el 25 de mayo de 1961*

Señor alcalde de La Paz:

Con verdadera satisfacción he llegado a esta ciudad de tan antiguas tradiciones, en cuya belleza arquitectónica se expresa la rica y exuberante capacidad creadora de una civilización que marcó rumbos en América. Los hombres que han conocido alguna vez vuestra capital, la recuerdan como un vivo ejemplo de las más auténticas tradiciones, y como un símbolo de esa raza indígena que desarrolló altos niveles culturales y artísticos, cuando otras civilizaciones recién daban sus primeros pasos.

La civilización del Tiahuanaco constituye el punto de partida de un proceso cultural que prueba, en términos definitivos, la pujanza de las poblaciones que dejaron aquí las huellas imborrables de su jerarquía espiritual y material.

Es para mí un honor ser declarado Huésped de la ciudad de La Paz, por decisión de los herederos de aquella tradición espiritual que supo derrochar imaginación y talento en realizaciones que siguen concitando nuestra admiración y nuestro respeto. Acepto ese honor y lo agradezco con honda emoción.

El sentido social de la libertad y el desarrollo económico

*Discurso pronunciado en el banquete ofrecido en su honor,
en el momento de hacer entrega al Presidente de Bolivia de la condecoración
del Gran Collar de la Orden del Libertador general San Martín,
La Paz, Bolivia, el 25 de mayo de 1961*

Excelentísimo Señor Presidente; excelencias; señoras y señores:

Al imponeros la condecoración del Gran Collar de la Orden del Libertador General San Martín, he sentido que este acto, simbólico en su forma, adquiere un profundo y trascendente significado. Perteneceís, por derecho propio, a la escuela sanmartiniana, pues en vuestro espíritu radican las virtudes que rigieron la vida y la obra de aquel argentino ilustre que, al libertar a nuestros pueblos, les insuflaba el sentido ético de que estaba animado y promovía, al mismo tiempo, los recursos materiales que pudieran sostener esa libertad.

Nos encontramos aquí reunidos, en el día de la más solemne de las festividades de mi patria, jornada en la que, por múltiples razones, bolivianos y argentinos nos encontramos entrañablemente unidos. Aquella Primera Junta de nuestro gobierno proclamó, de hecho, la libertad de todos nuestros pueblos. Su presidente, el brigadier don Cornelio Saavedra, procedía del Alto Perú y esta circunstancia, aun accidental, podría ser tomada como un signo más del carácter americano de nuestra revolución. Aquel día, en la aldea grande y alborozada que era Buenos Aires, se recordó que un año antes, el 25 de mayo de 1809, la Audiencia de Charcas había proclamado en histórico documento la libertad de las colonias españolas de América. En Chuquisaca adquirió también Mariano Moreno el bagaje completo de su arsenal doctrinario, que se nutría, sobre todo, en las enseñanzas recibidas en vuestra universidad de Charcas. En su breve vida, Ma-

riano Moreno no olvidó nunca que había sido discípulo del canónigo Terrazas. Por otra parte, en estas tierras bolivianas pudo presenciar el padecimiento de los nativos en las minas, y este espectáculo sirvió como punto de partida y referencia para asignar a la libertad buscada un inequívoco sentido social.

En el Alto Perú derramaron su sangre los ejércitos de las Provincias Unidas, que luchaban por llevar hacia el norte la libertad, y la sangre boliviana se mezcló con la argentina en las victoriosas batallas libradas por el general San Martín en los países hermanos de Chile y Perú.

Nos une, pues, la historia, con lazos indestructibles, así como nos unen la procedencia hispana, la raíz indígena, la comunidad religiosa, la formación cultural y la circunstancia de integrar geografías de economías complementarias.

Sentimos vuestros problemas, los argentinos, como hombres de América. Seguimos con apasionado interés vuestros hechos y nos regocijamos con vuestros triunfos, así como nos afligen vuestras dificultades. Sabemos, en lo profundo de nuestro ser, que cuanto ocurre aquí tiene repercusión inmediata en nuestra propia patria. Esto, que ha sido siempre así, lo es más categóricamente ahora, cuando ya no existen fronteras ni distancias válidas en la comunicación espontánea de las ideas y de los hechos.

Vivimos un momento singular de nuestra historia americana. Veinte naciones, bajo el signo común del subdesarrollo, se han lanzado en forma simultánea y cada una en su estilo propio, a una brega por superar esa situación, mediante su propio esfuerzo y reclamando de los países más adelantados la parte que nos corresponde en ese avance de la ciencia y de la tecnología que todas han contribuido a realizar.

Nosotros, los argentinos, hemos elegido un camino: el camino de la legalidad. Nos conduce a él no solo nuestra tradición de país católico, occidental y americano, sino también las propias condiciones materiales en nos que encuentra esta coyuntura histórica. Deseamos para todas las naciones hermanas la vigencia de condiciones simila-

res, movidos por un sentimiento de solidaridad que es americano, y también por la certidumbre de que los estallidos de violencia, ocurran donde ocurran dentro de nuestro continente, se transforman de inmediato en un peligro cierto para el orden legal en todas partes. Creemos que el continente debe afirmar su unidad, sin fisuras, sin que nación alguna pueda sentirse excluida de esa comunidad. Para ello, comprometemos nuestro esfuerzo con el mismo vigor con que sostenemos el principio de la autodeterminación de los pueblos, conforme a la doctrina del presidente Yrigoyen, según la cual los pueblos son sagrados para los pueblos.

Sabemos que vosotros, bolivianos, compartís estos puntos de vista y conforta advertir, como he podido hacerlo a lo largo de mis recientes visitas a otros países de la zona que en esta parte del mundo, en este Cono Sur de América, existe perfecta unidad de miras, sobre el futuro de nuestros pueblos.

Deseamos que esta unidad espiritual e ideológica sea sostenida asimismo por lazos materiales que la sustenten.

Deseo expresar el firme propósito de mi gobierno de promover en forma efectiva y práctica una vigorosa política de cooperación económica entre nuestros dos países.

Para nosotros el concepto de cooperación económica es mucho más amplio y profundo que la idea restringida y rutinaria del intercambio comercial. Ello deriva de la convicción de que nuestros destinos están indisolublemente vinculados no solo por lazos históricos y geográficos, sino también por nuestro común esfuerzo de desarrollo. Ninguno de nuestros países podrá lograr un auténtico desarrollo si los restantes países hermanos están detenidos en su progreso por obstáculos que no puedan superarse. Por eso, para nosotros, cooperación económica es equivalente a integración de nuestros procesos de desarrollo.

Establecidas estas premisas, deseo aclarar que mi gobierno establecerá todas las condiciones requeridas para incrementar el intercambio entre nuestros países, tanto por los canales de los organismos del Estado como por el sector privado, prestando la necesaria consi-

deración a los problemas que Bolivia deba resolver para lograr estos objetivos.

Al propio tiempo, adoptaremos las medidas de estímulo necesarias para impulsar a los capitales argentinos a que colaboren con los empresarios bolivianos en el desarrollo de las riquezas y recursos naturales de vuestro país.

Como expresión práctica de estas ideas básicas, me complazco en anunciar que el Gobierno argentino adoptará las providencias necesarias para completar el sistema de comunicaciones viales, para asegurar al mismo tiempo las conexiones con el Brasil y la Argentina.

Asimismo, esperamos acordar formular convenientes para nuestros dos países a fin de promover la expansión de nuestro intercambio comercial.

Por nuestra parte, estamos interesados en asegurar un volumen creciente de importación de petróleo boliviano, de maderas y de otros productos que vuestro país nos puede ofrecer.

El Gobierno argentino arbitrará, en cambio, los recursos que se requieran para abastecer a Bolivia de productos alimenticios y textiles, en condiciones favorables de crédito, así como de todo otro producto que a Bolivia le resulte conveniente adquirir en nuestro país.

Pero declaramos expresamente que no aspiramos a tener con este país hermano una balanza comercial equilibrada y que no es condición, para que compremos aquí lo que necesitamos, que adquiráis en la Argentina productos por valores equivalentes.

El crecimiento conjunto de nuestros países se traducirá en beneficio de todos. En tal sentido, la prosperidad de cada una de nuestras naciones será prenda cierta de la prosperidad de las demás. Y ello no solo tendrá consecuencias en el plano económico, sino también en el espiritual y cultural.

Excelentísimo Señor Presidente:

He querido hacer estos anuncios en una ocasión tan grata para nuestros pueblos como es la fecha inicial de nuestras respectivas libertades. Vosotros la proclamasteis, para todas las colonias de América, el 25 de mayo de 1809; nosotros en igual día de 1810, reconocimos en aquel antecedente histórico la raíz de nuestra propia epopeya.

Hago votos por que esta hermandad, así nacida, se robustezca en el futuro más inmediato, para que logremos en común los fines que nos son comunes. Interpreto así el más caro deseo de mi pueblo y me enorgullece poder ser intérprete de esos sentimientos fraternos.

Las instituciones militares

*Discurso pronunciado en el Colegio Militar de Bolivia,
La Paz, el 26 de mayo de 1961*

Como presidente de la Nación Argentina tiene para mí el más alto significado concurrir a este Colegio Militar para rendir homenaje a las Fuerzas Armadas de Bolivia.

Los ejércitos de América son herederos de aquellos ejércitos del pueblo que conquistaron la Independencia y aseguraron la soberanía de nuestros países, frente a las amenazas de las potencias extranjeras. Esa raíz popular de nuestros hombres de armas asigna características particulares a esta institución, integrada firmemente con los orígenes de la nacionalidad. Cada héroe militar americano surge de la entraña de la nación y es expresión de los objetivos señalados por nuestro destino histórico. Aquellas glorias que nos legaron los padres de la patria, duramente conquistadas en el campo de combate, deben afirmarnos en la apasionada convicción de que, solamente empeñando sin desmayos nuestro esfuerzo, lograremos enfrentar los graves problemas que hemos de superar, para concretar nuestra definitiva realización como naciones soberanas, logrando el pleno acceso de nuestros pueblos a los beneficios de la técnica y de la civilización moderna.

Bolívar, Sucre, San Martín, nos señalaron un rumbo que debemos seguir, si no queremos traicionar nuestro destino histórico. Todos nuestros caudillos populares, convertidos en jefes militares de la nación, frente a la necesidad de combatir al enemigo en cada pedazo del territorio americano, constituyen el punto de partida de nuestras instituciones militares modernas y el fundamento de la ética que orienta su conducta. Los ejércitos de la Independencia fueron ejércitos nacionales que interpretaban la vocación unánime de libertad y soberanía

de nuestros pueblos, y sus jefes sintetizaron aquellos anhelos en la gesta emancipadora.

Mientras duró esa lucha, no hubo distinciones entre militares bolivianos y militares argentinos. Nacidos de un tronco común, ambos ejércitos unieron sus esfuerzos y mezclaron sus sangres en las heroicas jornadas que fueron el punto de partida de nuestras nacionalidades.

Quiero rendir homenaje en este acto a aquellos hombres de auténticas virtudes cívicas y castrenses, haciendo entrega de los retratos de los generales José de San Martín y Bartolomé Mitre a las autoridades de esta casa, heredera de aquellas tradiciones. Don José de San Martín constituye para los argentinos y para los americanos una acabada expresión de talento militar, de austeras virtudes ciudadanas y de auténtico desinterés, constantemente demostrados durante las agitadas jornadas de su quehacer histórico. Él señaló el rumbo de la nación unida, en momentos en que las luchas sectarias y las pasiones políticas amenazaban con precipitar a nuestro pueblo en la desintegración y la frustración de sus objetivos.

Don Bartolomé Mitre, ilustrado exponente de militar y hombre público, cumplió, años más tarde, la misión de afianzar las instituciones, consolidando el proceso de la organización nacional. En su peregrinaje por América en las duras horas del destierro, le cupo la hermosa tarea de organizar este Colegio Militar, del que fue director fundador en el año 1847. Su labor como historiador, su profunda preocupación patriótica por los hechos y circunstancias que jalaron el acontecer de nuestro pueblo, le sirvieron de inspiración en su gestión ciudadana como presidente de la República.

El común denominador en la conducta de los Padres de la Patria ha sido la búsqueda incesante de la unidad nacional, el afianzamiento de las instituciones y la creación de condiciones que permitan a nuestros pueblos el cumplimiento de su destino histórico. Herederos de aquel pensamiento, los argentinos tenemos la firme convicción de que las grandes metas nacionales y americanas serán alcanzadas a través de la plena vigencia de las instituciones. Por eso elegimos el camino de la legalidad y de la democracia, y si bien respetamos, como lo hemos reiterado permanentemente, el hecho de que cada país ame-

ricano elija su propio camino, entendemos que cualquier estallido de violencia en el territorio americano pone en peligro, para todos nuestros pueblos, la posibilidad de alcanzar aquellas metas señaladas por nuestros antepasados.

En nuestros días, corresponde a las Fuerzas Armadas de Bolivia y de la Argentina una responsabilidad especialmente significativa dentro del proceso de consolidación definitiva de nuestras nacionalidades. Empeñados ambos pueblos en un vasto esfuerzo de desarrollo y decididos a conquistar tales objetivos dentro de la democracia y el respeto de las libertades personales, corresponde a los hombres de armas jugar en este proceso un papel de importancia primordial.

La institución militar, con su culto del orden y de la disciplina, con el respeto por los principios de nuestra civilización occidental y cristiana que le son inherentes, constituye uno de los baluartes más firmes y una de las garantías más seguras para la preservación de las estructuras y formas de vida de nuestros pueblos.

En países que atraviesan la etapa de desarrollo que hoy viven Bolivia y la Argentina, las Fuerzas Armadas no tienen tan solo la misión de asegurar los objetivos permanentes de la defensa nacional, sino, también la de constituirse en defensoras de los sistemas democráticos y del ejercicio pleno de las garantías y los derechos personales, que fueron ideales orientadores de la acción de nuestros mayores.

Entrego pues a vuestra custodia estos retratos, como símbolo de unidad nacional y de confraternidad americana.

La tradición cultural

*Discurso pronunciado al ser declarado Huésped de Honor en la
Alcaldía Municipal de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia,
el 27 de mayo de 1961*

Veo en esta distinción que acabáis de conferirme, no el gesto protocolar que se estila en ocasión del viaje del presidente de una nación amiga, sino la cordialidad manifiesta de un pueblo hermano. Me da derecho a ello la circunstancia de que, en las breves horas que he permanecido entre vosotros, pude apreciar testimonios de amistad que me han conmovido grandemente.

Me honra ser declarado huésped de esta ciudad realmente bella, cuyo particular encanto penetra por los ojos y echa raíces en el espíritu. Tenéis una tradición cultural de la que podéis enorgulleceros; mostráis al viajero rasgos peculiares de una personalidad que tiene características propias; vuestro esfuerzo apunta hacia un futuro cierto y promisorio; constituís, en definitiva, una colectividad ejemplar, dentro de la nación boliviana. La heterogeneidad de las regiones es una característica de las naciones jóvenes.

La suma de ellas, en la medida en que se compenetran y se integran, confiere a los pueblos esa vigorosa personalidad que los hace aptos para los mejores logros.

Es por ello que resulta fácilmente reconocible el rasgo común boliviano en lugares físicamente tan diversos como lo son estas dos ciudades que he visitado, La Paz y Santa Cruz de la Sierra. La soberanía boliviana resulta así de una unidad afianzada en la historia y sostenida por el permanente y común interés nacional de sus diversas zonas.

También en mi país se dan los paisajes más diversos.

Como ocurre en Bolivia, a la simple observación, nuestra geografía presenta las regiones más dispares. Desde las provincias norteñas, tan entrañablemente unidas a vuestro país por tradiciones comunes y

por el flujo incesante de una migración generada por el trabajo, hasta la pampa y la Patagonia, el país recorre zonas de características tan peculiares que, en otras partes del mundo, significarían la constitución de nacionalidades diversas. Entre nosotros, desde la selvática y tropical Misiones, contorneada por ríos, hasta la inmensa y despoblada Patagonia, la soberanía nacional se afirma en una vocación argentina que es irrenunciable. Nuestro empeño actual consiste en consolidar esos lazos para que el desarrollo que hemos promovido, sea asimismo prenda de unidad.

Estas reflexiones las dicta la hermandad y se originan en la certidumbre de nuestra comunidad de destinos. En la lucha por la unidad nacional se afirman nuestras personalidades históricas. Ella es la mejor prenda de un porvenir de grandeza que se halla hoy, tal vez, más cercano que nunca.

Quiero deciros, para terminar, que aunque mi permanencia en Santa Cruz de la Sierra ha sido breve, queda en mi espíritu un recuerdo imborrable, al que prometo permanecer fiel. Dejadme ser uno más entre vosotros, así como nuestro pueblo os reconoce hermanos en todas ocasiones.

La batalla del transporte

Discurso pronunciado por radio y televisión, desde el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 5 de junio de 1961

Me dirijo esta noche al pueblo de la República para hablar de un problema dramático, cuya solución interesa a todos los argentinos y no puede postergarse un día más.

Me refiero al problema del transporte en todo el país. No podemos ocultar la gravedad de la situación y hay que hablar con entera franqueza: tenemos un pésimo sistema ferroviario y sus finanzas están en bancarrota. El Gobierno ha decidido adoptar medidas enérgicas para resolver de raíz este problema y apela a la comprensión y a la colaboración de todos los habitantes de la República. Porque esta no es una cuestión técnica ni simplemente financiera.

Es una cuestión que afecta directamente el interés de los productores y de los trabajadores. Es una cuestión vital para la salud, la higiene y el confort de millones de argentinos que viajan diariamente en condiciones inhumanas.

Y la solución no admite alternativa: o tenemos el valor de atacar las causas profundas de este problema nacional o mantenemos uno de los factores que más inciden en la constante descapitalización nacional y que es un foco de serias perturbaciones sociales. Ya hemos asistido a penosas escenas de violencia contra los trenes y las estaciones, y hasta contra el personal ferroviario que no tiene la culpa de que los trenes corran permanentemente con retardo, que los pasajeros viajen hacinados en medio de las mayores incomodidades higiénicas y que los frutos del país y las mercaderías se eternicen en las playas a la espera de vagones.

No hay paliativos ni remedios parciales para esta situación.

El pueblo debe comprender que muchos años de contemplaciones y ambigüedades nos han arrastrado a la situación que hoy hace crisis definitivamente.

Deseo que el pueblo conozca este problema en sus verdaderos términos y que no crea que actuamos urgidos por una situación caótica y en busca de soluciones de emergencia. Sin negar la gravedad actual y notoria del problema ferroviario, sus causas son más profundas y sus remedios deben ser absolutamente orgánicos.

Hay que distinguir claramente entre la cuestión de liquidar el déficit de los ferrocarriles y la cuestión de reestructurar y racionalizar los servicios en función de las nuevas necesidades de un país de desarrollo. Son dos problemas diferentes, aunque relacionados entre sí. Voy a referirme por separado a estos dos aspectos.

El déficit

El déficit de un servicio público no siempre es antieconómico. Muchas veces el Estado lo afronta, sea directamente cuando el mismo Estado lo explota o indirectamente cuando subsidia a concesionarios privados. En ambos casos se entiende que el fisco —o sea, el contribuyente en general— está obligado a enjugar las pérdidas de un servicio público por razones de fomento o por razones sociales que benefician a la comunidad en su conjunto. En Norteamérica y en Europa funcionan sistemas ferroviarios, estatales o privados, subsidiados por el fisco. Pero el déficit de un servicio público es antieconómico y perjudica a la comunidad cuando es el resultado de una falla estructural del servicio, o de una mala administración, o de una desorganización evidente, o de todas estas cosas a la vez. Entonces, no se justifica que el contribuyente se sacrifique para pagar errores y corruptelas del sistema. En el caso de los ferrocarriles norteamericanos y europeos que hemos mencionado, dichos ferrocarriles prestan un servicio eficiente, altamente racionalizado. Sus pérdidas no son fruto del mal servicio, ni del desorden de su administración, sino de causas ajenas a su propia estructura como, por ejemplo, la competencia

de otros transportes o la vigencia de tarifas de fomento. El Estado absorbe esas pérdidas porque es necesario mantener el servicio para beneficio del usuario.

En nuestro caso ocurre todo lo contrario: estamos obligando al contribuyente a pagar las pérdidas de un servicio pésimo, que lejos de beneficiarlo lo perjudica.

¿A qué se debe que nuestro sistema ferroviario sea antieconómico? No lo es porque arroje pérdidas, sino porque no cumple la función que debe cumplir. Entonces, no se justifica el enorme déficit anual de 23.000 millones de pesos que es el principal causante del déficit fiscal, pues representa el 75% del total del que soporta el presupuesto de la Nación. Cada argentino contribuye con mil pesos anuales a enjugar las pérdidas de un sistema ferroviario que no sirve al país ni a los sufridos usuarios del servicio. El déficit del presupuesto nacional –causado en sus tres cuartas partes por las pérdidas de los ferrocarriles– incide todavía más en los bolsillos de todos los argentinos: no solamente porque salen de ese bolsillo mil pesos anuales por habitante para pagar el déficit ferroviario, sino porque el Estado se ha visto obligado a emitir moneda para cubrir el déficit del presupuesto y al emitir moneda desvaloriza el peso. Quiere decir que los empleados y trabajadores de todo el país, y los productores y empresarios, reciben por su trabajo una moneda depreciada, es decir, un peso con el cual se compra hoy lo que antes se compraba con cinco centavos. Por consiguiente, cada vez que un ama de casa va al mercado paga de su bolsillo el déficit del presupuesto nacional.

La primera tarea que nos hemos impuesto es la de suprimir, o atenuar al menos, el déficit de los ferrocarriles, con el objeto de llegar a la eliminación total del déficit presupuestario. Para ello hay que racionalizar la explotación en todos sus aspectos.

La función económica del transporte

Hemos dicho que nuestro servicio ferroviario no cumple la función que debe cumplir, y esto merece una explicación. El transporte en

general (ferrocarriles, líneas aéreas, automotores, navegación fluvial y marítima, etc.) es el sistema arterial de una economía. Del mismo modo que las arterias sirven para la circulación sanguínea a lo largo del cuerpo, las vías de comunicación sirven para la circulación de personas y productos a lo largo del territorio de una nación y se proyecta aún más lejos en el caso del transporte internacional.

En el caso de los organismos vivos, el trazado arterial es inmutable, como es inmutable la constitución básica de los órganos y su emplazamiento en el cuerpo al que pertenecen.

Pero en la geografía económica de un país, el sistema arterial de las comunicaciones y de los transportes cambia en función de los constantes cambios estructurales de la economía. Los órganos básicos de esta estructura son los centros de producción, los centros comerciales y de consumo, los puertos de entrada y salida de productos. Todos estos centros crecen, se transforman, se desplazan y se conectan al compás de una evolución que nunca termina. La red de comunicaciones debe crecer, transformarse y diversificarse en función de esa evolución estructural de la geografía económica.

La verdadera crisis de nuestro transporte en general no consiste en que sea caro y produzca déficit, sino en que ha quedado inmutable en un cuerpo nacional que en estos momentos crece y se transforma rápidamente. Es un sistema arterial insuficiente, anárquico y desconectado de las necesidades de los órganos que debe servir.

Nueva geografía económica

Para la Argentina agropecuaria del siglo pasado y comienzos del siglo presente, bastaba una red de comunicaciones que conectara las praderas donde se cultivaba el cereal y crecía el ganado, con el puerto de Buenos Aires donde se comercializaban; se consumían en gran parte y se exportaban, el cereal, la carne y la lana.

El ferrocarril fue casi la única arteria que conectaba este sistema y llenó una gran función civilizadora.

Pero la Argentina de hoy no es la misma de nuestros abuelos. Hoy se produce tabaco, arroz, té, yerba mate, oliva, fruta, azúcar y centenares de productos agrícolas, forestales y mineros en todo el país, desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego. Ni siquiera hay regiones específicas para cada cultivo, pues casi todas nuestras provincias han diversificado su producción dentro de sus fronteras.

Tampoco es Buenos Aires el único centro industrial y comercial del país. Tenemos una actividad manufacturera y mercantil de grandes proporciones en populosas ciudades del interior y aun las más pequeñas crecen a un ritmo notable.

Sin embargo, esta nueva y pujante geografía económica argentina, que se expresa en petróleo y el gas de la Patagonia y del norte, en los yacimientos minerales y las acerías, en las radicaciones de industrias de toda índole, sufre la parálisis y el anquilosamiento del transporte, es decir, del sistema arterial que debería comunicar esos centros entre sí, llevando las materias primas a las plantas transformadoras y los productos terminados a los centenares de centros consumidores de toda la República.

Los ferrocarriles no cumplen esa función, porque su trazado en abanico converge hacia Buenos Aires y porque carece del material indispensable para transportar los frutos del país y las mercaderías que se deterioran en largas esperas en las playas y depósitos.

Nadie produce trigo para que se deteriore en los depósitos ni vacas para que adornen el paisaje, ni naranjas para que se pudran en el árbol. Nadie puede fabricar automotores si no hay caminos. No pueden levantarse acerías si el mineral y el carbón no llegan a la planta. Para estos productores el ferrocarril no existe y los caminos son insuficientes. Entonces se ven obligados a restringir su producción, pues no tienen posibilidades de venderla. Entretanto, la capacidad de carga de los ferrocarriles disminuye año a año a la par que aumenta el costo de explotación. Así, en 1960, los ferrocarriles disminuyeron en seiscientos treinta mil toneladas la carga transportada con relación al año anterior.

En definitiva, el desarrollo de la producción y el comercio depende del transporte. No solamente del transporte ferroviario, sino del fluvial, el marítimo, el automotor y el aéreo.

Es necesario reestructurar todo el transporte nacional en función de las nuevas necesidades de un país también nuevo y en franco desarrollo. Es necesario coordinar las vías férreas con los caminos y los otros medios de comunicación por agua y por aire.

El transporte nacional es un anacronismo en nuestra evolución económica. Y este anacronismo es, a su vez, causa del déficit ferroviario y de los otros transportes. Por eso he dicho que no basta con eliminar el déficit. Hay que eliminar la estructura antieconómica del transporte nacional en todas sus ramas.

Viajar decentemente

Nos preocupa este factor de estancamiento económico que son nuestros ferrocarriles en su estado actual. Nos preocupa la incidencia de sus cuantiosas pérdidas en el déficit del presupuesto nacional. Pero no menos preocupación nos suscita la suerte de los trabajadores, los empleados, los estudiantes y las mujeres que sufren la cotidiana humillación de las interminables esperas en los andenes, de los empujones al ascender a los coches, de la falta de higiene en los vagones y sus instalaciones sanitarias, del retraso en los horarios y del peligro de viajar colgados del estribo. Estamos resueltos a terminar con esta vergüenza, cueste lo que cueste. Nos comprometemos a no omitir sacrificios y a no perder tiempo para hallar inmediata solución a todo esto. Las autoridades pertinentes están trabajando activamente para arbitrar los medios técnicos necesarios que se traduzcan en un alivio considerable en la comodidad del transporte de pasajeros, tanto ferroviario como automotor.

Habrá trabajo para todos

Es necesario que los obreros y empleados del transporte nacional sepan que lo que el Estado se propone, con el apoyo de todo el pueblo, es abrirles perspectivas para mejorar sustancialmente sus salarios, su

nivel de vida y sus derechos profesionales, mediante la transformación de un grupo de entes deficitarios en otros florecientes y capacitados para dignificar su trabajo. Que sepan que ni un solo obrero y empleado ferroviario verá sus derechos sociales y laborales afectados injustamente; y que los hombres con vocación ferroviaria hallarán las oportunidades que ahora les están negadas, debido a que no hay perspectivas para los agentes de un servicio que gravita sobre la economía nacional con pérdidas que constituyen más del 75% del déficit fiscal.

Vuelvo a repetir, con el mayor énfasis, lo que ya dije en ocasión de informar lo resuelto en el último acuerdo de gabinete. Ni uno solo de los trabajadores quedará en el desamparo. Es menester que los empleados y obreros ferroviarios entiendan que los trabajadores están organizados en gremios, pero no divididos en gremios. Existe una coincidencia fundamental de intereses entre todos los gremios. Ella reposa en la utilidad final de la tarea que cada uno de ellos cumple, es decir en el rendimiento económico del trabajo de todos sus integrantes. La clase obrera toda padece y el objetivo mismo de la organización gremial fracasa, cuando los intereses de grupos se contraponen a los intereses del conjunto. Porque el interés del conjunto, a su vez, protege el de cada uno de los grupos. En definitiva, la abundancia de trabajo, la eliminación del déficit que deteriora el valor real de los salarios, dependen en gran parte de esta racionalización de los transportes. Y, en este punto, coinciden los intereses particulares de los ferroviarios con los de los trabajadores en general y los del país entero.

En mi reciente conversación con dirigentes gremiales ferroviarios pude apreciar su íntima comprensión del problema y su deseo de colaborar con las autoridades en la búsqueda de soluciones orgánicas.

El Gobierno no rectifica en lo más mínimo su decisión de actuar en estrecho contacto con los trabajadores del riel y sus entidades gremiales para hallar dichas soluciones.

Pero comprende que es necesario tomar medidas urgentes tendientes a lograr una inmediata mejora del servicio y entiende que ellas no son incompatibles con las soluciones de fondo a que se arribará en el futuro.

Por consiguiente, sin perjuicio de la intensa labor que se está cumpliendo en virtud del Decreto 853/61, el Poder Ejecutivo incorporará al servicio, con carácter de urgencia, las unidades y material que sean necesarios para corregir el desastroso deterioro del sistema ferroviario, así como adoptará medidas de racionalización que se traduzcan de inmediato en mayor eficiencia en la atención del público.

No puede postergarse un día más la satisfacción de las justas demandas del público usuario. Todos debemos asumir las responsabilidades frente al pueblo y actuar con exacta comprensión de la gravedad del problema. En adelante, el pueblo no perdonará ni los errores de la dirección ni los errores de los funcionarios y los trabajadores, porque el objetivo común de todos ellos debe ser servir al público en la mejor forma posible, tratando de subsanar con el esfuerzo de jefes y empleados las deficiencias orgánicas del sistema hasta que estas sean definitivamente superadas.

El pueblo no comprendería que nos cruzáramos de brazos con el argumento de que el problema es complejo y demanda largos y meditados estudios. Repito que no hay incompatibilidad entre las medidas de largo alcance y las medidas de urgencia que el Gobierno está aplicando, con decisión irrevocable. Con igual resolución afirmamos que los ferrocarriles serán siempre nacionales y que no se piensa en enajenarlos: pero esto no impide que se entreguen a la iniciativa privada aquellos servicios auxiliares y secundarios que pueden ser prestados por concesionarios en condiciones más económicas y convenientes para el público. Esos concesionarios pueden ser los mismos obreros ferroviarios que, organizados en cooperativas, podrían brindar un mejor y eficaz servicio, desgravando además el presupuesto y obteniendo para sí mismos importantes beneficios económicos.

En esta nación, cuya economía se transforma, habrá cada día mayores oportunidades de trabajo para los hombres y mujeres que tengan voluntad de mejorar su condición. Dentro del cuadro mismo del transporte, abundarán las ocasiones de empleo bien remunerado y con porvenir.

Incluso habrá aumentos de salarios, pero ello será consecuencia de la racionalización de los servicios.

Las soluciones

Quedan así expuestos los temas fundamentales que surgen de un problema que afecta, de manera decisiva, a toda la vida económica del país. Quiero ahora sintetizarlos brevemente.

Se ha comprobado que el hecho de que el sistema ferroviario no responda a nuestras necesidades actuales es la principal fuente generadora del déficit presupuestario que padecemos. Ello se debe al trazado anacrónico de la red, a la imposibilidad de reponer el material envejecido en la medida de las necesidades más inmediatas y a la falta de racionalización que multiplica varias veces el costo de tonelada-kilómetro-hora, y, además, inmoviliza el material, degrada los servicios e imposibilita la mejora de los salarios.

Además, los obreros y empleados del transporte nacional son las primeras víctimas de un déficit que impide que sus remuneraciones alcancen el justo nivel.

Finalmente, los talleres de reparación no corresponden a las necesidades de la empresa, ni los servicios adicionales a las necesidades y legítimos derechos de los usuarios.

Por todo ello, nuestras metas concretas para solucionar el problema consistirán en:

- 1) liquidar el déficit de las empresas ferroviarias mediante el cambio de estructura de todo el sistema y su adecuada racionalización;
- 2) asegurar una fluida intercomunicación entre todas las regiones de nuestra extensa geografía;
- 3) eliminar vías inútiles y antieconómicas y remover el material;
- 4) proporcionar al país un sistema coordinado de comunicaciones que promueva sus riquezas, unificando el mercado nacional tal como lo demandan productores y consumidores;
- 5) reordenar los transportes en todas sus ramas, poniéndolos al servicio del país y de los usuarios, brindando garantías de eficiencia a los productores y de seguridad, puntualidad, comodidad e higiene a los pasajeros.

En la medida en que vayan siendo cumplidas estas etapas, el Gobierno está dispuesto a adquirir los materiales necesarios para lograr que nuestro sistema de transporte sea tan eficaz y económico como los que existen en las naciones más adelantadas.

Hoy, no mañana

El pueblo tiene derecho a preguntarse: “¿Podremos ver realizadas estas esperanzas?”.

Me atrevo a contestar categóricamente: sí, las veremos realizadas. El Gobierno hará su parte, sin vacilaciones. Y el gobierno confía en que todos los sectores interesados harán también su parte. Existe una conciencia nacional de que el país tiene que salir adelante con el esfuerzo patriótico de todos los argentinos. De que no hay interés particular que predomine sobre el interés del pueblo en su conjunto. Y de que la ocasión es ahora y no mañana. Con este genuino espíritu de liberación nacional y teniendo como único objetivo el bienestar de todos, el pueblo y el Gobierno emprenden confiados esta nueva batalla por la conquista del porvenir.

La contribución del pueblo argentino a la causa de la libertad

*Discurso pronunciado en la comida anual de la Asociación
de la Prensa Extranjera en la República Argentina, Buenos Aires,
el 16 de junio de 1961*

Señores:

El 20 de Junio los argentinos recordamos el aniversario de la muerte de uno de nuestros próceres más preclaros: el general Manuel Belgrano. Es oportuno mencionar, en esta reunión, que Belgrano fue periodista y fundó uno de los primeros periódicos criollos, el *Correo de Comercio de Buenos Ayres*.

Fue precisamente en este órgano donde el vencedor de Salta definió a la libertad de prensa como la "facultad de escribir y publicar lo que cada ciudadano piensa y puede decir con la lengua", síntesis muy propia del estilo llano que lo caracterizaba.

En nuestros días, la misión del periodista se ha hecho más compleja. Requiere el acceso a las fuentes informativas, el derecho de trasladarse, de entrar y salir del país, de transmitir sus despachos sin censura ni trabas y de no ser molestado a causa de sus opiniones. En una auténtica democracia, la autoridad tiene, no solamente el deber de abstenerse de toda coerción sobre el pensamiento del periodismo, sino el más amplio deber de facilitar su tarea, colaborar con ella y estimularla en todas las formas. Porque uno de los rasgos esenciales imperativos de la democracia es la libertad de expresión y de prensa.

Los que me escuchan son testigos de que en la Argentina existe libertad de expresión. Hasta en radioemisoras administradas por el Gobierno se escuchan a diario las más duras críticas a la acción oficial. Siempre hemos creído que la dignidad de la función pública es preservada por la conducta de quien la ejerce. Con la ayuda de Dios,

y pese a todas las dificultades, estamos logrando afirmar en nuestro país la autoridad que la ley confiere a los representantes del pueblo.

Esta afirmación del imperio constitucional no ha sido el fruto de la violencia, sino el resultado de un lento proceso –que aún prosigue– de restauración de la legalidad en todas sus fases. Actuamos en un terreno minado por muchos años de luchas enconadas y de eclipse de las formas y la sustancia del derecho. Cuando se pierde la noción de que el derecho es la columna vertebral de la sociedad, cada individuo y cada sector se sienten autorizados a imponer por la fuerza su propio pensamiento y voluntad. Llegan a olvidarse reglas elementales de la convivencia democrática, como que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes o que el cumplimiento de la ley internacional, de los tratados y los contratos suscriptos por la Nación, son también ley en ella, aunque a veces se vean afectados los intereses transitorios de algunas de las partes.

Esta es la enseñanza de nuestra historia patria. En su fecundo proceso, muchas veces los argentinos nos dividimos, incluso hasta el punto de empeñarnos en sangrientas luchas fratricidas. Pero al cabo de todas ellas, siempre se encontró el camino de la síntesis, que nos permitiera las más altas realizaciones. Así, nuestra independencia, que fue ruptura de un vínculo institucional, preparaba, sin embargo, el reencuentro con las raíces profundas de la raza. A la Constitución Nacional llegamos por caminos cruentos, pero en ella se cumplió, una vez más, la síntesis nacional. Tanto que, en este documento fundamental, no se inscribe ni una sola palabra de odio, de proscipciones o de extrañamiento.

En el pasado más reciente, tan próximo que de alguna manera somos sus protagonistas, los argentinos nos dividimos apasionadamente, convirtiendo en banderas de enfrentamiento las divisas partidarias. Y como en los lejanos tiempos de unitarios y federales, dimos a ese enfrentamiento político-ideológico dimensiones de insuperable frontera. No renegamos de ninguna de nuestras luchas, en las que todos los argentinos actuamos con apasionamiento y sinceridad, pero debemos reconocer que solo en la unidad nacional hemos encontrado y encontraremos el camino de nuestras realizaciones.

Podemos afirmar, orgullosamente, que nos hallamos transitando ya, sin duda alguna, por la senda que conduce a nuestra unidad sin distingos, así como a nuestra libertad, afirmada en el orden jurídico y en el juego regular de las instituciones democráticas.

Cuanto me escuchan aquí, en su calidad de observadores de la prensa mundial, han seguido paso a paso ese esfuerzo de consolidación de la unidad nacional, dentro de nuestro sistema de valores occidentales y cristianos.

Los sacrificios que el pueblo argentino realiza para afirmar sus instituciones y desarrollar su economía, constituyen la mejor contribución a la causa de la libertad en el continente y en el mundo. Coadyuvamos, con nuestro ejemplo y con nuestra solidaridad, al despertar latinoamericano, porque tenemos plena conciencia del papel que una América próspera y unida puede cumplir en el mundo, para asegurar el imperio de la paz y los beneficios del proceso para toda la humanidad. Tal es el ideal que Occidente está llamado a cumplir en la segunda mitad de nuestro siglo. La Argentina comparte ese ideal y procura su conquista con el fervor de un pueblo que ha tenido siempre la firme convicción de poder alcanzar un gran destino. Este destino tampoco está señalado por el azar. Lo percibieron los padres de la nacionalidad desde que Moreno escribió su "Representación de los hacendados", desde que Belgrano, Castelli, Alberdi y otros próceres advirtieron a sus contemporáneos que la libertad política alcanza su plenitud cuando se basa en el desarrollo económico y social. Esta concepción de los fundamentos concretos de la soberanía ha sido expuesta con todo vigor por Juan Bautista Alberdi, cuando dice: "¿Cuál es la necesidad argentina de carácter público que no dependa de una necesidad económica? El país carece de caminos, de puentes, de canales, de muelles, de escuadra, de palacios para las autoridades. ¿Por qué carece de todo eso? ¿Por qué no lo adquiere, por qué no lo posee? Porque le faltan medios para obtenerlo, es decir, capital, caudales, riquezas. ¿Por qué no se explotan en gran escala las industrias privadas? Por la misma causa. ¿Por qué duerme, en sueño profundo y yace en la oscuridad tan próxima a la indigencia esa tierra, que produce la seda, el algodón y la cochinilla sin cultivo, que tiene vías navegables

que no se harían por cientos de millones de pesos: centenares de leguas de estas mismas cordilleras de los Andes que han dado nombre famoso a México, al Perú y Copiapó? Por falta de capitales, de brazos, de población, de riqueza acumulada.

“Luego, es menester que empiece por salir de pobre para tener hogar, instrucción, gobierno, libertad, dignidad y civilización, pues todo esto se adquiere y conserva por medio de la riqueza. Luego, es económico su destino presente; y son la riqueza, los capitales, la población, el bienestar material, lo primero de que debe ocuparse por ahora, y por mucho tiempo”.

El pensamiento alberdiano no fue una simple expresión retórica. La Argentina se convirtió en una nación que, durante casi un siglo, proporcionó cereales, carne y lana al mundo. En su historia reciente desde la Primera Guerra Mundial, creó una industria liviana que abastece de bienes de consumo a su población. La bandera nacional ampara a una importante flota marítima y aérea, que recorre mares y cielos de todas las latitudes. Esta obra, que ha sido el fruto de la acción tesonera de argentinos e inmigrantes, mancomunados en el trabajo creador, ha sobrevivido a todas las alternativas del trajín político. Tuvimos una vocación nacional desde antes de que proclamáramos formalmente nuestra independencia y la acrecentamos aun en medio de largas luchas intestinas. Estamos asistiendo a una nueva demostración de esa unidad nacional. A pesar del quebranto de nuestras finanzas, que nos puso al borde de la cesación de pagos, a pesar del deterioro general de nuestra economía, que impone inevitables sacrificios al pueblo; a pesar de las discrepancias y celos que han dividido a la familia argentina en los últimos años; a pesar de la inestabilidad institucional que ha sido consecuencia de esa división; a pesar de todo, es hoy casi unánime la coincidencia en los objetivos nacionales del plan de estabilización y desarrollo. Los dos polos de la producción, el capital y el trabajo, están de acuerdo en que el desarrollo económico es la base del bienestar general y la meta que el país entero debe conquistar. Las discrepancias políticas e ideológicas desaparecen cuando se trata de colaborar en la tarea de emancipar al país de sus últimos vestigios coloniales. En todo caso, las diferencias

que subsisten se refieren a los métodos, pero no a los fines. Cada día progresa más, en la conciencia de todos, la noción de que los planteos sectarios pierden vigencia en la Argentina, frente al imperativo de realizarnos integralmente como nación moderna, vinculada al progreso espiritual, técnico y científico universal.

El Gobierno reitera que está por encima de toda preocupación partidaria o electoral. Y al afirmar esto no hace sino recoger un sentimiento generalizado en el pueblo, que, a todas luces, demanda acción y no actitudes proselitistas. Como gobernantes, estamos convencidos de que lo único que el pueblo no nos perdonaría es la inacción o el retardo en la ejecución del programa de desarrollo nacional que el mismo pueblo aprobó y cuya realización ha encomendado a sus representantes. Por eso somos absolutamente sinceros e interpretamos esta clara conciencia popular, cuando exhortamos a todos los sectores a que depongan su interés particular, en homenaje al interés de toda la Nación. Aun a riesgo de herir aspiraciones y sentimientos legítimos pero parciales, repetimos que el Gobierno representa a todo el pueblo y seguirá gobernando para todos los argentinos y con todos los argentinos –cualquiera sea su color político– que estén dispuestos a cooperar en el logro de los grandes objetivos nacionales.

Esta es una lucha definitiva por sentar las bases permanentes de la libertad integral de la Argentina. Las discrepancias dogmáticas, algunas tan artificiales como las de dividir a los argentinos por su posición ante sucesos que ocurren muy lejos de nuestras fronteras, han servido en el pasado para que nuestro país llegara tarde al disfrute de las grandes conquistas científicas y culturales del mundo. El máximo héroe argentino, el Libertador por definición, se negó a intervenir en nuestras rencillas internas, porque, no quería que lo distrajeran de su alta misión de emancipar a América. El ejemplo sanmartiniano debe inspirarnos; para que no nos dejemos envolver en la lucha anecdótica de las facciones, mientras estamos librando la gran batalla del país.

Esta batalla tiene nombres precisos: educación, energía, combustibles, hierro, carbón, acero, petroquímica, caminos y transporte. El pueblo argentino ya ha ganado la etapa del petróleo y ha iniciado las restantes. Ha puesto en estas empresas todo su entusiasmo y todos

sus recursos. Ha abierto y seguirá abriendo las puertas al capital extranjero que acuda a desarrollar esos recursos básicos y a acelerar el progreso industrial y del agro:

Nuestro riesgo consiste ahora en no avanzar al ritmo requerido. Por eso dijimos en nuestro último mensaje al Congreso que estábamos en mora en algunos aspectos y que estábamos firmemente dispuestos a recuperar el tiempo perdido.

Quiero, en esta oportunidad, satisfacer vuestra natural curiosidad periodística y disipar al mismo tiempo cualquier duda que pueda subsistir en cuanto a que no cejaremos en, cumplir, a la brevedad posible con toda energía, las etapas que señalamos el último 1º de mayo.

En estas etapas, deberemos construir una Argentina moderna, para conducir a la Nación al nivel de potencia mundial, no en un futuro remoto, sino en el lapso de pocos años.

Para ello, entre otras cosas, nos empeñaremos en consolidar el saneamiento financiero y la estabilidad monetaria; en multiplicar rápidamente el desarrollo industrial y la tecnificación del agro; en ordenar y racionalizar los servicios públicos.

Con tales propósitos, estamos tomando las medidas pertinentes para:

- 1) Extirpar el déficit fiscal, suprimiendo los excesos de burocracia, reorganizando la administración y eliminando servicios inútiles.
- 2) Suprimir el déficit de las empresas estatales, mediante la transferencia a la actividad privada de aquellos servicios que el Estado presta ineficientemente y con pérdidas, y que los particulares pueden prestar en propio beneficio y con ventaja para el usuario. Introducir una adecuada racionalización y obtener la financiación de las inversiones en servicios como los ferrocarriles y las líneas marítimas, fluviales y aéreas de modo de reequiparlos rápidamente, para que presten un servicio eficaz y económico, en beneficio del público usuario.
- 3) Activar la explotación de los recursos naturales del país, para que no se pierdan los esfuerzos que ha demandado la

reconstrucción de las finanzas y la economía de la Nación y para aprovechar la recuperación del crédito internacional de la República.

- 4) Intensificar al mínimo y sin pérdida de tiempo, la explotación de los yacimientos minerales, la siderurgia y la hidroelectricidad, con la cooperación de las instituciones internacionales de crédito, oficiales y privadas.

Señores:

En mis contactos con los estadistas, hombres de negocio, periodistas y hombres y mujeres del pueblo de todo el mundo, he advertido, con legítimo orgullo, que se considera a la Argentina una gran esperanza juvenil de Occidente. Decenas de años de fructífero intercambio con Europa y los países hermanos de América, han servido para demostrar que el pueblo argentino es un pueblo inteligente, emprendedor, generoso y respetuoso del derecho ajeno. No se sorprenden los extranjeros del esfuerzo que estamos realizando ahora. Sí se sorprenden de que no lo hayamos intentado antes.

Deseo que ustedes transmitan a nuestros amigos de todo el mundo este mensaje de confiada esperanza: digan que el pueblo argentino trabajará por la paz entre todos los pueblos de una humanidad que, en nuestra época, ha abolido para siempre la servidumbre y la sujeción y que aspira a eliminar el hambre, la ignorancia y la enfermedad. Digan que el pueblo argentino está irrevocablemente resuelto a desarrollar sus recursos y su industria, para volcarlos en la gran corriente universal del intercambio, que deseamos ver liberado de trabas y discriminaciones y a contribuir así al progreso humano con el empuje de una nueva y vigorosa potencia mundial. Digan que aún tenemos dificultades, como todas las naciones, aun las más adelantadas; que las heridas de viejos resentimientos no cicatrizan en un día, que vamos ganando el don de la libertad en un proceso continuo y sin pausas, obra de nuestro mismo pueblo. Digan que hemos superado las vicisitudes iniciales y que estamos en el firme camino de la legalidad plena y consentida por todos. Y digan, finalmente, que bajo la apariencia de un debate inherente a toda democracia, existe en la Argentina la

conciencia inequívoca de la unidad nacional, para la realización de grandes objetivos comunes.

El pueblo y el Gobierno de la Argentina no han de retroceder en el camino que les señala la historia, porque a su término les espera el bienestar, la cultura y la integración espiritual de veinte millones de seres humanos.

Agradezco vivamente el honor de compartir esta mesa de amistad y expreso ni más sincero reconocimiento por la ecuanimidad, objetividad y cordialidad que los representantes de la prensa extranjera han puesto invariablemente al informar a sus lectores sobre la actualidad argentina.

Brindo por la felicidad personal de todos ustedes.

La construcción de caminos

Discurso pronunciado al inaugurar los trabajos de la última parte de la Ruta Nacional 11, en la ciudad de Reconquista, Santa Fe, el 1º de julio de 1961

He querido estar presente en este acto, porque deseo señalar su trascendencia para la economía del país. Aisladamente, se trata de la iniciación de una obra vial; pero si lo examinamos en función del vasto plan de gobierno a que esta obra pertenece, comprenderemos el verdadero significado de esta ceremonia.

Nos hemos propuesto construir, para 1964, unos trece mil kilómetros de caminos pavimentados nuevos. El plan total, que quedará ejecutado en 1969, prevé la construcción de más de veinte mil kilómetros de nuevas rutas, lo cual significa duplicar con exceso la red de caminos de tránsito permanente que existía en nuestro país en 1958.

Veinte mil kilómetros de nuevas rutas pavimentadas significan, en la Argentina, la diferencia entre un país incomunicado, fragmentado y estático, y un país unido, integrado y dinámico. Equivale a transformar esencialmente la geografía económica de la República, dotando al interior del poderío que estaba concentrado en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores.

Los caminos y la coordinación de los diversos medios de transporte, terrestres, fluviales y aéreos, permitirán la interconexión de todas las regiones y provincias entre sí, creando el gran mercado nacional único. Las materias primas serán transportadas económicamente a los centros elaboradores y los productos y mercaderías, a los mercados de consumo. Terminará para siempre la angustia del productor que ve perecer el futuro de su trabajo a la espera de facilidades de transporte. Terminarán la especulación y el agio que son resultado de la

concentración monopolística del abasto en las grandes ciudades. La ley económica, que consiste en producir al menor costo y en mayor cantidad y en tener fácil acceso al mercado consumidor, abaratará los precios y beneficiará a toda la población.

Esta transformación del sistema arterial de las comunicaciones y el transporte producirá una extraordinaria vigorización de la economía nacional. La Argentina será un país industrial en toda su extensión y se habrá roto definitivamente una estructura agropecuaria paralizada en su crecimiento por falta de mecanización y de acceso a los mercados. La industria transformará al agro y este, a su vez, producirá lo necesario para satisfacer la demanda de una creciente población de alto poder adquisitivo.

La ruta 11, cuya terminación se inicia con estos trabajos, se extiende desde Rosario hasta Puerto Pilcomayo, en una longitud de 989 km. De esta longitud solo falta pavimentar 451 kilómetros, en dos tramos: de Reconquista a Margarita Belén y desde esta localidad a Puerto Pilcomayo. Se invertirán unos 3 000 millones de pesos y las obras quedarán terminadas en 1964.

Esta es una ruta internacional de enorme importancia pues une a toda nuestra Mesopotamia con la república hermana del Paraguay. Servirá a la comunicación de las provincias de Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes y Santa Fe con el resto del país. En particular será de gran valor para la provincia de Formosa, que no cuenta con otra comunicación vial de tránsito permanente. Todo el Nordeste argentino se beneficiará al contar con una ruta pavimentada, indispensable si se tienen en cuenta las condiciones climáticas y biográficas de la región, que durante gran parte del año hacen intransitables las rutas no pavimentadas.

En el mensaje del Poder Ejecutivo al Congreso de la Nación, del 19 de mayo de 1960, dijimos en el capítulo sobre el plan vial: "La extensión física de un país está dada por sus límites geográficos, pero su extensión económica se determina por la intercomunicación de sus diversas regiones. Lo que no está al alcance de la Nación como entidad de conjunto, no pertenece a su actividad práctica. Y todo aislamiento implica un principio de segregación".

El camino y el transporte son, pues, la expresión tangible de la magnitud económica de una nación, de su existencia como unidad material y espiritual. Además, el camino y los transportes son la medida concreta y efectiva de un federalismo real y no simplemente retórico. Las autonomías provinciales y la personalidad de los estados particulares deben cimentarse en hechos que aseguren la promoción espiritual y material de todo nuestro inmenso y rico país.

La Nación Argentina está irrevocablemente lanzada al histórico proceso de su integración geográfica, económica y cultural. Está irrevocablemente resuelta a dejar atrás la irritante injusticia que significa el aislamiento de vastas regiones del país, y su dependencia de un solo centro metropolitano para canalizar y comercializar su producción. Cuando el país tenga una red orgánica de carreteras y transportes, los productos del litoral se distribuirán en el centro, el norte y el sur, sin necesidad de pagar tributo al tránsito obligado por la Capital Federal, con todo lo que esto significa en cuanto a tiempo perdido, al aumento de fletes, y a la subordinación a los monopolios del acopio y de la distribución.

El camino y los transportes serán los instrumentos de una auténtica liberación del interior argentino. Serán el instrumento de la integración de la Nación en una vasta y compleja unidad económica. Y, lo que es más importante aún, esta expansión horizontal de la economía a lo largo y ancho del territorio racional transformará el estilo de vida de las comunidades provinciales. Habrá en ellas energía para mecanizar el agro, para alimentar plantas industriales y para proveer a los hogares provincianos de todo el confort de la vida moderna. Habrá en ellas una población trabajadora y una clase media incorporadas al proceso moderno de la producción, con el consiguiente aumento de su capacidad adquisitiva. Y, como consecuencia indispensable de este progreso material, el florecimiento de nuevas formas culturales, oportunidades de educación para la juventud y el fluido intercambio de ideas y de expresiones artísticas entre las diversas regiones del país.

De este modo, la integración del interior argentino será una conquista definitiva de su bienestar material, pero será también garantía

de un extraordinario despertar de sus profundos valores culturales, enraizados en las corrientes más genuinas de la historia patria.

Con obras como las que hoy se inician, el pueblo argentino concreta antiguas y postergadas aspiraciones y enfrenta confiadamente el porvenir. Como argentino, a quien el destino le ha deparado la fortuna de presidir este histórico esfuerzo de su pueblo, expreso mi más íntima alegría y reitero la firme decisión del Gobierno nacional, de consumir este proceso de revalorización y promoción de las fuerzas creadoras del interior argentino.

El hemisferio sur de la política internacional

*Discurso pronunciado al dar la orden de zarpada del crucero
La Argentina, el 18 de julio de 1961*

Este crucero *La Argentina*, que ostenta el nombre de la patria misma, se apresta a zarpar llevando a su bordo a una nueva promoción de la Escuela Naval que culminará su preparación profesional con este viaje, como etapa previa a su incorporación a los cuadros de personal superior de la Armada Nacional.

Tan elevado exponente de la juventud militar de la República emprende viaje en una unidad de la armada fuertemente ligada al afecto de todos los argentinos. Vuelve a cumplir esta nave la misión trascendente que en su hora le señaló la Nación, por el sabio consejo de aquel gran ministro de Marina que fue el contraalmirante D. Eleazar Videla, cuya vida fecunda se extinguiera hace poco tiempo, pero cuyo recuerdo no se borrará jamás, porque es el hito luminoso que jalona una nueva época en la historia de la marina moderna de la nación y es guía y luz para las generaciones presentes y futuras, porque en él se conjugaba la vocación con la fe, el patriotismo con la laboriosidad y el talento con el señorío del espíritu.

Este argentino ilustre creyó conveniente la adquisición de este crucero para suplir la vieja y gloriosa fragata *Sarmiento* en la realización de los viajes de estudio de los futuros oficiales navales. El Gobierno de la Nación ha creído cumplir con un justiciero homenaje póstumo, al disponer que fuera esta nave, precisamente, la que ejecutara este año la importantísima misión que le asignara el almirante desaparecido.

Este viaje tiene también este año un sentido particular, porque su itinerario no se dirige a reafirmar una vez más los ya arraigados vínculos que nos unen con los pueblos del Viejo y del Nuevo Mundo, sino

que el buque pone su proa hacia países amigos de África, de Asia y de Oceanía, en un intento de estrechar lazos de amistad con las diversas civilizaciones y culturas de las naciones del hemisferio sur o hemisferio oceánico, de estar la feliz denominación con que le nombrara el distinguido almirante D. Segundo Storni. Este viaje constituye una expresión más del sentido de universalidad que la República Argentina tiene, sin perjuicio de su afirmación nacional, americana y occidental.

La oposición geográfica de los territorios ubicados en las cercanías del polo Antártico y los intereses políticos que ocupan, adquieren extraordinaria relevancia en este momento del quehacer mundial. A ello se une el propósito abiertamente declarado del Gobierno argentino de desarrollar su intercambio con nuevos mercados como vehículo para la expansión de nuestra economía y como vehículo eficiente para acelerar el proceso de desarrollo en que el país se halla empeñado.

Creemos que en un futuro no lejano el hemisferio sur debe constituir una nueva entidad dentro de la política internacional y, a tal efecto, es de indudable interés el estrechamiento de fuertes vínculos amistosos entre todos los Estados que lo integran.

En ese orden de ideas es preciso reconocer que nuestra política comercial se ha dirigido tradicionalmente a mercar con los países del norte, relegando nuestras posibilidades de establecer un tráfico lateral con las naciones situadas en el ámbito austral del globo terráqueo.

Ha de haber influido en ello, ciertamente, la particular conformación hemisférica, con dilatados espacios oceánicos, que marcan una clara hegemonía de la superficie marítima en relación con el área terrestre. Pero ha gravitado también extraordinariamente en esa política el olvido de nuestros importantes intereses marítimos y la falta de una arraigada conciencia naval, que nos permitiera advertir que el desarrollo del poderío marítimo es indispensable y urgente, porque a través de este importante medio de comunicación entre los pueblos, habrá de llegar el progreso y la felicidad para nuestra República.

Declaro enfáticamente que es nuestro más decidido propósito, modificar ese aspecto de nuestro intercambio y, sin mengua para nuestro comercio con los pueblos tradicionales, hemos de procurar el establecimiento de intensas relaciones comerciales con los países

que esta nave se apresta a visitar, para lo cual adquiere fundamental importancia el incremento de nuestras flotas mercantes, y el fomento y estímulo que debe prestarse a los astilleros y talleres de reparaciones y a las empresas que subsidiariamente colaboran con el desarrollo de nuestra industria naval.

El curso de la historia nos indica que por esa vía ha llegado siempre el progreso de los pueblos. Aquellos que llevaron sus buques por todos los confines de la tierra fueron y son fuertes y poderosos. Los que perdieron su hegemonía marítima solo contribuyeron a su debilitamiento y a su decadencia.

De ahí, señor comandante, la importancia que asignamos a este viaje de instrucción que habéis de iniciar. Debéis impregnar en todos vuestros subordinados, la convicción de que cada uno de ellos, sin distinción de jerarquías, es, en cierta medida, un embajador de la República, que está obligado a afirmar en cada uno de los países que visite nuestro sincero deseo de incrementar el intercambio sobre bases dignas y de recíproca utilidad, así como nuestro decidido propósito de hallar a través de nuestro más estrecho contacto, el camino que asegure la paz y la felicidad para nuestros pueblos.

Tal es la directiva que lleváis. Que en cada puerto que toquéis, los marinos de la República constituyan un alto exponente de la Argentina de hoy y puedan traducir el empeño de toda la Nación en avanzar por la senda del progreso y de la superación hacia su venturoso porvenir.

Cadetes:

Abrazásteis por vocación una de las profesiones más nobles que puede ejercer el hombre. Perfeccionad vuestros conocimientos a través de las enseñanzas de vuestros superiores y pensad que la Nación descansa en vuestro patriotismo en vuestro talento y en vuestro valor, para la protección de su soberanía y para la custodia de su legítimo derecho a vivir en democracia y en libertad.

La Nación espera que al término de este viaje seáis profesionales capacitados, pero mucho más que eso, hombres de íntegra moral, capaces de desprendimiento y sacrificio, y ciudadanos de cabal responsabilidad. La Nación espera de vosotros. No puede ser otra la meta porque esa fue la enseñanza de vuestros maestros.

Me complazco en destacar ahora la especial satisfacción del Gobierno argentino ante la decisión de la Armada Nacional, que por primera vez completa la dotación del buque escuela con aspirantes y marineros alumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada, lo que sin duda habrá de redundar en la eficiencia futura de tan calificado personal.

Señor comandante:

A vos encomienda la patria un grupo selecto de sus hijos. Mostradlos al mundo como exponentes de una nación libre, que desea la convivencia pacífica con todos los pueblos del orbe y que lucha con altivez y dignidad por un destino superior que amalgame los supremos valores del espíritu argentino con la felicidad moral y material a que tiene legítimo derecho nuestro esforzado pueblo.

Señor comandante del buque escuela crucero *La Argentina*: a la hora señalada podéis largar amarras y levar. Que Dios guíe siempre vuestro derrotero y os ilumine en vuestras decisiones.

Mensaje a los compatriotas de las regiones australes

Palabras pronunciadas en la inauguración de LRA 10, Radio Nacional, Ushuaia, el 10 de agosto de 1961

La emisora de Radio Nacional en Ushuaia llevará desde hoy el mensaje cultural de la radiofonía a ese hermoso confín de la patria. Coincide este hecho con un nuevo aniversario del fallecimiento del teniente coronel de marina D. Luis Piedrabuena, paladín de la República en los mares del sur, salvador de náufragos, asesor del Gobierno argentino para los litigios en las zonas australes y desinteresado colaborador de la Armada Nacional en sus expediciones y en la formación de sus marinos. Bajo su advocación pongamos este medio de difusión y progreso que hoy se incorpora a las tierras que fueron objeto de sus patrióticos afanes.

Aprovecho la oportunidad para saludar a los esforzados pobladores de las regiones australes del país. A los hombres de las Fuerzas Armadas y a los investigadores y técnicos que afirman con su abnegación la soberanía nacional en la Antártida Argentina.

Quiero recordarles que la distancia no los ha podido separar nunca de sus hermanos argentinos, porque una nación no es solamente una expresión geográfica, ni un patrimonio material. Una nación es una síntesis espiritual, la fraterna comunidad de sentimientos e ideales de quienes la habitan y luchan en su suelo. Hemos dicho en otras ocasiones que la Nación Argentina tenía el deber histórico de integrar al lejano sur en la gran comunidad a que todos pertenecemos. Estamos realizando aceleradamente esa integración en el sector de la economía activando la explotación del petróleo desde Comodoro Rivadavia hasta Tierra del Fuego y promoviendo la radicación de industrias y la explotación de la riqueza mineral en toda la Patagonia.

Pero tenemos también el deber de proporcionar los beneficios de la civilización al pastor, al hacendado, al agricultor, al minero y al soldado que labran y custodian esa infinita riqueza.

Hoy plantamos este jalón cultural que es LRA 10 Radio Nacional de Ushuaia. Su voz acercará a los extremos australes de la nación la música, el teatro y las noticias, de toda la República. En la soledad de los atardeceres y las noches polares, la radio será una expresión fraterna, un cálido mensaje de solidaridad argentina que romperá milagrosamente el silencio de esa lejanía. Será como si el pueblo todo de la República acudiera al hogar remoto de sus hermanos del lejano sur para decirles que la Nación los admira, los quiere y no los olvida. Hecho música y palabra, les llegará el mensaje de Buenos Aires, de Jujuy, de Córdoba, de Entre Ríos, de todo el país. Con un hondo significado de unidad nacional, de identidad de sentimientos entre los argentinos para mantener a través de la distancia esa unidad que es vital para la grandeza de la Nación.

Imperio del derecho y desarrollo

Discurso pronunciado por radio y televisión, desde la Casa de Gobierno, el 18 de agosto de 1961

El viernes pasado hubo un nuevo intento de alteración del orden público. Absurdo en su planteamiento y ejecución, quedó limitado a la difusión de una proclama anónima, mediante la ocupación sorpresiva de una emisora y una central de comunicaciones. Las Fuerzas Armadas, dispuestas una vez más a afianzar el orden institucional de la República, redujeron sin lucha al grupo de insurrectos que emprendió esta aventura.

Nuevamente el pueblo argentino demostró la orfandad de quienes se empeñan en quebrar la legalidad y entorpecer la marcha de la Nación hacia la consolidación de la democracia, la independencia económica y el bienestar social.

Es evidente que todos los sectores civiles y militares de la República han descartado la violencia como método para resolver las legítimas discrepancias de la ciudadanía. La fuerza es injustificable y criminal cuando está limpiamente abierto el camino de las urnas, y no existen trabas para la libre difusión de las ideas que no inciten a la subversión. Nadie puede negar que el sistema republicano funciona entre nosotros sin restricciones en el juego de los tres poderes de la Constitución.

Por eso no se ha levantado una sola voz para justificar esta minúscula exteriorización de intolerancia y desafío a las instituciones de la República. Por lo mismo que se trata de un brote aislado, repudiado por la opinión pública, el Gobierno se siente plenamente autorizado, en nombre de la tranquilidad y la dignidad de la Nación, a sancionar a los culpables y a tomar todas las medidas de seguridad que eviten la repetición de estos hechos irresponsables.

Por lo tanto, el Poder Ejecutivo será inflexible en el cumplimiento de las penas que establezcan las autoridades competentes. Se investigarán a fondo los hechos para descubrir la real envergadura del episodio que, hasta este momento, aparece conectado con una reciente conspiración para asesinar al Presidente de la Nación a su regreso de un viaje aéreo al interior del país. Intento que se estaba indagando cuando ocurrieron los sucesos del viernes pasado.

El Poder Ejecutivo entiende que cumple su misión primordial de garantizar el imperio del derecho cuando protege a la colectividad de estos perturbadores sistemáticos del orden y el prestigio de la Nación. No es admisible que se preconice la subversión y se alarme al pueblo desde emisoras de radio, responsables de un servicio público ajustado a normas legales explícitas, que obligan a sus concesionarios a informar objetivamente y a abstenerse de realizar transmisiones que provoquen la alteración de la tranquilidad y el orden público. Es innegable que ningún derecho particular puede atentar contra la salud institucional de la República.

Deseamos ser bien claros en esto: el Gobierno ha dado repetidas pruebas de que no solo acata, sino que estimula el diálogo democrático, garantiza el sufragio y respeta la división de poderes de la Constitución. Dentro de la ley, todo es admisible y saludable. Fuera de la ley, no existe, sino la subversión y la anarquía. Al defenderse de la subversión, el Gobierno no se defiende a sí mismo; defiende las instituciones, preserva la paz social y asegura la tranquilidad de todos los sectores de la Nación.

Estamos dispuestos a realizar los sacrificios que sean necesarios y a mantener una imperturbable paciencia frente a los ataques personales, como una contribución para consolidar en nuestro país el rigor irremplazable de la legalidad democrática.

Estamos dispuestos a aplicar todas las medidas legales para evitar al pueblo argentino la permanente zozobra en que quieren sumirlo unos pocos inadaptados, que sirven intereses incompatibles con los más nobles y patrióticos anhelos de la inmensa mayoría de la Nación.

Queremos extirpar de raíz el odio, la revancha y la violencia entre los argentinos. Por eso, aun enfrentados a la conspiración y al sabotaje seremos ecuanímenes y serenos, aunque absolutamente rigurosos.

No reaccionaremos sino con el ejercicio pacífico y legítimo de las atribuciones que nos confieren las leyes de la República. Pero el pueblo quiere vivir dentro de la Constitución y demanda paz y armonía para trabajar en su provecho y por la grandeza común.

Nosotros no podemos defraudar este clamor. Seremos inexorables en la aplicación del derecho para sofocar la subversión e impedir la anarquía.

Reiteramos que la subversión comunista será severamente reprimida, pues tiende a alterar nuestras formas de vida en lo que tienen de más esencial y valioso. De nuevo repetimos, como lo hemos dicho y ratificado invariablemente en forma pública y privada, ante propios y extraños, cada vez que hemos tenido ocasión de hacerlo, que la vocación de la Argentina es una sola en el orden interno y en el internacional. Nuestro pueblo, occidental y católico, perseverará en la defensa de los principios del mundo libre, al mismo tiempo que sabrá extirpar con la mayor energía todas las actividades que amenacen los derechos democráticos y la vivencia de la legalidad.

Después de preparado este discurso, recibí hoy la visita del delegado cubano a la reunión de Punta del Este, doctor Guevara, a él tuve oportunidad también de expresar las categóricas expresiones que se acaban de escuchar.

Pero no es solamente el principio de estabilidad institucional el que está amenazado. Los conspiradores y perturbadores que actúan sin cesar desde la instalación del Gobierno constitucional no están solo movidos por pasiones personales u odios sectarios. Responden consciente e inconscientemente a intereses que, por cualquier medio, pretenden impedir el proceso de desarrollo económico de la Nación y la superación de su dependencia exterior. Invocando un falso nacionalismo o una pretendida posesión antiimperialista, se oponen a que la Argentina explote para sí sus recursos minerales, desarrolle sus fuentes energéticas y su industria pesada, y reestructure su vetusto sistema de comunicaciones.

Así, se agitó a la opinión pública contra la política petrolífera del gobierno, que consistía, simplemente, en que produjéramos en el país, con la ayuda de capitales extranjeros, lo que estábamos importando

con injustificable drenaje de divisas, a pesar de poseerlo en el subsuelo nacional en magnitud ampliamente suficiente.

Así, se criticó la radicación de capitales que está sembrando industrias en el vasto territorio argentino, único camino para extirpar el injusto monopolio del puerto de Buenos Aires en contra de la industrialización armónica y generalizada de todo el interior.

Así, se alzaron barricadas contra la enseñanza libre, que está proveyendo al país de nuevos institutos donde se forman los técnicos que necesita nuestra ciencia y nuestra industria.

De igual modo, se agita hoy a la opinión contra la racionalización y modernización del transporte, que eliminará una de las fuentes mayores del déficit fiscal y dará al país un sistema de intercomunicación económica indispensable, así como transporte rápido y suficiente para beneficio de la población que hoy viaja en condiciones totalmente inhumanas.

Estos intereses enemigos del progreso nacional se agitan y actúan con mayor virulencia a medida que el pueblo argentino advierte el acierto del camino emprendido.

Al cumplirse tres años de nuestro gobierno, dijimos con franqueza a la Nación que, en dicho camino, algunos objetivos estaban demorados. Hoy, podemos decir, con igual franqueza, que estamos recuperando el tiempo perdido y que ya se presienten los primeros frutos del histórico esfuerzo realizado por nuestro pueblo.

Tenemos en nuestras manos los recursos financieros necesarios para ejecutar sin demora el plan vial y la reestructuración del transporte. Ambos están en plena ejecución, como lo informa a diario la prensa y la radio, con medidas concretas y visibles como la adquisición de maquinarias y vehículos y la iniciación de obras en varias regiones. Hemos obtenido crédito en el exterior para incrementar de inmediato la producción de energía y para construir 15.000 kilómetros de caminos, aeródromos y viviendas. Estamos realizando activas gestiones para aumentar y diversificar nuestras exportaciones.

El presupuesto que iba en camino de arrojar un déficit del orden de 50.000 millones de pesos, está siendo controlado y reducido por efecto del conjunto de medidas de racionalización y contención de gastos, al

nivel de los 5000 millones, con perspectivas a su total extinción. Este hecho, aparentemente inverosímil hasta hace poco tiempo, constituye el factor más decisivo que pueda concebirse en el camino de consolidar el valor adquisitivo del salario y, en consecuencia, su armonización con el costo de vida. Estas son realizaciones concretas, que nos permiten mirar con confianza el cercano porvenir. No es sorprendente, pues, que los enemigos del desarrollo argentino extremen sus maniobras para desorientar y confundir a la opinión interna e internacional.

En estos momentos en que la Nación tiene los recursos y la voluntad de marchar decididamente hacia su definitiva recuperación, la intriga juega sus últimas cartas. Ahora ha centrado sus ataques en el problema de la carestía de la vida y en el problema ferroviario. El objetivo es lanzar a los trabajadores organizados a una acción frontal contra los planes del Gobierno, con el argumento de que se reduce su salario real y se promueve la desocupación.

El Poder Ejecutivo comprende y valora el papel que le cabe a la clase obrera en el reordenamiento de la estructura económica nacional. Conoce la magnitud de su sacrificio y la proporción exacta del deterioro que han sufrido sus salarios bajo la acción suplementaria del agio, la especulación, el déficit fiscal y el de las empresas del Estado. Conoce también los problemas de organización que afrontan ciertos sindicatos, cuyos directivos carecen de representatividad o la han perdido por su manifiesta tendencia a superponer las pasiones políticas a los intereses gremiales. El Poder Ejecutivo tiene plena conciencia de la acción corrosiva de los extremistas, simulada tras reivindicaciones justas en su formulación, pero imposibles de satisfacer mientras el proceso de transformación de nuestra economía no comience a arrojar los frutos que le son inherentes.

Todos esos aspectos de los problemas que aquejan y preocupan a los trabajadores, constituyen a su vez motivo de la preocupación y acción constante del Gobierno. Pero ninguno de esos problemas podrá ser resuelto plenamente mientras el desarrollo económico nacional no concite la decidida acción concurrente del pueblo y el Gobierno.

Porque ninguno de esos problemas proviene únicamente de una injusta distribución de la masa de bienes y servicios producidos, sino,

fundamentalmente, del desequilibrio entre la producción y las necesidades crecientes del consumo y del desequilibrio entre los saldos exportables de nuestro país y las necesidades de las importaciones requeridas por nuestras industrias y nuestros servicios. Solo las industrias básicas que transforman el fundamento económico del país e impulsan su industrialización integral darán a los argentinos la posibilidad de satisfacer su necesidades en plano de igualdad con los pueblos más avanzados del mundo.

El Gobierno valora en todo su alcance la función de la clase obrera en el esfuerzo conjunto de la Nación, que está creando efectivamente las bases de los altos niveles de productividad y, por ende, altos niveles de vida para todos los argentinos.

Es por eso que llama la atención de los trabajadores y reclama su redoblada vigilancia sobre la acción y la actitud de algunos de sus dirigentes. So pretexto de defender los derechos laborales, se pretenden reproducir las circunstancias de enero de 1959, cuando la huelga general, decretada por los sucesos del Frigorífico Nacional, estuvo a punto de crear condiciones de subversión que solo podían aprovechar los enemigos permanentes de los trabajadores. Y para justificar dicha huelga se llegó a decir que se había dado muerte a obreros, lo cual era absolutamente falso.

Fue así que el empleo de la violencia desatada por algunos dirigentes frustró por largo tiempo las reivindicaciones fundamentales de los obreros reduciendo el ritmo de las realizaciones económicas nacionales, así como postergando la restitución de la Confederación General del Trabajo, a punto de ser entregada en ese momento. Ahora que se pretende algo similar, cabe a los trabajadores imponer a sus dirigentes una acción que desbarate los objetivos de sus enemigos.

El desarrollo económico, la legalidad para todos y la paz social son objetivos esenciales del Gobierno. Pero son, también, necesidades impostergables de todos los trabajadores del país. La proyectada huelga general por tiempo indeterminado, en plena coincidencia con la aventura subversiva, no es obra de la casualidad. Estas turbias y peligrosas coincidencias, orgánicamente dispuestas entre algunos dirigentes sindicales y los golpistas, exigen que todos los trabajadores

extremen la vigilancia y deslinden responsabilidades. El Gobierno sabe que esa convivencia es rechazada y repudiada por el movimiento obrero argentino.

En cuanto a la coincidencia de este conflicto gremial con el golpe abortado, es menester advertir la acción de un puñado de dirigentes que ven peligrar sus posiciones y temen ser desplazados por decisión de la masa de afiliados. La incitación a crear condiciones favorables a la aventura y la violencia tiene dos puntos básicos de apoyo: el costo de la vida y la reestructuración de los transportes.

Sobre el primero, el Poder Ejecutivo ha informado recientemente a la ciudadanía, poniendo en su conocimiento las medidas de emergencia que está adoptando para combatirla: apertura de toda la ciudad al ingreso de la producción alimenticia del Gran Buenos Aires y sus adyacencias; ofensiva directa contra la excesiva intermediación, instrumento del agio y la especulación; disponibilidad de créditos internacionales para la solución integral del problema de la vivienda a los que se suman de inmediato el valor de la venta de los bienes improductivos en poder del Estado y de los terrenos ferroviarios desaprovechados.

Estas son medidas de emergencia. Las de fondo solo pueden surgir, como acabamos de exponerlo, del desarrollo económico nacional, de la multiplicación de las fuentes de trabajo, de la diversificación de la producción, de la disponibilidad de energía suficiente, de la fluida intercomunicación de todas las zonas de la República en condiciones económicas. En cuanto a la reestructuración de los transportes, ella es una necesidad impostergable para la Nación. Los transportes actuales no sirven al pueblo ni sirven a la producción. Determinan un déficit que pesa sobre el pueblo como una lápida. Cada año cuestan más y transportan menos. De este problema hay formada conciencia pública. Hacer la defensa del déficit so pretexto de defender los derechos de los trabajadores del riel, que es la postura con que algunos dirigentes gremiales se prestan para crear el clima de perturbación y del golpe, es una evidente mistificación.

Se busca llegar a una huelga general desde 48 horas hasta tiempo indeterminado como medio de impedir que el Estado reorganice los transportes y los ajuste a las necesidades del público usuario y de la

producción del país. Al respecto, queremos decir que no habrá jamás salarios altos ni trabajo seguro para los obreros ferroviarios con empresas deficitarias. Las pérdidas de esas empresas desvalorizan los salarios de todos los trabajadores argentinos, al aumentar el déficit fiscal, usina permanente de inflación. El solo anuncio de la huelga general resultaría absurdo si no involucrara, además, la posibilidad de ser realmente trágico para el país. No ha habido en nuestra historia un caso similar. Se quiere lanzar a todos los trabajadores a una lucha enconada para evitar que el Estado perfeccione un servicio público y elimine el déficit que arroja sobre la economía individual de cada argentino, un torrente inflacionario que deprime de modo creciente el valor adquisitivo de los salarios. Es decir que al mismo tiempo que se reclama contra la elevación del costo de la vida, se auspicia en los hechos el mantenimiento del déficit, que es la fuente que lo multiplica. Porque el déficit ferroviario y el déficit fiscal deprecian la moneda y elevan el costo de vida.

Por ello, debemos reiterar que no habrá solución integral del problema social hasta que logremos modificar nuestra estructura económica. El salario no es sino la expresión de una realidad económica de base. Los pueblos atrasados, los pueblos subdesarrollados, no pueden asegurar ocupación plena, buenas oportunidades, ni salarios altos a sus trabajadores.

Por eso estamos empeñados en acelerar las etapas del desarrollo nacional. El problema ferroviario es una de esas etapas, junto con la energía, la vialidad, la siderurgia, la petroquímica y la modernización del agro. Todos estos rubros son interdependientes, porque cada uno contribuye a reforzar el otro.

Si creamos fuentes de energía, altos hornos, plantas de química pesada y fábricas de tractores, es para vitalizar a la industria y el agro nacionales. De nada serviría ese esfuerzo si el sistema ferroviario, junto con los caminos y los otros medios de transporte, quedaran al nivel de su increíble atraso actual, ya que el impulso industrial y agrario se vería paralizado por falta de arterias de comunicación.

Hemos dicho en otra ocasión y queremos repetirlo ahora: las medidas para racionalizar los transportes y suprimir el déficit no dejarán

a un solo obrero sin trabajo. No amenazan los salarios ni las conquistas sociales; al contrario, habrá oportunidades para que los trabajadores progresen y mejoren sus ingresos. Por eso, la resistencia a la solución del problema no es una cuestión gremial, sino política. Se trata de impedir que el Gobierno beneficie a toda la población mejorando el transporte. Se trata de crear obstáculos a una acción indispensable de saneamiento financiero y de lucha contra la inflación.

El Gobierno declara que no renunciará al programa que ha trazado en este sector vital para la economía nacional, porque está obligado a proteger el interés de la comunidad frente al empecinamiento de algunos dirigentes obreros.

Lo hace con la profunda convicción de que así protege de verdad el salario de los trabajadores, al eliminar el cáncer de la inflación contra el cual son inoperantes los paliativos de tipo policial por espectaculares que sean. Lo hace también y, fundamentalmente, porque el pueblo argentino tiene derecho a que se termine con la vergüenza de medios de transporte indignos de un país civilizado. El Gobierno está seguro de que en esta decisión, absolutamente irrevocable, lo acompaña la opinión de toda la República. Deseamos terminar esta exposición con palabras de confianza.

Durante tres años gobernantes y gobernados hemos pasado una dura prueba. Un país sumido en una crisis económica sin precedentes y un pueblo dividido por profundas pasiones, emprendieron con entusiasmo el difícil camino de la conciliación espiritual y la recuperación material de la República.

Uno y otro propósito fueron frustrados por la impaciencia, el interés faccioso y la intolerancia. Pero la inmensa mayoría del pueblo tenía fe en las reservas infinitas de su patria y quería olvidar el rencor y los agravios de pasadas luchas. Esta vocación nacional pudo más que la intriga y el desánimo. El pueblo aceptó su parte de sacrificio y comprendió que el destino nacional estaba atado a la defensa de las instituciones democráticas, como base indispensable del bien común.

Ahora, a tres años del comienzo de esta experiencia, la unidad en torno a los grandes objetivos del desarrollo nacional es más fuerte cada día. Es cierto que subsisten discrepancias legítimas sobre los

medios para alcanzar dichas metas, pero hay acuerdo unánime sobre los tres postulados que propusimos a la Nación al asumir el gobierno: desarrollo económico, paz social, legalidad para todos.

Falta realizar un esfuerzo final de comprensión, que termine con toda discriminación entre los argentinos, que restablezca el imperio absoluto del derecho, que subordine el interés individual o de grupo al interés de la comunidad y que nos una a todos en la gran empresa de salvar al país de su atraso.

No reclamamos unidad del pueblo para que sirva de sostén a un gobierno efímero como todos los gobiernos. Tampoco queremos la unidad del conformismo o de la sumisión. Comprobamos con inmensa alegría que el pueblo argentino se une bajo la norma de la ley, para trabajar por la grandeza común sin renunciar a la dignidad de sus distintas convicciones en el ámbito de una democracia vigorosa.

Con profunda confianza en esta unión nacional dentro de la democracia proseguiremos pueblo y Gobierno, la ardua pero hermosa tarea de edificar el porvenir de la Nación que por la gracia de Dios alcanzará a ver y gozar nuestra propia generación.

La Argentina ante los problemas mundiales

Discurso pronunciado por radio y televisión desde el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, el 21 de agosto de 1961

Definición de una política exterior al servicio de la Nación

Me dirijo al pueblo de la República para reafirmar principios cardinales de una política totalmente coherente, que responde de manera orgánica a la raíz histórica de la Nación Argentina y a la creciente gravitación de su personalidad internacional.

Lo hago asumiendo la plena e indelegable responsabilidad de las funciones que la Constitución asigna al Poder Ejecutivo. Deseo disipar el equívoco que ha prevalecido en estos días, con motivo de la audiencia que el Presidente de la República concedió al ministro de Industrias y delegado de la República de Cuba a la Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social realizada en Punta del Este, doctor Ernesto Guevara. Autoricé personalmente la entrada al país del señor Guevara cuando se me hizo conocer su deseo de mantener conversaciones con el Presidente de la Nación; y determiné, también personalmente, las condiciones de su estada en el país, con el objeto de evitar cualquier alteración a la tranquilidad pública.

Cuando advertimos que dicha entrevista estaba siendo malinterpretada y que esta incomprensión era utilizada por los elementos que permanentemente conspiran contra la estabilidad institucional, procedí como siempre en estos casos. Enfrentamos de inmediato la situación, para aclararla y explicarla con entera franqueza. Atento a la función de custodia de la soberanía nacional de las Fuerzas Armadas, invité a los señores ministro de Defensa, secretarios y subsecretarios de las Fuerzas Armadas, comandantes en jefe y jefes de estado

mayor de las tres armas, con el objeto de informarles acerca de los hechos ocurridos.

Se anunció en esta circunstancia que el Presidente de la Nación informaría igualmente al pueblo de la República con el objeto de reafirmar, así como esclarecer, las líneas fundamentales de nuestra política internacional, en un nuevo esfuerzo por disipar todo elemento que contribuya a agravar las dificultades reales que el pueblo argentino está afrontando exitosamente. Lo hacemos sin reservas, seguros de que ella corresponde fielmente a la determinación soberana de un pueblo adulto, responsable y pleno de confianza en sí mismo, en sus ideales democráticos y en su grandioso destino nacional.

En esta exposición deseo articular y difundir lo esencial de lo que dije el sábado por la noche a los señores jefes de las Fuerzas Armadas, abonado en aquella circunstancia con la información reservada que es inherente al conocimiento de un jefe de Estado. Lo hago con la sinceridad con que habla a los soldados de su patria un gobernante elegido libremente en comicios, cuya pureza garantizaron precisamente esos mismos soldados. Ese gobernante ha sido elegido para desempeñar funciones explícitamente enumeradas en la Constitución Nacional y es personalmente responsable de sus actos ante el pueblo en la forma prescripta por la ley fundamental. Pero además, como gobernante de un país democrático y como ciudadano que se siente irrevocablemente solidario con las esperanzas y los anhelos de su pueblo, no rehúye sino que busca el diálogo permanente con todos los argentinos, honestamente preocupados por los intereses y el prestigio de su país.

Siempre hemos creído que al gobernante no le basta con cumplir y hacer cumplir formalmente las leyes de la República. El gobernante es un intérprete de su pueblo y servidor de sus ideales e intereses. Como tal, debe buscar inspiración en un diálogo ininterrumpido con sus mandantes, con los representantes de todos los sectores y de todas las opiniones, sin subordinarse, por supuesto, a ninguno en particular. Por eso, no consideramos impropio analizar y discutir nuestra gestión con todos aquellos que contribuyen a labrar el destino nacional, sean militares o civiles, empresarios u obreros, estudiantes, técni-

cos, maestros o simples ciudadanos. Pero considero también que no hay gobierno sin responsabilidad. No permaneceríamos ni un minuto en el cargo si se pretendiera que renunciáramos, siquiera parcialmente, a las responsabilidades constitucionales. Soy el jefe del Poder Ejecutivo y tengo la unipersonal responsabilidad del cumplimiento de los deberes que la Constitución le impone. Asumo íntegramente esa responsabilidad y no estoy dispuesto a rehuirla, a delegarla o a descargarla en funcionarios que cumplen lealmente las instrucciones que les imparte el presidente de la Nación.

Tal conducta sería impropia de un jefe que aspira al respeto de sus subordinados.

Como presidente de la Nación y dentro del marco de la división y la complementación de los tres poderes del sistema republicano, he asumido ante el pueblo la responsabilidad de ejecutar un programa de gobierno aprobado en comicios libres y que se resume en los siguientes objetivos:

- 1) Legalidad y vigencia plena del orden jurídico-democrático.
- 2) Paz social, participación activa de productores y obreros en la consolidación y progreso de la economía nacional.
- 3) Estabilización y desarrollo económico.
- 4) Política internacional al servicio del desarrollo interno y ajustado al cumplimiento estricto de las obligaciones que impone la comunidad de las naciones libres, para el afianzamiento de la paz mundial.

Estos objetivos no pertenecen a un gobierno determinado ni han sido inventados por mi partido o por mí. Todos ellos son imprescindibles e interdependientes. Constituyen el programa de una nación que necesita cumplirlo totalmente, si ha de sobrevivir como comunidad civilizada. No cabe en ellos opción alguna, porque no son expresiones circunstanciales ni postulados particulares, sino necesidades objetivas, históricamente preestablecidas por la realidad de nuestro país y del mundo.

En efecto, no hay opción alguna entre la legalidad y la anarquía; los argentinos no podemos sobrevivir si no extirpamos totalmente el odio

partidista y sectario que nos divide y si no creamos las condiciones institucionales, morales y sociales que hagan posible la convivencia pacífica de todas las opiniones y todos los intereses que se ajusten a la ley.

Tampoco hay opción entre la paz social y el odio de clases. Un país aletargado, detenido en su crecimiento, descapitalizado en los sectores vitales de su economía, no puede entregarse a un estéril enfrentamiento por el reparto de la renta nacional, que es característica de las luchas sociales en los grandes países desarrollados. El signo característico de nuestros problemas es el de su condición nacional y, en ese sentido, por grandes que sean las diferencias entre los distintos sectores sociales, ellas deben quedar subordinadas a la unidad nacional frente a las dificultades externas, toda vez que si no afirmamos la independencia económica y la soberanía, no habrá soluciones permanentes para nadie. Este es el único camino para construir una economía de abundancia que haga posible la justicia social perdurable. Se equivocan entonces los empresarios que hacen del provecho su única aspiración, cuando tienen que reinvertir sus utilidades en la capitalización de sus empresas y cuidar celosamente ese capital fundamental e insustituible que es el trabajo y el bienestar de sus obreros. Se equivocan igualmente los dirigentes obreros que consideren que no interesa a la clase trabajadora otra cosa que el aumento nominal de sus ingresos, cuando saben que ese aumento es ilusorio en una economía de subproducción y de enormes presiones inflacionarias.

No hay opción entre la estabilidad financiera y la inflación incontrolada. Si no extirpamos el déficit fiscal, motivado en su mayor parte por el déficit de las empresas estatales, no habrá moneda sana y, por consiguiente, no habrá estabilidad en el salario real de los trabajadores y en los precios de los artículos que consume la población.

No hay opción entre el desarrollo y el subdesarrollo. La crisis universal de los países exportadores de productos primarios no se soluciona con una política internacional de los precios de esos productos, desvalorizados por el exceso de oferta y por la política proteccionista de países industriales que subvencionan su producción primaria y las de sus dominios. No hay otra solución que la de salir de la condición

exclusiva de productores de materias primas y alimentos, y emprender un vigoroso y rápido plan de explotación de los recursos internos, industrialización nacional e integración comercial a escala regional y mundial. En materia de comercio exterior, hay que suprimir toda discriminación y buscar nuevos mercados en las naciones que, como la nuestra, están en pleno proceso de desarrollo, cualquiera sea el sistema político imperante en los países a los cuales necesitamos vender o a los cuales necesitamos comprar. El mundo puede estar dividido por barreras políticas, pero estas no pueden interferir en el comercio y no lo interfieren ni siquiera entre los más enconados rivales cuando se trata de restablecer las corrientes multilaterales del comercio mundial interrumpidas por la guerra.

No hay opción entre la convivencia y cooperación internacionales y el aislamiento. Los argentinos hemos tenido la dolorosa experiencia de una política fundada en la ilusión de la autosuficiencia creada por una prosperidad efímera, que no se asentaba en el desarrollo orgánico de los rubros fundamentales de toda economía nacional moderna.

Y aquí entramos de lleno al tema principal de esta exposición.

Los argentinos, todos los argentinos, estamos irrevocablemente comprometidos a dar término a la tarea de sacar a nuestro país de la quiebra financiera y del atraso económico. Para ello nos impusimos sacrificios y adoptamos medidas drásticas, que afectan el interés inmediato de todos los sectores. El Gobierno acepta íntegramente la responsabilidad de haber ejecutado una política impopular en su expresión indispensable para asegurar a breve plazo el creciente bienestar del pueblo. No vacila en el ejercicio de su autoridad para contener y encauzar la justa impaciencia de quienes se sienten más afectados, que son los trabajadores y sus familias. Ahora mismo estamos decididos a ejecutar hasta el fin el plan de reestructuración de los transportes, resorte económico vital, aun enfrentando la incompreensión de cierto sector de dirigentes gremiales.

Pero la autoridad es indivisible. No se puede exigir del Gobierno energía y responsabilidad para vitalizar el frente interno si al mismo tiempo se pretendiera inmovilizarlo y menoscabarlo en la conducción de la política internacional. La política internacional de un país

no es una abstracción dada en puros conceptos, sino un instrumento de realización nacional, una herramienta de los pueblos para asegurar su existencia y su prosperidad dentro del marco de la comunidad universal. En ese sentido es la proyección externa de su personalidad interna, el medio de obtener los fines nacionales con el auxilio de la cooperación internacional y de las corrientes mundiales del intercambio.

El objetivo básico de toda política internacional es lograr el respeto ajeno de la soberanía propia. Nuestro país es un país soberano, fundado en un régimen político democrático, en ideales cristianos profesados por la inmensa mayoría católica de su población y que provienen de su irrenunciable raíz histórica. El primer deber del gobernante es preservar esa herencia y defenderla contra toda agresión, franca o disimulada, directa o indirecta.

Los argentinos repudiamos la concepción totalitaria de la vida, el avasallamiento de la dignidad del hombre por los poderes arbitrarios del Estado, la filosofía atea y el materialismo de todos los extremismos. Estamos dispuestos a defender por todos los medios nuestro acervo espiritual contra la penetración de ideologías repugnantes a nuestra conciencia de pueblo democrático y católico, y este Gobierno ha dado pruebas concluyentes de su firmeza en la represión de las acciones disolventes del comunismo.

No necesitamos extendernos para reiterar que la Argentina es una parte del mundo occidental. Negarlo o ponerlo en duda es negar nuestra existencia misma en su raíz histórica y espiritual, y en su realidad geográfica y política actual.

Sin embargo, la forma confusa y tergiversada con que demasiado frecuentemente se viene acudiendo a este concepto, nos obliga a reiterar algunas apreciaciones acerca de él.

Considero que el concepto occidental tiene un significado fundamentalmente espiritual y, en tal sentido, lo vinculo a la definición de la posición internacional argentina. Somos occidentales en tanto católicos y democráticos, es decir, en cuanto sustentamos una concepción trascendente de la vida, que nos lleva a reivindicar para el hombre una dignidad que está por encima de toda consideración utilitaria y

que nos induce, en razón de ello, al respeto de la persona humana, emanado del amor cristiano que no reconoce ni admite diferencias ni discriminaciones.

Por su fundamento cristiano, el concepto occidental no tiene un carácter excluyente ni restrictivo, sino universal. No puede ser utilizado para justificar el predominio o la superioridad de un grupo de naciones sobre otras, sino que, por el contrario, conduce a establecer los fundamentos para una auténtica comunidad internacional, dentro de una convivencia fraternal y justa, único basamento para una paz duradera.

Por ello, la idea de occidentalismo no puede ser utilizada para mantener indebidamente el sojuzgamiento colonial por algunas naciones, so pretexto de que estas sean depositarias de tradiciones occidentales.

Hay naciones que han pretendido mantener privilegios injustos en el orden internacional a título de ser defensoras del mundo occidental. Esos privilegios consisten, generalmente, en ventajas comerciales no equitativas o en la explotación de los recursos de otros pueblos, económicamente más débiles, sin una compensación adecuada. Nada ha causado más daño a los altos ideales de Occidente que estas tergiversaciones aplicadas a defender la injusticia, ya que ellas han sido luego hábilmente utilizadas por la prédica comunista contra los ideales verdaderos y sus defensores sinceros.

En los países en que, como en el nuestro, junto con los muchos beneficios recibidos de nuestras relaciones económicas internacionales hemos padecido los efectos negativos de intereses egoístas e injustos de algunos sectores económicos extranjeros, nos hemos encontrado también con mucha frecuencia que tanto empresarios extranjeros de esos intereses como los nacionales vinculados a los mismos, han querido defender, mantener o imponer sus privilegios tan injustos como totalmente utilitarios, en nombre de supuestos ideales espirituales de Occidente. También en estos casos los sectores que actúan están dañando gravemente los ideales que invocan para defender sus intereses y proporcionan su mejor argumento a la prédica disolvente antioccidental.

Por contraposición queremos señalar, como ejemplo de una posición occidental, la adoptada por el presidente Kennedy al anunciar su programa de Alianza para el Progreso, que acaba de ser sancionado por la reciente Conferencia de Punta del Este y para cuyo exitoso cumplimiento está requiriendo amplios recursos de su propio pueblo. El presidente Kennedy nos ofrece así el testimonio de una nación poderosa, que no quiere volcar su fuerza para explotar o sojuzgar a otros pueblos, sino que comprende que la mejor contribución a su propio bienestar y a sus ideales consiste en cooperar para el progreso económico y el bienestar social de los países subdesarrollados.

Pero, por encima de estas apreciaciones, deseo remitirme a la esclarecedora Encíclica *Mater et Magistra* de Su Santidad Juan XXIII, en cuyas páginas están claramente definidas las condiciones y normas de la vida internacional, por cuya vigencia debemos trabajar los pueblos que nos consideramos depositarios de esos ideales.

La defensa de la soberanía propia, elemento básico del derecho internacional, presupone el respeto de las soberanías extrañas. No podemos reprimir a quienes intentan alterar nuestro modo de vida, si a nuestra vez intentamos alterar el modo de vida de otros pueblos. En nuestra América tenemos una triste experiencia de la injerencia extraña en los asuntos internos de otros Estados. Por eso hemos instituido el principio de autodeterminación de los pueblos en el fundamento del sistema interamericano. Si violáramos ese principio para imponer nuestras ideas a nuestros vecinos, no podríamos protestar mañana cuando otra nación quisiera imponer los suyos a los argentinos. Cuando respetamos la autodeterminación de otros pueblos estamos exigiendo, a la vez, el respeto a nuestra propia autodeterminación, estamos defendiendo nuestra propia soberanía.

En el mundo han coexistido siempre diversas filosofías nacionales, regímenes políticos autocráticos y democráticos, países católicos, protestantes y musulmanes. La humanidad ha aspirado siempre a suprimir las guerras ideológicas entre naciones, porque su experiencia milenaria demuestra que ningún pueblo logra vencer a sangre y fuego el alma de otro pueblo. Vivimos en este mundo diverso y debemos acatar las levas de la convivencia de esas diversidades. Así lo

entienden las naciones adelantadas de la tierra, las más celosas de su patrimonio legendario, cuando mantienen relaciones y comercian con otras naciones que son el polo opuesto de sus ideales nacionales. En esta aceptación expresa de las diversidades nacionales se funda, precisamente, todo el derecho internacional y la carta de las Naciones Unidas. La Argentina, que es miembro de esa comunidad, tiene la obligación de respetar sus cánones y los respetará sin excepciones.

Pero la Argentina es más que un miembro pasivo de esa comunidad universal. Después de años de aislamiento, la República ha adquirido una gravitación excepcional en los asuntos internacionales, desde luego, hemisféricos, propios de una verdadera y efectiva potencia americana. Ello hace que el país haya alcanzado una peculiar consideración mundial y sea altamente respetado. Junto a otros países hermanos, encabezamos una nueva conciencia latinoamericana, que se proyecta con vigor sin precedentes en el ámbito mundial. Esto no es fruto de una casualidad ni de una improvisación, ni siquiera de una postulación ideológica.

Estamos ocupando un lugar de primer plano por la sencilla razón de que América latina ha decidido emprender la extraordinaria empresa común de superar el subdesarrollo y la pobreza. Esta determinación nacional de cada uno de sus países y de la comunidad entera es la que se traduce en su creciente gravitación internacional. La medida de esa gravitación es el tamaño de su vocación de progreso. Nos hemos hecho fuertes ante los ojos ajenos porque hemos determinado con precisión los objetivos y los estamos persiguiendo con irrevocable decisión.

Esta gravitación, cada día más creciente, de la Argentina, determina su intervención constante en los más graves problemas que afronta la actual situación del mundo mediante consultas directas al Presidente de la Nación. Cuestiones como la del desarme, las repercusiones del fracaso de la Conferencia Cumbre de París celebrada el año próximo pasado, la evolución de la guerra fría, la actual situación de Berlín, han provocado contactos directos con nuestro gobierno por parte de los jefes de Estado de las más grandes naciones del mundo. A la vez que ello demuestra que las discrepancias existentes entre los países

comprometidos por todas esas cuestiones deben ceder a la necesidad objetiva de negociar los diferendos para mantener la paz del mundo, muestra a las claras que la República detenta voz y audiencia propia en el ámbito mundial. Correlativamente, ello acredita que la Argentina no está ubicada entre los satélites, que obedecen sumisos los dictados de las grandes potencias, sino que toma parte activa y resuelta en la consideración de los problemas que más afligen a la humanidad.

Con relación a la lucha contra la acción disolvente del comunismo, el aporte de nuestra propia fuerza y gravitación en el cuadro internacional es el mejor camino para preservar los principios y tradiciones inherentes a nuestra esencia nacional. Si a cambio de actuar como país independiente y en ejercicio de su plena soberanía, lo hiciéramos como satélite, no solo abdicaríamos de nuestra dignidad nacional, sino que seríamos responsables de dejar al país desguarnecido ante la reacción y el extremismo. Los satélites nada suman a los principios que se trata de reservar. Las naciones independientes, comprometidas y aliadas en la defensa de las grandes causas de la humanidad, aportan la fuerza política y moral de su propia gravitación.

En lo que concierne a las relaciones intercontinentales, la reciente conferencia de Punta del Este ha traducido la expresión de un profundo cambio, al que la Argentina ha contribuido de manera preponderante. América latina discutió de igual a igual con los Estados Unidos e impuso sus puntos de vista sobre la urgencia de proveer los recursos, en magnitud y oportunidad adecuadas, para el desarrollo de base del hemisferio. Se dejó de lado la vieja retórica del panamericanismo y se adoptaron resoluciones concretas y expeditivas.

Hubo acuerdo de criterios entre la delegación norteamericana y las de la mayoría de los países latinoamericanos en un clima de mutuo respeto y armonía. La prensa mundial ha coincidido en destacar el papel preponderante de la Argentina en las deliberaciones. Puede decirse que Punta del Este comienza una nueva era en la historia de América y que la Argentina ha sido uno de los principales arquitectos de esta victoria.

Tampoco esta circunstancia ha sido casual. En Punta del Este culminó una política americana que iniciamos antes de asumir el gobier-

no y cuyo fruto más reciente es el acuerdo de Uruguayana. La República Argentina está indisolublemente comprometida a participar en todos los esfuerzos de integración espiritual y material del continente y cifra en su política americana su mayor y más firme esperanza. En mis recientes conversaciones con los señores Stevenson, Dillon y otros hombres de Estado, escuché la firme opinión de que en todo el hemisferio se considera a la Argentina como factor decisivo del desarrollo económico, la estabilización democrática y, consiguientemente, del triunfo de los ideales occidentales en América. Prueba de esta convicción es el éxito que ha acompañado a las negociaciones del ministro de Economía y las de nuestro representante en Washington. El gobierno de los Estados Unidos entiende que en el fortalecimiento de la democracia argentina está la prueba de que el desarrollo, base de la elevación de los niveles de vida, puede avanzar y triunfar sin que de ningún modo sea necesario recurrir a la violencia y la destrucción de las libertades individuales que, por el contrario, actúan como factores negativos.

Al respecto, conviene recordar que con motivo de la conferencia celebrada el 24 de mayo de este año en Washington con el presidente Kennedy por nuestro ministro de Economía, el jefe de Gobierno de los Estados Unidos declaró: "Si los años sesenta deben convertirse en la década del progreso para las Américas, si debemos aportar un progreso económico y una mayor justicia social a nuestro hemisferio bajo la égida de la libertad, debemos contar para ello con los esfuerzos cooperativos de los gobiernos de la Argentina y de los Estados Unidos.

Nosotros, los Estados Unidos, esperamos colaborar con el Gobierno argentino en sus esfuerzos heroicos para mejorar el bienestar de su pueblo, pues nos hemos comprometido a participar en el desarrollo económico de la Argentina. Más importante aún, es que nos hemos comprometido a continuar nuestras relaciones de amistad, asociación y respeto mutuo.

En conjunto, la Argentina y los Estados Unidos pueden trabajar, no solamente con vistas a la solución de sus propios problemas, sino igualmente para mejorar la vida de los hombres libres de este hemisferio y del mundo entero, pues los Estados Unidos y la causa

de la libertad no tienen amigo más sólido y respetado que el pueblo argentino”.

Una nación no pasa a ocupar un lugar de expectación y privilegio en el concierto mundial sin que ello le comporte nuevas y más graves responsabilidades. Es el caso de la Argentina. En la medida en que su palabra es cada vez más escuchada, su participación en los asuntos del continente se torna imperativa. Aunque sus gobernantes quisieran, no podrían eludir la consideración y el análisis de los problemas de la comunidad. Entre estos problemas el más candente es quizás el de Cuba. El Gobierno mantiene y mantendrá la posición que ha adoptado con respecto a este país.

El Gobierno de esta nación hermana emplea procedimientos que los argentinos rechazamos categóricamente. Nosotros queremos el desarrollo económico, pero estamos dispuestos a conseguirlo afirmando la libertad, respetando las tradiciones espirituales y asegurando la paz social. Somos y seremos siempre miembros de la comunidad occidental y de la familia americana. Repudiamos la injerencia de potencias extrañas en los asuntos americanos. Esta posición del Gobierno argentino es perfectamente conocida por los dirigentes cubanos. Y así se lo ratifiqué al doctor Guevara. Pero este representante oficial de una nación americana solicitó una entrevista al Presidente de la República Argentina, para exponerle la opinión de su gobierno en materia de las relaciones con el resto del hemisferio. Hubiera sido impropio de la responsabilidad que la propia familia americana le asigna a la Argentina, negarse a recibir al representante de un gobierno americano por más opuestos que sean los criterios sustentados por uno y otro Estado.

Una nación seria y responsable no debe practicar la política del avestruz, que consiste en eludir los problemas o en pretender ignorarlos. Existe un problema cubano y es obligación de todos los Estados americanos considerarlo y buscar una solución que convenga a la comunidad americana y a sus ideales democráticos. No puede admitirse que América, y cada uno de los países que la constituyen se desinteresen de la situación de una nación hermana sujeta a serios diferendos con las demás. La paz y la tranquilidad de América, la pre-

servación del sistema regional interamericano y la estabilidad política de nuestro continente hacen que no pueda ni deba desaprovecharse una sola posibilidad, por mínima que fuere, para que se reafirmen los principios de aquel sistema y su vigencia en todos los países del hemisferio.

Si el representante cubano deseaba discutir con el Presidente argentino ese problema, habríamos faltado a nuestros deberes de gobernantes y de americanos si hubiésemos rehuído el diálogo. Solamente los débiles eluden la confrontación con hombres que no piensan como ellos. Ninguno de los estadistas de las grandes naciones occidentales rehúsan hablar con los dirigentes de los países comunistas. Nosotros no querríamos ser jamás gobernantes de un pueblo que tiene miedo de confrontar sus ideas con otras ideas.

El pueblo argentino nunca tuvo miedo en el pasado ni lo tiene ahora. Por el contrario, está absolutamente convencido de que la causa americana, occidental y cristiana es invencible y, que Cuba, tarde o temprano, se reintegrará plenamente al seno de la familia americana.

La Argentina es un país que gravita en América, porque la categórica definición de sus objetivos nacionales así lo ha determinado. Su política internacional debe estar a la altura de esa responsabilidad y no rehuirla nunca.

La responsabilidad consiste en ser claros y coherentes, y en actuar con el respaldo del pueblo en cada ocasión. Fijados los objetivos y definida la doctrina, la conducción no puede ser vacilante ni deliberativa; debe ser ejecutiva. No podemos exigir el respeto del mundo si en cada movimiento de nuestra personalidad internacional no se refleja la unión y la cohesión internas.

Hemos definido con hechos y no con simples palabras la política internacional argentina en esta hora decisiva del mundo. Es la hora en que la rivalidad estéril de la guerra fría, estéril porque no da soluciones positivas, ceda su sitio a una política dinámica como la que se expresa en el Programa de la Alianza por el Progreso. Es la política de la afirmación democrática, de la ayuda al desarrollo económico de las naciones atrasadas, la política de la liberación definitiva del mundo

colonial, de la cooperación regional e internacional. No hay disensiones políticas que puedan distraer al mundo de esta empresa común de progreso y de bienestar para todos sus habitantes en la era de los maravillosos avances tecnológicos.

Los argentinos estamos realizando con el esfuerzo del pueblo la integración de nuestras fuerzas internas y la integración de nuestro país en la comunidad americana con proyecciones desconocidas en el pasado. Los grandes países industriales de Norteamérica y de Europa están volcando importantes recursos técnicos y financieros al desarrollo de América latina, única zona subdesarrollada de Occidente.

Tenemos al alcance de nuestras manos la victoria decisiva en esta batalla por la elevación espiritual y material de nuestros pueblos. Traicionamos los altos intereses de la comunidad occidental cuando nos distraemos en la inútil discusión de querellas políticas, cuando magnificamos cualquier episodio que nos divide en lugar de luchar por los grandes objetivos que nos unen y que han de preservarnos eficazmente de la contaminación totalitaria.

La soberanía nacional se defiende fortaleciendo el frente interno para actuar con una sola voz en el concierto internacional. La defensa de los ideales democráticos del pueblo argentino no es patrimonio exclusivo de sector alguno. Todos los argentinos estamos obligados a preservar la dignidad nacional. El Presidente de la Nación es solamente el intérprete de esta conciencia nacional cuando trata con los extranjeros. Y el país y el mundo tienen derecho a exigir que el Presidente argentino hable en nombre de todos los argentinos.

Estoy convencido de que hablo en nombre de todos los argentinos cuando digo que el Gobierno no retrocederá en el cumplimiento del programa de afirmación democrática y desarrollo económico y social que convertirá a la Argentina en la presente década en una potencia mundial. Cuando digo que solamente en la marcha hacia esos objetivos podremos consolidar la libertad y asegurar trabajo, salarios dignos y los beneficios de la cultura a todos los habitantes de la República. Y cuando afirmo que la política internacional argentina, que ha devuelto a nuestro país su prestigio de nación soberana e independiente, es la política que sirve a los intereses e ideales del mundo espi-

ritual al que pertenecemos indisolublemente y a los más altos ideales de la paz mundial.

En nombre del orgullo argentino, del buen nombre de la Nación Argentina, formulo este nuevo llamado a la unidad nacional y afirmo solemnemente que cumpliré con mi deber sin vacilaciones, porque así entiendo servir a la preservación de la soberanía nacional, que es indivisible e indeclinable, y emana del pueblo.

La creación del Consejo Nacional de Desarrollo

Palabras pronunciadas al poner en posesión de sus cargos a los miembros del Consejo Nacional de Desarrollo, en el jardín de invierno de la Casa de Gobierno, el 8 de setiembre de 1961

Sentimos especial y profunda satisfacción al poner en posesión de sus cargos a los miembros del Consejo Nacional de Desarrollo.

El Consejo Nacional de Desarrollo será el instrumento coordinador de una política que expresa una voluntad nacional irrevocable. El pueblo argentino ha elegido este camino y el Gobierno no es sino el intérprete de sus anhelos.

Por ello, hemos aceptado este mandato como la razón fundamental de nuestra gestión y estamos consagrados a ejecutarlo hasta el fin, cualquiera sea la magnitud del esfuerzo y sacrificios que nos imponga.

El desarrollo económico del país no es un fin en sí mismo. La expansión de la economía y la creación de más bienes y servicios son simples instrumentos de la realización espiritual de un pueblo.

Más aún, si no tuviéramos una profunda fe en la energía espiritual de nuestro pueblo, ni siquiera hubiéramos iniciado el plan de desarrollo económico nacional. Porque solo los pueblos dotados de una gran fuerza moral y espiritual pueden lograr para sus países la plena independencia, la vocación de grandeza y el cumplimiento de un destino nacional.

En la medida en que forjamos las bases del poderío material, estamos liberando a la Nación de su dependencia de voluntades ajenas, es decir, estamos afirmando la soberanía; primera condición moral de una colectividad libre.

En la medida en que incrementamos la riqueza común, estamos alcanzando la posibilidad de repartirla equitativamente entre aquellos que crean esa riqueza, es decir, estamos cumpliendo con el precep-

to moral y cristiano de la justicia distributiva y estamos dignificando al hombre, sujeto único del bienestar social en una nación democrática.

Todos los bienes espirituales del hombre y de su familia, como el acceso a la educación y a la cultura, el derecho al descanso y a una vejez sin penurias, el derecho de elegir trabajo y de recibir un salario justo, se realizan plenamente en el seno de un país próspero y en incesante progreso. No hay libertad verdadera del hombre en la miseria o la estrechez.

Nos preocupa defender los valores éticos y cristianos de nuestro acervo nacional. Por eso queremos fortalecer nuestra democracia y nuestras instituciones republicanas contra la infiltración extremista, que se nutre del malestar social en las naciones subdesarrolladas.

Nos preocupa atender las crecientes necesidades de la defensa nacional que en los Estados modernos no se limita a la simple custodia de las fronteras, sino que monta guardia permanente para impedir la subversión interna y la guerra ideológica.

Nos preocupa asegurar la paz social, suprimir el factor de perturbación que significa la lucha de clases como elemento disociante de la unidad espiritual de la Nación.

Nos preocupa dar a cada argentino un lugar digno y activo en la sociedad y las más amplias perspectivas de capacitarse culturalmente para progresar en su vida y asegurar el porvenir de sus hijos.

Nos preocupa que el argentino, desde Jujuy a Tierra del Fuego, disfrute de la mismas comodidades materiales, bienes espirituales y esparcimientos que su compatriota de Buenos Aires, suprimiendo de raíz la injusta y tradicional diferencia entre provincias ricas y provincias pobres en una misma comunidad nacional.

Estos son los objetivos que persigue el programa de desarrollo nacional del pueblo argentino.

Pero no habrá defensa real de la soberanía, ni paz social, ni estabilidad democrática, ni integración geográfica del país, ni bienestar espiritual del hombre argentino, si no echamos las bases fundamentales del desarrollo que se llaman energía, siderurgia, petroquímica, industria pesada, caminos y transporte.

El desarrollo nacional no es una empresa del Gobierno, sino una empresa de la Nación, de toda la Nación: hombres públicos y empresarios, educadores, trabajadores, hombres de todos los sectores y opiniones políticas deben tener conciencia de esta empresa, participar en ella y llevarla a cabo.

Por eso es necesario que el funcionario público comprenda que debe esforzarse con celo y eficiencia para contribuir a la reactivación económica nacional, superando las antiguas prácticas rutinarias de la burocracia. El funcionario público debe actuar con la conciencia de que su responsabilidad no consiste en acumular expedientes, sino en agregar su esfuerzo a la gran área productiva nacional.

El empresario debe, por su parte, identificar la prosperidad de su empresa con la prosperidad nacional. No hay nada más endeble ni más antisocial que la actividad económica privada que depende la especulación o de las prácticas restrictivas y monopolistas. Mayor calidad, mayor producción y menores costes para un mercado nacional y mundial cada vez más competitivos, deben ser los objetivos de la empresa para el desarrollo.

El trabajador debe comprender que serán vanos todos los esfuerzos y todas las luchas para mejorar su posición en una estructura económica, en la que, a la vez que persisten las condiciones del subdesarrollo, se trabaja sin tener en cuenta el objetivo de incrementar la productividad.

Todos los medios que contribuyen a la expansión de la actividad económica mediante nuevas industrias y métodos más modernos, mediante mayor volumen de producción y mejor calidad y eficiencia, permitirán lograr la abundancia de bienes que servirá para mejorar los salarios en términos reales y despertar así de la ilusión de recibir más billetes de valor cada vez más depreciado.

El educador debe tener conciencia de este proceso y responsabilidad social, transmitiéndolos a sus educandos. Debe conocer y mostrar la calidad del mecanismo productivo para destacar las falacias que tan fácilmente prosperan con la ignorancia.

Y todos los hombres de todos los sectores de la vida nacional deben tener la conciencia permanente de su responsabilidad común

en este esfuerzo de todos. Por encima de diferencias circunstanciales debe afirmarse y consolidarse una coincidencia en la necesidad imperiosa de asegurar, por la vía del desarrollo, el progreso social y material que nuestra nación necesita para reafirmar definitivamente sus instituciones democráticas y para ocupar la posición que le corresponde históricamente en el concierto de las naciones libres.

Por otra parte, y por el hecho de haber elegido la vía democrática para el desarrollo, hemos apoyado y seguiremos apoyando fuertemente esta empresa en la cooperación internacional.

Para ganar el tiempo que ha perdido nuestro país en su largo período de estancamiento y aun de retroceso económico, y realizar con la rapidez necesaria el esfuerzo de crecimiento, de cambio de estructura y de impulso hacia un ritmo de expansión cada vez mas acelerado, se requieren cuantiosas inversiones que el ahorro nacional no puede proporcionar, so pena de exigir al pueblo un sufrimiento incompatible con el bienestar esencial al que tiene derecho.

Otros regímenes de carácter totalitario eligieron ese camino de desarrollo autárquico y para ello ahogaron las libertades e impusieron las más severas penurias a su pueblo. Nosotros rechazamos esta alternativa y reconocemos la necesidad de promover un progreso vigoroso, salvaguardando y mejorando, si es posible, el bienestar social de la población.

La cooperación internacional, recibida de las instituciones internacionales y de países que han comprendido el interés mutuo de nuestro desarrollo, como lo es principalmente el caso de los Estados Unidos, nos ha permitido esa evolución favorable, que necesitamos prolongar y aun intensificar en un futuro inmediato.

La reciente ratificación de la Alianza para el Progreso en la Carta de Punta del Este, marca la perspectiva futura de una cooperación justa y digna para el desarrollo como instrumento fortalecedor de la solidaridad continental.

La creación del Consejo Nacional de Desarrollo viene a llenar una necesidad largamente postergada.

Hemos pedido la patriótica colaboración de un núcleo de hombres que se han destacado en todas las esferas de la vida nacional,

la ingeniería, la economía, la industria, la agricultura, y en todas las regiones del país.

Hemos encomendado la Secretaría Ejecutiva del Consejo, que tendrá a su cargo la responsabilidad técnica de este, a un joven profesional que pertenece a ese brillante núcleo de argentinos que se han destacado en el campo de la actividad especializada y en la docencia, tanto en nuestro país como en altas instituciones internacionales y de otros países.

Este consejo tendrá la responsabilidad de precisar los objetivos a largo plazo de nuestro desarrollo y analizar las condiciones en que deberán desenvolverse todos los sectores de la vida económica nacional para lograrlo.

Como se señala en el decreto de creación, se trata de un organismo esencialmente consultivo y técnico. No es este un ministerio o una dependencia administrativa más, sino un centro de estudio y de análisis que, apartado de la presión cotidiana de los problemas inmediatos, dará al Gobierno y al país la perspectiva del camino para su progreso.

Mucho esperamos de la labor de este órgano que, en forma silenciosa, con elevada responsabilidad técnica y criterio nacional, elaborará, en contacto fructífero con todos los sectores del Gobierno, de la actividad empresaria, del trabajo, de las universidades y con los hombres de todas las regiones del país, el análisis que ayudará a esclarecer la orientación de la gran empresa común del desarrollo nacional.

Tengo el honor de poner en posesión de sus cargos al señor presidente, a los señores miembros y al señor secretario ejecutivo del Consejo Nacional de Desarrollo.

La joven generación argentina

*Palabras expresadas por Radio Universidad Nacional del Litoral,
Santa Fe, el 19 de setiembre de 1961*

Al inaugurarse la Radio de la Universidad Nacional del Litoral, tengo la profunda satisfacción de dirigir un saludo a la juventud estudiosa de ese fecundo centro de cultura.

A esa joven generación argentina aspiramos a entregar una nación fortificada en su estructura espiritual y material, para que, cuando ella asuma nuestras tareas de ahora, encuentre condiciones más propicias para el despliegue de su esfuerzo creador.

Es ese el pensamiento que inspira nuestros afanes de gobernantes. Nos proponemos romper las trabas que han retardado el desarrollo de nuestro país, para que los argentinos del mañana puedan realizar en toda su plenitud las posibilidades de grandeza nacional.

Tenemos la certeza profunda de que estamos cumpliendo nuestra parte en una empresa de la que depende nuestro destino como nación, y tenemos también fe inmovible en la capacidad de la joven generación argentina para asumir su total responsabilidad histórica.

De la Universidad del Litoral saldrán los futuros profesionales y técnicos de una región del país donde se experimentan los resultados de una política de gobierno que orienta con un sentido nacional el impulso de desarrollo antes circunscrito a Buenos Aires y sus alrededores. Dichos profesionales y técnicos tendrán así camino fértil para el aporte de los conocimientos adquiridos en las aulas universitarias y los beneficios de la ciencia y el conocimiento superior no serán ya patrimonio exclusivo de una estrecha porción del territorio patrio.

Aspiramos a que la juventud saque provechosas enseñanzas de la lucha que hoy libramos para lograr la estabilización y el desarrollo de los sectores básicos de nuestra economía. Es ese el camino real

del progreso nacional, y por eso lo hemos adoptado sin vacilaciones y nada nos apartará de los objetivos perseguidos.

Pensamos que en la etapa de información de sus plenas aptitudes como protagonistas del quehacer nacional, los jóvenes universitarios del Litoral deben tener siempre presente que son deudores de su pueblo por la oportunidad de enriquecer su espíritu y ensanchar sus conocimientos en las aulas universitarias. Y que esa deuda solo se salda encarando con responsabilidad el futuro que les aguarda, como auténticos realizadores de la unidad nacional, preservando las características regionales, capaces de enriquecer el conjunto nacional, fortaleciendo las costumbres vernáculas, brindando a la Nación, en su conjunto, el aporte inestimable de su perspectiva local y formándose humana e intelectualmente con la seriedad necesaria para darse en plenitud a esta Argentina grande que estamos construyendo para un futuro ya muy cercano.

Paz, libertad y justicia para el mundo

Discurso pronunciado en la Organización de las Naciones Unidas ante la XVI Asamblea General, Nueva York, el 27 de setiembre de 1961

El pueblo argentino, en cuyo nombre hablo en esta asamblea, quiere unir su voz a las muchas que aquí se han escuchado en favor del mantenimiento de la paz y de la amistad entre todos los pueblos del mundo.

Ninguna empresa es más urgente y vital para el hombre de nuestros días –para el hombre de todas las latitudes, de todas las creencias y de todas las clases sociales– que la empresa de preservar la paz. Dios creó al hombre con el signo de la fraternidad para que sobreviva y se multiplique a través de las edades. La guerra y la destrucción desafían el designio divino, tanto más cuanto que una próxima guerra involucra el riesgo de la extinción del hombre de la faz de la tierra. Los pueblos de todo el orbe, inquietos y aterrados, vienen a este foro universal con la seguridad de que el hálito de la Creación, acto supremo que nos dio la vida, iluminará la mente y el corazón de los estadistas desterrando para siempre la guerra y las armas de destrucción en masa, como instrumentos de política internacional.

Quiero rendir un homenaje de respeto y admiración a la memoria del señor Dag Hammarskjold, último secretario general de las Naciones Unidas. El señor Hammarskjold no fue solamente el jefe del departamento administrativo de esta casa, sino que cumplió funciones de alta jerarquía en la vida internacional. Por el vigor de su acción y por las extraordinarias calidades puestas de relieve en el ejercicio de su tarea, el señor Hammarskjold llegó a constituirse en un funcionario difícilmente sustituible en esta organización, y su caída en cumplimiento de deberes de servicio entraña una pérdida cuya magnitud habrá de percibirse en su verdadero alcance a medida que el tiempo

transcurra y se advierta todo lo que su acción significaba en beneficio de la paz.

La nación que represento es una nación joven. Acaba de celebrar su siglo y medio de vida independiente. Nació en el mundo de principios del siglo XIX, alumbrada por las ideas liberales de la Revolución americana y de la Revolución francesa, cuando el intercambio mundial de bienes y de ideas rompía los monopolios mercantiles y las autocracias políticas, y difundía los principios de la democracia, la libertad y la autodeterminación de los pueblos.

Los argentinos luchamos entonces por el derecho a comerciar libremente con Europa, sin las discriminaciones y restricciones que imponía el régimen colonial. Luchamos por nuestra autodeterminación nacional, no solamente respecto de la metrópoli española, sino de otras potencias europeas que, disputando a España las rutas marítimas y comerciales, presionaban sobre la nueva República del Río de la Plata para incorporarla a sus esferas de dominio. A medida que nuestra nación crecía y se convertía en una importante productora de alimentos y materias primas, las grandes naciones industriales se disputaron el control de esas riquezas. La historia de nuestro país es la crónica de los heroicos esfuerzos del pueblo argentino por superar sus disensiones internas, afianzar la unidad nacional y defender su independencia política y económica.

Desde los orígenes de la República, los argentinos tuvimos la clara conciencia de nuestra soberanía nacional inviolable, de nuestra mancomunidad de ideales e intereses con las naciones hermanas de América latina y de nuestra generosa y abierta vocación universal. Fuimos, al mismo tiempo, argentinos, americanos y ciudadanos del mundo. Los ejércitos patriotas que nos dieron la independencia marcharon con el Libertador San Martín, a través de las altas montañas andinas, a liberar a Chile y al Perú. A liberar esos pueblos, nunca a dominarlos.

Invariablemente, con ejemplar continuidad, la política internacional argentina sostuvo los tres principios básicos de la convivencia internacional: la igualdad jurídica de los Estados, la no intervención en los asuntos internos y la autodeterminación de los pueblos. Así

actuaron nuestros delegados en el seno de la Sociedad de las Naciones, en la Organización de los Estados Americanos y en las Naciones Unidas.

Practicamos invariablemente la política de acatamiento al orden jurídico internacional y secundamos y ejecutamos invariablemente la norma del arreglo pacífico de las controversias por el método del arbitraje, la conciliación y los buenos oficios. Nos opusimos a la intervención extranjera y a cualquier clase de presión política, económica o ideológica de una nación sobre otra. Así actuamos cuando una potencia extracontinental intentó cobrarse por la fuerza una deuda de una nación americana y cuando cualquier nación pretendía cambiar el orden o el régimen político de otra, o cuando dos naciones hermanas entraron en guerra. En este último caso estuvimos siempre prontos a ofrecer nuestros buenos oficios.

No existe una sola instancia en que la Nación Argentina haya apoyado la agresión, la intervención exterior en la política de cualquier país o el recurso al conflicto armado para resolver los diferendos internacionales. En cambio, existen constancias abundantes de la gestión argentina en defensa de la autodeterminación de los pueblos y de la paz universal, desde la actuación de las delegaciones argentinas en Ginebra, después de la Primera Guerra Mundial, hasta la de nuestros representantes en las Naciones Unidas.

Esta autoridad moral nos alienta a afirmar ante el mundo la inequívoca posición internacional de la nación que me honro en representar aquí.

Universalidad de la organización

En esta asamblea de naciones se refleja dramáticamente la imagen del mundo contemporáneo. Las Naciones Unidas, que en 1945 congregaban a los Estados victoriosos en la última guerra, han abierto sus puertas a los vencidos de entonces y hoy agrupan a casi un centenar de Estados, de los cuales un tercio son naciones recién nacidas a la vida independiente.

Están aquí representados todos los credos milenarios de la humanidad, todas las razas, las culturas y los sistemas políticos y sociales; las naciones más poderosas y las más modestas; las que alguna vez presidieron vastos imperios y las colonias ahora liberadas de sus antiguas metrópolis. Se cumple así el ideal de una organización internacional sin exclusiones, discriminaciones o desigualdades, a la que falta muy poco para congregar a todos los Estados soberanos del mundo, representados por sus legítimos gobiernos y en plano de absoluta igualdad.

La República Argentina secundará todo esfuerzo tendiente a ampliar la universalidad de esta organización y la genuina representatividad de sus delegaciones.

Por primera vez en la historia de las relaciones internacionales funciona un organismo mundial en el que se escucha la voz de todos los pueblos. En él cada uno de los gobiernos asociados puede expresarse libremente y ninguna nación o grupo de naciones ejerce predominio o influencia determinante sobre las demás en las grandes decisiones de la entidad. Pese a las naturales limitaciones que atenúan la autoridad de toda entidad jurídica internacional impidiéndole ejercer facultades supranacionales, las Naciones Unidas son hoy la representación auténtica y democrática de la conciencia de la humanidad. Por ello, la República Argentina secundará todo esfuerzo tendiente a acrecentar la autoridad y prestigio de las Naciones Unidas y la independencia y responsabilidad de sus órganos principales.

Las nuevas nacionalidades

El más grande y decisivo acontecimiento de nuestro siglo, el que dará nombre histórico a nuestra época, también se halla reflejado en esta magna asamblea. Me refiero al heroico y grandioso despertar de las nuevas nacionalidades de Asia y de África; al hecho, sin precedentes, de que millones de seres humanos, pertenecientes a pueblos diferentes, separados por extensos desiertos e infranqueables montañas, hayan coincidido, en el lapso de apenas dos décadas, en un grandioso

movimiento de liberación y de ingreso a la comunidad de naciones soberanas. Los argentinos saludan con emoción a sus hermanos asiáticos y africanos y comprometen su colaboración más decidida y fraterna en el arduo, pero hermoso proceso de afianzar su libertad y su prosperidad creciente, tanto de los pueblos que ya han conquistado su independencia política como en los que aún luchan por obtenerla.

Soberanía política y desarrollo económico

Los pueblos de América conquistamos nuestra independencia política hace siglo y medio. Pero sabemos que la soberanía no es una fórmula jurídica, sino una voluntad nacional de potencia y autodeterminación, que no culmina sino que comienza con el acto político de la emancipación. El subdesarrollo económico es tan enemigo de la verdadera soberanía de un pueblo como los factores externos y políticos que la restringen o anulan. Ningún país atrasado es plenamente independiente. Las luchas políticas, las deformaciones y retrocesos institucionales que sufren las nuevas repúblicas democráticas desde el momento mismo en que proclaman su independencia, no son fenómenos caprichosos ni casuales. Son consecuencias de la penuria económica y social, de la debilidad y el anacronismo de estructuras económicas que siguen siendo dependientes después del acto político de la emancipación. Los pueblos evolucionados y prósperos suelen juzgar con severidad y desde un ángulo académico las dificultades, las desviaciones y los abusos que registra la práctica de la democracia en las nuevas nacionalidades. Pero la democracia no es un *fiat* extra-humano, sino un lento proceso que se realiza con dolor y hasta con sangre en el seno de los pueblos que ensayan el gobierno propio.

Democracia y cooperación

Como país americano, aspiramos a la consolidación definitiva de la democracia representativa en todo el ámbito continental y al afian-

zamiento pleno de las libertades republicanas, así como a asegurar la más amplia protección de los derechos humanos.

No hay otro medio para ayudar a los pueblos a que practiquen integralmente la democracia y la libertad, que colaborar con ellos en su desarrollo económico y en su bienestar social, elementos indispensables de su progreso cultural y político. No hay mejor manera de retardar y entorpecer este avance que intervenir desde afuera en las vicisitudes internas de esos países y pretender imponerles estructuras y costumbres que no se copian ni se inventan, sino que se crean en la entraña intransferible de cada pueblo.

La comunidad internacional no tiene, en esta extraordinaria y grave coyuntura del mundo, deber más perentorio que asistir a los pueblos subdesarrollados de América latina, Asia y África.

El mundo que surge, el variado y numeroso contingente de los pueblos nuevos, es el fiel de la balanza en el porvenir de la humanidad. Nuestros ideales y nuestros intereses inmediatos y remotos coinciden con el anhelo universal de concordia y de paz permanente. Por eso pondremos todo el peso de nuestra gravitación en las Naciones Unidas para hallar soluciones adecuadas en cuestiones tan fundamentales como el desarme, la proscripción de los ensayos atómicos, la cuestión de la paz con Alemania, la solución pacífica de los problemas coloniales y todo otro que afecte a la paz del mundo.

Armamentismo y desarrollo nacional

El desarrollo integral de nuestras economías requiere el auxilio indispensable del crédito internacional y la liberación y expansión del comercio entre todas las regiones del mundo. Solamente en una atmósfera aliviada de tensiones entre las grandes potencias, será factible realizar el ideal del desarme universal y controlado. A la inversa, la prosecución de las negociaciones del desarme sería por sí misma, síntoma y estímulo de esta distensión.

Es absolutamente injustificable que no se llegue, por lo menos a un acuerdo urgente sobre prohibición absoluta de ensayos nucleares en todas sus formas y terrenos.

El desarme, a su vez, liberará ingentes recursos financieros y técnicos, que las grandes potencias podrán destinar al fomento de las economías de los países subdesarrollados. Esta contribución no se mide solamente en términos de dinero y de asistencia étnica. Entraña una conducta de solidaridad internacional, que servirá de ejemplo para afianzar en todo el mundo los ideales de libertad, de justicia y de respeto a la dignidad del hombre. Cuando la comunidad internacional reemplace sus actuales preocupaciones y tensiones por una acción colectiva de ayuda al nuevo mundo que surge, habrán ganado la batalla los ideales de democracia y de libertad humana en todo el orbe.

La comunidad internacional y el Occidente

Los pueblos de América latina, que pertenecemos, por herencia y por vocación, al mundo de valores éticos y culturales de Occidente, estamos obligados, en virtud de esos mismos principios, a ponernos de lado de los pueblos que luchan por su libertad y por asegurar a todos sus hijos un nivel de vida compatible con su dignidad moral. Tenemos, asimismo, derecho a que las grandes potencias respeten nuestra soberanía y nos ayuden a superar el atraso y la pobreza.

La idea filosófica y jurídica de la comunidad internacional es una idea occidental y cristiana en sus orígenes. Estuvo, durante la Edad Media y hasta fines del siglo XVIII, limitada a la Europa cristiana. Pero el mismo sentido fraternal del cristianismo, su vocación ecuménica, hizo que esa comunidad cerrada y excluyente se transformara, poco a poco, en una asociación abierta a todos los sistemas de valores del mundo contemporáneo. La actual comunidad internacional es una sociedad plural, en la que conviven diversas culturas y sistemas éticos y jurídicos. Está fundada en el principio de la convivencia pacífica de todos sus miembros y en el respeto recíproco de sus diferencias ideológicas y políticas. Por eso, cuando proclamamos nuestra filiación occidental y cristiana no enunciamos un concepto exclusivista ni hostil hacia otras ideas. No lo hacemos tampoco para crear antagonismos de bloques, ni para arrojar a un grupo de naciones contra otro. Al

contrario, el sentido cristiano de la vida nos induce a la tolerancia, a la convivencia en la libertad y en la justicia, al reinado de la paz entre los hombres y los pueblos.

La guerra fría y los países subdesarrollados

Nada hay más contrario a este ideal fraterno que las rivalidades y celos que mantienen al mundo en esa frontera peligrosa entre la guerra y la paz que se ha dado en llamar la "guerra fría". La guerra fría es negativa y estéril, porque determina la inversión en armas cada día más destructoras, de cuantiosos recursos que la ciencia y la técnica moderna podrían aplicar para acelerar, con ritmo inverosímil, el progreso humano. La guerra fría limita y obstaculiza el intercambio material y cultural entre los pueblos, divididos en bandos rivales. La guerra fría, en fin, constituye una permanente amenaza de guerra total que desmoraliza y malogra el espíritu creador del hombre.

Los países subdesarrollados son las víctimas más vulnerables de esta división del mundo, porque son los que más necesitan de la cooperación internacional para su propio desarrollo y porque la guerra caería sobre ellos como una catastrófica consecuencia de las rivalidades entre las grandes potencias, en cuyas decisiones no habrían tenido participación alguna.

La paz y el desarme son para las naciones subdesarrolladas requisitos esenciales de su propia existencia, además de un ideal universal que ellas comparten. Tanto en el seno de las Naciones Unidas, como en su acción diplomática unilateral, estas naciones deben actuar positivamente, en cuanta ocasión se les presente, para tratar de conciliar los intereses en pugna. Deben abstenerse de toda intervención que pueda contribuir a enconar aún más la atmósfera internacional. Y deben siempre elegir el camino de la negociación que excluya la coacción y la amenaza como medio para la solución de los conflictos internacionales.

La República Argentina contribuirá, en la medida de sus fuerzas, a la disminución de la tensión mundial y al empleo de la negociación

y de los métodos pacíficos de la conciliación y el arbitraje, en todos los organismos internacionales de alcance regional o mundial de que forma parte.

Este es el sentido de los más recientes actos internacionales del Gobierno argentino, como el Acuerdo de Uruguayana, suscripto el 21 de abril de 1961 con el Gobierno del Brasil; la declaración de Viña del Mar, del 11 de setiembre de 1961, suscripta con el gobierno de Chile y el acta de la Conferencia de Punta del Este, del 17 de agosto de 1961.

En todos estos pronunciamientos, la República Argentina ha ratificado los principios inalterables de su política internacional y su adhesión al ideal de la cooperación americana y mundial.

La política hemisférica

La República Argentina es parte de la Organización de Estados Americanos y ratifica su más decidida adhesión a los altos principios del panamericanismo, que han mantenido la cohesión y la solidaridad indestructibles de la familia americana, sobre la base del respeto a las soberanías individuales y al principio de autodeterminación y no intervención. Además, el Gobierno argentino entiende que se ha iniciado una era nueva en las relaciones entre los Estados Unidos y las repúblicas de América latina, a partir de la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy. El pueblo norteamericano comprende que la base efectiva e indispensable de la solidaridad continental es el afianzamiento de las instituciones democráticas en todo el hemisferio. Comprende, además, que la suerte de estas instituciones está íntimamente ligada al desarrollo económico, social y cultural de América latina, para el cual ha comprometido su ayuda sustancial y urgente. La República Argentina declara su más fervorosa esperanza en el éxito de este esfuerzo cooperativo y ha señalado reiteradamente su convicción de que la ejecución sin demora y sin retaceos de la Alianza para el Progreso permitirá a las naciones latinoamericanas acelerar el cumplimiento de sus propios planes de desarrollo y de sus propios esfuerzos para superar el atraso y la crisis estructural de sus economías.

Cooperación universal

Los sistemas y programas de cooperación interamericana no son incompatibles con la participación de América latina en el intercambio y la cooperación mundiales. Ninguno de los acuerdos que he mencionado, a los que hay que agregar el Tratado de Montevideo que instituyó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, es excluyente o contrario al sistema de cooperación mundial en ningún aspecto. América latina se une para acelerar su proceso de desarrollo y poder así contribuir más eficazmente al intercambio universal. En la medida en que nuestros pueblos ensanchen, fortalezcan y coordinen sus economías, podrán dar y recibir del mundo mayores bienes y servicios. Las economías en desarrollo ofrecen vastos mercados para la inversión de capitales y aporte tecnológico de las naciones industriales, cuya veloz expansión requiere, indispensablemente, el desenvolvimiento, igualmente veloz, de las naciones atrasadas. Al mismo tiempo, incrementan y mejoran cualitativamente su producción de alimentos y materias primas destinados al mercado mundial, al cual enviarán sus productos a precios competitivos. Por eso, mi gobierno ha proclamado el derecho de las naciones latinoamericanas a participar en todos los arreglos comerciales de las comunidades europeas, mercados tradicionales para sus productos. Y entiende que cualquier política discriminatoria, proteccionista o de bloqueo de las naciones industriales conspira contra los principios de la cooperación internacional y del comercio multilateral, únicas garantías de una paz duradera.

La paz fue en el pasado una aspiración de la humanidad, un ideal trágicamente desmentido a veces por la ceguera del hombre. Hoy la criatura humana, en su prodigiosa inventiva, ha creado tales instrumentos de destrucción, que la paz ha dejado de ser una utopía para convertirse en una necesidad ineludible.

Ese hombre, que ya no puede matar a otros hombres sin el riesgo de destruir la especie, se ha convertido además en el explorador y conquistador de las nieves polares, en el dueño de las profundidades

marinas y de los espacios estelares. La ciencia ha puesto el universo a los pies del habitante de la tierra.

Esa ciencia no tiene fronteras ni obedece a ideologías ni a nacionalidades. Es tan universal como el cosmonauta que gira en torno al globo y mira desde lo alto la pequeñez de su habitáculo. En ese dominio de la prodigiosa inteligencia humana, se encuentran los hombres y los pueblos divididos por creencias e intereses.

Su capacidad creadora, su aptitud de transformar la naturaleza, de arrancarle sus más infinitos recursos, de fabricar materia y energía sin límites partiendo de la pequeñez invisible del átomo, inicia una era desconocida en la historia humana. Ninguna riqueza, ninguna conquista material escapan ya a la apropiación inmediata de la humanidad, a su distribución en abundancia y plenitud para satisfacer las reducidas, las efímeras necesidades del género humano.

El mismo acto que hace posible el viaje del hombre a las estrellas es vehículo seguro para la conciliación de las esperanzas de los pueblos más diferentes y más opuestos en sus convicciones. La fraternidad humana se ve estimulada como nunca por esta milagrosa eclosión de la inteligencia. Las utopías imaginadas por el hombre a través de toda la historia están hoy al alcance de nuestras manos.

Sin embargo, en la tierra en que se produce este milagro, dos tercios de sus habitantes viven en la pobreza y la incultura, mientras las naciones acumulan armas de destrucción que saben que no han de ser jamás esgrimidas y que insumen recursos fabulosos.

Pertenezco a un país integrante de esa porción postergada de la humanidad. Mi pueblo realiza en estos momentos un tremendo sacrificio por superar su crisis y consolidar una comunidad política democrática y económicamente independiente, próspera y feliz.

En nombre de mi patria y de los millones de manos que luchan por su libertad y su bienestar en la era de las conquistas siderales, expreso mi fe profunda en la conciencia de la humanidad, en los valores morales y en la inteligencia del hombre. Estoy seguro de que los representantes aquí reunidos, y sus respectivos gobiernos, convertirán a esta gran asamblea de pueblos en el más activo instrumento de

paz y del bienestar de todos los hombres de la tierra. Dios, que ve al hombre remontar sus dominios celestes, le dará la sabiduría necesaria para dejar de lado sus disputas. Lo inspirará para convertir su dominio de la naturaleza en la empresa común de redimir al género humano de la miseria, la ignorancia y la opresión.

La libertad, los ideales de Occidente y el desarrollo económico-social

Discurso transmitido por radio y televisión, el 9 de octubre de 1961

Conforme a la práctica democrática de informar al pueblo sobre los actos fundamentales de la acción de gobierno, me referiré esta noche a los resultados de mi visita a los Estados Unidos.

Este viaje tenía dos propósitos: en primer término, exponer ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, que congrega a los representantes de cien naciones soberanas, los principios tradicionales e invariables de la política internacional argentina; en segundo lugar, conversar con el presidente Kennedy, con entera franqueza y en forma exhaustiva, acerca de los problemas mundiales, del continente americano y de las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos. Me proponía señalarle la urgencia de poner en ejecución el plan de Alianza para el Progreso, como única alternativa a la violencia y la disgregación en el hemisferio.

Ambas gestiones eran necesarias y oportunas, diría casi perentorias.

Ante las Naciones Unidas

En un clima de alta tensión internacional, la discusión de los diferendos en el seno de las Naciones Unidas contribuye poderosamente a crear una atmósfera favorable a la negociación y a las soluciones pacíficas. En ese gran foro democrático de naciones, la voz de las potencias menores ha adquirido creciente gravitación en los últimos años. Por mi intermedio, la República Argentina sumó su opinión a otras muchas en favor de la paz, del arreglo de la cuestión de Berlín y de la cooperación internacional para el desarrollo de las regiones atrasadas.

Pude afirmar que la política internacional argentina tiene una larga tradición y ejemplar continuidad. Ha defendido, sin excepciones, los principios de igualdad jurídica de los Estados, de autodeterminación de los pueblos y de no intervención. Ha propuesto y aceptado sin reservas el método de la conciliación y el arbitraje para la solución de las controversias internacionales.

Tenía especial interés en concitar la atención de las grandes potencias allí representadas sobre la última relación que existe entre soberanía, democracia y libertad, como postulados políticos, y el desarrollo económico y social de los pueblos. Reafirmé la condición de mi país como miembro de la comunidad democrática y cristiana de Occidente y la adhesión argentina a los principios del panamericanismo. A este respecto, dije lo siguiente:

“Como país americano, aspiramos a la consolidación de la democracia representativa en todo el ámbito continental y al afianzamiento pleno de las libertades republicanas, así como a asegurar la más amplia protección de los derechos humanos.

No hay otro medio para ayudar a los pueblos a que practiquen integralmente la democracia y la libertad, que colaborar con ellos en su desarrollo económico y en su bienestar social, elementos indispensables de su progreso cultural y político. No hay mejor manera de retardar y entorpecer este avance que intervenir desde afuera en las vicisitudes internas de esos países y pretender imponerles estructuras y costumbres que no se copian ni se inventan, sino que se crean en la entraña intransferible de cada pueblo.

La comunidad internacional no tiene, en esta extraordinaria y grave coyuntura del mundo, deber más perentorio que asistir a los pueblos subdesarrollados de América latina, Asia y África”.

Con profunda satisfacción de argentino, puedo informar que estos conceptos merecieron la unánime aprobación de los representantes congregados para escuchar al presidente de la República Argentina. Así pude comprobarlo al recibir las congratulaciones de los delegados de todas las tendencias y de naciones grandes y pequeñas. A través de estos comentarios, pude cerciorarme de que el concepto de solidaridad internacional con los pueblos subdesarrollados tiene

aceptación universal y que esa ayuda se considera la única capaz de afianzar la paz del mundo y asegurar los beneficios de la libertad, de la cultura y del bienestar económico a todo el género humano.

Reunión con el presidente Kennedy

La concepción básica de mi exposición en las Naciones Unidas me había servido el día anterior como punto de partida para mi larga y provechosa conversación con el señor presidente de los Estados Unidos.

Antes de entrar en el detalle de esta entrevista, voy a apartarme de todo protocolo para decir que la claridad mental, la firmeza moral y la humana percepción de los problemas mundiales que caracterizan al señor Kennedy me impresionaron a tal extremo, que puedo afirmar que me siento muy honrado de haber sellado con él una sólida e inmovible amistad. Estoy seguro de que John Kennedy es, en este momento crucial de la historia de su país, el norteamericano que advierte con mayor clarividencia las responsabilidades de su patria en el ámbito universal. Cuando el presidente Kennedy pueda transmitir sus convicciones a todos los sectores de la nación norteamericana y logre unificar la voluntad nacional detrás de los objetivos que con tanta sabiduría se ha fijado, el mundo entero podrá confiar en la contribución inapreciable del pueblo de Washington y de Lincoln a la causa de la libertad y la dignidad.

En mis entrevistas con distintas personalidades de los Estados Unidos, he comprobado que influyentes sectores de la opinión norteamericana están convencidos de que la ayuda económica a gran escala a los países subdesarrollados es la única, la insustituible garantía contra el avance del extremismo y la demagogia en las naciones en desarrollo.

Se asigna prioridad a la carrera armamentista en desmedro de la ayuda económica, a pesar de la repetida experiencia de que ningún ejército del mundo, por poderoso que sea, es capaz de imponer el orden y la paz en una región convulsionada por la miseria y la injusticia.

Miles de millones de dólares salieron de los bolsillos del contribuyente norteamericano para equipar a los ejércitos que pelearon y

aún pelean contra el comunismo en China, Indochina, Corea, Laos, Vietnam y otros países. Esta contribución fue y es necesaria porque a los ejércitos de la subversión es menester oponer otros ejércitos. Pero la guerra es el estallido de un proceso anterior que puede preverse y conjurarse. Para ello, es necesario satisfacer las necesidades y anhelos de los pueblos mediante el desarrollo de sus economías nacionales. El orden jurídico y el respeto a los derechos humanos son inseparables del bienestar social.

El error de las democracias ha consistido, hasta ahora, en combatir al comunismo solamente en su forma explosiva de la rebelión armada. La lucha entre la democracia y el comunismo no va a decidirse en el campo de batalla, sino en el espíritu y la mente del hombre y en la voluntad de los pueblos.

Por eso, la primera tarea, la más importante, es afianzar en la comunidad occidental sus postulados espirituales, la fe cristiana que ha unido a sus pueblos a través de las edades. Y, en segundo término, redimir al hombre de la penuria económica que limita la libertad esencial de su espíritu, como lo ha reconocido la doctrina social de la Iglesia.

La agresión comunista, la verdaderamente peligrosa, consiste en que ofrece una esperanza de salida a la miseria. Si Occidente no ofrece esa salida a la miseria con hechos y no con palabras ni buenas intenciones, el enemigo será siempre y cada vez más fuerte. Queda poco tiempo para demostrar a los pueblos que la libertad no es incompatible con la redención material y la elevación del nivel de vida. Este es el dilema que se plantea en América latina y este es el desafío del caso cubano, al cual debemos responder demostrando que la democracia, el desarrollo y la paz social son el mejor camino para la solución de los problemas que nos son comunes.

Transmití al presidente Kennedy la preocupación de que ciertas regiones de América latina pueden ofrecer, a corto plazo, un blanco fácil a la subversión, dada la situación de hambre y miseria que se registra en ellas. Esta opinión es compartida por los otros presidentes de repúblicas hermanas con quienes me he entrevistado recientemente.

Por ello, dije al presidente Kennedy, en términos inequívocos, que los gobernantes de América latina coinciden plenamente en recono-

cer el peligro potencial de estallidos subversivos en las áreas más castigadas. Que estos gobernantes no descartan la posibilidad de sofocar estos movimientos por la fuerza, pero son perfectamente conscientes de que este recurso solo reprimiría el efecto, pero no suprimiría las causas, y que serían imprevisibles las reacciones en cadena que tal acción militar provocaría en todo el continente. Aparecerían procesos semejantes por todas partes.

El presidente Kennedy coincidió en esta apreciación y me preguntó qué opinábamos los gobernantes latinoamericanos respecto de la prevención de esas situaciones y qué podía hacer su país para ayudarnos.

Le contesté, sin vacilar, que era opinión unánime de los dirigentes de América latina que la única respuesta eficaz consistía en la ejecución inmediata, sin dilaciones, del programa de la Alianza para el Progreso.

Arguyó el señor Kennedy que esta era evidentemente la solución a largo plazo, que no contemplaba la emergencia de fenómenos inmediatos y peligros presentes. A mi vez, hice la reflexión de que toda la experiencia de la política internacional de posguerra demuestra que no puede fundarse nada constructivo en la reacción aislada frente a estallidos de violencia. Lo demuestra el cuadro, negativo para el mundo democrático, que se observa en Asia y Africa, precisamente porque no ha habido una política orgánica destinada a resolver los problemas derivados de la liquidación del colonialismo. Es necesario planificar una política coherente, que enderece su acción hacia las causas profundas de los conflictos internacionales e internos de cada país.

Concretamente, y con leal franqueza, dije al presidente Kennedy:

“Cuba y la Argentina son los dos países opuestos del proceso previsible en América latina. La Argentina ejemplifica una conducta que puede ser exhibida con orgullo ante toda América. Está procediendo a la rápida transformación de su estructura económica. El camino de Cuba es el de la subversión, el de la destrucción de valores que América latina ha creado con cruentos y agotadores sacrificios. El camino de la Argentina es el de la preservación de esos valores, el

del progreso dentro de la libertad y del respeto a la dignidad del ser humano. Pero esos valores se ven amenazados cuando la democracia es incapaz de elevar el nivel de vida del pueblo; cuando la democracia es incapaz de asegurar a todos el acceso a la cultura, a una vida sana, a habitación higiénica y alimentación adecuada, al pleno empleo y a la capacitación creciente de la mano de obra. Esos valores esenciales se ven amenazados cuando la democracia no asegura el goce sin restricciones de las libertades civiles, y un régimen constitucional fundado en la libre expresión de la voluntad popular y en el ejercicio pleno de la soberanía nacional, sin interferencias ni dictados ajenos.”

El esfuerzo argentino

Expuse al señor Kennedy, con pasión y con orgullo, el caso de nuestro país. Describí el arduo proceso de su recuperación democrática y legal, sujeto a sucesivos episodios de intolerancia, incompreensión y rencores. El presidente de los Estados Unidos tuvo, más tarde, el gesto de reconocer, públicamente, los esfuerzos de su colega argentino para defender la estabilidad institucional, aun a costa de los más pesados sacrificios. Le respondí que había cumplido simplemente con mi deber de preservar instituciones que no eran mías, sino del pueblo que me había elegido. Y que en este deber no habría, de mi parte, la más mínima posibilidad de renunciamento, la más mínima debilidad. El Presidente de la República cumplirá hasta el fin su mandato de afianzar la democracia y hacer respetar los órganos legítimos de la voluntad popular. Solamente en democracia y libertad la Nación Argentina ocupará el sitio que le reserva la historia.

Señalé también los esfuerzos realizados por afirmar la paz social y asegurar los derechos de un movimiento sindical independiente de factores políticos o presiones oficiales. Destaqué la conciencia nacional de los trabajadores argentinos, que se había impuesto finalmente sobre la provocación y la intriga políticas. Describí el proceso de normalización democrática de la central obrera y sus sindicatos, y dije que era firme propósito del Gobierno argentino asignar creciente

participación y responsabilidad al movimiento obrero en la recuperación y desarrollo de la economía nacional.

A este respecto, el presidente Kennedy y yo coincidimos enteramente en que el único objetivo de los planes de desarrollo económico es el bienestar de nuestros pueblos. No queremos desarrollarnos para mantener la desigualdad, el privilegio de unos y la miseria de otros.

Encontré en los Estados Unidos una honda preocupación por la existencia, en América latina, de pequeños grupos económicamente muy poderosos, que no tienen sensibilidad ante la presencia de millones de seres humanos que, en su mismo continente, viven en estado de pobreza. Frente a esa preocupación tuve oportunidad de expresar que el mal no radicaba en la existencia de algunos grupos con grandes recursos, sino en el hecho de que no hubiera riqueza para todos.

La solución no consiste –expresé– en repartir riquezas de unos pocos que no alcanzarían a solucionar los males de muchos. La única solución es crear las condiciones técnicas y económicas necesarias para que cada uno de los hombres latinoamericanos tenga posibilidad, con su propio trabajo, de elevar su nivel de vida cultural y material. De este modo, y solamente de este modo, crearemos la auténtica riqueza que necesitan los 200 millones de latinoamericanos mediante el esfuerzo común que deberá beneficiar a toda la comunidad.

Hoy esta riqueza no existe y por eso no podemos repartirla. Y esta riqueza no existe para todos, porque los grupos que rigieron la vida económica y política de nuestros países en el pasado creyeron en la indefinida vigencia del papel de simples exportadores de productos primarios que tenían asignado estas naciones. El mal de las oligarquías latinoamericanas no consistió en que defendieran e incrementaran sus riquezas, sino en que fueron incapaces de prever el porvenir. No comprendieron a tiempo que el esquema de la división internacional del trabajo, entre países industriales y países agropecuarios y mineros, estaba condenado a desaparecer. Ese esquema ya no sirve para ninguno de sus dos términos. No sirve para los países de producción primaria, que ya no pueden subsistir sobre la base de una economía pastoril o minera, y no sirve para los países industriales, que ven disminuir sus exportaciones a los países subdesarrollados porque estos

se ven forzados a reducir año a año su capacidad importadora. No hay otra salida para esta crisis, que es universal y afecta igualmente a las grandes potencias y a las naciones pequeñas, que estimular y acelerar el desarrollo económico en todo el mundo. El único cliente posible y estable para un país industrial es otro país industrial. Por todo ello, y porque, además, nuestros pueblos no están dispuestos a seguir manteniendo bajos niveles de vida cultural y social, América latina ha emprendido irrevocablemente el camino del desarrollo.

El presidente Kennedy escuchó con atención el resumen que hice de los considerables progresos realizados en la Argentina en materia de estabilidad financiera y desarrollo económico. Destaqué la importante gravitación que han tenido en estos resultados los capitales extranjeros, especialmente los de los Estados Unidos. Pero agregué que la mayor contribución había sido la del propio pueblo argentino. Con ejemplar abnegación aceptó las medidas de saneamiento financiero y el retorno al régimen de libertad económica, que se tradujeron en la suba de precios y la consiguiente reducción del nivel de vida. La Argentina ha dado una gran lección al mundo y no está dispuesta a que su pueblo haya hecho estos sacrificios en vano. Tiene derecho a exigir que los frutos de ese heroico esfuerzo sean percibidos por la actual generación y no se posterguen para un hipotético mañana.

Coincidió el señor Kennedy en que he creado ya en la Argentina las condiciones básicas para el gran salto hacia el desarrollo integral y la independencia económica. No obstante, puntalicé que estas conquistas presentes podían malograrse si no se disponía de los recursos suficientes para financiar grandes proyectos básicos en materia de hidroelectricidad, transporte y siderurgia principalmente.

El presidente Kennedy y sus asesores aceptaron la premisa, comenzaron la discusión de los proyectos y expresaron que recabarían del congreso los fondos necesarios.

Contesté que los problemas técnicos y financieros seguirían su evolución natural, pero lo que interesaba a América latina era saber si el presidente Kennedy daba su respaldo sin reservas a la concepción política de la posición latinoamericana, respecto de la necesidad urgente de acelerar el desarrollo de nuestros países. El señor Kennedy

respondió que no solamente aprobaba plenamente esa posición, sino que se daría la máxima prioridad a la ejecución de los proyectos para los que se contaba actualmente con recursos.

El Presidente de los Estados Unidos asignó importancia fundamental a la experiencia argentina, como surge del siguiente párrafo del comunicado conjunto de la entrevista:

El presidente Kennedy manifestó al presidente Frondizi que la actual experiencia argentina constituye una parte esencial del esfuerzo del mundo libre para demostrar, en forma práctica, la capacidad de los países democráticos para promover su rápido desarrollo económico y social, refirmando los derechos humanos, contra la atracción de los métodos violentos, incompatibles con el modo de ser nacional de ambos países que ofrecen alcanzar los mismos resultados en detrimento de la dignidad humana y las libertades individuales.

Por todas esas razones, el Gobierno de los Estados Unidos continuará haciendo lo que esté a su alcance para colaborar con el esfuerzo argentino.

Diferencias en el proceso cubano

Sobre el problema de la urgencia en la ejecución de los planes, se llegó a esta conclusión que considero fundamental: el desarrollo de la Argentina y de las otras naciones de América latina irá marcando, paso a paso, la diferencia con el proceso cubano. En la medida en que nuestros pueblos comprueben los avances concretos hacia el desarrollo y el bienestar social, la expectativa fundada en logros tangibles será la mejor defensa contra el extremismo. Frente al evidente progreso de las restantes naciones, dentro de la democracia y la legalidad, sin sangre, sin fusilamientos y persecuciones, el propio pueblo cubano comprendería las ventajas del camino democrático y se acogería a sus beneficios. No importa que este proceso tome tiempo y sea gradual, siempre que los avances sean perceptibles para los pueblos. Tarde o temprano, como tuve ocasión de decir hace poco, Cuba se reintegrará plenamente al seno de la familia americana. Cualquier

acción violenta para forzar esa integración sería estéril y contraproducente, y no haría sino fomentar reacciones igualmente violentas en otras zonas del hemisferio.

Esta propagación del fenómeno cubano, cualquiera sea la forma que adopte y el método que se elija, es la que hay que prevenir de inmediato. Sobre esto hay coincidencia total en todo el continente.

Los pueblos de América latina y también el pueblo norteamericano tienen honda fe en las convicciones democráticas del pueblo cubano. Con profunda emoción recibí de manos de nuestro embajador en Cuba la cruz cardenalicia que me envió, con una carta de cristiana gratitud, el eminente prelado cardenal Manuel Arteaga, arzobispo de La Habana, desde hace un tiempo alojado en nuestra embajada. Vi en ella el símbolo de las creencias espirituales indestructibles de nuestros pueblos, que vencerán finalmente sobre todas las acechanzas de un materialismo extraño a sus más caras tradiciones.

La defensa de la soberanía nacional, el derecho de autodeterminación de los pueblos y el principio de no intervención son pilares esenciales del sistema interamericano. Son la garantía de nuestra dignidad nacional, la única garantía que asegura nuestra independencia y que podemos esgrimir para no convertirnos en satélites de ninguna nación.

Los argentinos no admitimos que ningún género de intervención exterior dicte la conducta de nuestra Nación, por equivocada que fuera. Solamente a los argentinos incumbe corregir los errores, rectificar sus rumbos, decidir su destino. Estoy seguro de que no hay un solo argentino que, reflexionando sobre este problema con serenidad, pueda proclamar abiertamente su apoyo a la intervención exterior para corregir los defectos y ni siquiera los abusos de su sistema de gobierno o su estilo de vida. Los argentinos hemos sufrido, en distintas épocas, los rigores del despotismo y de la guerra civil. La pasión partidista del momento pudo ofuscar a algunos compatriotas que reclamaban el auxilio extranjero para extirpar esos males. Pero el juicio sereno de la historia ha demostrado que estaban equivocados. Siempre fue el propio pueblo argentino el que derribó la tiranía y el que concilió a los bandos rivales en las luchas intestinas; nunca una escuadra o

un ejército extranjero. Tampoco pidieron los norteamericanos la intervención extranjera para abolir la esclavitud o para sofocar la guerra de secesión que ensangrentó a la nación por más de cuatro años y que inmoló a millares de vidas en aras de la unidad nacional.

Política internacional argentina

Enuncié en los Estados Unidos y ante la Asamblea General de las Naciones Unidas la decisión irrevocable de la República Argentina de respetar los principios del derecho internacional que hemos contribuido a gestar. Ninguna provocación, ninguna intriga, ninguna opinión partidista podrá torcer esa decisión inquebrantable. Y así se lo manifesté, con lealtad y sin reservas, al presidente Kennedy.

Quiero ser categórico y claro en esta definición. El Gobierno tiene el deber, que cumplirá hasta sus últimas consecuencias, de proteger el honor nacional y la integridad de nuestras instituciones democráticas contra toda tentativa o infiltración extremista, interna o externa. La Constitución asigna al Poder Ejecutivo y al Congreso la responsabilidad de conducir las relaciones internacionales del país, y esta responsabilidad debe ejercerse con seriedad y extremo cuidado para no comprometer el buen nombre de la República en acciones impremeditadas o contraproducentes.

El ejercicio de esta facultad constitucional es una función esencial de la soberanía y no puede estar sujeta a presiones o dictados extraños. Jamás en el pasado, la Nación Argentina fue arrastrada a una acción internacional por presión de una potencia extranjera o por la agitación momentánea de la opinión interna. La conducta internacional argentina ha sido siempre el fruto del meditado análisis de los órganos legítimos de la soberanía, los poderes de la Constitución.

Declaro que ajustaré estrictamente las decisiones del Gobierno argentino a los principios tradicionales del derecho internacional, americano universal y a los altos intereses de la Nación Argentina, dentro de la más absoluta independencia y actuando con entera objetividad, serenidad y energía.

No estoy dispuesto a que se dicte desde afuera la política internacional del país, cuya formulación y ejecución corresponden exclusivamente a los poderes constitucionales y, en última instancia, al pueblo.

Algunos importantes órganos de opinión y algunas personalidades insinúan que el presidente de la Nación no tiene apoyo en la defensa del principio de no intervención y de autodeterminación de los pueblos. El presidente de la Nación no ha inventado esta política. La heredó de todos sus antecesores, que defendieron el honor y la independencia nacional de toda presión extraña. Y le basta con mirar a los ojos de cualquier argentino para comprobar que esta política es una política argentina, gestada por todos los argentinos. Estoy seguro de que el pueblo argentino no admite de ningún modo lesionar, amenguar o avasallar la soberanía de otros pueblos, pero tengo también la misma seguridad sobre su exigencia de que se defienda, sin renunciamentos, su propia soberanía de toda intromisión extraña, cualquiera sea su signo o su origen.

Estoy seguro de que el pueblo argentino, sin distinción de sectores o ideologías, no permitirá que el país marche a la zaga de nadie o se deje manejar por pasiones partidistas, externas o internas, cuando se trata del ejercicio de las más esenciales e indelegables funciones de la soberanía nacional.

Es obvio que el Gobierno de la República Argentina está siempre dispuesto a cumplir sus pactos internacionales y a acatar la decisión de los organismos regionales y mundiales de los que forma parte. La República Argentina no pretende ejercer liderazgo alguno en América latina, porque esa idea de conducción es también contraria a sus tradiciones republicanas y a su conducta en el ámbito internacional. En los últimos meses mantuve contacto con presidentes y estadistas de América latina, pero no fue invocando un liderazgo, sino solamente en mi calidad de simple americano que quiere apasionadamente a América, que transmití al Presidente de los Estados Unidos la coincidencia plena con esos gobernantes amigos sobre el desarrollo económico, como única base cierta de la afirmación de la democracia y la libertad en América y sobre la vigencia de los preceptos clásicos de la autodeterminación de los pueblos y la no intervención.

Coincidencia total

La coincidencia total con el presidente Kennedy, después de largas horas de franco intercambio de ideas, fue total y sin reservas, sobre todos y cada uno de los puntos debatidos.

Me permitiré recordar, a propósito de esta coincidencia, el extenso comunicado conjunto que se dio después de la entrevista y que cubre todos los puntos tratados, sin omitir ninguno. No hubo ni cuestiones ni resoluciones secretas en mis conversaciones con los hombres del gobierno de los Estados Unidos.

El párrafo final del comunicado dice así:

“Estuvieron de acuerdo en la necesidad de que los dos presidentes fortalezcan e impulsen los mecanismos multilaterales y la acción bilateral de la política continental para asegurar, de manera definitiva, el imperio de los principios de cooperación, de no injerencia de países extracontinentales en los asuntos hemisféricos, de autodeterminación de los pueblos y de no intervención, de solidaridad política, respeto mutuo, vigencia de la democracia representativa y desarrollo económico y social en todos y cada uno de los países del hemisferio”.

Quiero señalar una vez más que el presidente Kennedy me conmovió profundamente por su íntima, sincera y fervorosa adhesión a la causa del pueblo argentino. En el momento final de la entrevista, me dijo textualmente:

“Señor Presidente: quiero que entienda claramente lo que voy a decirle. Los triunfos y los fracasos de la Argentina son los triunfos y los fracasos de los Estados Unidos. Su éxito es nuestro éxito. Hasta ese punto los Estados Unidos están indisolublemente unidos a la Argentina. Esta es, doctor Frondizi, la palabra del Presidente de los Estados Unidos”.

Los Estados Unidos han prestado hasta ahora una importante cooperación a nuestro país, desde la iniciación del programa de estabilización y desarrollo.

La entrevista con el presidente Kennedy permitió echar una mirada retrospectiva, analizar la presente coyuntura económica del país, apreciar su perspectiva y señalar las posibilidades más importantes de la colaboración posible de los Estados Unidos con el desarrollo nacional.

El presidente Kennedy había anticipado, en ocasión de la visita del ministro de Economía, su decisión de apoyar firmemente el desarrollo de nuestro país.

En esta oportunidad, esa decisión no solo se ratificó, sino que fue expresada con una fuerza y una claridad sin precedentes y fue además referida a los campos específicos en los que la cooperación seguirá concretándose.

El presidente Kennedy apreció la profunda significación que tiene para el desarrollo nacional, la ejecución de los proyectos del sistema de El Chocón, que comparó en importancia al desarrollo del Valle del Tennessee en los Estados Unidos, ejecutado bajo el impulso del gobierno de Roosevelt para sacar del estancamiento a una vasta región de su país.

La declaración conjunta, al comprometer el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos para acelerar la terminación de los estudios previos y para promover su ejecución, con la participación, además, de los organismos financieros internacionales y de países europeos, puede decirse que es el punto de partida de la etapa final que conducirá a la rápida ejecución de la obra que ha de constituir la clave para la transformación de la estructura del país, mediante su descentralización por la apertura al desarrollo de una de sus más vastas y ricas regiones.

Sobre estas bases y respondiendo al compromiso que en su momento asumimos ante el país, no perderemos un solo instante para que, en muy breve tiempo, comiencen a construirse los cimientos de esta obra, que tanto ha sido esperada por la República como una de sus empresas básicas hacia un futuro de rápido progreso.

Al mismo tiempo, desde una de las latitudes más australes, El Chocón ha de convertirse en un verdadero símbolo de la transformación suscitada por la Alianza para el Progreso; en una realidad de cooperación internacional para el rápido desarrollo del continente.

Han de ser las represas de El Chocón y obras similares a esta, verdaderas murallas de contención al avance de las ideas disolventes en el continente americano y, a la vez, la base más sólida para la afirmación de una democracia dinámica, consolidada por el progreso y el bienestar de sus ciudadanos.

Otros problemas de gran importancia económica y social fueron también considerados, como se indicó en la declaración conjunta.

Se ha asegurado el apoyo de los Estados Unidos para el desarrollo del amplio programa de viviendas que el país necesita, para resolver la situación angustiosa de extensos barrios de casas insalubres, para dotar de las habitaciones necesarias a los sectores del país en rápido crecimiento y para promover un mejoramiento en los niveles de vida de la población, en la medida en que esta acelera su esfuerzo para el desarrollo económico del país.

Se ha concretado un apoyo similar para el esfuerzo que habremos de emprender de inmediato para la transformación y modernización de una de nuestras industrias tradicionales de mayor importancia: la industria de la carne. Y ello se ha hecho a fin de que logremos recobrar nuestra posición de vanguardia en el mundo en la elaboración de los productos y subproductos de nuestra ganadería y en su comercialización interna e internacional.

Junto con esta transformación, concretaremos en las mismas condiciones el desarrollo de nuestra riqueza pesquera y la elaboración y distribución de sus productos.

Finalmente, se acordó la cooperación necesaria para movilizar los recursos requeridos, a fin de completar y ejecutar el plan de obras hidráulicas e hidroeléctricas elaborado por Agua y Energía, muchas de las cuales se encuentran en un avanzado grado de construcción. Todas ellas asegurarán soluciones directas y efectivas a las regiones en donde se encuentran.

Al mismo tiempo que se formularon estos puntos concretos, el presidente Kennedy aseguró la disposición del Gobierno de los Estados Unidos para acelerar el trámite de los múltiples programas que han sido o están siendo sometidos a la consideración de sus instituciones financieras y de desarrollo: el plan vial y la modernización del sistema ferroviario, entre otros.

Esto constituye la expresión concreta de una firme y sincera amistad entre nuestros dos países. Estas afirmaciones conjuntas ratifican la clara visión anticipada por el presidente Kennedy al anunciar el programa de la Alianza para el Progreso, en el sentido de que por dicho pro-

grama se daría la respuesta afirmativa, terminante y definitiva, a todas las prédicas totalitarias, y ratifican además, la firme convicción de que la vigencia de la democracia, y la cooperación internacional entre países democráticos podrán construir el progreso y bienestar de nuestros pueblos, fortaleciendo al mismo tiempo su dignidad y su libertad.

Durante este viaje, he mantenido importantes entrevistas con los presidentes Goulart, Bétancourt, Prado y Kennedy.

Para terminar, queremos resumir los puntos fundamentales que concretan los resultados altamente positivos alcanzados y las conclusiones a que debemos arribar:

- 1) La comunidad internacional fue advertida de que el desarrollo de las extensas regiones rezagadas del globo es requisito indispensable de la paz del mundo y de la vigencia de la democracia y la libertad.
- 2) Para este objetivo se requiere la cooperación internacional de las naciones adelantadas, en dos campos fundamentales:
 - a) restablecimiento pleno del intercambio mundial, sin restricciones ni discriminaciones;
 - b) ayuda financiera y técnica a gran escala y con carácter de urgencia.
- 3) El desarrollo económico y social es la base de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. Un pueblo independiente y próspero es un factor de paz y convivencia entre las naciones.
- 4) América latina es la única región subdesarrollada de Occidente. El estímulo y ayuda a su desarrollo es lo único que puede evitar el colapso, a corto plazo, de la legalidad y de los valores éticos, culturales y políticos de Occidente en América latina. Esta subversión de valores no puede impedirse con la fuerza. No hay otra alternativa que la ejecución, sin tardanza, inmediata, del programa de la Alianza para el Progreso. De lo contrario quedará como una nueva fórmula retórica, sin efectos prácticos.
- 5) Cuba es un toque de atención en América. Es necesario impedir la repetición de este fenómeno en otros países. No hay

otra alternativa que demostrar, con ejemplos concretos y rápidos, que la democracia es apta para liberar a los pueblos de la miseria y la ignorancia sin sujetarlos a la opresión dictatorial.

Deben proveerse ya mismo los fondos para la Alianza para el Progreso y coordinarlos con otras fuentes internacionales de ayuda económica, especialmente de origen europeo.

- 6) Ninguna ayuda externa reemplaza el esfuerzo de los propios pueblos. La Argentina y otras naciones de América latina están demostrando que son capaces de concitar el sacrificio de sus pueblos y han dado pasos importantes y concretos en el camino de la consolidación democrática, la estabilidad financiera y el desarrollo económico.

En esas condiciones, todo retardo en la provisión de los fondos necesarios para dar rápido impulso al desarrollo, puede malograr el esfuerzo realizado y provocar graves reacciones populares, de imprevisibles consecuencias.

- 7) Los gobiernos de América latina y de los Estados Unidos reconocen expresamente que el único objetivo del desarrollo es elevar los niveles de vida de sus pueblos.

Están dispuestos a tomar todas las medidas para que los progresos que se logren no beneficien a las minorías privilegiadas, sino a toda la comunidad.

- 8) La solidaridad de los Estados Unidos y América latina es indestructible y permanente en la preservación de la democracia y la libertad en el mundo.
- 9) El Gobierno de los Estados Unidos compromete su más decidida adhesión a estos conceptos y está resuelto a contribuir, con el máximo de sus posibilidades, a la ejecución inmediata del programa Alianza para el Progreso y a ejercer su influencia para ampliar, en términos mundiales, la ayuda económica a América latina.

Al margen de estas expresiones concretas, estoy plenamente satisfecho de los resultados esenciales de mi visita a los Estados Unidos.

Creo no haber dejado la menor duda de que la posición argentina es de completa identificación con los ideales y esperanzas del pueblo norteamericano y de todos los pueblos que aman la paz, la libertad y la democracia.

Creo haber recogido, igualmente, la irrevocable adhesión del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos a la causa de la Nación Argentina, que ellos consideran fundamental para la unidad y la estabilidad democráticas de toda América.

Y creo, finalmente, haber demostrado al presidente Kennedy y a su pueblo, que el tiempo puede actuar en contra de nuestros ideales y que la solución de los problemas de América latina no puede demorarse hasta un incierto mañana. Para la causa de la libertad en América, le he dicho al presidente Kennedy, mañana es tarde.

Abrigo la más firme esperanza de que este mensaje ha de ser escuchado por el pueblo norteamericano y sus representantes en el Congreso y por el Poder Ejecutivo.

No hemos ido al pueblo norteamericano en actitud de súplica o de temor irrazonable. Hemos expuesto, con objetividad y sin alarma inútil, el caso de América latina. El porvenir de la humanidad depende, en buena parte, de que los pueblos de este continente alcancen en esta generación, la justicia a que tienen derecho y el bienestar que nunca han conocido.

Ejecución inmediata de las obras

Deseo recalcar que el apoyo internacional que hemos obtenido, y el que obtendremos más adelante, se aplicará a la inmediata ejecución de los programas que he mencionado.

Cuando digo que vamos a construir El Chocón no hablo de una remota esperanza. Afirmo que dentro de pocos meses iré personalmente al valle del Limay para presidir la iniciación de los trabajos de esta obra extraordinaria que, por sí sola, representa la más grande transformación que ha experimentado la geografía económica de la nación en toda su historia.

Cuando digo que vamos a construir caminos, estoy hablando de un plan en plena ejecución, que dotará al país de una red de más de 13.000 kilómetros de nuevas rutas pavimentadas, lo que equivale a hacer en un período de gobierno, lo que dejó de hacerse en los últimos treinta años.

Cuando digo que vamos a modernizar el sistema ferroviario, me refiero a un plan que se cumplirá indefectiblemente y que señalará, después de muchos años de abandono, el comienzo de una explotación racional y eficiente de este servicio vital para la Nación.

Cuando digo que daremos un impulso sin precedentes a la industria de la carne, aludo a negociaciones concretas que ya se están llevando a la práctica. Los frigoríficos nacionales y extranjeros industrializarán íntegramente la elaboración, con lo cual el valor y la mano de obra de los subproductos quedarán dentro de nuestras fronteras, con el consiguiente aumento de la ocupación obrera y de divisas para la economía nacional.

Cuando digo que transformaremos la industria pesquera, me refiero a que, en poco tiempo más, el país dispondrá de barcos, trenes y almacenes frigoríficos para la pesca y comercialización de nuestra inmensa riqueza submarina. Se trata de una industria prácticamente nueva en el país si recordamos la forma primitiva que hasta hoy reviste.

Por último, cuando digo que solucionaremos el angustioso problema de la vivienda popular, afirmo que, dentro de pocas semanas, comenzará la construcción en serie de viviendas económicas para el pueblo, en todos los centros urbanos del país y en las regiones en que se desarrollan nuevas actividades económicas.

Y digo más: hemos dispuesto, para evitar favoritismos y privilegios, que sean las propias organizaciones de trabajadores las que administren, organicen y distribuyan las unidades a sus propios afiliados y a otros trabajadores.

Todas estas obras las haremos hoy, no mañana. Quiero que al final de nuestro mandato, el pueblo pueda exigirnos rendición de cuentas y compruebe que no hemos hecho simplemente promesas.

Por ello, vigilamos personalmente la rápida ejecución de estos planes.

Nos hemos propuesto responder totalmente al mandato del pueblo, que quiere ver transformado su país en una nación digna, unida, independiente y feliz. A los que piden que el Gobierno se defina, podemos contestar que está definido desde el comienzo. Está definido para extirpar el odio y el encono del corazón de los argentinos. Está definido para defender las instituciones democráticas, la independencia y el honor de la Nación. Está definido para realizar, en esta generación, el desarrollo integral de la economía argentina. Está definido para asegurar, a esta generación, bienestar, cultura y justicia.

Restan menos de tres años a la acción del gobierno.

Superadas las crisis que retardaron el impulso, el pueblo argentino y su Gobierno ganarán el tiempo perdido y completarán, en este lapso, las bases definitivas de la libertad, la independencia económica y el bienestar de todos.

Esta tarea no es solo del Gobierno sino de toda la Nación. Por eso hago un llamado de unidad a los distintos sectores del país, para que con el esfuerzo de todos y con la ayuda de Dios, la Argentina pueda seguir, sin pausa, su marcha victoriosa hacia el porvenir.

Paz, justicia y libertad

Discurso transmitido por radios de la República Oriental del Uruguay, con motivo de la celebración del Día de la Raza, el 12 de octubre de 1961

En este 12 de octubre de 1961, nuevo aniversario del Día de la Raza, nuevo aniversario del descubrimiento de América, quiero saludar en nombre del pueblo argentino al pueblo hermano de la República Oriental del Uruguay.

Y quiero hacerlo en este día de nuestro común origen, que nos vincula hoy más que nunca por el trascendental momento de la historia en que el Uruguay y la Argentina se han lanzado irrevocablemente, con las demás naciones hermanas de América, al logro pleno de su desarrollo cultural, social y económico, para alcanzar el alto destino nacional a que sus pueblos están llamados por la historia.

Hace más de treinta años, un gran americano que amaba entrañablemente el Uruguay, don Hipólito Yrigoyen, presidente de los argentinos, rindió merecido tributo a España estableciendo este glorioso Día de la Raza como fiesta nacional.

Hoy día, esta fiesta cobra un nuevo sentido de redescubrimiento, porque América es oída en esta crisis que el mundo padece, como una esperanza para la paz, la justicia y la libertad.

Como americano y como presidente de los argentinos, me he sentido orgulloso de poder hablar recientemente ante la Asamblea de las Naciones Unidas y recordar a las grandes potencias –con el respaldo moral de nuestra clara historia– la conducta que el mundo espera de ellas en virtud de su mayor responsabilidad.

Me he sentido orgulloso de poder expresar un pensamiento y un sentir americanos; grávidos de la serena dignidad y autoridad que da el vivir la vida con ese sentido de eternidad que España nos legara.

Me he sentido orgulloso, finalmente, al saberme acompañado por los mandatarios americanos y respaldado moralmente por sus pueblos.

Unidos como han estado siempre nuestros dos países por la historia y por los valores del espíritu, hoy más que nunca se deben hermanar en esta nueva empresa de grandeza presidida por una también nueva conciencia americana en este esfuerzo de naciones soberanas para la realización de sus propios destinos nacionales.

Quiero renovar en este día los sentimientos de confraternidad de la República Argentina con la República Oriental del Uruguay, al mismo tiempo que ratifico la firme decisión de actuar siempre solidariamente y en todos los terrenos con el gran país hermano.

En nombre del pueblo y Gobierno argentino, formulo los votos de ventura y felicidad más fervorosos para el pueblo y Gobierno de la República Oriental del Uruguay.

El problema ferroviario y la huelga general

Discurso transmitido por radio y televisión, el 5 de noviembre de 1961

Ante la amenaza de una grave emergencia planteada al país por la existencia de factores de confusión y de perturbación organizada, considero mi deber dirigirme al pueblo de la República.

La huelga ferroviaria declarada por tiempo indeterminado pretende paralizar la actividad productora de la Nación.

La huelga general decretada en apoyo del mismo objetivo quiere sumar a esa paralización la amenaza del caos.

Detrás de estas perturbaciones y amenazas, lanzadas en un momento en que la Nación se ha definido inequívocamente por el trabajo productivo, por el desarrollo y la expansión económica, por la preservación del orden constitucional y por el fortalecimiento progresivo de la paz social, fuerzas antinacionales, enemigas del desarrollo, de las libertades constitucionales y de los intereses del pueblo en espera de la crisis.

En estas circunstancias, deseo hacer llegar a todos los hogares del país la palabra clara del Poder Ejecutivo.

La situación no admite equívocos. El país necesita y quiere organizar su sistema de transportes y el Gobierno está irrevocablemente decidido a atender sin dilaciones esa necesidad perentoria.

El pueblo ha estado viajando en condiciones indignas que no pueden seguir siendo toleradas.

Las riquezas producidas por el trabajo nacional en todas las regiones del país, riquezas que se van multiplicando en el proceso de desarrollo, no encuentran los medios para ser transportadas a los centros de transformación y de consumo en la medida en que exige la expansión económica nacional y el bienestar del pueblo.

A esta estructura de los transportes, que está obstaculizando y estrangulando el crecimiento nacional y que impone al público usuario condiciones vejatorias, se suma la grave situación financiera determinada por el déficit del orden de los 23.000 millones de pesos anuales, que está también originado en la mala estructura y las deficientes condiciones de funcionamiento del sistema ferroviario.

No es posible seguir permitiendo que todo el pueblo de la nación deba construir con su esfuerzo para cubrir esa enorme suma improductiva que, a la vez que sostiene un servicio que se presta mal, constituye un factor de inflación que afecta al saneamiento de la economía nacional indispensable para el rápido desarrollo y el mejoramiento del nivel de vida de la población.

Las razones aducidas para oponerse por la violencia a esta evidéntísima realidad que todo el pueblo siente en carne propia, carecen de validez y solo pueden ser invocadas como pretextos que encubren una acción dirigida contra los verdaderos intereses de ese mismo pueblo.

El comando de los intereses contrarios al logro de los objetivos del bien común que exigen la reestructuración de los transportes, solo está impulsado por la provocación y la frustración de dirigentes políticos y sociales. Constituyen ellos una minoría cada vez más reducida, que no comprende que el país está preparado para superar estas crisis artificiales con el empuje de su crecimiento, con la galvanización del ser racional que está por encima de las facciones, y que, frente a todas las perturbaciones, el país está inquebrantablemente decidido a seguir su marcha hacia adelante.

Por eso, quienes quieren repetir frente a la reestructuración de los transportes, la descabellada aventura de la huelga subversiva del 19 de enero de 1959, no lograrán sus objetivos. En aquel momento, cuando se trató de abastecer de petróleo al país, con pretextos similares a los actuales, pretendieron enfrentar al pueblo con el Gobierno. Pero la maniobra fracasó, la independencia nacional en materia de petróleo fue alcanzada –y se va a ampliar incesantemente– y todos los engaños y mistificaciones con que se quiso lanzar a los trabajadores a la aventura, se desvanecieron.

En aquella oportunidad, como en esta, los trabajadores fueron las víctimas directas de la falta de responsabilidad de dirigentes que antepusieron criterios subalternos a la consideración de los verdaderos intereses gremiales. El resultado fue entonces que la Confederación General del Trabajo tardó un año más en ser restituida a los gremios, la normalización sindical se postergó y la paz social, en vísperas de alcanzarse, sufrió un tropiezo cuyas consecuencias se sienten hasta la actualidad.

La situación con que ahora se amenaza al país reeditará, de llevarse a cabo, en condiciones tal vez más graves, aquel episodio que solo trajo derrota y frustración para las legítimas aspiraciones de los trabajadores. Pero ahora, como entonces, el país superará la provocación y de la misma manera y por las mismas razones que alcanzó el autoabastecimiento de petróleo, reestructurará sus transportes para adecuarlos a las condiciones que reclama el público usuario y a las necesidades de la nación en vigoroso desarrollo.

Para ello, con plena conciencia de los deberes que me incumben como presidente de todos los argentinos, advierto que tengo, personalmente y en forma directa, la responsabilidad del esfuerzo que requerirá la prosecución del programa de reestructuración de los transportes, a la vez que la superación de las amenazas de perturbación a la continuidad de la actividad productiva nacional planteada por las huelgas ya iniciadas y las que se anuncian.

Con la cooperación directa y decidida de todos los ministros que integran el Poder Ejecutivo, en unidad de pensamiento y acción, y apoyados en el sentido de responsabilidad del pueblo de la República, actuaremos con la serenidad, pero, con la decisión y energía que el momento requiere.

En consecuencia, declaro solemnemente:

Que no ha variado en nada mi comprensión del papel fundamental que les cabe a los trabajadores en la solución de los grandes problemas de la comunidad nacional, firmemente decidida a alcanzar su total autodeterminación en lo económico, lo político y lo social.

Que los trabajadores son parte integrante de esa comunidad y que sus derechos como productores se confunden y complementan

con la síntesis misma de los derechos nacionales. Pero que los trabajadores, por estar integrados en el pueblo como sector fundamental de él, tienen el deber de asumir su responsabilidad frente al país en desarrollo.

Que al expresar mi decisión de tener personalmente la conducción de la lucha contra el caos, y la ejecución y puesta en práctica hasta sus últimas consecuencias de todas las medidas que conducen a la reestructuración de los transportes, reitero solemnemente mi decisión, que es asimismo irrevocable, de mantener la nacionalización de los ferrocarriles e impedir que la reestructuración se lleve a cabo sobre el desamparo de la familia ferroviaria. No será modificada la jornada legal, ni se atentará de ninguna forma contra los derechos de los trabajadores.

Por consiguiente, se adoptan las siguientes decisiones, algunas de las cuales ya están en marcha, mientras las restantes tendrán inmediata aplicación:

- 1) El Presidente de la Nación tiene personalmente la responsabilidad y dirección de la tarea de asegurar que el país no interrumpa su ritmo de trabajo y producción.
- 2) Los ferrocarriles son nacionales y seguirán siéndolo.
- 3) Se garantiza la libertad de trabajo en todos sus términos, lo que no implica trabar el derecho de huelga, sino colocarlo en el marco de sus límites naturales.
- 4) Se garantiza el tránsito de trenes y de los restantes medios de transporte. Esta garantía comprende tanto a quienes estén a cargo de la conducción como a los usuarios.
- 5) La racionalización del transporte es un proceso irreversible y dentro de su mecánica están en marcha las siguientes medidas cuya completa ejecución se asegura.
 - a) Para facilitar la reducción del personal sin causar angustias se extiende la opción para retirarse voluntariamente, percibiendo la indemnización especial establecida a todos aquellos agentes que cuenten hasta 29 años de antigüedad en la empresa, siempre que esta pueda prescindir de ellos. El personal declarado en comisión y que no optara por el

- retiro voluntario ni se reintegrare al trabajo de inmediato, podrá ser declarado cesante sin indemnización alguna.
- b) El personal que se retire voluntariamente percibirá como indemnización 5000 pesos por cada año de servicio y hasta un total de 145.000 pesos, y la parte proporcional de aguinaldo y vacaciones.
 - c) A partir de mañana lunes, y en forma automática, se aborarán las indemnizaciones sobre un cálculo de valores aproximado, para su posterior ajuste. Aquel personal administrativo que trabe o demore estos pagos, será exonerado como autor de actos de sabotaje.
 - d) El personal ferroviario que se retire voluntariamente tendrá primera prioridad en la adquisición de 4000 viviendas, con planes crediticios ampliamente favorables, según el contrato que acaba de suscribirse con empresas constructoras y cuyas obras comenzarán de inmediato. Es voluntad de mi gobierno incorporar nuevas unidades a este plan y encomendar la vigilancia y atención de su cumplimiento a las propias entidades obreras.
 - e) Dentro del plan de privatización de servicios auxiliares (confiterías, restaurantes, quioscos, cochescomedor y dormitorio, imprentas, talleres de reparaciones, desinfección, canteras, etc.) el Gobierno está dispuesto a transferirlos al personal que actualmente se desempeña en esas actividades, a cuyo efecto otorgará amplias facilidades. Como prueba inequívoca de esta decisión, mañana por la tarde firmaré en mi despacho, con la presencia de los obreros interesados, al decreto que ratifica los contratos de transferencia de las imprentas de los ferrocarriles Belgrano, Sarmiento y Urquiza. Tales acuerdos se han concluido bajo las ventajosas condiciones que ya conocen todos los ferroviarios del país. Los personales que se acojan a esta franquicia deberán designar delegados que se apersonen al Ministerio de Obras y Servicios Públicos, que proveerá de inmediato y conforme a las normas establecidas.

- f) Al personal que permanezca en sus puestos, una vez producido el retiro de los 75.000 agentes sobrantes, se le ajustarán las remuneraciones, conforme a una escala jerarquizada que tendrá en cuenta la responsabilidad y preparación que cada tarea implique. Una estimación provisoria, pero aproximada, hace elevar a un mínimo del 20% sobre los actuales salarios el aumento promedio a otorgarse.
 - g) Siguen en plena ejecución las restantes medidas de racionalización puestas en marcha. Entre ellas, quiero destacar la adquisición de locomotoras y vagones de carga y pasajeros de los tipos más modernos.
- 6) Mientras dure esta situación de emergencia, junto a los ferroviarios en actividad que se incorporen al servicio actuará el personal jubilado que patrióticamente y voluntariamente se ofrezca a hacerlo y toda persona idónea que acuda al mismo efecto ante las autoridades.
 - 7) Asimismo, mientras dure esta emergencia, todos los transportes afectados a este servicio circularán con los colores de la bandera nacional, simbolizando así que quienes están afectados al servicio cumplen un ineludible imperativo patriótico.

Estas son las medidas concretas e inmediatas que ponemos en marcha a partir de este mismo momento, para cumplir un mandato que hemos recibido del pueblo y que es inexcusable. En consecuencia, todos aquellos que, de una forma u otra, traben la libertad de trabajo serán sancionados con toda energía, conforme a las leyes vigentes.

Me dirijo esta noche a todos los hogares argentinos, sin distinción de sectores sociales, para exhortar a que el esfuerzo común impida que triunfe la maniobra de quienes quieren impedir el progreso de la Nación. Es ese el sentido que tiene esta convocatoria a todos los argentinos. Se trata de cumplir una acción que afirma la unidad nacional detrás de objetivos que pertenecen a la Nación en su conjunto y a todos los argentinos, aun a aquellos que erróneamente los enfren-

tan en esta oportunidad. Es una acción que preserva en su legítima responsabilidad al Estado y afirma el orden jurídico y el imperio de la ley, aun para aquellas entidades y personas que temerariamente se lanzan a la tarea de procurar la disolución del Estado nacional, sin advertir que con ello, y por el solo hecho de la tentativa, arriesgan cuanto han logrado en un arduo camino de esfuerzos y luchas.

Como lo dije al comienzo de mi exposición, he querido hablar con la claridad indispensable para que todo el pueblo de la nación comprenda los verdaderos alcances de la amenaza planteada por la acción de dirigentes que se han desviado de sus verdaderas responsabilidades gremiales; perturbación que quiere ser aprovechada por los enemigos de la legalidad y el desarrollo nacional.

Se trata de una acción de grupos minoritarios que solo confían en la violencia para alcanzar los objetivos que les ha negado una nación decidida a trabajar en paz por su bienestar y su progreso.

Ahora, consciente de los peligros que amenazan perturbarla y que serán anulados con todo el peso de la ley, la Nación y su Gobierno continuarán con decisión y serenidad su marcha hacia el futuro.

En estas condiciones mantendré, en la forma en que mis atribuciones lo señalan, y de acuerdo con los requerimientos de cada circunstancia, mi responsabilidad irrenunciable de sostener el imperio de la Constitución y las leyes, que garantizan todos los derechos y libertades, que aseguran a todos la defensa de sus intereses legítimos y que permiten la expresión de todas las opiniones y la libre elección de los representantes del pueblo.

Todo a través de la ley, nada por el camino de la violencia

*Discurso pronunciado por radio y televisión,
el 10 de noviembre de 1961*

Hoy, a la hora cero, se dio término al paro general resuelto por la Confederación General del Trabajo, de solidaridad con la huelga ferroviaria.

El Poder Ejecutivo anunció, en un mensaje que dirigí en la víspera del paro, que haría respetar el derecho de huelga y el derecho de trabajar. Expresé mi confianza en la conciencia nacional de los trabajadores, en la cooperación de todo el pueblo y en la actitud serena y decidida de las fuerzas de seguridad para garantizar el orden. Dije que la actividad del país, no sería perturbada y expresé el anhelo de que el movimiento se desarrollara dentro de la ley y sin violencia.

Con inmensa satisfacción de argentino señalo esta noche que mis esperanzas no fueron defraudadas. La historia registrará el hecho extraordinario de una nación, de un pueblo, que triunfa sobre los peligros de la provocación, de la intriga y del desorden. Y que obtiene este triunfo sin conculcar el derecho, sin suprimir la libertad, salvaguardando la Constitución y las instituciones republicanas, por obra del propio pueblo, por obra de los propios trabajadores.

Nadie puede especular con esta victoria. Ni el Gobierno ni sector particular alguno. Nadie puede aprovecharse de esta victoria, sino el pueblo entero, es decir, la comunidad nacional que la obtuvo para el cumplimiento de sus fines históricos y no para servir el interés sectario de nadie.

Los hechos hablan por sí mismos:

- 1) El paro se cumplió en forma parcial y estuvo lejos de paralizar la actividad del país.
- 2) No se registraron hechos salientes de violencia de parte de los huelguistas, ni de parte de las autoridades.
- 3) Las fuerzas de seguridad actuaron con energía y eficacia, pero con serenidad. Solamente se detuvo a personas que desplegaron actividades terroristas, o a saboteadores que violaron la ley.
- 4) Nadie fue obligado a trabajar contra su voluntad. No se movilizó a los trabajadores; ellos acudieron espontáneamente a cumplir con sus deberes.
- 5) Todo el pueblo colaboró para mantener la actividad y actuó serenamente, sin alarma ni pánico.
- 6) No hubo violencia ni represalias patronales. Los empresarios cooperaron lealmente en la tarea de facilitar el acceso de los que deseaban trabajar y de respetar el derecho de los que no lo hacían. Dieron claras pruebas de su adhesión a la causa nacional y de su solidaridad con los obreros.
- 7) La concurrencia masiva de obreros y empleados a sus lugares de trabajo demuestra que esta decisión no fue individual, ni un acto de quebrantamiento de la disciplina sindical. Fue un acto colectivo y plenamente gremialista de reacción de la base sindical contra el error de sus dirigentes y contra la provocación política de los sectores subversivos. Fue una rotunda demostración de que la conciencia nacional de la clase obrera supera definitivamente el sectarismo de algunos dirigentes. Una nueva etapa se inicia en el movimiento sindical argentino.
- 8) Esta reacción tuvo expresiones coincidentes en todo el país. Además, el Gran Buenos Aires, se manifestó en Córdoba, Rosario, Santa Fe, Mendoza y en todas las provincias. Lo cual comprueba que el país se ensancha y que Buenos Aires ya no decide por sí sola las grandes cuestiones nacionales.

- 9) La decisión de los trabajadores y del pueblo de mantener el orden y no interrumpir la actividad, fue determinada, en gran parte, por el deseo de quitar pretexto a los elementos extremistas y a los sectores subversivos que acechaban la oportunidad de la huelga para sembrar el caos y desatar el golpe contra las instituciones y autoridades de la República. La victoria del pueblo ha sido la victoria de la legalidad democrática y la derrota definitiva de la aventura política y sindical.
- 10) El movimiento de solidaridad con la huelga ferroviaria fracasó, porque los propios trabajadores comprendieron que los dirigentes ferroviarios no tenían justificativo para sus demandas y que estas eran políticas y no gremiales.

Cuando un movimiento de huelga se fundamenta en reivindicaciones gremiales, la solidaridad obrera es total, como se ha demostrado en ocasiones anteriores. Así ocurrió, por ejemplo, cuando este mismo Poder Ejecutivo vetó las reformas a la ley de despido, porque entendió que el estado de la economía nacional no las permitía. Pero en caso de esta huelga ferroviaria, los dirigentes no defienden las conquistas gremiales, que no están amenazadas de modo alguno, sino que defienden la insostenible situación de una empresa en bancarrota y se niegan a colaborar para que el Estado racionalice y modernice un servicio vital para el país. Por eso los propios trabajadores ferroviarios advirtieron que se los embarcaba en la defensa de una causa perdida e injusta, que los perjudica en primer término a ellos y a todos los trabajadores.

Una lección para todos

La experiencia que acaba de vivir la República es única. Necesitamos extraer de ella la lección que evitará la repetición de errores en el porvenir. Nos interesa a todos analizar esta experiencia: al Gobierno, a los dirigentes obreros y empresarios, a los agitadores, a los conspiradores y a la opinión pública en general.

Y para interpretarla debidamente, no se puede separar esta experiencia de su conjunto, de su todo. Sus caracteres singulares provienen de una coyuntura nacional, igualmente singular. No hubiera sido posible en otras circunstancias. El pueblo ha trabajado espontáneamente, a pesar de la provocación, porque el pueblo está lanzado a una empresa nacional que no admite interrupciones. Si el pueblo no hubiera tenido esta conciencia, la huelga habría podido ser exitosa. Si los propios trabajadores incitados a la huelga no hubieran comprendido que el conflicto conspiraba contra sus propios intereses, habrían secundado el paro unánimemente.

La reacción se debió a que el pueblo –incluidos los trabajadores– está unido en la decisión de liberar a su patria de una estructura económica y social agotada en sus posibilidades. En esta estructura es utópico el logro del bienestar de nadie. Así como es absurdo pretender que los trabajadores ferroviarios pidan mejorar su condición dentro de una empresa caduca y en quiebra. Todos los trabajadores comprenden que ningún argentino puede mejorar su condición en un país estancado y atrasado. Nadie se enriquece cuando se reparte miseria. Hay que crear riqueza para repartirla. Y riqueza, en la Argentina de hoy, significa desarrollo económico, es decir, energía, acero, petroquímica, máquinas, automotores, caminos y transporte. Todo esto requiere el aporte masivo de capital y mano de obra, y la voluntad de trabajo sin interrupción y con entusiasmo para alcanzar esas metas en el menor tiempo posible.

En estos días, todo el país ha comprobado que la clase trabajadora argentina y el pueblo entero han abrazado, consciente y enérgicamente, la causa de la grandeza nacional. Como simple ciudadano, me atrevo a decir que un pueblo que ha alcanzado este grado de madurez no podrá ser desviado de su recto camino. Este pueblo repudiará inexorablemente a los dirigentes sindicales que no lo interpreten y que procuren el enfrentamiento de las clases a través de las viejas consignas de la gimnasia revolucionaria, sea que esta gimnasia se ponga al servicio de ideologías extremistas, de ambiciones políticas completamente superadas o de espectadores del caos.

El pueblo quiere trabajar en paz, dentro de la democracia y en beneficio de toda la comunidad. Está absolutamente convencido de que el desarrollo de la nación es la única consigna realmente argentina que une a todos los argentinos.

En esta empresa nacional, el movimiento obrero organizado, nucleado en su central sindical, libre de toda influencia oficial o política, con dirigentes que lo representen auténticamente, es un factor indispensable y vital. El Poder Ejecutivo no concibe que pueda lograrse ninguno de los objetivos del desarrollo económico sin la colaboración dinámica y entusiasta de la clase trabajadora.

Nos proponemos crear las condiciones necesarias para esta participación directa de la central obrera en la elaboración y ejecución de los planes económico-sociales de la Nación.

La clase obrera ha salido fortalecida de esta experiencia. Ha triunfado ella también sobre el extravío y la falta de visión histórica de algunos de sus dirigentes. El Gobierno no ha coaccionado al movimiento obrero en esta emergencia. Le dio garantías para que los propios trabajadores decidieran, colectiva y democráticamente, su actitud frente al paro decretado por el error de sus dirigentes.

Por eso, el Gobierno puede reafirmar hoy que no cesará en su firme propósito de asegurar la democracia sindical y la unidad del movimiento obrero. El Presidente de la Nación está íntimamente satisfecho por el comportamiento disciplinado y patriótico de la clase obrera argentina. Y ratifica lo que ha dicho en todo momento: el esfuerzo que se demanda a la Nación para acelerar el ritmo de su desarrollo económico no persigue el fin de incrementar el privilegio y la desigualdad social. Por el contrario, el Gobierno consideraría una traición a los claros y sinceros propósitos del programa nacional y popular que le ha sido confiado por el pueblo si los frutos del progreso colectivo no sirvieran para elevar el nivel de vida de los trabajadores. Por eso, considera fundamental la presencia activa y vigilante del movimiento obrero en la vida nacional. Por eso, también considera intangible la personalidad jurídica y social del sindicalismo argentino.

La racionalización ferroviaria, instrumento de liberación

Me dirijo ahora especialmente a los trabajadores ferroviarios. La racionalización de los ferrocarriles y la supresión de su déficit son requisitos inseparables de los planes de desarrollo económico de la Nación. El sistema ferroviario argentino ya no sirve a las necesidades de nuestra economía. Fue trazado para otra Argentina, para la Argentina que reducía su intercambio a la exportación de carne, cuero, lana y granos, y a la importación de máquinas, combustibles y manufacturas. Ese país ya no existe. Tiene centros fabriles en todo el interior, pozos de petróleo en el norte y en el sur, minas de hierro y de carbón y otros minerales distribuidas en todo el territorio. El ferrocarril debe conectar estos centros en forma adecuada y rápida. Debe unir esos centros sin necesidad del tránsito obligado por Buenos Aires. Debe transportar mineral de hierro, carbón desde el sur al norte, ganado y frutos de una provincia a otra, mercaderías que hoy se producen en Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y Mendoza, además de Buenos Aires.

Este sistema ferroviario debe transportar en sus líneas interurbanas a millones de obreros, empleados y amas de casa, que hoy viajan en condiciones inhumanas. Debe reemplazar su material rodante caduco, electrificar vías, suprimir ramales antieconómicos, construir ramales nuevos hacia el sur argentino, reorganizar su pesada burocracia, retribuir mejor a su personal y capacitar técnicamente a sus operarios en todo el escalafón.

No puede hacer nada de esto si tiene que seguir soportando un déficit sin precedentes en el mundo y mantener servicios auxiliares deficitarios que nada tienen que ver con la operación básica del sistema.

Este sistema ferroviario seguirá siendo nacional y explotado por el Estado, porque es un instrumento vital de soberanía que no puede volver a manos privadas. Pero el Estado no está en condiciones de mantenerlo en la situación deficitaria actual por una simple razón: porque el déficit ferroviario representa casi el 80% del déficit total del presupuesto de la Nación. Es absolutamente indispensable eliminar este déficit si queremos defender el valor del peso nacional y suprimir la fuente principal de inflación que eleva el costo de la vida. Cada

peso del déficit ferroviario es un peso que se sustrae al bolsillo de cada argentino. Los trabajadores del riel están pagando de su bolsillo el déficit de su empresa. Están trabajando por salarios injustos, porque una empresa que pierde 23.000 millones de pesos al año no puede aumentar el sueldo de sus obreros.

El Gobierno está resuelto a liquidar esta situación, para bien del país y de todos los trabajadores. Las medidas que ha adoptado y que resumiré enseguida, no perjudican a ningún obrero ferroviario. Nadie quedará sin trabajo sin ser indemnizado y sin tener la oportunidad de encontrar ocupación en las nuevas actividades que está ya reclamando el desarrollo en plena marcha de la economía nacional. No será alterada la jornada legal de labor, conquista irrevocable de los trabajadores del mundo entero. Se dará prioridad absoluta a los trabajadores de los servicios auxiliares que se privatizan para hacerse cargo de ellos en condiciones inmejorables.

No existe, pues, causa alguna de alarma para los trabajadores ferroviarios. Si ellos no se perjudican, sus dirigentes no tienen derecho a oponerse a que el ferrocarril sirva a la nación y a sus habitantes. No tienen derecho a exigir que las cosas queden como están, o sea a perpetuar la bancarrota y la ineficiencia abrumadora de la empresa ferroviaria.

Estas son las líneas generales del plan de racionalización de los ferrocarriles:

- 1) Se mantendrá en toda su amplitud el plan de racionalización y modernización del sistema ferroviario.
- 2) En el plazo de 30 días se procederá a adecuar la estructura de EFEA con la representación legítima de cada una de las asociaciones profesionales.
- 3) Se integrará el directorio de EFEA con la representación legítima de cada una de las asociaciones profesionales del personal ferroviario.
- 4) Se aumentará la remuneración de los agentes ferroviarios atendiendo a la naturaleza y responsabilidad de cada función. Los aumentos alcanzarán un valor promedio no menor del 20%;

- 5) Se continuará con la transferencia de los talleres ferroviarios. A ese efecto se dará a su personal toda clase de facilidades.
- 6) Los restantes talleres serán reorganizados o clausurados, según lo determinen las necesidades de EFEA.
- 7) Se privatizarán o suprimirán otros servicios auxiliares.
- 8) Se acelerará al máximo la construcción de caminos en reemplazo de los ramales ferroviarios que se supriman.
- 9) Se mantendrán en vigor las medidas de ordenamiento laboral dispuestas.
- 10) El personal que opte por retirarse voluntariamente, será indemnizado a razón de 5000 pesos por cada año de servicio y hasta un total de 145.000 pesos, más la parte proporcional de aguinaldo y vacaciones, conforme a las norma de la Ley 11.729.

Una política nacional y orgánica

El Gobierno no retrocederá un solo paso en la ejecución de este plan, parte inseparable del plan de recuperación y expansión de la economía nacional.

La decisión del Gobierno será la misma que lo llevó a ganar la batalla del petróleo. La misma decisión que lo inspiró para solucionar antiguos litigios con empresas extranjeras y que, al imponer la vigencia plena de la ley internacional en el trato al capital extranjero, restableció y acrecentó el crédito exterior de la República. Es la misma decisión que movió al Gobierno a dictar sucesivas medidas de fomento de la industria nacional y que se ha traducido en el notorio auge económico de extensas regiones del país. La decisión del Gobierno en el caso ferroviario es la misma que lo impulsó a crear bases firmes para nuestra siderurgia, la misma decisión que creó las condiciones de la extraordinaria expansión de la producción y transporte de gas natural, la misma decisión que estimuló el incremento de la producción de energía eléctrica, la misma decisión que dio facilidades a la instalación de numerosas plantas de automotores e implementos agrícolas, la misma decisión que fomenta la petroquímica y la minería.

La decisión en el caso ferroviario es la misma decisión que nos indujo a garantizar la libertad de enseñanza, para la formación de los técnico y especialistas científicos que requiere el desarrollo nacional. La misma decisión que nos hizo mantener la Ley de Asociaciones Profesionales, base de la democracia sindical.

En todas estas medidas, enfrentamos la rutina, el prejuicio, la calumnia, la incomprensión y también la crítica sincera que dudaba de la capacidad de nuestro pueblo para quemar las etapas de su rápido crecimiento.

Entre estos críticos sinceros figuraban quienes afirmaban que estábamos hipotecando la soberanía nacional, porque confundían la defensa retórica de la soberanía con la creación de las bases efectivas de la independencia económica, garantía fundamental de la libertad de decisión del país.

Hemos demostrado con hechos indiscutibles que la Nación Argentina ejecuta, por propia e indelegable decisión, su postura democrática y occidental, sin dejarse influir por presiones momentáneas y sin incurrir en improvisaciones incompatibles con su tradicional prestigio de entidad soberana.

En la persecución de todos estos objetivos nacionales no estamos dispuestos a retroceder ni a hacer concesiones, porque no es un acto de terquedad personal, sino un mandato de la Nación en marcha.

Hemos probado concluyentemente que no queremos hacer un gobierno ni personal ni de partido. En la consolidación de la convivencia democrática y del orden institucional, hemos sacrificado viejas convicciones, sólidos vínculos partidarios y hondas amistades personales, para abrir a la participación de todos los sectores y de todos los hombres dignos y competentes, la función de gobernar. Hemos probado que no se trata de imponer al país las ideas personales del presidente, puesto que, contrariándolas, acabamos de propiciar la representación proporcional, para que todas las tendencias puedan asumir la responsabilidad de conducir la República en esta hora decisiva de su historia y se realice en el país una nueva experiencia democrática.

Hemos auspiciado, ante el Congreso, la intervención a provincias gobernadas por correligionarios y amigos del presidente y de la ma-

yoría legislativa, hecho extraordinario en nuestra historia política. Hemos integrado nuestro gabinete con distinguidas personalidades de otros partidos e independientes.

Con todo ello, demostramos nuestra inequívoca voluntad de gobernar con todos los argentinos y para todos los argentinos.

Pero no estamos en el gobierno para ocupar simplemente por seis años el sillón presidencial. Estamos rigiendo, por voluntad de la mayoría del pueblo, los destinos de una nación que libra una guerra sin cuartel contra el atraso para el logro de su progreso integral. De una nación que tiene vocación de grandeza e historia plena de arrojo y esperanza. De una nación que quiere asegurar a sus hijos libertad verdadera, una alta vida espiritual, bienestar, cultura y oportunidades para el porvenir.

Esta nación no está en los reducidos cenáculos de los conspiradores. Esta nación no está en aquellos grupos que solo quieren hacer sobrevivir al país. Esta nación, que aspira a mucho más que a sobrevivir, está y vive en los surcos y en las fábricas, en las escuelas, en los cuarteles, en los buques y en los aviones. En las iglesias, en el seno de cada hogar, en el alma de cada joven argentino.

Esta nación nos acompaña en la inquebrantable decisión de remover el pasado y construir el porvenir. Los que se oponen a esa voluntad no tardarán en salir de su error y en incorporarse activamente a la obra conjunta de todo el pueblo argentino.

No soy sino un hombre de ese pueblo. Como presidente, mantendré el orden, base de la estabilidad institucional y de la paz social. Y para ello haré cumplir la ley que juré respetar. Todo a través de la ley, nada por el camino de la violencia. Como hombre del pueblo, estoy dispuesto a dialogar con cada mujer y cada hombre argentinos, en todo momento, seguro de que nos pondremos de acuerdo. La Nación está por encima de todos nosotros, nos comprende a todos. Con la Nación nos salvaremos. Contra ella no podemos sino acelerar nuestra propia destrucción.

Desarrollo patagónico y grandeza nacional

Mensaje transmitido por LRA Radio Esquel, con motivo de inaugurarse dicha emisora, el 25 de noviembre de 1961

Resulta Esquel lugar propicio para la irradiación de un mensaje argentino, especialmente referido a la zona del territorio nacional más recientemente incorporada a nuestra soberanía efectiva. Esquel apareció tempranamente en el oeste patagónico con una manifestación concreta y firme de esa soberanía, evidenciada a través del esfuerzo constante de sus pobladores, muchos de ellos extranjeros que hicieron de la Argentina su patria de adopción y de la Patagonia, el escenario para sus hazañas. Hoy son sus hijos quienes, como herederos de una joven y pujante tradición, toman a su cargo la tarea de lograr que el sur, hasta ayer inhóspito, devuelva al conjunto argentino, multiplicado, cuanto aquél volcó de riqueza y trabajo en la promoción de esta zona austral.

Como presidente, la mayor gloria a que aspiro consiste en quedar en el recuerdo de mis compatriotas como el mandatario que coronó una obra en la que han actuado argentinos tan ilustres como el general Roca, tan discutidos como Juan Manuel de Rosas, tan laboriosos y tenaces como el Perito Moreno o el general Mosconi.

La Patagonia apareció tempranamente, a los ojos argentinos, como la presa que codiciarían lejanas potencias que fincaban la efectividad de su poder mundial en la pacífica posesión de estaciones marítimas en todas las latitudes. Ya Carlos III, advertido por un misionero de la fuerte tentación que la Patagonia significaba, mandó fundar poblaciones que evitaran, en la medida de la capacidad de sus heroicos y escasos pobladores, la aventura extranjera. En alguno de los primeros congresos reunidos en nuestra joven república hubo la representación de un diputado patagónico. Sarmiento presidente acudió a ese

recurso institucional para dar al vasto sur títulos que legitimaran la posesión argentina. Sin embargo, recién con Roca la vasta región –un tercio de nuestro territorio total– comienza a alcanzar virtualidad argentina. Ahora es a esta generación, la nuestra, a la que le toca asentar la soberanía argentina sobre este territorio suyo, otorgándole bases materiales de sustentación. Y es a vosotros, los pobladores de la Patagonia, a quienes corresponde ser actores y testigos de la hazaña que nos llenará de orgullo y que logrará, sin proponérselo, asombrar al mundo. Para que así ocurra están dadas todas las condiciones:

- la decisión de tomar el destino en nuestras manos y realizarlo cabalmente;
- una vocación de grandeza generada en el esfuerzo que va desde la tesonera acción de los padres salesianos, cuya espiritual presencia recuerda siempre la evocación de la Patagonia, hasta la contribución de los colonizadores que, como los galeses presentes desde la primera hora en este pueblo, se dieron de lleno a la búsqueda de un porvenir venturoso;
- las inmensas riquezas de este territorio tan extenso que es, sin embargo, el menos densamente poblado de la República. La Patagonia cuenta con más de la mitad de nuestras reservas probadas de petróleo, con la casi totalidad del carbón cubicado en nuestro subsuelo; con la mayor parte del mineral ferroso cuya existencia se haya comprobado;
- los tesoros que guarda un mar todavía en gran parte inexplorado e inexplorado, siendo así que la plataforma marítima de la Patagonia es la más extensa del mundo entero;
- la decisión nacional de llevar adelante la construcción de la represa de El Chocón y todo su sistema complementario, que constituirá una de las grandes hazañas del genio humano y para cuya realización se ha comprometido el esfuerzo de las naciones más poderosas del globo;
- la triunfante batalla del petróleo, a la que sigue una segunda, cuya principal fuerza se asienta en el territorio patagónico para hacer brotar del subsuelo el combustible que reclaman las crecientes necesidades del país;

- el nuevo impulso dado a la promoción siderúrgica y carbonífera, que revertirá en población y riqueza para la Patagonia y para todo el país;
- la decisión nacional de hacer de la Patagonia un punto de referencia estratégico, con primera y absoluta prioridad, en el esfuerzo por llevar adelante el desarrollo argentino.

Estas son las perspectivas que deseo recordar al dejar inaugurada la estación radial de Esquel, filial de nuestra emisora nacional, símbolo de soberanía que se hace efectiva al cubrir con su voz una extensa porción del cielo de la patria.

Proyección argentina hacia el mundo

Mensaje pronunciado por radio y televisión, con motivo del viaje presidencial a Oriente, el 26 de noviembre de 1961

Fiel a mi propósito de explicar al pueblo de la República las razones que fundamentan los actos de gobierno, lo hago ahora para señalar los objetivos del viaje que iniciaré hoy hacia Canadá y varios países asiáticos.

Emprendo este viaje, cuyo itinerario ha sido planeado y elaborado desde hace meses, bajo el signo de una tragedia nacional que enluta a todos los argentinos y ensombrece mi ánimo en momentos de partir hacia tierras extranjeras. Solo la convicción de que los deberes de mi cargo y los impostergables intereses de la Nación están por encima de cualquier sentimiento personal, me determina a viajar en la fecha convenida con los gobernantes amigos que me aguardan. El soldado no siempre puede elegir el momento propicio para el combate. Y los argentinos estamos librando una batalla en la que pesan decisivamente los meses y los días. Una batalla que nos obliga a atender varios frentes al mismo tiempo, sin pausa ni vacilaciones.

Dejo al país sumido en el dolor de la pérdida de medio centenar de sus hijos en un accidente tremendo en el que han perecido leales y eficientes funcionarios de Aerolíneas Argentinas y dos figuras excepcionales en el cuadro de servidores del Estado, el capitán de navío Horacio Esteverena y el doctor Eduardo Vago. A todos ellos y a las familias de todas las víctimas del luctuoso accidente, rindo, en nombre del pueblo argentino, el más cálido homenaje de afecto y solidaridad.

También en estos momentos el país está perturbado por un conflicto sindical que aspiran a explotar en su beneficio los pertinaces enemigos de la paz y el progreso de nuestro pueblo, que no cejan en

su propósito de utilizar cualquier pretexto para conmover las instituciones democráticas de la República.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, me decido a emprender este viaje por dos motivos.

Primero, porque la experiencia de tres años de gobierno me enseña que la fortaleza vital de nuestro pueblo, su instinto nacional, su lealtad a la esencia y las formas de la libertad y del orden, son infinitamente superiores, son infinitamente más sólidos que los minúsculos designios de los perturbadores y conspiradores. Esta nación ha elegido su camino y no se engaña respecto de la intención de los que se interponen en su marcha. Aquí hay una lucha entre un pueblo que quiere trabajar en paz, que quiere vivir en democracia y que está seguro de que el porvenir le pertenece y una minoría que en unos casos defiende intereses personales o de grupo, y en otros casos, pretende atrasar el reloj de la historia y perpetuar una estructura económica que significa sumisión a intereses extraños y miseria permanente para el pueblo. En esta lucha, las líneas están tendidas. En esta lucha, la nación y el pueblo ya conocen la ruta de la victoria. Los agitadores del extremismo y los personeros del retroceso se debaten en la impotencia frente a un pueblo, a una clase trabajadora, a una opinión pública y a los factores dinámicos de la producción, de la técnica, de la cultura y de la defensa nacional, que están unidos indisolublemente para servir a la causa común de su patria.

Estoy seguro de que los dirigentes que se empeñan en prolongar un conflicto inútil hallarán las fórmulas que les permitan levantar la huelga y restablecer la total normalidad del servicio ferroviario, vital para nuestra economía. Estoy seguro de que comprenderán que el movimiento obrero no puede desarrollarse en contra de la Nación, sino dentro y a favor de ella. Y que el Gobierno, al reafirmar que los planes de reestructuración ferroviaria son irrevocables e inmodificables, no se aferra a un criterio arbitrario, sino que defiende los más altos y urgentes intereses del pueblo y de los propios trabajadores.

En segundo término, me he decidido a no postergar este viaje porque con él se cierra el ciclo que integran mis anteriores visitas a América y Europa.

La República Argentina ha recobrado y acrecentado su prestigio internacional. Este hecho es innegable. Y quizás el más evidente en la actual coyuntura del país. Lo digo con orgullo de argentino y sin ninguna jactancia, porque el mérito no es del Gobierno, sino de un pueblo que cuida celosamente su soberanía y no abdica su dignidad. La palabra argentina es escuchada con respeto en todo el mundo. En el ámbito americano, porque la Nación Argentina ha hecho una importante contribución a la consolidación de la democracia y a la cooperación e integración continentales en los planes de desarrollo. Ha mantenido una clara posición de respeto a los principios fundamentales del derecho internacional americano y ha señalado la presencia de América latina como factor necesario de la unidad occidental y de la preservación de la paz en el mundo. En el ámbito europeo, porque la Nación Argentina ha recordado al Viejo Mundo la tradicional contribución de América latina a la formación y consolidación de las grandes potencias industriales de Europa, como proveedora de alimentos y materias primas, y consumidora de sus productos industriales. Hemos señalado a Europa que en el siglo XIX, en que ella forjaba su poderío técnico, América latina fue su granja y su granero. Le advertimos, claramente, que en la actual centuria América latina cumplirá inexorablemente su proceso de industrialización. Dijimos que, en esta nueva etapa, Europa será una de las grandes proveedoras de capital y bienes de producción para el desarrollo de América latina. Pero fuimos categóricos en nuestra apreciación de que nadie puede comprar a quien no le compra y que es menester revisar a fondo la actual política proteccionista y discriminatoria de los mercados europeos frente a las importaciones de origen latinoamericano. El viaje que inicio hoy es complemento indispensable de esta acción argentina en el plano mundial. Me dirijo a uno de los grandes mercados potenciales de nuestros productos: el continente asiático, poblado por la mitad del género humano y en pleno proceso de modernización de sus viejas estructuras económico-sociales.

También visitaré Canadá, ese gran país amigo, geográficamente integrado en nuestro continente y que en su prodigioso avance cultural y material se identifica cada vez más con los problemas e intereses

hemisféricos. El desarrollo de Canadá es un ejemplo de lo que significa para las viejas potencias industriales la transformación de un país de economía primaria en una nación moderna y desarrollada que es hoy importante factor del intercambio mundial.

La Argentina, y con ella las restantes naciones latinoamericanas, han visto decrecer progresivamente sus ventas al exterior, tanto en volumen como en valor.

No es el caso analizar aquí las causas de este fenómeno ni las soluciones que la Argentina está aplicando ya para resolverlo. Solamente quiero repetir aquí que la respuesta de fondo a este problema es el desarrollo integral de nuestra economía, el desarrollo armónico de nuestra producción agraria y de nuestra producción industrial.

Pero ningún esfuerzo de integración económica en el frente interno puede prescindir de los recursos que le suministra el intercambio exterior. El comercio internacional de nuestros productos es vital para el financiamiento de nuestro desarrollo nacional. El país está realizando una obra orgánica y eficiente para impulsar e incrementar la producción agropecuaria y se han alcanzado ya algunos resultados promisorios. Por mucho tiempo aún, el componente básico de nuestras exportaciones será la producción del agro. También se estimula en todas formas la exportación de productos elaborados y semielaborados de origen industrial.

Estos esfuerzos quedarían neutralizados si no consiguiéramos colocar a buen precio nuestras exportaciones. Las tendencias restrictivas que se acentúan en nuestros mercados tradicionales nos obliga perentoriamente a explorar la conquista de nuevos mercados. Debemos tener en cuenta aquellas zonas del mundo en las que se está operando un proceso de desarrollo que eleva consecuentemente los índices de consumo de la población, especialmente en el sector alimenticio. También debemos explorar los mercados de potencias industriales como el Japón, fuertes importadores de materias primas y alimentos.

Nuestro actual comercio con el continente de Asia absorbe menos del 5% del valor de nuestras exportaciones, a pesar del enorme caudal humano que vive en esa región. Aun cuando esa población

se abastece todavía del producto de sus propias tierras, las tasas de consumo son de las más bajas del mundo. Sin embargo, hay una notoria tendencia al aumento global y relativo del consumo de alimentos, vestido y otros elementos vitales. La presión social que ejercerá esta vasta masa humana en el curso de su ascenso al bienestar, creará una demanda superior a la producción de la región en un lapso más o menos prolongado. Este gran mercado de más de mil millones de almas puede absorber una proporción suficiente de nuestras exportaciones para compensar la retracción de nuestros mercados tradicionales.

Es, pues, vital para nuevo desarrollo económico la ampliación de nuestro comercio el continente asiático. En el caso del Japón, las perspectivas son especialmente halagüeñas, dada la saludable y constante presión de la economía japonesa en la dirección del mercado externo. La Argentina puede ser un excelente cliente para la industria pesada y electrónica del Japón. A su vez, el imperio japonés puede comprar muchos de nuestros productos.

No son solamente motivos económicos los que determinan la necesidad de mi visita a tan remotos países.

La Nación Argentina ha tenido, en toda su historia, vocación universal. América ha sido, quizás, el país más permeable a las grandes corrientes de la cultura del mundo. Nunca se ha aislado del acontecer universal y ha participado en él con alegría, esperanza y valor.

En la era de la proyección cósmica de la especie, el mundo es cada vez más una célula indivisible. Somos un mundo, o nada. El fraccionamiento, la rivalidad y el recelo no resisten el riesgo de la destrucción universal. La paz ha dejado de ser un ideal para convertirse en una necesidad de todo el género humano. Y la paz no es un acto repentino, sino un paciente proceso de comprensión, de tolerancia y de constante intercambio pacífico de intereses y culturas. Una superación del odio, de las divergencias ideológicas, de las barreras del espíritu.

Voy a dirigirme a la otra mitad del globo para decir que en el continente de Colón, el pueblo argentino está construyendo su futuro con los ojos puestos en toda la humanidad, sin prejuicios ni enemistad contra pueblo alguno de la tierra. Voy a decir que su entrañable raíz cristiana es, por esencia, ecuménica y fraternal. Que esa misma

raíz cristiana está hecha de humildad y por eso reclama y agradece el aporte de todas las culturas, de todas las creencias, de todos los pueblos.

Voy a decir a un continente de milenaria cultura que esta nación joven es solidaria con la joven esperanza de sus pueblos. Voy a ofrecer y a recibir. A ofrecer la amistad sin límites del pueblo argentino. A recibir las enseñanzas de otras naciones que libran su histórica batalla contra un pasado de penuria para aprender la humana lección de su heroísmo, de su sacrificio y de su fe.

Estas naciones están cumpliendo una etapa decisiva de su historia: el ascenso de muchos millones de seres humanos a los niveles de bienestar y justicia social que imperan en el mundo moderno. Es una verdadera revolución del espíritu del hombre, que se rebela contra la opresión, el temor, la miseria y la ignorancia. La historia universal abre así un capítulo pleno de dramáticas posibilidades. El pueblo argentino comparte fervorosamente la lucha de esas muchedumbres asiáticas. Me sentiré muy feliz de expresar estos sentimientos cada vez que me ponga en contacto con los hombres y mujeres del pueblo.

La Argentina y el Canadá

*Palabras al arribar al aeropuerto de Ottawa, Canadá,
el 27 de noviembre de 1961*

Agradezco profundamente las cálidas palabras de bienvenida con que me han acogido el señor gobernador general y el señor primer ministro. Son ellas expresión elocuente de la amistad que une a los pueblos del Canadá y la Argentina, amistad de la que mi visita a este país significa un claro testimonio.

Son muy pocas las ocasiones en que mandatarios de los países de América latina han llegado en oportunidades anteriores al Canadá y es esta, además, la primera visita oficial que realiza a este gran país un mandatario de la República Argentina.

No sucede ello por un simple acaso. La vida internacional de nuestros días está fundada en una creciente interdependencia entre los pueblos. Todos los hombres del mundo vivimos hoy un universo de problemas comunes y para nadie resulta ya indiferente lo que sucede en latitudes que hasta hace poco tiempo parecían remotas y casi legendarias.

Mi presencia en el Canadá traduce el interés cada vez mayor con que los países de América latina siguen la trayectoria ascendente del pueblo canadiense.

Todos conocemos en nuestras naciones su prosperidad, su prestigio, su estabilidad y la afirmación cotidiana de su realidad nacional, cada día más significativa en los asuntos mundiales.

Como presidente de la Argentina vengo, pues, a traer el saludo de mi pueblo y a decir algunas de las cosas más importantes que pensamos y hacemos en el extremo sur de nuestro hemisferio. Y vengo también a informarme, a través del contacto con los gobernantes, los

hombres de empresa y los representantes de la cultura canadiense, de lo que se hace y lo que se piensa en este país.

Mi visita no pretende tener tan solo un significado protocolar. En la Argentina estamos convencidos de que es mucho lo que puede realizarse para hacer más provechosas y dinámicas las relaciones bilaterales con el Canadá. Creemos que son múltiples los problemas comunes que en el orden político y comercial tenemos ambos países respecto de otras áreas geográficas y económicas. Consideramos, además, que para los países de América latina, la vinculación más estrecha con esta ejemplar realidad americana, que es el pueblo canadiense, redundará en provecho recíproco y beneficiará en gran medida la causa de la libertad y del progreso que es inherente, desde sus orígenes, al ideario y al modo de ser de las naciones de nuestro continente.

Retribuyo, pues, las buenas palabras del señor gobernador general y del señor primer ministro y expreso mi firme convicción de que, después de esta visita, los canadienses y los argentinos habremos profundizado asuntos recíprocamente convenientes y habremos descubierto muchos temas en los que la acción común abrirá mejores perspectivas para el bienestar y la gravitación internacional de nuestros pueblos.

Las nacionalidades independientes

Discurso en ocasión de recibir el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Ottawa, Canadá, el 28 de noviembre de 1961

El alto honor que me acaba de conferir la prestigiosa Universidad de Ottawa, constituye para mí un motivo de satisfacción y legítimo orgullo.

Esta casa es uno de los más representativos centros de estudio que existen en un país cuyas universidades han adquirido creciente reputación internacional. En todas partes se siguen hoy con la mayor atención los trabajos y las investigaciones que realizan los científicos canadienses, cuyas aportaciones suman, día a día, valiosos elementos a la gran tarea colectiva de la humanidad de perfeccionar la cultura, penetrar en los misterios del universo y elevar las condiciones de vida de los pueblos.

Los avances portentosos de la tecnología han impreso un ritmo nuevo a la política mundial y han determinado mayores responsabilidades para los científicos y los universitarios. La ciencia ha hecho de la interdependencia entre los pueblos una realidad inevitable. Ha creado las condiciones materiales para que la solidaridad entre los hombres sea efectiva y, al poner a disposición de los hombres fabulosos elementos de destrucción, ha hecho del fortalecimiento de esa solidaridad un imperativo que no ofrece alternativas para nuestra generación.

Por eso no hay, tal vez, un foro más adecuado que el universitario para exponer, ante un país amigo, la perspectiva con que los hombres de gobierno de otro país contemplan la realidad internacional de nuestros días.

En las breves horas que he permanecido en el Canadá, he tenido oportunidad de establecer provechosos contactos con hombres públi-

cos y ciudadanos altamente representativos de este país y he tenido ocasión de apreciar los rasgos principales de esta gran realidad americana que es el pueblo canadiense.

Como presidente de la República Argentina deseo transmitir en esta ocasión al pueblo canadiense el profundo interés y la cálida simpatía con que mi país sigue la gran experiencia que, en el plano político, cultural y económico, se está desarrollando en el Canadá.

Desde el punto de vista de la Argentina, esta experiencia tiene un interés muy particular. A despecho de las diferencias históricas y de las diversidades culturales, el Canadá y la Argentina son dos países que tienen perfiles notablemente coincidentes. Ubicadas en las antípodas del hemisferio, separadas aparentemente en el plano de las relaciones diplomáticas bilaterales, son muchos los caracteres comunes que presentan la realidad canadiense y la realidad argentina. De todos los países latinoamericanos es la Argentina el que sigue un proceso en su evolución político-social más semejante al que se vivió y se vive en el Canadá; y son consecuencias de ese proceso las numerosas analogías que presentan actualmente la sociedad canadiense y la sociedad argentina.

Ambas naciones se extienden sobre una enorme extensión geográfica, ubicada en buena parte dentro de zonas templadas, aptas, en consecuencia, para actividades económicas semejantes. En las inmensas llanuras canadienses y en las inmensas llanuras argentinas se cultivan riquezas y se viven tipos de vida que guardan similitud.

El Canadá y la Argentina son, asimismo, países a los que caracteriza una notoria homogeneidad racial. Ambos son fruto de la asimilación en América de la sangre europea. Asentados sobre territorios donde existían sociedades indígenas altamente evolucionadas, como en casi todos los demás países americanos, el Canadá y la Argentina son, genuinamente, países nuevos, productos de la historia que comenzó con el descubrimiento del continente y que tomó impulso acelerado merced a las grandes corrientes inmigratorias del siglo XIX.

Sus condiciones geográficas privilegiadas impulsieron a ambos países funciones similares en el gran proceso económico del siglo pasado.

El caudal de poblaciones y de capitales de origen británico que el Canadá y la Argentina recibieron en proporción significativa, dio a las primeras etapas de gran expansión económica en nuestros dos países, un signo común que ha impreso a sus realidades profundos caracteres que subsisten hoy día.

Por ello, resulta fácil al pueblo argentino comprender y apreciar la realidad del Canadá. Esas semejanzas nacionales aparecen, por otra parte, destacadas en una amplia fisonomía que, con otros pueblos, es común a el Canadá y a la Argentina. Ambos son países occidentales y, como tales, vinculados íntimamente al mundo de creencias y valoraciones específicas de la civilización cristiana y de las tradiciones de Occidente. El Canadá y la Argentina son, además, países americanos protagonistas de esta gran realidad que es el Nuevo Mundo, enfrentados con todos los problemas que son propios del hemisferio y comprometidos en la prosecución de numerosos objetivos, que el ritmo acelerado de la historia revela cada día con mayor claridad a los ojos de los pueblos.

Los argentinos apreciamos y valoramos al Canadá desde nuestra propia perspectiva nacional y, como los canadienses, constituimos una comunidad decidida a adquirir un volumen cada vez mayor en nuestra personalidad política y económica, objetivos estos que nos hemos propuesto alcanzar sin restricciones.

Desde esta perspectiva nacional argentina, la experiencia canadiense adquiere para nosotros un valor ejemplar. Por eso la contemplamos con simpatía y admiración.

Admiramos en el Canadá la ejecución histórica de un proceso de autodeterminación política, que ha puesto a prueba la perfección del mecanismo de esa verdadera obra maestra de prudencia y buen sentido político que es la Comunidad Británica de Naciones.

Admiramos en el Canadá la solidez con que ha sido constituida una firme y coherente unidad nacional, asentada sobre una realidad social de doble origen histórico.

Admiramos el rápido proceso de evolución con que la economía canadiense, basada durante muchos años, como la nuestra, en una producción agropecuaria de las más fuertes del mundo, supo adap-

tarse casi sin transiciones a las formas avanzadas de la industrialización hasta adquirir un nivel de perfección y un ritmo de desarrollo como pocos en el mundo.

Finalmente, admiramos en el suelo canadiense, la eficacia con que ha sabido conducir una política exterior inequívocamente orgánica y coherente, al servicio de sus intereses nacionales, fundada en la moderación y en el permanente afán de conciliar los puntos de vista en conflicto. Ello ha dado al Canadá un prestigio ante el mundo entero y una gravitación en los problemas mundiales cada día mayor.

Desde el punto de vista argentino, la política exterior del Canadá aparece como la expresión clara de un pueblo que ha alcanzado un alto nivel de madurez nacional. De un pueblo que sabe reconocer su especialísima ubicación geográfica entre las dos potencias más importantes del mundo; que parte de la necesidad de conservar la paz por sobre todas las cosas; que aprecia la urgencia de lograr nuevos mercados para colocar sus excedentes de producción. Que busca canalizar por todo el mundo sus inmensas riquezas naturales para hacer posible, en el orden nacional, una economía de gran consumo y para mitigar, en lejanas partes de la tierra, el hambre que sufren muchos seres humanos.

Los argentinos estamos haciendo en el otro extremo del continente una experiencia que, en muchos aspectos, se asemeja a la del Canadá. Esa experiencia consiste en la ejecución de una política nacional fundada sobre bases reales: una política que se ajusta al modo de ser propio de la Argentina y que responde a los intereses concretos del país. Consideramos que una política así concebida tiene que redundar en bien de la comunidad americana y de todas las naciones del mundo que quieran vivir, como nosotros, en paz, en libertad y sin necesidades.

La acción que en esos últimos tres años desarrolló el Gobierno nacional en el orden interno y en el plano internacional ha significado un duro esfuerzo para el pueblo argentino, que ha debido sostenerse en medio de dificultades políticas, económicas y sociales, no siempre fáciles de solucionar.

La firme voluntad de emprender una lucha decidida para recuperar el ritmo de crecimiento de nuestra economía y poner las bases sólidas de un desarrollo económico que adaptara la vieja estructura agropecuaria del país a las nuevas necesidades impuestas por la realidad mundial y por el propio crecimiento de la sociedad argentina, comienza ahora a dar sus primeros frutos.

La política de estabilización monetaria que tuvo como punto de partida la ubicación del mercado de cambios ha permitido que, después de dos años y medio de su iniciación, se mantuviera invariable la cotización internacional de nuestra moneda y que el peso argentino recuperara en el mercado mundial el prestigio y la confianza que fue su característica en otras épocas. Con la participación de empresas privadas extranjeras en solo tres años el país pasó de producir un 35% del petróleo que consumía, al autoabastecimiento total y a las posibilidades de creciente exportación en un futuro próximo. Estamos lanzados a ejecutar un plan caminero con el concurso del capital exterior que al cabo de seis años, a partir del año 1958, multiplicará la red nacional de caminos pavimentados. Se ha aumentado en cientos de miles de kilovatios la potencia instalada de energía eléctrica y se han echado las bases para el reequipamiento y la reestructuración de la red ferroviaria nacional, afrontando para esto grandes dificultades políticas y sociales superadas hace muy pocos días. El ritmo de las inversiones en la República Argentina en los últimos tres años ha aumentado de manera acelerada y se ha registrado un promedio en ese período de diez millones de dólares mensuales.

Los sectores de la industria siderúrgica, de la petroquímica, la química pesada y la industria automotriz, han puesto las bases para una expansión sana de la industrialización del país, hasta hace pocos años basada solamente en una industria liviana de capacidad relativamente alta, pero sin bases económicas y financieras.

Como resultado de todo este esfuerzo, la economía nacional, paralizada durante largos años en un nivel exiguo de ingreso por cabeza, ha comenzado el año pasado a revelar los primeros índices positivos, que deberán multiplicarse por tres y cuatro veces en los próximos años.

Desde su posición de país latinoamericano, y desde su perspectiva de América del Sur, la Argentina ha intentado adecuar el ritmo de su propia realización nacional a la etapa de rápida y profunda mutación que viven los pueblos del mundo.

En América, como en todas partes, ha hecho crisis un gran problema que marca con su signo inequívoco la época actual: el profundo desnivel entre países de gran desarrollo económico y países insuficientemente desarrollados. La Argentina está decidida a tomar parte activa en la solución americana de esa gran contradicción, emprendida con esa importante empresa pacífica que es la Alianza para el Progreso. La Argentina apoya y apoyará decididamente el programa que quedó formalizado en la Reunión de Punta del Este porque está convencida de que en él se encuentra la solución para los pueblos latinoamericanos. Una solución fundada en bases concretas y no en la formulación de principios retóricos que nada influyen sobre aquellos pueblos que, a pesar de vivir en suelos riquísimos, padecen hambre y miseria y sufren la ignorancia.

Nosotros creemos en el espíritu que alienta a esta empresa, que será de resultados seguros si se pone en práctica con energía y lealtad.

Ello supone, en primer lugar, la afirmación sólida de nacionalidades independientes que son y serán americanas, que son y serán cristianas, que son y serán occidentales y amigas de las grandes potencias del mundo libre, pero que en modo alguno serán satélites de cualquier poder extraño. Son naciones nuevas en su soberana y creciente expresión internacional, que habrán de contribuir a dar nuevas bases a la convivencia del mundo futuro y que habrán de enseñar cómo se puede vivir en paz y practicar su estilo de vida propio sin necesidad de someterse a los dictados de nadie. En segundo lugar, supone una mayor existencia de bienes y productos, no solo en los mercados nacionales o regionales, sino también en el ámbito mundial, donde la lucha contra el subdesarrollo difundirá, con el triunfo sobre la indigencia y el hambre, el ansia por la libertad y el respeto por la dignidad de la persona humana.

Hemos venido a decir al pueblo canadiense cómo se lo ve desde la Argentina y a explicarle también al pueblo canadiense algunas de

nuestras propias realidades. Hemos venido a ofrecerle una forma activa y dinámica de amistad y de relación entre el Canadá y la Argentina, fundada en el interés de mi país y en el interés del pueblo canadiense. Consideramos que la amistad de la Argentina y del Canadá, el contacto más estrecho entre sus gobiernos, un mayor intercambio de puntos de vista, una mayor coordinación de acción política y diplomática en el continente y en los foros mundiales donde se debaten problemas políticos y económicos comunes, habrá de rendir grandes servicios a la causa de América, a la que el Canadá perteneció siempre y con la cual el pueblo canadiense está cada día más identificado.

Hemos venido también a decirles a los hombres del Gobierno y del pueblo del Canadá que los países de América latina los miramos cada día con creciente interés. Que las tierras ricas de los países del sur tienen mucho que esperar de la técnica y de la capacidad financiera canadiense.

Que mucho también pueden esperar de ellas los millones de latinoamericanos que integran el mercado de más rápido crecimiento en el mundo. Que en el estudio y en la solución de muchos de los problemas que afectan hoy al hemisferio, la voz independiente, responsable y prestigiosa de Canadá, habrá de tener positiva influencia y habrá de actuar como factor de armonía y de moderación.

La solidaridad continental

Discurso en ocasión de la comida ofrecida por el alcalde de Montreal, en Montreal, Canadá, el 30 de noviembre de 1961

Deseo expresar a este distinguido grupo de representantes de las más importantes actividades de la provincia de Quebec, mi profundo agradecimiento por las distinciones de que he sido objeto durante mi permanencia en la ciudad de Montreal.

Con este banquete concluyen las actividades oficiales de las que he participado en la inolvidable visita realizada a este gran país.

Quiero decir a todos ustedes que estoy sumamente satisfecho de los resultados de esta visita. Como lo señalé al descender del avión que me trajo desde mi país, nunca un presidente argentino en ejercicio había llegado al Canadá en misión oficial. La invitación que recibí del Gobierno canadiense y su aceptación por parte del Gobierno argentino son la expresión de que en ambos países se comprende vivamente la ley que preside la vida internacional de nuestro tiempo: la interdependencia entre los pueblos.

No he venido al Canadá a cumplir con un simple trámite protocolar. En la Argentina son muchas las cosas que hay que hacer y muy complejas las tareas de los hombres del Gobierno como para que un desplazamiento al exterior del Presidente de la República sea decidido sin profundas motivaciones. Por otra parte, no hubiera podido venir al Canadá con distintos objetivos. Conozco el modo de ser de este pueblo, amante de la responsabilidad y del trato franco y directo, opuesto a ciertas formas de la diplomacia tradicional que, bajo el manto de la mayor cortesía, alimentan la falta de colaboración entre las naciones.

Vine a este país porque estoy persuadido de la necesidad de que la Argentina estreche de la manera más íntima sus lazos con el mun-

do exterior. Mi país está ubicado en un rincón privilegiado del mundo geográfico. Ello permitió a la Argentina mantenerse durante mucho tiempo alejada de los grandes conflictos mundiales y dio a su pueblo la oportunidad de desarrollarse en la paz, alcanzando hace algunas décadas unas tasas de nacimiento que fueron durante muchos años las mayores del mundo.

La técnica, la política y las ideas de nuestro tiempo han concluido con aquel aislamiento de sentido geográfico. Hoy la Argentina siente que su destino se halla vinculado íntimamente a lo que sucede en todos los continentes.

Comparte los problemas de los pueblos y sabe que la defensa y la afirmación de su propia personalidad, que es la de un país americano, heredero de la tradición cristiana y parte del mundo libre de Occidente, se juega día a día en países remotos y entre pueblos cuyos nombre no acaban de hacérsenos familiares.

Algo de todo eso caracterizaba hasta hace poco tiempo la relación de nuestro país con el Canadá. Nos habíamos habituado, en cierta manera, a pensar en una América que concluía en los grandes lagos y en cuyo extremo norte vivía un pueblo que pertenecía casi a otro mundo. América era, para nosotros, los 21 países miembros de la Organización de los Estados Americanos. El Canadá era la lejanía: una lejanía sugestiva y simpática, por la que nuestro pueblo sentía afecto, pero con la que no existían problemas comunes por resolver ni tareas conjuntas que realizar.

Hoy, por el contrario, Canadá se nos aparece como parte entrañable del ser americano. Esa misma realidad de nuestros días, que golpeó las puertas de nuestro país y exigió una respuesta positiva de los argentinos, se ha hecho presente también ante el pueblo canadiense.

En discursos anteriores he señalado algunas de las muchas características comunes que vinculan a la Argentina y al Canadá. Voy a insistir hoy, en estas palabras de despedida, en una de ellas.

Nuestros dos países crecieron, económica y culturalmente, mirando, por un lado, hacia el desarrollo de su interior desértico y hacia el mundo europeo, por el otro. Nuestra cultura no tenía prácticamente ningún elemento autóctono que asimilar, debía conformarse sobre

la base de la conquista de un desierto. Nuestro comercio se orientaba hacia el Viejo Continente, cuyo desarrollo industrial recibía de nuestros trigos y nuestras carnes la corriente vital que lo hacía posible. En la historia de ambos países, con distinto estilo y bajo distinta forma, obraba el signo peculiar propio de la presencia de esa gran conformadora de naciones que ha sido Inglaterra.

Los orígenes históricos y los lazos de idioma, sangre y religión imponían a Argentina mayores vinculaciones con América latina. Sin embargo, durante mucho tiempo, esas relaciones fueron restringidas por parte de nuestro país y una relativa indiferencia fue la regla en la conducta continental de los argentinos.

Hoy, la Argentina ha asumido con la mayor decisión su responsabilidad continental de país americano que forma parte del mundo de Latinoamérica y ve las cosas con la perspectiva de América del Sur. Estamos decididos a participar activamente en todas las cuestiones hemisféricas, en la misma medida en que tampoco somos indiferentes a los problemas del mundo. Creo que una evolución similar, en sus rasgos generales, ha sido vivida por el pueblo del Canadá.

He podido apreciar, con profunda satisfacción, cómo se vive en el Canadá la experiencia viva de la unidad de América. Me ha complacido el interés del pueblo canadiense por lo que se vive y lo que se piensa en las tierras del sur y he encontrado en sus hombres de gobierno y en sus hombres de empresa, un interés y una voluntad de hacer cosas que presagian días mejores para las relaciones interamericanas.

Aspiro, por todo ello, a que mi visita a este país constituya una contribución eficaz a la tarea común de fortalecer la solidaridad continental. Creo, sinceramente, que en esa tarea mucho es lo que pueden hacer el Canadá y la Argentina obrando de común acuerdo, y muy decisiva es la función que corresponde a la amistad argentino-canadiense.

La amistad entre nuestros pueblos es hoy una imposición de la historia, fundada en nuestras semejanzas, en nuestros objetivos nacionales, en nuestro modo de ver los problemas del mundo, en nuestras dificultades y en nuestros intereses.

Función de ambos gobiernos habrá de ser la de dar los pasos positivos para que de la amistad surja el cambio de ideas, para que del

cambio de ideas resulte el entendimiento y para que el entendimiento se traduzca en acción común.

En Montreal, metrópoli donde late la porción latina del alma canadiense, donde se sintetiza la armonía de la unidad nacional y se expresan algunas de las más grandes realizaciones económicas y culturales del pueblo del Canadá, dejo el mensaje de amistad y de simpatía del pueblo de mi patria, para el cual este país es un ejemplo de lo que debe hacerse y un estímulo para realizarlo en el orden, en la paz y en la libertad.

La epopeya nacional de la India

*Palabras pronunciadas a la llegada al aeropuerto de Palam,
Delhi, India, el 4 de diciembre de 1961*

Al pisar tierra india en este primer viaje que un presidente argentino realiza a esta gran nación, quiero hacer llegar mi saludo a todo su pueblo.

He venido a la India a traer un mensaje de auténtica confraternidad. Esta confraternidad ha nacido, a pesar de la gran distancia geográfica, en la comprensión que tenemos en la Argentina de la epopeya nacional india para alcanzar la autodeterminación política, promover enérgicamente el desarrollo económico de sus vastas y ricas regiones y afirmar su presencia internacional, fundada en la justicia, en la paz y en la libertad.

Desearía que esta visita no sea interpretada como una visita protocolar, sino como una contribución verdaderamente positiva para estrechar resueltamente las relaciones entre nuestros dos países. Quiero decir a las autoridades indias cómo vemos desde la Argentina la coyuntura internacional, tanto en el campo político como en el comercial. Y quiero que esta visita que hoy inicio, dé sus frutos de inmediato, en favor de nuestros pueblos y de la paz del mundo.

En el país donde la proscripción de la violencia es norma fundamental de la vida institucional, deseo unir mi mensaje fraternal de paz con justicia, libertad para todos los hombres del mundo; el mensaje que, desde milenios, viene repitiendo para la humanidad entera, la antigua sabiduría india.

La paz, el desarme y el desarrollo

Discurso en ocasión del banquete ofrecido por el vicepresidente de la India, en Nueva Delhi, el 4 de diciembre de 1961

El abrazo que por mi intermedio envía el pueblo argentino al pueblo de la India refleja el rasgo fundamental de nuestra época: la conciencia del mundo como unidad. La visita del presidente de una de las jóvenes naciones de América a una de las más antiguas naciones de Asia es un símbolo de esa unidad. Por primera vez un presidente de la República Argentina se traslada al otro extremo del planeta para traer a la India el mensaje de admiración y de afecto de su pueblo. No se trata de una visita de protocolo. Obedece a la convicción de que la India y la Argentina, en su condición de miembros de la comunidad universal, necesitan ampliar y refirmar sus relaciones en el cuadro de una coyuntura mundial plena de riesgos pero también plena de oportunidades. Vivimos en un mundo que puede y debe elegir entre dos extremos: la guerra de extinción o la victoria universal sobre el atraso y la pobreza. Aun los más optimistas, entre los que me cuento, no pueden desechar totalmente la primera hipótesis. Pero estamos seguros de que la segunda alternativa es perfectamente realizable si los pueblos se unen para esta gran empresa de redención humana y para imponer las grandes decisiones que aseguren una paz justa y duradera.

El pueblo indio y el pueblo argentino comparten la esperanza en un porvenir venturoso para la humanidad. El peligro de la destrucción atómica y la creciente noción de interdependencia económica y social de todas las naciones, han creado esa conciencia universal unitaria a que he aludido. Todos los pueblos desean la paz. Todos los pueblos comprenden que las naciones grandes y pequeñas, por encima de sus diferencias y rivalidades, están obligadas a explorar nuevos y

cada vez más efectivos mecanismos de cooperación internacional. En estas premisas descansa la confianza que vengo a transmitir a la India en nombre del pueblo argentino.

Es importante señalar que el mayor aporte a ese sentido de responsabilidad colectiva internacional lo están efectuando las nuevas nacionalidades y los pueblos en desarrollo. Asistimos a la aparente paradoja de un pujante internacionalismo promovido por el nacionalismo en ascenso. Cuanta mayor madurez alcanzan los pueblos en su conciencia nacional, mayor es su contribución al fortalecimiento de la comunidad internacional en sus aspectos políticos, económicos y culturales. Esta es una sólida garantía para la paz y la cooperación. Estas no serán el resultado de una imposición elaborada en el círculo de las grandes potencias, como ocurría en el pasado, sino de un acuerdo libremente consentido por la soberanía individual de todas las naciones. En esta comunidad libre cada nación conserva su personalidad y la fuerza del conjunto es la suma de esas diversidades nacionales. No es un mundo uniforme, regido por una o varias voluntades dominantes. Es una asociación de Estados iguales en derechos, que está obligada a preservar la autodeterminación de cada uno de sus miembros. De ahí que la convivencia internacional no solamente no sea incompatible con el principio de la soberanía nacional, sino que es un efecto directo y necesario.

La actual composición de las Naciones Unidas refleja esta nueva realidad mundial. En ella ya no hay potencias o bloques predominantes. Sus decisiones son el fruto de la deliberación y el acuerdo de todos sus miembros. La existencia de esta asociación democrática de más de cien naciones soberanas es un acontecimiento histórico sin precedentes y abre infinitas posibilidades al mundo futuro.

En este foro universal, cada Estado actúa de conformidad con sus caracteres nacionales y sus ideales e intereses propios. El pueblo argentino ha respetado siempre la digna y sabia posición de la India y su valiosa contribución a la paz. Esa posición responde a las circunstancias históricas del desarrollo nacional del Estado indio, a sus relaciones internacionales y a la filosofía ancestral de un pueblo educado en el amor a la paz y a la fraternidad humana.

Por su parte, la Nación Argentina regla su conducta internacional conforme a su tradición de respeto a las normas del derecho de gentes y fiel en todo momento a su condición de miembro de la comunidad occidental y cristiana y de la libre asociación de los Estados americanos en el organismo regional que los congrega.

Cada una en su esfera y cada una con la modalidad que le señala su diverso origen y su diversa ubicación en el panorama mundial, la India y la Argentina pueden contribuir al fortalecimiento de la paz y al incremento de la cooperación internacional.

Concretamente, pueden unir sus esfuerzos para ayudar a encontrar soluciones pacíficas a las grandes cuestiones que hoy amenazan la paz del mundo.

Asimismo, India y Argentina pueden actuar unidas para influir sobre las grandes potencias, incitándolas a que lleguen a un acuerdo sobre un tratado de desarme universal y controlado, y sobre proscripción absoluta de armas de destrucción en masa y de ensayos de explosiones nucleares. Ambos países reconocen el inmenso beneficio que derivaría para toda la humanidad si se transfirieran al sector de las inversiones productivas los ingentes recursos que hoy absorbe la carrera armamentista.

Todos estos problemas han sido materia del intercambio de ideas que sostuve con vuestro ilustre vicepresidente y con vuestro primer ministro, señor Nehru, a quien rindo mi más cálido homenaje en nombre de un pueblo que admira su sacrificio y su genio como líder del histórico movimiento de liberación de su patria.

No es solo la consideración de los grandes problemas de la paz y el desarme los que pueden hacer fructífera esta visita. La India y la Argentina necesitan fortalecer sus vínculos por otras razones más directamente vinculadas a sus intereses espirituales y materiales.

Este vasto subcontinente de Asia, que es la India, habitado por la séptima parte del género humano, se halla empeñado en la gigantesca empresa de completar su soberanía política con el desarrollo independiente de su economía. En tal empeño, su creación histórica no difiere de la que está siguiendo otra importante congregación humana, que habita el continente descubierta a fines del siglo XV por

Cristóbal Colón. Casi doscientos millones de seres pueblan la América latina, desde México a la Argentina. Sus veinte nacionalidades tienen distintos grados de desarrollo material y cultural, pero afrontan problemas comunes que son similares, a su vez, a los de la India y de los restantes países en vías de desarrollo.

Estas dos grandes comunidades del mundo subdesarrollado, América latina y la India, son las más importantes del sector político no comunista. La coordinación de sus políticas en el plano mundial, a los efectos de favorecer su desarrollo, puede ser factor vital en la batalla que libran los países subdesarrollados.

Con el solo objeto de caracterizar las grandes líneas de esa posible colaboración, me permitiré recordar aquí las muy conocidas premisas del problema del subdesarrollo.

La primera es de orden interno y se refiere a la necesidad de transformar la estructura económica del subdesarrollo, esto es, superar la condición de simple productor de productos primarios y emprender la industrialización y la explotación de todos los recursos naturales en función de esa industrialización.

La segunda es de orden externo y consiste en asegurar la libre corriente de capitales, tecnología y comercio entre los grandes países industriales y las regiones subdesarrolladas, así como instrumentar adecuadamente la asistencia internacional –financiera y técnica– a las naciones en desarrollo.

Ambas premisas son necesariamente interdependientes, pues no existe posibilidad alguna de modificar sustancialmente la estructura económica interna sin el acceso a las fuentes financieras internacionales y al intercambio sin restricciones. A su vez, este acceso depende de que las estructuras internas sean aptas para beneficiarse de la cooperación internacional y para volcar sus productos en las corrientes del comercio mundial a precios competitivos.

Dos grandes obstáculos se interponen en el camino hacia el desarrollo económico en este estado actual de la economía mundial. El más importante es la contracción artificial de los mercados de productos primarios, que conspira contra la capitalización de los países exportadores, al acentuarse la tendencia desfavorable en su relación

de intercambio. El segundo es la insuficiencia del influjo de capital internacional, tanto en la forma de inversiones directas como en la forma de préstamos. Ambos obstáculos inciden negativamente en economías que dependen todavía de su capacidad exportadora y que acusan índices bajos de ahorro interno.

Es indudable que la remoción de estos dos factores negativos no bastaría para resolver el problema del subdesarrollo. Estas causas externas son coadyuvantes, pero no decisivas. El desarrollo económico es un proceso determinado esencialmente por la capacidad de cada pueblo para convertirlo en la causa nacional, para planificarlo adecuadamente y para hacer los sacrificios inmediatos que aceleren el logro de beneficios mediatos. Pero también es innegable que las condiciones externas pueden hacer menos arduo y oneroso el proceso nacional. Y también es indiscutible que la remoción de las trabas externas no es, no debe ser, una concesión graciosa de las grandes potencias, sino una necesidad de su propia estabilidad, en un mundo cuyo crecimiento y cuyas presiones están revolucionando las viejas relaciones de poder. El ingreso del mundo subdesarrollado a la economía mundial, en condiciones de asociado dinámico, es una realidad que se impone contra todo esquema que pretenda reeditar las prácticas del pasado. No hay otra salida que la creación de un vasto sistema cooperativo mundial, que asegure el crecimiento ininterrumpido de las naciones subdesarrolladas tanto como el de las potencias industriales. Estas últimas están expuestas a un peligroso estancamiento si no comprenden que la expansión del intercambio y de la corriente de capitales es esencial para mantener el ritmo de su propio desarrollo.

Es conocida la preocupación de los dirigentes de los Estados Unidos de América por la incapacidad de su economía para incrementar la tasa anual de crecimiento del producto nacional, en la medida de los índices de Europa occidental y de los países socialistas. Y los estadistas europeos saben perfectamente que las tasas logradas en la rápida recuperación de posguerra no habrán de mantenerse fácilmente de ahora en adelante. Por eso resulta incomprensible el retardo en revisar la política comercial y de inversiones de las grandes potencias

occidentales en la magnitud y con la audacia necesarias como para promover la rápida capitalización de las regiones marginales. En la creación de un gran mercado mundial abierto y de creciente capacidad adquisitiva, reside la solución orgánica de la crisis de crecimiento de la economía capitalista. En cambio, asistimos a la repetición de los acuerdos discriminatorios y proteccionistas que llevaron al mundo al callejón que desembocó en la Segunda Guerra Mundial. Parecería que hubiera empeño en dar la razón a quienes afirman que la democracia es incapaz de resolver sus contradicciones. En todo caso, las grandes potencias no parecen comprender la urgencia de los cambios que deben imprimir a su política internacional en el campo de la cooperación económica y del comercio multilateral.

La India es como la Argentina, un país dotado de grandes recursos materiales. Está realizando inteligentes y denodados esfuerzos por acelerar la industrialización y elevar el nivel de vida de su pueblo. Se beneficia de la cooperación económica y técnica que se le presta del exterior y mantiene relaciones de amistad efectiva y profícua con todas las naciones del mundo. Sus heroicas hazañas para consolidar un Estado nacional independiente y unido, a pesar de las profundas diversidades en la composición de su pueblo, son ejemplo que la historia registra con asombro. Ha sabido superar, incluso, el resentimiento hacia la potencia colonizadora, con la que sigue unida por lazos fraternales y de mutuo respeto. El ejemplo de la India, a través de su historia cinco veces milenaria, demuestra que su espíritu nacional se impuso sobre todos los invasores y sobre diferencias religiosas y raciales. A su lado, la epopeya nacional de las jóvenes repúblicas latinoamericanas es reciente y modesta. Sin embargo, me siento orgulloso de decir al pueblo de la India que los pueblos a cuya comunidad pertenezco, también luchan con denuedo por afirmar su soberanía y por incorporarse a las modernas corrientes de la civilización humana. Están lanzados irrevocablemente al proceso de desarrollar sus economías y asegurar bienestar y cultura a todos sus integrantes.

Finalmente, quiero referirme a las relaciones espirituales entre la India y la Argentina.

No debemos exagerar cuando hablamos de incrementar el intercambio entre dos países tan alejados geográficamente y con economías que apenas han comenzado a expandirse.

No obstante, debemos convenir en que es necesario explorar cualquier posibilidad de aumentar este intercambio. Frente a la contracción de los mercados tradicionales para nuestros productos de explotación, las naciones en desarrollo deben tender a compensar esa pérdida con un aumento del comercio entre ellas. Es una medida de prudente previsión, sin perjuicio de formar un frente unido para la promoción del comercio multilateral irrestricto que, repito, es un imperativo de la coyuntura mundial. Hemos explorado estas medidas de incremento de nuestro intercambio en las conversaciones que sostuve con vuestro primer ministro.

Nada se opone, en cambio, a la intensificación de nuestras relaciones culturales. Pertenecemos a dos culturas diferentes, cada una de las cuales aporta al acervo común de la humanidad. Creo que la síntesis de la cultura humana no se hace mediante la confusión de sus diversas corrientes, sino mediante la convivencia intransferible de todas ellas y su intercambio recíproco. De este intercambio histórico hablan las influencias orientales en la cultura de Occidente y viceversa. La música que se baila y se canta en el norte argentino tiene fuertes raíces orientales. Nuestro indio del altiplano hace vibrar una flauta de caña y le arranca ritmos y melodías que se confunden fácilmente con la música folklórica de toda Asia.

Los estudiantes de nuestros colegios secundarios recitan poemas de los Vedas y del *Ramayana* y mi país acaba de rendir un homenaje nacional a Rabindranath Tagore, vuestro inmortal poeta contemporáneo, cuyas obras se han editado profusamente en la Argentina, quizás en mayor proporción que en cualquier otro país extranjero. Sin embargo, resta mucho por hacer para difundir la extraordinaria cultura india en la Argentina y hacer conocer a nuestros escritores y artistas en la India. Expreso la esperanza de que se concerte un tratado de intercambio cultural, que incluya visitas recíprocas de estudiantes, profesores y artistas. Asimismo, debemos facilitar el intercambio turístico, excelente vehículo de conocimiento entre los pueblos.

Señores:

Las virtudes excelsas del Mahatma Gandhi, conjugadas con la decisión de todo un pueblo que olvidó sus diferencias legendarias, dieron independencia a esta nación que tanto ha contribuido a la sabiduría de la especie. Constituida en república democrática, se desenvuelve dentro de la filosofía de la libertad del hombre, común a las naciones cristianas de Occidente. La Argentina ha cumplido sus 150 años de vida independiente también en el marco de la democracia y del respeto a la dignidad humana. Nuestros pueblos creen en estos valores esenciales y han luchado por su preservación, aun desafiando las mayores penurias, porque no han aceptado canjear su libertad por su seguridad y bienestar materiales. Defienden en común esta filosofía en su acción internacional. Sostienen por igual los principios cardinales de la autodeterminación de los pueblos y del arreglo pacífico de las controversias internacionales. Están convencidos de que su libertad política necesita afirmarse en una efectiva soberanía económica, que solo puede alcanzarse por la vía del desarrollo. También coinciden en que tanto la soberanía política como la independencia económica son meros instrumentos de un designio que termina en la redención espiritual y material del hombre, en la elevación del nivel de vida de los pueblos.

La India y la Argentina tienen, pues, un programa común de realizaciones nacionales y comportamiento internacional. Pertenecen, cada una a una comunidad regional donde se las respeta y escucha. Integran la organización mundial de las Naciones Unidas, donde la gravitación de los países en desarrollo es cada vez más importante. Interesa a ambas naciones contribuir a la disminución de las tensiones entre las grandes potencias, como paso previo hacia el desarme y una paz perdurable. Pueden hacer este aporte a la convivencia pacífica, porque ambas ejercen la responsabilidad indelegable de su conducta internacional, que no está sujeta a dependencia alguna y que responde a los ideales e intereses de sus pueblos y a las normas internacionales libremente aceptadas por ellos.

En un mundo expuesto a la tragedia de una guerra de exterminio, la India y la Argentina trabajan por la paz y la amistad entre todas las

naciones. En un mundo que lucha por acortar la abismal diferencia entre pueblos opulentos y pueblos misérrimos, la India y la Argentina proclaman que un requisito esencial de la preservación de la paz y de la libertad, es la cooperación internacional para el desarrollo económico y social de los dos tercios de la población del mundo.

He aquí la tarea común que nuestros pueblos pueden realizar en el ámbito internacional. Permitidme que repita aquí lo que tuve oportunidad de decir en Europa y en los Estados Unidos a sus estadistas y hombres de negocio. Los pueblos en desarrollo no piden una dádiva ni están dispuestos a posponer sus impostergables objetivos de desarrollo nacional. La urgencia de atender sus reclamos no proviene solamente de sus necesidades, sino de la correlativa necesidad de los países industriales de crear rápidamente las condiciones de estabilidad y crecimiento del mundo no comunista. Este mundo enfrenta un desafío que no aguarda y que sabrá capitalizar nuestras vacilaciones. "Para la causa de la libertad, mañana es tarde", dijo el presidente Kennedy cuando lo exhorté a ejecutar sin demora su magnífico programa de Alianza para el Progreso. Los amigos de este noble país en que me encuentro, conocen bien la diferencia profunda que existe entre lo poco que se hace hoy, pero se hace, y lo mucho que se promete hacer mañana y no se hace. Los argentinos la conocemos también. Ojalá que nuestro intercambio de ideas sirva para coordinar alguna acción que convenza al mundo que nos regatea su comprensión, de que mañana puede ser demasiado tarde.

Señor vicepresidente, señor primer ministro, señoras y señores:

He realizado una de las ambiciones de mi vida al visitar este extraordinario país y conocer a sus preclaros dirigentes. He visto de cerca las realizaciones magníficas del progreso económico, científico y social de la India en la primera década de su vida independiente. Es un espectáculo que reconforta y estimula el esfuerzo de otros pueblos. Relataré a mis compatriotas esta experiencia. Les diré que podemos contar la profunda y sincera amistad de este gran pueblo, del que los argentinos nos sentimos también sinceros amigos.

Estoy convencido de que la India y la Argentina pueden hacer mucho en común, no solamente en interés recíproco, sino en favor de

la causa de todas las naciones en desarrollo, bregando por la expansión y liberalización del intercambio mundial.

Pero, sobre todo, creo que la India y la Argentina tienen otra contribución que hacer al mundo, más esencial que su aporte material. Los valores espirituales que inspiran a ambos pueblos obedecen a distinto origen, pero son idénticos en significado trascendente. Reconocen la primacía del espíritu sobre lo material y el imperativo de la conducta moral. Exaltan la belleza y la armonía de la creación divina. Afirman la libertad de la criatura humana. No ignoro que existen diferencias profundas en las concepciones filosóficas del mundo, entre una nación oriental y otra occidental. Pero comparto la visión universal de Tagore cuando dice en uno de sus poemas que "Oriente y Occidente no son más que hilos alternados de un mismo corazón".

He sentido latir ese corazón universal en la India, que me ha recibido con tanta generosidad y afecto. Agradezco profundamente esta acogida en nombre del pueblo argentino.

Brindo por la amistad indescriptible de nuestros pueblos y por su acción solidaria en favor de la paz mundial y del bienestar moral y material de la humanidad.

Muchas gracias.

La autodeterminación de los pueblos

Discurso pronunciado en ocasión de visitar la Municipalidad de Nueva Delhi, India, el 5 de diciembre de 1961

Quisiera expresar plenamente la emoción que siento al encontrarme en Delhi, capital de esta gran nación india, junto a su Fuerte Rojo, símbolo de una lucha persistente por la autodeterminación nacional.

El mensaje que desde Delhi, durante la lucha por la liberación, dieron los indios al mundo, llegó también a la Argentina. Este mensaje se ha convertido, en la actualidad, en un llamado a la paz y a la confraternidad. El poder que han adquirido hoy los instrumentos de destrucción hace que ese llamado no pueda ser desatendido por todos los hombres del mundo que quieren sobrevivir a esta época difícil.

En la Argentina, nuestro pueblo ha realizado y realiza también su propia experiencia nacional. Para ejecutarla de modo cabal necesita imprescindiblemente la paz. Ello fue perfectamente comprendido por todos los gobernantes argentinos. Por esa razón, hace más de ciento cincuenta años, los delegados de nuestro primer gobierno independiente tuvieron una clara y escueta consigna: "Llevad a todos los pueblos de la tierra la persuasión de vuestra cordialidad". Esta consigna fue enunciada al iniciar la Argentina la dura lucha por su liberación política. Hoy, que nos encontramos lanzados en la empresa irreversible de nuestra liberación económica, traemos a la India, a ese pueblo hermano, la misma consigna con la misma validez de entonces.

Hemos venido de Buenos Aires a Delhi para traer la persuasión de nuestra cordialidad.

Los nuevos mercados

*Discurso en ocasión de la visita al Parlamento,
Nueva Delhi, India, el 6 de diciembre de 1961*

Quiero, en primer lugar, agradecer el honor que significa para mi pueblo y para mi hablar en este digno foro. Como ex parlamentario sé el profundo significado que tiene el parlamento en la vida política de una nación democrática.

Hoy día, en momentos en que se ejecuta fríamente, en muchas partes, una verdadera idolatría del voluntarismo político, el parlamento constituye el foro donde la razón tiene fueros que defender.

Por otra parte, este parlamento que hoy me honro en visitar, constituye la representación viva de la unidad india. Es el crisol donde se realiza la síntesis nacional de las fecundas diversidades regionales, que encuentran aquí adecuada y libre expresión, aunque sometidas y dirigidas al cumplimiento de los más altos objetivos nacionales.

Es por esta razón que estoy seguro de encontrar en este parlamento cabal comprensión de los problemas de la realidad argentina, que quisiera explicar brevemente ahora. El esfuerzo que está realizando nuestro país para superar la condición de subdesarrollo y poder dar a su pueblo las condiciones de vida dignas a que lo predisponen sus riquezas humanas y naturales, lleva la impronta del hecho nacional. Es decir, involucra una comprensión profunda de la circunstancia nacional argentina y de la circunstancia internacional –económica y política– por que atraviesa el mundo actual.

Este mundo en que vivimos es hoy más que nunca un solo mundo. Ello permite que puedan hablar como hermanos los hijos de países que se encuentran geográficamente muy distantes. La tecnología moderna, que ha creado armas destructivas, capaces de aumentar la separación entre los pueblos, ha creado también maravillosos medios

de comunicación que acortan las distancias y hacen que los sucesos, en períodos de segundos, incidan profundamente en lejanas latitudes.

Por ello, comprendemos bien en la Argentina el reiterado mensaje de paz que brinda la India al mundo y seguimos de cerca la brillante actividad que su diplomacia ejecuta en las Naciones Unidas. Precisamente en este alto foro hemos tenido reciente oportunidad de sostener enfáticamente el derecho de los pueblos del mundo entero a gozar de un desarrollo económico conforme con sus posibilidades humanas y naturales. Y correlativamente, hemos señalado también la necesidad de encarar de modo decidido las medidas que tiendan a obtener en un breve plazo el control atómico y el desarme.

Al sostener la defensa de estas medidas indispensables, perfectamente compartidas con el respeto por la autodeterminación de los pueblos y la solución de los diferendos internacionales por vías pacíficas, estábamos seguros de interpretar no solo una inequívoca tradición argentina, sino también la voluntad de muchos otros pueblos que aspiran como nosotros a vivir en paz y libertad.

Es pues sobre esta amplia base de concordancia, conforme con nuestros propios intereses particulares, que podemos hoy encarar, con total claridad, la discusión de una amplísima expansión de las relaciones culturales, políticas y económicas entre la India y la Argentina.

Desde un punto de vista cultural es de todos conocida la influencia de la cultura india en nuestro país. Tuvimos para ello, a través de largas y reiteradas visitas a nuestra patria, la embajada ideal de aquel gran poeta que se llamó Rabindranath Tagore y al que el pueblo argentino ha rendido, muy recientemente, el homenaje que merece su venerable memoria. Y hoy día, como ratificación indubitable de la unidad del mundo a que recién aludía, puedo exponer el hecho de que nuestra Universidad Nacional de Bahía Blanca haya elegido como rector a un ciudadano de la India.

Pero aparte del entendimiento cultural y político, existe hoy la obligación inexorable de ampliar nuestras vinculaciones comerciales. La unidad del mundo se encuentra confrontada con la existencia de agrupaciones regionales que cierran sus mercados a las exportaciones de muchos productos básicos, que son y han sido el recurso más sano

para el financiamiento del desarrollo de muchos países rezagados. La República Argentina está decidida, por lo tanto, a extender sus mercados a todos los países del mundo que puedan ser compradores de sus productos y está dispuesta también, como obligada contrapartida, a ofrecer a esos países su amplio mercado comprador, que se expande y desarrolla al amparo de su crecimiento económico.

Como ya lo hemos destacado, el problema del alejamiento geográfico no es hoy más que un problema técnico, que se resuelve aumentando las comunicaciones. Espero que ello sea objeto de un tratamiento concreto y rápido, encarado con el esclarecimiento y la eficacia que exigen los tiempos actuales a quienes tienen la enorme responsabilidad de conducir pueblos en horas difíciles.

Señores legisladores:

Os he hablado con lealtad y con franqueza. He querido que mis breves palabras llevaran el acento de la preocupación y de la sinceridad. Sé que estas llevan el mensaje implícito de 200 millones de americanos del sur que son vuestros hermanos y que quieren, como lo queréis vosotros, vivir en paz, con el bienestar que puedan brindarles los dones de Dios y su propio esfuerzo.

Sé positivamente que el arduo camino de la liberación y del desarrollo nacional que ha recorrido la India sirve mejor que nada para comprender ese mensaje.

Acercamiento indo-argentino

Palabras pronunciadas en ocasión del banquete ofrecido al Señor vicepresidente de la India, el 6 de diciembre de 1961

Los breves días que he pasado en Delhi han servido para ratificar en mi ánimo la idea que desde hace tiempo tengo de la India, y que es una idea compartida por el pueblo de mi patria. La India constituye una nación enorme y compleja que ha comprendido cabalmente la situación del mundo en que vivimos y en el cual quiere lograr la ubicación que le corresponde de acuerdo a la riqueza de su geografía y con la calidad humana de quienes la habitan.

Por ello, el mensaje de la India ha sido siempre un mensaje de paz y de afirmación nacional. Hoy he podido comprobar personalmente que este mensaje no es una mera formulación ideológica, sino el más puro testimonio de su espléndida realidad nacional.

Para que ese mensaje continúe en vigencia y con vigor siempre renovado, y para que, en particular, estimule, sobre nuevas bases, nuestra tradicional amistad, he querido viajar a este país trayendo la amistad de todo el pueblo de mi patria.

Brindo entonces por la paz del mundo, por la grandeza siempre creciente de la India y por la ventura personal del señor Primer Ministro.

Saludo desde Nueva Delhi

Palabras pronunciadas en la despedida, en el aeropuerto de Nueva Delhi, el 7 de diciembre de 1961

Luego de estos breves e intensos momentos pasados en Delhi, solo quisiera expresar mis deseos de que las conversaciones mantenidas con el señor primer ministro y los otros contactos oficiales efectuados, sirvieran para impulsar, de inmediato, una renovada política de acercamiento indo-argentino, a cuyo servicio fue puesta esta visita.

Quiero reiterar aquí la maravillosa impresión que llevo de esta India milenaria. Quiero reiterar también mi certidumbre de que con nuestros dos países, acordes en los principios fundamentales de la política internacional, pueden servir de adecuado puente a una intensificación de relaciones entre dos regiones geográficamente muy apartadas, pero que tienen una común misión que cumplir en el nuevo mundo que se avecina.

Como es tradicional en la historia argentina y en la historia india, esa política habrá de ser puesta bajo la advocación del signo de la paz y de la libertad del hombre.

Agradezco, pues, la hospitalidad que se me ha brindado. La agradezco en nombre del pueblo argentino, quien ha sido a través de mí el destinatario de todos los homenajes. Quiero que el pueblo de Delhi sepa que a mi llegada a Buenos Aires les diré a mis compatriotas que a muchos miles de kilómetros de la Argentina hay un pueblo que siente con ellos y que quiere vivir en paz.

Saludo al llegar a Calcuta

*Palabras pronunciadas al arribar a Calcuta, India,
el 7 de diciembre de 1961*

Agradezco sinceramente la bienvenida cordial que se me acaba de brindar. La acepto en representación de mi pueblo, en cuyo nombre he venido a la India y a quien van dirigidas, sin duda, estas generosas muestras de afecto del pueblo indio a través de las expresiones de sus gobernantes.

A mi paso por Delhi he tenido ya ocasión de referirme a la opinión que tenemos de la India en la Argentina. A la opinión que tenemos acerca de su hermosa epopeya nacional y a su señera posición internacional. Hoy, que ya llevo recorridos muchos kilómetros en esta tierra amiga, he podido apreciar, personalmente, la grandeza de las realizaciones materiales, asociadas a la delicada espiritualidad que ha sido, a través de toda la historia, patrimonio indiscutido de la India.

Deseo finalmente que esta breve estada en Calcuta sirva para ratificar la amistad indo-argentina, sobre bases de acción común, en momentos difíciles para la humanidad.

Aumento del intercambio cultural y comercial

Palabras pronunciadas en ocasión de la comida ofrecida por la gobernadora de Calcuta, India, el 7 de diciembre de 1961

Señora gobernadora, señores:

Agradezco profundamente las expresiones de amistad sincera que se acaban de expresar en esta mesa cordial. Las recojo como homenaje a mi pueblo. En su nombre quiero retribuirles ahora, destacando, a su vez, que mi visita a la India, la primera que realiza un presidente argentino, ha servido para demostrar con claridad la semejanza de ideales que sustentan nuestros pueblos que, además, enfrentan una coyuntura político-económica con profundas analogías.

Espero, pues, que esta visita sirva para estrechar aún más los vínculos de amistad ya existentes. Y espero también que esos vínculos no se limiten a un noble sentimiento compartido, sino que se traduzcan en medidas concretas destinadas a aumentar el intercambio cultural y comercial. Desearía, señores, que la línea marítima que une a Buenos Aires con Calcuta multiplicara las unidades afectadas a ese tráfico y que este condujera, de ida y de vuelta, cada vez más bienes y servicios de una y otra nación.

Agradezco nuevamente la cordialidad que se me ha brindado. Deseo ahora levantar mi copa en honor de la señora gobernadora y por la ventura de todos los presentes.

La superación de los males del subdesarrollo

Discurso pronunciado en ocasión de la comida ofrecida por el Rey de Tailandia, en Bangkok, el 8 de diciembre de 1961

Con mis primeras palabras quiero agradecer profundamente el alto honor que Su Majestad me ha conferido en este espléndido banquete. La recepción amistosa y cordial de hace pocas horas, las hermosas imágenes contempladas en esta ciudad, sin duda una de las más hermosas de todo Oriente, y el gran brillo del agasajo de esta noche, son impresiones que conservarán en mi espíritu un valor y un significado permanentes.

Para el presidente de un país latinoamericano es una experiencia particularmente singular la de ser huésped del soberano de uno de los países que más ha sabido conservar su personalidad a través de la historia.

Tailandia es un antiguo país, que a través de muchos siglos conservó siempre, por el valor de sus hijos, por la solidez de su cultura, por la sabiduría de sus gobiernos, por la calidad de su población, una posición de independencia y soberanía que jamás cedió ante las presiones de los más poderosos de la tierra.

Esa continuidad en la vida histórica de Tailandia, que remonta sus raíces a tiempos que hoy parecen legendarios, constituye uno de los casos de continuidad política más interesantes que registra nuestro tiempo.

Representante de un país nuevo, rindo hoy pues mi homenaje a la madurez y a la estabilidad de uno de los pueblos más antiguos de la tierra.

Hace ya años que Tailandia aparece como un motivo de interés para la política exterior de la Argentina. En Bangkok fue abierta la primera representación diplomática argentina en los países del sudeste

asiático y a través de Bangkok hemos aprendido a tomar contacto con pueblos que cada día tienen en el mundo una importancia mayor y que, por consecuencia, adquieren creciente consideración a los ojos del pueblo argentino.

Muchas son las diferencias que distinguen en materia política y cultural, en tradiciones y en creencias y en estructura social y económica, a Tailandia y a la Argentina.

Sin embargo, ambos pueblos, como protagonistas en la empresa común que vive hoy la humanidad, han comenzado a compartir objetivos comunes y a identificarse con puntos de vista semejantes.

Tailandia y la Argentina forman parte del mundo libre, cada uno a su manera, con el propio estilo impuesto por la geografía y por la raza, y están firmemente decididos a luchar por los ideales del respeto a la dignidad de la persona humana.

Ambos países creen también firmemente en la necesidad de asegurar la convivencia pacífica entre las naciones y preservar la paz en el mundo, que ya no puede permitirse nunca más la posibilidad de una guerra.

Tailandia y la Argentina son potencias medianas. Ambas tienen aproximadamente la misma población y, como comunidades de volumen similar, representan en el concierto de las naciones una función que tiene muchas semejanzas.

La necesidad de afirmar su propia peculiaridad nacional en un mundo en constante cambio, impone a Tailandia y a la Argentina una conducta internacional de prudencia y también de firmeza, que define de manera permanente los debates de los organismos internacionales y en el seno de las Naciones Unidas.

La misma necesidad impone a los dos países la urgencia de acelerar el crecimiento de sus economías. Todos los países del mundo están empeñados hoy en un vasto esfuerzo de desarrollo que la tecnología moderna ha hecho posible y que pretende eliminar definitivamente de la faz de la tierra el hambre, la enfermedad y la ignorancia.

Nuestros dos pueblos, que pertenecen a los sectores de la humanidad en vías de desarrollo, conocen esos males, se esfuerzan por superarlos y luchan por una efectiva cooperación internacional que,

con la ayuda de las grandes potencias, permita asegurar a sus comunidades el comienzo de un proceso definitivo de desarrollo económico y social.

Paz, libertad y desarrollo son los objetivos nacionales e internacionales que la Argentina persigue. Ellos, que coinciden con los de Tailandia, proporcionan la base para que en todos los foros e instancias internacionales puedan los representantes de nuestro dos países trabajar unidos en la defensa de posiciones coincidentes.

Quiero agradecer una vez más la excepcional generosidad con que Su Majestad me ha recibido esta noche. Ello ha sido un testimonio espléndido y digno de la hospitalidad de su pueblo.

Por intermedio de vuestra persona quiero, como representante de mi país, hacer llegar al pueblo tailandés el saludo amistoso del pueblo argentino.

El saber y el mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad

Discurso pronunciado en ocasión de la recepción ofrecida por la Universidad de Tailandia, en Bangkok, el 9 de diciembre de 1961

Entre los agasajos de que he sido objeto en este país acogedor, la recepción que me ha dispensado hoy la Universidad de Bangkok reviste para mí un significado especialmente grato.

En esta prestigiosa casa de estudios se sintetizan corrientes culturales de origen y de tradiciones muy diversas.

Tailandia es un viejo país, una de las comunidades más antiguas de la tierra. Su pueblo ha desarrollado, con el correr de los siglos, una cultura que presenta características peculiares y en la que el signo auténticamente vernáculo ha tenido expresión en fecundas realizaciones en los campos de la filosofía y de las ciencias del espíritu.

Esa cultura ha sabido mantener en los tiempos actuales los rasgos característicos de su personalidad, pero no ha sido, sin embargo, impermeable a los aportes que en los últimos siglos fueron definiéndose en otros países de orígenes y hábitos muy diversos.

Los países de Occidente, a los cuales por tradición, cultura, ideales e historia pertenece la Argentina, han creado un importante acervo cultural y han tenido la posibilidad de difundir sus expresiones más significativas en los restantes países del mundo.

La tecnología occidental, que ha permitido liberar al hombre de los más pesados yugos impuestos por la naturaleza y que ha brindado las condiciones necesarias para que el acercamiento de los Estados hiciera del mundo un solo universo político, ha aportado su signo propio a las nuevas formas culturales que, sobre bases tradicionales, van perfilando en estos países.

La Universidad de Tailandia, que hoy me recibe, da testimonio de ese sincretismo de culturas, en el que se armoniza lo mejor de esfuerzos de hombres diversos y de pueblos distantes.

La búsqueda desinteresada del saber y su aplicación al mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad son el tema común de la labor de la universidad en todos los países.

Por eso, un universitario de un país latinoamericano puede encontrarse en esta casa rodeado de un ambiente familiar y puede fácilmente identificar en todos los que en ella trabajan, anhelos que han sido compartidos en actividades similares, llevada a cabo en su propio país.

La responsabilidad que reviste la función universitaria tiene un signo común a través de todo el mundo. La ciencia ha puesto en manos de los hombres elementos que le han permitido transformar la naturaleza y las más arraigadas estructuras de la economía. Por otro lado, han permitido que se entrevea, por primera vez, la posibilidad dramática del aniquilamiento del género humano.

Yo estoy convencido de que al dirigir mi palabra a los hombres responsables de la creación cotidiana de la cultura en este país, he de encontrar en todos ellos una preocupación coincidente a la que en embarga en estos momentos a los hombres de Estado responsables de todos los países de la tierra.

A los hombres que estudian en la Universidad de Bangkok traigo, pues, el mensaje de paz, de fraternidad y de comprensión entre los pueblos, que es el tema principal de la prédica internacional de nuestro país.

Agradezco profundamente, a las autoridades de esta casa, la deferencia de haberme recibido. Pido a todos los que hoy me escuchan que sepan transmitir al pueblo de Tailandia el mensaje de afecto y de simpatía de todos los hombres que trabajan en las universidades de la Argentina.

Brindis

Brindis expresado en la comida ofrecida a Su Majestad el rey de Tailandia, en Bangkok, el 9 diciembre de 1961

Ha sido para mí un gran honor poder retribuir de alguna manera a Vuestras Majestades las atenciones con que tan generosamente me habéis manifestado vuestro aprecio.

Como presidente de los argentinos, quiero expresar la gran simpatía de mi pueblo y mi profunda admiración por todo cuanto he aprendido durante los días que he estado en esta nación próspera y feliz.

Permitidme que, una vez más, brinde por Vuestra Majestad, por la Reina de Tailandia y por las relaciones de amistad entre el pueblo tailandés y el pueblo de la Argentina.

Las relaciones comerciales

Discurso pronunciado en ocasión del almuerzo con miembros de la Cámara de Comercio de Tailandia, Bangkok, el 10 de diciembre de 1961

Constituye para mí un verdadero placer el encontrarme aquí, reunido con hombres de la banca, la industria, la agricultura y el comercio de este pujante país que es Tailandia.

Vengo de una nación de características muy distintas. Sin embargo, muchos de los problemas que enfrentamos en la República Argentina son también problemas de Tailandia. Estoy plenamente convencido de que existen, entre los dos países, posibilidades de relaciones económicas aún no exploradas en toda su amplitud.

La Argentina ha sido llamada en el pasado, por la fecundidad de sus pampas, el granero del mundo. Queremos que siga siéndolo y que continúe proporcionando alimento a todos los países de la tierra. Pero no se detienen allí nuestras aspiraciones: estamos empeñados en una lucha decisiva por nuestra industrialización, como estamos persuadidos de que sin superar esta etapa, no podremos continuar nuestra marcha ascendente de desarrollo económico.

Como tantos otros pueblos del mundo, el argentino ha sentido y siente los obstáculos que pone, a su desarrollo, su condición de proveedor de productos alimenticios y materias primas. Es así como nuestra generación está firmemente decidida a continuar proyectando su actividad en el agro, ofreciendo cereales y carne argentinos al mundo entero; pero está también firmemente decidida, mediante la explotación intensiva de todos sus recursos humanos y materiales, a industrializar los sectores básicos de su economía y a conquistar los niveles más adelantados de la tecnología contemporánea. Para ello ha emprendido una decidida lucha para la modernización de su estructura económica.

Hemos logrado la estabilidad monetaria; las deudas externas acumuladas en los últimos años no ejercen ya un impacto paralizador en nuestra balanza de pagos, sino que, por el contrario, son el vehículo de nuestra expansión; y se han restablecido las líneas de crédito con los principales centros proveedores del mundo entero.

Hemos mejorado notablemente nuestro sistema tributario. Este no constituye hoy en día, por cierto, una carga insoportable para el contribuyente, pero, sin embargo, mediante el mejoramiento de los sistemas de recaudación hemos asegurado fuentes más amplias de ingresos, lo que, unido a la reducción de la burocracia y en especial de los crecidos déficits de las empresas estatales, nos está permitiendo equilibrar el presupuesto nacional, sobre bases sanas.

Hemos creado el Consejo Nacional de Desarrollo para planear y coordinar nuestros proyectos. Pero tenemos desde ya metas claramente determinadas. Hemos alcanzado, en poco más de treinta meses, el autoabastecimiento de petróleo y comenzado a exportar algunos subproductos de ese combustible. De esta manera, hemos solucionado el problema creado por el déficit crónico de combustibles, que significaban un gasto del orden de los 250 millones de dólares anuales. El gas natural corre ya por una extensa red de gasoductos –que está convirtiéndose en una de las principales del mundo– y abastece de energía a industrias en constante crecimiento.

Hemos iniciado también la batalla del acero, y con la colaboración de los sectores privados estamos también seguros de que, en un plazo razonable, llegaremos a abastecer nuestras necesidades de manera sustancial.

Estamos, también, encarando planes para una provisión de energía eléctrica adecuada a la expansión de nuestra industria. En este campo emprenderemos, dentro de poco, una de las obras más ambiciosas de la época y, sin duda alguna, la más importante de la historia argentina: El Chocón-Cerro Colorado, en el sur de nuestro país, en la Patagonia, una región todavía hoy casi deshabitada y que, sin embargo, constituye quizá el mayor potencial económico del país. Elevaremos, así, un complejo cuyas obras insumirán 260 millones de dólares. Ello es decisivo para la incorporación de esa zona a la producción ac-

tiva, así como para contribuir al abastecimiento de energía eléctrica barata y abundante a otras zonas de la República.

Planes ya concretos y financiados para la construcción de caminos y aeródromos, para la modernización de los ferrocarriles, completan esta breve reseña que he deseado hacer para señalar la magnitud de un esfuerzo que compromete a la Nación Argentina en su conjunto.

La expansión de nuestro comercio exterior constituye otra de las preocupaciones capitales de nuestro gobierno. Lamentablemente, debemos confesar aquí nuestro tropiezo con una organización del comercio internacional que, establecida por los principales países, traba nuestra expansión.

Tailandia también conoce, por propia experiencia, ese problema. El vuelco de excedentes de producción acumulados fuera de los canales formales del comercio exterior provoca fuertes perturbaciones en los precios y mercados exteriores de nuestros productos. La puesta en práctica de políticas restrictivas, por medio de cuotas, aranceles elevados de importación, precios de sostén y discriminaciones, limita fuertemente la posibilidad de acceso de nuestros productos a los mercados europeos que habitualmente han sido nuestros adquirentes.

La formulación de una política agraria común dentro de la Comunidad Económica Europea y la posible incorporación a ella de Gran Bretaña y otros países europeos, puede agravar más aún esta situación, si no se acepta sin reservas el principio de que las organizaciones regionales, para ser realmente efectivas, deben contribuir al aumento y perfeccionamiento del intercambio internacional y no únicamente del comercio zonal.

Por eso estamos animados del más vivo interés por incorporar nuevos mercados a nuestro comercio exterior. Tailandia, ofrece, como he dicho anteriormente, posibilidades concretas de que el tráfico mutuo se incremente en el futuro. Un análisis del intercambio entre nuestros dos países demuestra que, lamentablemente, este ha entrado en franca declinación. No existe razón alguna para ello: hemos estudiado las adquisiciones normales que la República Argentina efectúa en el exterior y las posibilidades de compra que se presentan para nuestros

productos, y estamos convencidos de que están dadas las bases para un incremento del intercambio argentino-tailandés.

Vuestro país adquiere productos lácteos, cereales, maquinaria agrícola, maquinaria de industria eléctrica (motores, generadores, transformadores, etc.), medicamentos, artículos de perfumería, por valor de muchos millones de dólares al año, y la República Argentina está en condiciones administrarlos. Por su parte, y para no señalar sino algunos ejemplos, la Argentina es fuerte compradora de yute, por un monto también de varios millones de dólares. Como se ve, nos hallamos en presencia de los elementos efectivos y concretos que permitirán estimular ese desarrollo del intercambio entre los dos países.

Para hacer realidad estas aspiraciones de mejor y más amplio entendimiento, mi país está dispuesto a encarar las conversaciones y negociaciones que sea menester.

Señores:

A pesar de la distancia geográfica que nos separa, el camino de las relaciones comerciales se halla expedito entre Tailandia y la Argentina. No solo por las razones ya señaladas, sino porque, además, nuestros pueblos y gobiernos comparten idénticos ideales de libertad, paz, justicia y progreso. Vivimos en un siglo en que las rutas se han acortado por obra de la técnica y en que la voluntad de los pueblos, la solidaridad y el intercambio entre naciones semejantes, debe primar por sobre toda otra consideración. En tales principios se inspira mi viaje. Y estos son los temas que deseo discutir en detalle con este distinguido auditorio, que representa a las fuerzas del progreso de Tailandia.

La nueva frontera de la patria

*Mensaje transmitido por LRA Radio Comodoro Rivadavia,
con motivo de inaugurarse dicha emisora,
el 13 de diciembre de 1961*

En esta fecha y en este lugar, se conjugan los dos términos fundamentales de la acción que desde el Gobierno me he propuesto realizar para proporcionar bases materiales a la vocación de grandeza que anima al pueblo argentino. El 13 de diciembre, nuestro Día del Petróleo, me sorprende fuera de la patria, cumpliendo un aspecto de esa misión para la que la ciudadanía me confirió mandato. Pero esa ausencia no obsta para que os haga llegar este mensaje que, por estar destinado a la población de la vasta Patagonia, desde su centro más avanzado en la línea del desarrollo, significa para mí un deber ineludible.

Constituye la Patagonia la nueva frontera de la patria. Esta vasta región, cuya formación geológica suscita la admiración de los científicos, ofrece al hombre la perspectiva de confrontar su capacidad de acción para dominar la naturaleza, con la ayuda de Dios, cuya presencia sentimos tanto más próxima, cuanto mayor es el esfuerzo a que nos convoca.

En estas latitudes nada se logra sin trabajo arduo, pero, en cambio, los frutos alcanzados revierten con generosidad sobre quienes lo realizan. Hace más de medio siglo que, buscando agua, un grupo de pioneros, avanzada del esfuerzo argentino, encontró el petróleo que ha hecho de esta ciudad el pujante centro que ahora conocéis. Pero el agua ha seguido siendo el tema de una angustia que crece con la riqueza, al hacerse más densa la población de la ciudad costera. Ahora es ya su turno para la solución de este problema. Así como tubos de cemento y acero conducen petróleo y gas de Comodoro hacia centros de consumo, muy pronto recibiréis agua abundante, a través de un acueducto cuya construcción comienza.

He querido dar este ejemplo de reciprocidad porque justamente en la fluida comunicación e intercambio radica la grandeza futura de la Patagonia. Y hablo de un futuro que se está haciendo rápidamente presente.

Al petróleo que en forma tan convincente nos muestra el camino a seguir, suceden las otras fuentes de energía. El Chocón, en primer término, cuyas líneas de transmisión vincularán a todo el territorio patagónico; el acero, que será el resultado de la conjugación del carbón del remoto Río Turbio con el mineral de hierro de Sierra Grande. Así, la Patagonia inminente semeja una gran usina, en la que las líneas de transmisión tejen una complicada red de cables, carreteras, ferrocarriles, acueductos y poliductos, sobrevolados por numerosas líneas aéreas que marcarán hilos invisibles en nuestro cielo.

Hacia ese porvenir apunta, asimismo, esta emisora que inauguramos hoy, a la que saludo desde un punto lejano del mundo. Su voz será escuchada en un vasto círculo de nuestro territorio y dirá al viajero que llegue por el mar las primeras noticias de este emporio de riquezas, de trabajo y de fe. Su porvenir es tan luminoso como puede serlo el de esta región y, especialmente, el de esta ciudad, donde se concentra una multitud de hombres y mujeres que creen en su destino y creen en la grandeza futura de la patria. Aquí, como en parte alguna, recordamos que la Argentina de hoy no nos fue dada hecha, sino haciéndose, para que nosotros la fuéramos modelando con nuestras manos y nuestra inteligencia. Cada generación ha cumplido su papel en esta empresa y la nuestra es responsable por consumir la obra en esta latitud. Por eso dije, al comenzar este mensaje, que este lugar y esta fecha conjugan los términos que considero fundamentales en la acción de mi gobierno: Patagonia, que constituye el territorio a incorporar definitivamente a la soberanía nacional, por medio de la radicación de poblaciones y la promoción de su riqueza; petróleo, que es la palanca con la que comenzamos a cumplir este esfuerzo.

Auguro a Radio Comodoro Rivadavia el brillante porvenir que le corresponde por instalarse en el centro dinámico del futuro argentino.

Saludo al pueblo del Japón

*Mensaje pronunciado por radio y televisión, Tokio, Japón,
el 14 de diciembre de 1961*

Como presidente de la Nación Argentina, dirijo a la nación japonesa, en nombre del pueblo de mi país, estas primeras palabras de saludo.

Por primera vez un presidente de la Nación Argentina visita el Japón. Es este hecho, sin duda, señal de los tiempos actuales. La aproximación de países separados por una geografía tan distante se impone en estos días como una consecuencia ineludible de la vinculación de los intereses culturales, políticos y económicos entre los pueblos y de la participación de todos ellos en un mundo de problemas comunes.

Me siento profundamente honrado por la acogida que me han dispensado Su Majestad el Emperador, las autoridades del gobierno y el pueblo japonés. En ella he apreciado el testimonio de la simpatía que aquí se tiene por mi país y por los pueblos de América latina.

Durante estos días trataré de conocer todo lo que me sea posible de los problemas y de las realidades japonesas, y procuraré dar un fiel panorama de los problemas y de las realidades de la Argentina.

Mi presencia en el Japón es una prueba del interés con que en mi país se siguen todos los episodios de la vida japonesa. Es propósito fundamental de esta visita cambiar ideas con representantes del gobierno acerca de todos los asuntos que, tanto en el orden mundial como en el de las relaciones bilaterales, interesan a los dos países.

En este, mi primer mensaje a la nación japonesa, expreso mi enorme satisfacción por encontrarme en esta hermosa tierra y hago llegar a todo el pueblo japonés el saludo de amistad y simpatía del pueblo argentino.

Los fundamentos del desarrollo

Discurso pronunciado en ocasión de la visita a la Dieta Nacional del Japón, Tokio, el 14 de diciembre de 1961

Es para mí una gran satisfacción encontrarme rodeado de tan distinguidos representantes de la democracia japonesa. Sois vosotros artífices de la reconstrucción y el resurgimiento de vuestro país, obra que revela al mundo, una vez más, la pujanza del pueblo japonés, sabio sostenedor de sus tradiciones más puras, a la vez que dinámico renovador de las metas históricas que hacen a la esencia de su nacionalidad.

Como representante de un país joven, geográficamente lejano, pero que se va acercando día a día y progresivamente más al conocimiento y admiración de vuestra cultura, saludo en vosotros a un pueblo grande y amigo.

Ninguna empresa, por extraordinaria que parezca, supera las posibilidades de la inteligencia y voluntad humanas. El hombre construye sobre cenizas y ruinas, vence el hambre y la enfermedad, olvida el infortunio y vuelve una y otra vez a comenzar. Los japoneses saben muy bien de este heroico empeño. Lograron levantarse y superar abismos merced a la inteligencia, el tesón, el coraje y la disciplina de todo su pueblo.

Soy hijo de una nación que, en su corta vida de independencia política, ha tenido la fortuna de no conocer los estragos de la guerra moderna; pero esa nación, desde su advenimiento, se halla empeñada en otro tipo de lucha: la ardua lucha por la efectiva independencia económica que consolide su soberanía política.

Los pueblos atrasados no son enteramente libres, pues se encuentran realmente sometidos a las presiones y fluctuaciones de una economía exterior contra la que carece de potencial adecuado para defenderse.

Hoy las naciones de América latina han decidido, en esta coyuntura mundial favorable, superar su estancamiento económico e incorporarse a las grandes corrientes de la economía universal.

Es el nuestro también un gran esfuerzo: estamos empeñados en la tarea de la construcción –no de la reconstrucción– como fue vuestro caso. Tratamos de construir a partir de una economía de escasez, una economía de abundancia. Puesto que el pueblo japonés es ejemplo de una voluntad nacional para la superación de las mayores dificultades, como tal, inspira a nuestro pueblo.

En 1958, la Argentina emprendió un programa orgánico e integral para poner en movimiento una economía paralizada, sin reservas de dinero y divisas, con un comercio exterior afectado por un permanente deterioro de los términos del intercambio y con un agudo proceso inflacionario que afectaba las posibilidades expansivas de la producción nacional y del consumo interno.

Ante tan seria situación, elaboramos un plan de estabilización y desarrollo económico.

Para el logro del primero comenzamos por suprimir todas las trabas al comercio interior y exterior, así como controles cambiarios, subsidios y precios artificiales con efecto político. Debimos mantener transitoriamente ciertos recargos a determinadas importaciones a efecto de desalentarlas y mantener las adquisiciones de otros bienes de verdadera necesidad nacional. Sin embargo, la tendencia a reducir el nivel de esos recargos es franca y sostenida y lo será más a medida que nuestros medios de pago vayan aumentando.

Asimismo, estamos reduciendo el desequilibrio presupuestario mediante la supresión de gastos estatales improductivos y atacamos frontalmente el déficit ferroviario, que, hasta ahora, constituía una verdadera usina de inflación.

Dos logros significativos han coronado este esfuerzo de todo el pueblo: la reducción de la emisión con efectos directos en el mercado interno, y el mantenimiento de la cotización internacional de nuestra moneda, que obviamente beneficia el comercio exterior y alienta las inversiones procedentes de otros países.

A todas luces, estas medidas de tipo antiinflacionario han significado un sacrificio para el pueblo argentino. Sin embargo, hemos reducido tal sacrificio a lo indispensable, mediante la iniciación simultánea de un proceso de expansión económica, basado en el desarrollo de nuestros recursos naturales, y que ya ha demostrado ser directamente beneficioso para los sectores populares, mediante la apertura de más fuentes de trabajo, sin contar, desde luego, su significación de largo alcance y de carácter nacional.

Simultáneamente, iniciamos la batalla del petróleo, puesta en inmediata ejecución con la participación decidida de empresas extranjeras que operaron rápidamente, junto a la aceleración de los trabajos de la empresa petrolera estatal. En tres años de intensa labor, hemos logrado alcanzar el autoabastecimiento de petróleo, habiendo incluso iniciado exportaciones a países vecinos, hechos, ambos, inusitados en la historia argentina. Esto, a la vez que nos llena de satisfacción espiritual, nos ha liberado de un sustancial drenaje de divisas que limitaba fuertemente nuestra capacidad de importar, ya debilitada ante nuestras crecientes necesidades. Porque es necesario recordar que cuando asumimos el gobierno, la Argentina importaba más del 60% del petróleo que consumía.

Actualmente, nos hallamos abocados a sentar las bases de la siderurgia y de la petroquímica, así como la ampliación de nuestra producción energética. Sabemos que un país que se industrializa aumenta fuertemente su demanda de acero; que la producción del campo necesita tractores, fertilizantes, insecticidas, plaguicidas y todos los elementos básicos que aumentan su productividad. Sabemos también de la importancia esencial de la energía térmica o hidráulica y nos hemos abocado frontalmente a su incremento. Una importante usina, la de Dock Sud, está siendo completada y hoy nuestra meta se orienta hacia la construcción de la monumental represa de El Chocón, cuya producción energética, a la vez que aseguraría el nivel que requiere la industrialización del país, constituirá el instrumento para la descentralización económica nacional, mediante el desarrollo de una de nuestras regiones más ricas, la Patagonia.

Asimismo, nuestro empeño se dirige a intercomunicar al país mediante una red, orgánica y dinámica, de carreteras, aeródromos, autopistas, líneas de transportes que unan a todos los puntos del territorio nacional entre sí y promuevan una amplia reactivación nacional, que permita superar la anterior dependencia a todo el país de la excesiva concentración existente alrededor de la Capital.

Para semejantes planes integrales necesitamos y esperamos recibir la cooperación del capital extranjero que se radique en nuestro país al amparo de un serio ordenamiento jurídico y de la tradición de cumplimiento de los pactos internacionales que ostenta la Argentina.

La Argentina y el Japón tienen una larga tradición de intercambio comercial.

Sin embargo, esta relación económica es todavía endeble. Más aún, solo podrá expedirse de manera efectiva en el grado en que la Argentina alcance un desarrollo industrial semejante al que, en su momento, logró el Japón. La experiencia del intercambio actual enseña que los países más altamente industrializados resultan los mejores clientes, incluso entre sí. La Argentina, por su parte, necesita de la cooperación de los países más industrializados –y entre ellos el Japón–, mediante inversiones y asesoramiento tecnológico, para alcanzar la plena explotación de sus inmensos recursos naturales, la intercomunicación de todas sus regiones geográficas, la instalación y el afianzamiento de una industria pesada que atienda las necesidades de su ingente industria liviana y de su creciente agro.

El mercado interno argentino tiene una capacidad de absorción potencial inmensa. Las locomotoras y los vagones que hemos adquirido recientemente en el Japón, y que recorren airoso nuestro inmenso territorio, no son sino una muestra de lo mucho que la tecnología japonesa puede proporcionarnos. En realidad, nuestras mayores necesidades se orientan hoy hacia los bienes de capital, hacia las maquinarias y equipos que nos permitan multiplicar nuestra riqueza, proporcionar a nuestro pueblo ocupación plena y bien remunerada, elevar su nivel de vida y, por consiguiente, de consumo. Son estas importaciones privilegiadas, en el sentido de que contribuyen a edificar nuestro futuro, un futuro que queremos sea de grandeza. Pero son también las premisas

ineludibles de una nueva época, una época próxima en el tiempo, en que la Argentina podrá importar indiscriminadamente.

Sin embargo, cabe subrayar que ya los juguetes, los objetos de adorno, las porcelanas, la cuchillería y la cristalería japonesa se exhiben en las vidrieras de nuestros comercios. De igual manera, están presentes los tejidos, las sedas y los instrumentos electrónicos, fotográficos y cinematográficos.

Por otra parte, el Japón puede proveernos de equipos y máquinas-herramientas que nuestra propia industria no está en condiciones de fabricar. Todo ello abre, asimismo, inmensas perspectivas apenas explotadas hasta hoy, y compone un panorama de vinculación creciente que permite augurar un porvenir de más estrechos contactos.

La Argentina, como contrapartida, coloca en el mercado japonés, carnes, lanas, granos, cueros, que el dinamismo de la economía del Japón, con su marcada expansión del consumo, está en condiciones de aceptar cada vez en mayor medida.

Quiero decir, para concluir, que este viaje que he emprendido a tierras lejanas tiene un sentido más trascendente que el que podría surgir de la simple vinculación comercial. Es que el comercio resulta, desde la mayor antigüedad, el prolegómeno obligado a una vinculación de muy distinta naturaleza de esencia espiritual y moral. Así se enriquecen las vivencias y las perspectivas culturales de los pueblos, con nuevas ideas, con diferentes conceptos acerca del universo y del hombre. El Japón es un país moderno y vigoroso, pero es también una cultura tradicional, cuyos valores apreciamos y respetamos en mi país. El árbol de esa cultura milenaria tiene, a nuestros ojos, una milagrosa capacidad para dar, sin descanso, retoños nuevos. Quiero hoy rendirle homenaje en la persona de vosotros, señores miembros de la Dieta.

La tradición y los cambios históricos

Discurso pronunciado en ocasión del banquete ofrecido por el Emperador del Japón, en Tokio, el 14 de diciembre de 1961

Este banquete con que Su Majestad, el emperador Hirohito, ha querido honrarme habrá de fijar, definitivamente, en mi memoria, la inolvidable visita que estoy realizando al Japón.

Hoy he tenido oportunidad de compenetrarme íntimamente con uno de los rasgos que más caracterizan a esta ejemplar comunidad que es la nación japonesa. Los pueblos fuertes, los que han sabido imprimir con huella perdurable su paso por la historia, han sido siempre celosos cultores de la tradición. Acertaríamos, tal vez, si dijéramos que el prestigio histórico y la significación de un país han estado siempre en razón de la medida con que simultáneamente ha sabido conservar la herencia recibida de los antepasados y adaptarla a las necesidades y a los problemas del presente.

En el Japón de hoy, donde las realizaciones más espectaculares que pueden producir el desarrollo económico y el desenvolvimiento cultural se suceden día a día, aumentando a ritmo no igualado la prosperidad de su pueblo, la Majestad Imperial es el símbolo de la perdurable permanencia del pasado y de la tradición japonesa.

Pocos países del mundo pueden enorgullecerse hoy de exhibir, en cuadro tan armónico, la síntesis del pasado y del presente con el anticipo de un futuro pleno de posibilidades.

La continuidad de la presencia imperial, de la que Su Majestad, el emperador Hirohito, representa una larga línea sucesoria, brinda a todos los países del mundo un ejemplo de civilización política, de flexibilidad en la evolución institucional y de respeto para lo que en cada generación ha tenido valor efectivo de conservación, como no hay otro en el mundo contemporáneo.

Para los países nuevos de América latina, que están consolidando su personalidad nacional propia en un esfuerzo todavía reciente, el sabio respeto de las tradiciones y la prudente conservación de lo que en otros siglos costó ingentes esfuerzos, probada inteligencia, y a veces, mucha sangre, constituyen una enseñanza que merece permanente meditación.

En estos momentos de crisis que viven actualmente tantos pueblos del mundo, la ardua lucha con que nuevas fuerzas sociales tratan de abrirse paso y conquistar su lugar al sol, es emprendida, con demasiada frecuencia, mediante la destrucción y el sacrificio de formas todavía llenas de validez y que garantizan la continuidad armónica en la vida del ser nacional.

El Japón ha sabido dar al mundo el ejemplo invalorable de que es perfectamente compatible la rápida evolución social y las profundas transformaciones en el orden político, económico y cultural, con el respeto por lo tradicional y por lo mejor de la herencia de las generaciones pasadas.

Es esto uno de los elementos más característicos de la personalidad japonesa y una de las notas más sugestivas con que se presenta ante los pueblos del mundo la poderosa alma nacional que alienta en este país.

Esta noche hago llegar, en nombre del pueblo argentino, el saludo de admiración y respeto a Su Majestad Imperial, en quien se simboliza la vigencia de lo tradicional y la realidad del presente, y en quien se asegura la continuidad permanente del pueblo del Japón en los años del futuro.

Brindo por la ventura personal de Su Majestad Imperial, el emperador Hiroíto, la Emperatriz y por la prosperidad del gran pueblo japonés.

La Argentina y las inversiones externas

*Discurso pronunciado en ocasión del banquete ofrecido
por las fuerzas vivas de Osaka, Japón,
el 15 de diciembre de 1961*

Agradezco, señores, este cordial homenaje. Como mi viaje al Japón no persigue objetivos protocolares sino promover medidas concretas, destinadas a ampliar resueltamente las relaciones políticas y económicas entre nuestros dos países, aprovecharé esta sobremesa para formular algunas reflexiones que nos ayuden a aclarar, desde nuestro punto de vista, las posibilidades que existen en tal sentido.

El foro empresario que me ofrece Osaka es singularmente adecuado para tratar este tema, pues buena parte de nuestras vinculaciones se materializan a través de esta ciudad.

He tenido oportunidad de referirme a la profunda impresión que me ha causado el Japón que he visto y a los resultados que ha brindado a la nación japonesa el esfuerzo inigualado de su desarrollo económico. Nosotros estamos realizando en la Argentina un esfuerzo análogo. Juntamente con un programa de estabilización monetaria, iniciado a través de una profunda reforma del régimen cambiario, que aseguró la estabilización de nuestro signo monetario, encaramos un proceso de desarrollo económico, según prioridades claramente establecidas, que nos ha hecho en tres años autosuficientes en petróleo y gas, y que va en camino de cambiar la estructura de los transportes y comunicaciones y multiplica decididamente la producción siderúrgica y energética. Este esfuerzo básico, que implica transformar una economía, fundamentalmente agropecuaria, en una economía moderna e industrializada, está ya dando sus frutos en la Argentina: la petroquímica, la química pesada, las industrias del aluminio, del papel, automotriz y muchas otras, se están difundiendo a lo largo de todo el extenso

territorio nacional, descentralizando económicamente el país, promoviendo centros internos, semiautónomos, de producción y consumo.

Este panorama general debe completarse ahora con una innovación sostenida del comercio exterior que, ampliado y diversificado, ofrezca bases sólidas y permanentes a nuestro proceso de desarrollo. En lo que se refiere al comercio argentino-japonés, debe señalarse que está actualmente muy por debajo de sus posibilidades reales.

Esta circunstancia no concuerda con la estrecha amistad que siempre ha existido entre el Japón y la Argentina.

La industria japonesa de hoy está en condiciones de satisfacer muchas de nuestras necesidades, pero es sabido que es condición indispensables del comercio internacional que el aumento de las ventas sea correlativo con un aumento de las compras. E interesa a la Argentina, como también interesa al Japón, incorporar nuevos rubros a los han constituido tradicionalmente la composición de nuestro intercambio bilateral.

Por esa razón sostenemos que a los rubros tradicionales de lanas peinadas, cueros, caseína y extracto de quebracho, deben agregarse ahora otros fundamentales como carnes vacunas, semillas de lino, sebo y grasas, entre otros de los que es importante consumidor este país.

Quiero señalar en especial que un país con el nivel de vida que tiene el Japón, que se acrecienta día a día, no puede dejar de reconocer las enormes posibilidades que pueden tener aquí las carnes argentinas. Al respecto, cabe subrayar que la calidad de estas y los bajos costos de producción permiten superar con facilidad el mayor precio del transporte.

El otro punto que queremos tocar aquí concierne a la inversión de capitales en la Argentina. Como es sabido, nuestra legislación actual ofrece al capital extranjero de cualquier origen las mismas garantías y facilidades que se ofrecen al capital nacional. Estas seguridades y las enormes posibilidades naturales del mercado que ofrece la Argentina hace que en los últimos tres años, el promedio de inversiones registrado se haya elevado a 10 millones de dólares mensuales, suma particularmente expresiva si se considera que cuando asumimos el

gobierno, partimos de un estado prácticamente de bancarrota y de una etapa en que la nación había quedado vilmente aislada del movimiento de cooperación financiera internacional, signo predominante de la economía mundial de la posguerra.

Por estas razones, brevemente formuladas, puedo decir ahora a los empresarios de Osaka, corazón industrial del Japón, que hay actividades en la Argentina que ofrecen espléndidas posibilidades para ser desarrolladas por la técnica, por el ingenio y por el capital japonés. La pesca y sus industrias derivadas, la siderurgia y la metalurgia, la construcción naval, tienen amplísimas posibilidades de desenvolvimiento en mi país.

Esas posibilidades esperan hacerse realidad muy pronto. Para ello, aparte de las garantías de inversión a que ya he aludido, la Argentina está dispuesta, como lo ha estado siempre, a abrir sus brazos fraternos a la laboriosa y ejemplar inmigración japonesa.

Agradezco nuevamente que se me haya brindado esta tribuna. He querido hablar en ella con la brevedad que exigen estos momentos por los que atraviesa el mundo y conforme a las exigencias de un auditorio acostumbrado a hacer muchas cosas con pocas palabras. Prueba de ello es el espectáculo que me ha ofrecido el Japón a través de esta visita. Nada más.

La ley sobre la fuerza

Discurso pronunciado en ocasión de la visita a la Suprema Corte del Japón, en Tokio, el 15 de diciembre de 1961

Señores ministros:

En estos breves días en que he convivido con el pueblo japonés, he visto multitud de cosas, muy distintas de las que conocía. Ello responde a las diferencias de tradiciones, geografía, idioma, historia que distinguen a nuestros dos países. Pero también he visto muchas cosas que nos son comunes y que aproximan hoy, como nunca en el pasado, por sus ideales y objetivos compartidos, a los pueblos del Japón y de la Argentina.

En esta casa de la Justicia, los pueblos y los gobiernos del Japón y de la Argentina hablan el mismo idioma. El respeto a la ley y el imperio del derecho han sido en nuestros países un legado tradicional, recibido de los hombres que nos dieron la independencia y que pusieron las bases de la organización nacional. En la vigencia de la ley y en el imperio del derecho y en la más absoluta independencia del Poder Judicial de los poderes políticos, el Gobierno que tengo el honor de presidir, ha colocado uno de los objetivos permanentes de su acción y uno de los valores que se ha empeñado en consolidar con mayor tesón.

En la sociedad democrática, el respeto de la ley vigente es la condición que rige las relaciones entre los hombres que ponen las bases para toda acción en el plano político, económico y cultural. En nuestros dos países el principio institucional de la separación de los poderes es, desde el punto de vista de la organización política, la piedra fundamental para el edificio del derecho vigente.

Aquí, en la Suprema Corte del Japón, como en la Suprema Corte de mi país, la defensa de ese derecho, que asegura la libertad y las

garantías de todos los habitantes, es un objetivo que se procura perfeccionar día tras día.

En la democracia japonesa, como en la democracia argentina, la misión de la Suprema Corte, que traza las líneas generales conforme a las cuales se interpreta y se aplica el derecho, es la defensa celosa del orden constitucional y la afirmación de la autoridad de los principios permanentes de la ley sobre los de la fuerza.

Quiero destacar, en condición de hombre de derecho, que dedicó al ejercicio de la profesión de abogado largos años de su vida, la alta estima que en mi país se tiene por las doctrinas de los juristas japoneses. El doctor Otako Tanaka, juez de la Corte Internacional de Justicia, por no citar sino a uno de ellos, significa un testimonio permanente de la competencia de los hombres de derecho de su país y es merecedor del amplio reconocimiento mundial que por ello se le tributa.

Agradezco a los señores ministros la cortés acogida y les pido que acepten, para los hombres de derecho del Japón, el saludo amistoso de los hombres de derecho argentinos.

Economía y democracia

Discurso pronunciado en ocasión del banquete ofrecido por el primer ministro del Japón, en Tokio, el 15 de diciembre de 1961

Quiero destacar en este homenaje dos hechos de gran relevancia que me han conmovido profundamente. En primer lugar, las palabras pronunciadas por el señor primer ministro. Las aprecio por la cálida amistad hacia mi país que ellas trasuntan y, sobre todo, por la eminente personalidad de quien las expresa.

En el señor Haito Ykeda se dan las virtudes más destacadas que puede reunir un estadista de la época actual.

Su personalidad simboliza las brillantes cualidades que ante los ojos del mundo destacan con contornos nítidos la actualidad japonesa. Ykeda es el estadista de la democracia y es el abanderado del desarrollo económico; legalidad y desarrollo económico dentro de la paz y dentro del derecho, son las notas que hacen de la realidad japonesa de hoy un ejemplo significativo para los pueblos del mundo, y son estas las notas que se destacan en un medio político y social que ha sabido conservar al mismo tiempo cuanto de mejor había en las tradiciones nacionales.

He tenido oportunidad de referirme en otra ocasión, durante mi visita, al asombroso incremento observable en el desarrollo japonés. El programa del señor primer ministro, que aspira a duplicar en el breve plazo de diez años el actual ingreso nacional del Japón, con los consiguientes beneficios para su pueblo, constituye una meta –de tal manera ambiciosa– que parecería inasequible si no fuera por la profunda seriedad con que tal programa ha sido concebido y por la probada capacidad japonesa para realizar milagros en la tarea de construcción y expansión nacionales.

Quiero señalar, en segundo término, que esta demostración me es ofrecida por el jefe del gobierno del Japón, o sea por un estadista que simboliza la democracia japonesa, con el ejercicio de los poderes del pueblo a través de la representación.

Los acontecimientos de posguerra han demostrado, a los ojos del mundo, la posibilidad simultánea de resolver una vasta obra de reconstrucción, de poner las bases e iniciar aceleradamente la institución de la democracia representativa y de alcanzar niveles no igualados en el índice de la expansión económica. El pueblo japonés a sido el protagonista de esas tres formidables empresas que en otros lugares exigieran siglos de lucha y cruentos esfuerzos.

Como ciudadano de un país donde las instituciones democráticas son la forma natural en que se expresa la convivencia política, quiero señalar a los representantes del pueblo japonés, a través del señor primer ministro, mi profundo reconocimiento y el testimonio de la simpatía de los hombres que componen el Gobierno y la democracia argentinos que tengo el honor de presidir.

Nos unen, señor primer ministro, pese a ser gobernantes de países ubicados en las antípodas uno del otro, y con geografía, raza, lengua e historia diferentes, dos grandes ideales comunes: el ideal de la democracia y el ideal del desarrollo nacional. Creo que tanto V. E. como yo, sentimos profundamente la vigencia de esos objetivos nacionales en nuestros dos países. Ellos se ubican, en el plano internacional, en el cuadro amplio de otros dos objetivos igualmente comunes a nuestros pueblos y gobiernos: la defensa del principio del mundo libre y la causa de la paz mundial.

Saludo desde el acorazado *Mikasa*

*Discurso pronunciado en ocasión de la ceremonia
en el acorazado Mikasa, Japón,
el 16 de diciembre de 1961*

Ha sido una honra para mí el haber sido invitado a la ceremonia en el monumento vivo de la soberanía japonesa que constituye este acorazado. Muy singular ha sido también el que me haya encontrado aquí con recuerdos que hacen a dos unidades de la flota de mi país, hoy retiradas. Me refiero a los acorazados *Moreno* y *Rivadavia*, cuyos cascos conocieron estas aguas cuando fueron cedidos al Japón por la Argentina en 1904.

Los pueblos conservan sus tradiciones guerreras, aun cuando, como en este caso, el de Japón, hayan abrazado firmemente la causa de la paz. Ellas son parte del alma del pueblo, de ese alma que se va forjando en la historia nacional a través de innumerables vicisitudes, de fracasos, de triunfos, de alegrías y de tristezas, pero que, en definitiva, es la síntesis del progreso del hombre y de los pueblos.

En la Argentina conocemos bien la heroica tradición de la marina japonesa y la respetamos profundamente porque sirvió para brindar dos eminentes enseñanzas: la disciplina inexorable y el amor a la patria hasta el grado de entregar la propia individualidad.

En estos momentos de gloria pacífica para el Japón, en este barco símbolo de la gloria guerrera, queremos que el culto de sus virtudes militares continúe sirviendo a la defensa de su soberanía nacional y a la vida pacífica de su pueblo.

El progreso material al servicio de la vida y de la paz

*Mensaje transmitido por televisión, a la nación japonesa, en Tokio,
el 19 de diciembre de 1961*

Como presidente de un pueblo joven que apresura, en estos momentos, la construcción de su destino nacional, siento un inmenso honor en pronunciar estas palabras dirigidas a una de las naciones de más rico y profundo legado tradicional, a una comunidad de vigorosa historia y de atrevidos progresos modernos.

Para los argentinos, habitantes de un país de vasto territorio en América del Sur, cuyas riquezas naturales no han sido totalmente explotadas aún, el Japón constituye un constante ejemplo de cómo pueden asimilarse las modernas técnicas sin abandonar las características esenciales de la nación. El Japón enseña cómo una comunidad puede ser tradicional y moderna a la vez, mantener fielmente sus antiguos cultos religiosos y avanzar al mismo tiempo por los caminos del progreso material. Enseña a renovarse sin dejar de ser lo que venía siendo, sino, por el contrario, afirmar su personalidad enriqueciendo su destino.

Una nación que procede así, que fortifica su espíritu y se adueña de la técnica, tal como Japón lo hace, no está solamente asegurando su puesto entre las primeras naciones del orbe, sino que está trabajando por el entendimiento y la paz entre todas las naciones del mundo, puesto que el entendimiento y la paz serán obra del respeto de las viejas tradiciones espirituales y del aprovechamiento de la técnica como forjadora de abundancia y bienestar.

Cada día que pasa, mayores son los lazos que vinculan a los pueblos de distintas regiones del planeta. Cada día es más intensa la relación impuesta a las naciones entre sí. Por las rutas de un activo intercambio comercial, cada día podremos entendernos más y asegurar las

condiciones de una paz definitiva para nuestra generación. Esta paz no es una utopía. Es una certidumbre que está a nuestro alcance. Ha llegado la hora de que todas las reservas espirituales de la humanidad se orienten, para el progreso material, a los triunfos de la tecnología, a los pasos atrevidos de la ciencia, al fortalecimiento de la armonía entre las naciones y la paz entre todos los hombres. Porque la ciencia que avanza sobre el espacio no puede ser una amenaza de muerte para los hombres de esta tierra. Porque los progresos de la tecnología no deben ser un motivo de terror. Porque el progreso material no puede ser una prisión para el espíritu de creación, de aventura y de justicia para el hombre de esta tierra. Todos los recursos del progreso, de la tecnología y de la ciencia deben estar al servicio de la vida y de la victoria de todos los hombres en todos los lugares del mundo.

Este es el mensaje del Presidente de la Nación Argentina al pueblo de la maravillosa nación japonesa. Llega a ustedes en nombre de un país que siempre, siempre, fue amigo del vuestro. Un país de América del Sur, que aspira a desarrollar sus estructuras de nación joven para participar decididamente en un mundo de grandes realizaciones de paz, de bienestar y de justicia.

La Argentina, que por mi intermedio le habla hoy al Japón, confía en que una amistad jamás turbada entre nuestras naciones, sea un estímulo cierto para acercarnos más en la comprensión de nuestras culturas, en el intercambio comercial y, sobre todo, en la empresa común de bregar para que el hombre, criatura divina, se desempeñe como el dueño del universo, de manera que el fruto del trabajo de sus manos prodigiosas lleve el sello del bien y la felicidad.

La libertad espiritual y las grandes realizaciones nacionales

*Discurso pronunciado en ocasión del agasajo en el Club de la Prensa
Extranjera, en Tokio, Japón, el 20 de diciembre de 1961*

Pertenezco a un país americano que, en los territorios más australes de nuestro continente, despierta a un esfuerzo definitivo para construir una nación moderna. Me corresponde presidir este esfuerzo, que el pueblo argentino realiza para afirmar ante el mundo su aspiración de ser útil a sí mismo y de ser útil a la humanidad. Todo lo que allá estamos realizando persigue estas dos finalidades. No tratamos solamente de transformar un país tradicionalmente productor de materias primas en una nación de economía completa, sino que deseamos poner las resultantes de este esfuerzo al servicio de todos los pueblos y naciones del orbe. No nos guía solamente un vigoroso sentimiento nacional, sino que integramos a este en una visión de conjunto universal. Queremos que el progreso argentino, en el cual estamos empeñando todas nuestras energías de pueblo nuevo, y en el cual medimos nuestra inmensa confianza en el futuro del hombre sobre la tierra, sea tanto el camino de nuestros desenvolvimientos, como el paso seguro que nos acerque a todos los pueblos que trabajan para que ese futuro del hombre esté rubricado por los signos de la paz, la felicidad y la convivencia pacífica.

En la medida en que desarrollamos nuestra economía, que ampliamos los ejercicios de nuestra vida social y afirmamos nuestra cultura y nuestra soberanía, nos sentimos más cerca de pueblos como el de Japón, cuya trayectoria nacional es el ejemplo de un obstinado, disciplinado y hermoso esfuerzo, que en poco menos de un siglo de aplicación de técnicas modernas, consigue recorrer los caminos que otros pueblos necesitaron varios siglos para cumplir.

Admiramos en el Japón la síntesis prodigiosa que ha hecho su pueblo, combinando las respetables y ricas tradiciones con un dinamismo creador e innovador que le permite desempeñarse entre las primeras naciones de nuestros días. Admiramos la nobilísima vocación japonesa por mantener y alimentar los cultos tradicionales, legados por las generaciones que supieron fundar la vida de esta comunidad con el sello de la sabiduría y el arte. Admiramos la pujanza con que el Japón ordenó sus esfuerzos progresistas sin abandonar esas tradiciones que constituyen una de las más ricas experiencias espirituales del hombre en todos los tiempos. Admiramos su simultáneo ímpetu para encarar con los métodos de la más avanzada tecnología todos los desafíos que la vida moderna presenta a cada instante. De ese ímpetu maravillosamente disciplinado está surgiendo, como corolario de lo mucho que pueden el esfuerzo y la agudeza de los japoneses, un aporte decisivo a la empresa del mundo de nuestros días, en el sentido de asegurar, a través de los caminos de la paz, a cada hombre y mujer de nuestro siglo, la certidumbre de una vida sin miseria y privaciones, sin temor y opresión. Es decir, una vida moldeada de acuerdo con los mandatos de la religión de los mayores, una vida forjada a la imagen del legado tradicional y en coincidencia con los recursos de paz y abundancia que la civilización contemporánea pone en nuestras manos.

Como americano de una república del sur de nuestro continente, organizada en el siglo pasado y que en estos mismos días procura erguirse definitivamente como nación moderna, pienso reiteradamente en el ejemplo que el Japón ha dado al mundo. Ninguna adversidad ha paralizado su voluntad de ser y de persistir, de mantener y aumentar los legados de la antigua tradición en torno a la cual asumiera vida propia y significación universal vuestra comunidad. De vosotros, debemos cosechar, en primer término, el ejemplo de esa voluntad obstinada y tesonera; mas conjuntamente con ella, llegan hacia nosotros, como perfume que se desprendiera de viejos árboles, las resonancias de vuestro espíritu sutil, fino, elegante; un espíritu alimentado de ordenadas sensaciones, trabajado por la sabiduría antigua de vuestra comunidad y que reproduce a diario, en nuestros

días, la aventura de conciliar antigüedad y modernidad, el respeto religioso hacia el pasado y la eficiencia para enfrentar las exigencias del presente.

Entre hombres cuyo oficio es producir para la lectura de su pueblo, quisiera yo evocar las primeras lecturas que mi generación hiciera acerca del Japón. Hace ya de esto algunos años, cuando Oriente se presentaba ante nuestro conocimiento como un pueblo de imaginación, como la otra parte lejana, exótica, y acaso improbable, del mundo. Tras una niebla de fantasía, más allá de mares tenebrosos, estaba vuestro mundo insular replegado sobre sí mismo, junto a vuestros cerezos y crisantemos, recortando siluetas bajo un cielo de azules profundos. Era la literatura francesa de fin del siglo pasado y de comienzo de este, representante de una Europa colmada de occidentalismo, la que había sentido la inmensa necesidad de emprender el camino de Oriente y entregarnos una visión de intensos colores como desprendida de un álbum de calcomanías. El Japón aparecía como tierra del arte en la que la vida diaria de su pueblo conjugaba las modalidades del vivir armonioso, sobre un paisaje de jardines eternos. Toda nuestra necesidad de fantasía nos trasladaba al lejano Japón. Todos los ejercicios de imaginación nos acercaban a vosotros.

Hoy, al llegar al seno de vuestra comunidad, en mi carácter de gobernante de un país de América del Sur, para hablar, directamente, con vuestros hombres de gobierno sobre la manera de acrecentar relaciones permanentes, creo reconocer en vuestros rostros ese antiguo mundo de leyenda y fantasía que encantó muchas horas de adolescencia de nuestra generación. He visto vuestros templos y no he podido sino asociar a ellos nuestra lejana expectativa. He visto vuestros cielos, y no he podido sino recordar aquella visión de calcomanías que nos transmitían los cronistas viajeros de Francia. Permitidme, señores, decir que me parece encontrarme en un mundo de fantasía, de imaginación, de encantamiento, un mundo iluminado en sus leyendas, un mundo defendido por sus tradiciones. Y es que ese mundo de la evocación está igualmente presente en vosotros, en este Japón pujante de nuestros días, que tantas lecciones proporciona de vigor, de entereza, de progreso en todos los órdenes. Yo creo que el maravilloso motor

de la fantasía sigue siendo una de las fuentes de los sorprendentes adelantos que el Japón ha hecho en un período histórico extraordinariamente breve. Se requiere realizar activos y disciplinados ejercicios de imaginación para sobresaltar etapas históricas y ponerse entre las primeras naciones modernas del mundo en ese breve período de tiempo a que me he referido. Se necesita pertenecer a un mundo que conjuga tan armoniosamente su tradición, su naturaleza, su fuerza y su agudeza para realizar este milagro que a diario realiza el Japón.

Señores, no desearía que mis palabras entre vosotros suenen a lisonja. Mi valoración de lo que vuestro país significa en el mundo de nuestros días está, como habéis visto, dictada por sentimientos de admiración muy arraigados en mi espíritu y en el espíritu de mi generación. Son, precisamente, estos sentimientos los que, en este momento, me permiten formular una invocación a la responsabilidad de los hombres de prensa de este país. Vuestro Japón es dueño de una de las mayores experiencias humanas del mundo contemporáneo y vosotros, como hombres de prensa, sois sus intérpretes públicos. De vosotros esperamos siempre la más completa información e interpretación, guiadas por el principio ético afín a vuestra profesión, es decir, la verdad, siempre la verdad, al servicio de la paz, la justicia y la felicidad de los hombres libres de la faz de la tierra.

La verdad es el más completo ejercicio de la libertad espiritual y mediante ella podremos sentirnos profundamente solidarios y estrechamente hermanados para emprender las grandes realizaciones comunes a Oriente, es decir, el desenvolvimiento de las aptitudes de nuestra época a fin de exaltar los valores humanos y construir sobre base firme el encuentro de nuestras civilizaciones.

No pertenecemos, señores, a mundos diferentes, por la sencilla razón de que, en estos días nuestros, no podemos hablar de fronteras rigurosas e inapelables entre las regiones del planeta habitado por el hombre. La aptitud de este ha desenvuelto técnicas que aproximan a los países más distantes, que identifican en comunes objetivos a civilizaciones que hasta ayer aparentaban ser de signo o cometidos opuestos. Uno es el mundo en nuestro tiempo. Uno es el mundo unificado por la magnífica aventura creadora del hombre de Oriente y de

Occidente, al punto que nuestro mundo unido es una sola provincia de Dios.

He aquí, amigos periodistas del Japón, motivo suficiente para sentirnos orgullosos de nuestra época. Ella nos da la posibilidad de que sumemos nuestros esfuerzos para que rijan en el mundo los mandatos de las mejores tradiciones, construidas como ellas están, en exigencias de entendimiento y de amor.

Yo quisiera dejar en mi paso por vuestro país, junto a la postal que componen vuestros lagos y vuestros cerezos florecidos, el voto de mi confianza en el futuro del hombre.

Es mi voto de argentino, de americano del sur. Sabed, amigos, que en la contienda de acercar definitivamente a Oriente y a Occidente, nuestro pueblo desea ser considerado amigo vuestro, hermano vuestro. Sabed que en la Argentina, un pueblo joven, todo lo confía en la justicia, en el entendimiento y en la paz.

Mensaje de Año Nuevo

*Mensaje transmitido por radio desde Buenos Aires,
el 31 de diciembre de 1961*

Es tradicional que el Presidente de la Nación haga llegar su mensaje al pueblo en vísperas de un nuevo año. No es esta, sin embargo, una mera formalidad. Durante un año más hemos realizado juntos tareas comunes que hacen a la esencia de la nacionalidad y a nuestro futuro como pueblo. Recapitularlas hoy, hacer el balance de las metas alcanzadas y de las luchas que faltan, es una tarea que de ninguna manera puede estar desprovista de emoción. Me dirijo pues a todos los argentinos, cualesquiera sean estas sus posiciones políticas, sociales o sus convicciones religiosas, para recordar con todos ellos, y con cada uno de ellos, la etapa que se cierra con el año que se va, y para abrir, también conjuntamente, una perspectiva de esperanzada fraternidad frente al año que se inicia.

El año 1961 ha sido un jalón más en nuestra lucha –donde el interés común supera todo antagonismo– por el desarrollo económico, por la ampliación de la legalidad y por la paz social. La hemos librado, pueblo y Gobierno, en dos frentes. En el frente interno y en el externo. En este último, el sostenimiento de los principios rectores de la presencia argentina en el orden de las relaciones internacionales, que son los de la inviolabilidad de la soberanía de los Estados y el respeto por la autodeterminación de los pueblos, han constituido nuestro norte y han señalado todas nuestras actitudes. En el otro, en el orden interno, hemos querido y buscado servir a la causa de la pacificación y del reencuentro de todos los argentinos, mediante la consolidación del Estado de derecho, la defensa intransigente de los valores y riqueza nacionales y la consolidación del orden institucional. Nuestra brega por el desarrollo económico, cuyos jalones fundamentales van

siendo fraguados al calor de los sacrificios de todos los argentinos, busca menos los valores materiales que su expresión sublimada en la paz social, factor determinante de felicidad popular y de efectiva grandeza de la Nación.

El balance de este año es altamente positivo. Visto con la perspectiva del proceso que estamos viviendo, ofrece un saldo aleccionador. Hemos contribuido como nación, en la medida de nuestras fuerzas y de nuestra gravitación en los grandes problemas del mundo y del hemisferio, al mantenimiento de la paz universal y al fortalecimiento de la paz continental, valores esenciales para la humanidad, que solo se ponen al alcance de la más alta constancia, tolerancia y comprensión. Y hemos logrado un Estado de derecho, que son bienes comunes de todos los argentinos.

Las dificultades, las incomprensiones y la oposición que encontramos en ambos frentes, el interno y el internacional, no hacen más que afirmar nuestra decisión de mantener los rumbos fijados. Pensamos en el mundo y en las Américas como se piensa en la unión fraternal de los iguales. Pensamos en la patria como ámbito fraterno que ha preservado los valores esenciales de la comunidad desde nuestro nacimiento como nación.

Conscientes de los valores que anidan en nuestro pueblo, de cuyo seno hemos salido y a cuyo seno aspiramos regresar, solo en él confiamos para la consecución de la empresa en que estamos empeñados. Engrandecer la patria, promover la felicidad de sus hijos, sostener la paz y mantener la unidad de nuestra América. Dios, que es fuente de toda verdad y de toda justicia, es testigo de nuestra sinceridad y de nuestra pasión de servir al pueblo argentino.

Deseo a todos un feliz Año Nuevo, en un país colmado por la gracia divina y cuya grandeza está siendo amasada par un pueblo ejemplar.

Que Dios bendiga nuestros hogares en 1962, preservando la paz y el amor familiar.

Presencia de la Argentina en el mundo y las perspectivas de desarrollo nacional

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 2 de enero de 1962

Motivos del viaje

Cumplo una vez más con la misión de comunicarme con el pueblo de la República en el comienzo de un nuevo año y al regreso de un largo viaje por países de Asia, Europa y América.

Con esta visita al Canadá, los Estados Unidos, Grecia, India, Tailandia y el Japón, hemos completado una tarea que iniciáramos con anteriores viajes y que hemos conceptuado vital para el bienestar y el progreso de nuestro pueblo. El Presidente de la República Argentina ha recorrido el mundo para fortalecer viejos vínculos de amistad con otros pueblos y para despertar renovado interés y simpatía hacia nuestro país, en momentos cruciales de su destino. Ningún pueblo de la tierra puede crecer y proyectarse vigorosamente a una vida nueva sin la comprensión y la ayuda de un mundo cada vez más interdependiente. Nuestra época, que marcha vertiginosamente impulsada por espectaculares avances científicos, registra el despertar de una de las grandes ideas-fuerza de la historia: la idea de que los beneficios del progreso deben ser compartidos por toda la humanidad y que debe extirparse para siempre las diferencias entre naciones ricas y naciones pobres, entre países dominantes y países sometidos.

El Canadá y Grecia

He presenciado en el Canadá el vigor de una nación de economía primaria convertida, por el tesón y la inteligencia de sus hijos, en una

de las grandes potencias de Occidente. El Canadá nos da el ejemplo de una nación, integrante de la comunidad británica, que ejerce plenamente su soberanía y mantiene una política internacional propia, con rasgos enteramente individuales, dentro de las grandes líneas de la política occidental.

A pocas semanas de nuestra visita, se perciben signos inequívocos de la intensificación de las inversiones canadienses en la Argentina. Sus estadistas y hombres de negocios nos transmitieron su plena confianza en la estabilidad y recuperación de la Argentina.

En una visita extraoficial a Grecia, sus dignos soberanos y su pueblo nos hicieron objeto del más cálido homenaje. A la sombra de grandes monumentos de su pasado, pudimos reflexionar sobre la obra de los filósofos, los poetas y los artistas que crearon una cultura fundada en la armonía y el señorío del espíritu humano, eterno vencedor de la opresión y la tiranía. En la Acrópolis renovamos nuestra fe inmovible en los valores de Occidente, que no señalan una frontera política, sino que representan la conciencia de la libertad y universalidad del ser humano y la doctrina de la fraternidad entre los hombres y los pueblos.

India y Tailandia

Cuando llegamos a la India y en presencia del Pandit Nehru, se nos colocó la tradicional guirnalda de bienvenida, comprendimos aún más esa visión universal de los hombres y los pueblos, y sentimos en profundidad la misión de unidad del género humano. Los descendientes de una de las más antiguas culturas de la historia saludaban a los hijos de un pueblo nuevo. Pero esa nación varias veces milenaria que es la India y esta nación apenas centenaria que es la nuestra, comparten un mismo anhelo, se esfuerzan en la misma lucha, pertenecen al mundo que despierta, pertenecen al mundo que trabaja por la paz y la amistad entre todas las naciones.

Durante varios días fuimos testigos de la colosal empresa del pueblo indio en la construcción de una nación moderna. Nada es

comparable al heroísmo de ese pueblo y de sus sabios dirigentes en el empeño de eliminar la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. Hemos visto millares de hombres, mujeres y niños en fila, transportando al hombro, bajo el sol ardiente, los materiales de construcción de diques, usinas y fábricas. Eran los mismos seres que hasta ayer languidecían y se extinguían en labores primarias, sin estímulo ni esperanza. Hoy todo un pueblo construye acerías, represas, usinas energéticas, plantas, caminos, ferrocarriles y universidades. Empezaron de la nada, desnutridos y enfermos, pero ahora están haciendo con sus brazos, con sus manos, su nación. Tardarán todavía muchos años en extirpar el atraso y la miseria, y ellos lo saben. Pero ya no hay diferencias ni rivalidades insalvables que los aten al pasado. Sin renunciar a sus creencias y a sus diferentes costumbres en un vasto continente poblado por comunidades muy diversas entre sí, el pueblo indio está unido en la construcción de su país. Nada es superior a esta voluntad colectiva. Tampoco discriminan respecto a la ayuda generosa que reciben del exterior. Naciones occidentales y países socialistas del este de Europa envían a la India sus capitales y sus técnicos para levantar las obras básicas de la construcción económica. Los países que prestan esta ayuda no se excluyen ni se oponen entre sí y no imponen condiciones a la India. Hay una razón, superior a toda rivalidad de bloques, que impone ayudar a esta vasta comunidad asiática, que ensaya su liberación por el camino de la democracia y la libertad. Es una prueba histórica para el espíritu de cooperación internacional, que hoy se impone en el mundo, y la India está venciendo en esa prueba con la acción combinada del magnífico sacrificio de su pueblo y de la ayuda internacional que se le presta sin ataduras ni compromisos políticos.

Para nosotros, argentinos que estamos realizando un proceso similar, pero partiendo de niveles de vida y de condiciones sociales y económicas infinitamente más favorables, debe ser un ejemplo la conducta del pueblo indio, que está edificando su porvenir sobre un reciente pasado de penuria, cuyo rostro no ha desaparecido aún de las ciudades y los campos de la India.

Cuando contemplaba esa inmensa multitud, en cuyos ojos se reflejan aún el sufrimiento y la angustia, pero que tiene fe en sí

misma y confianza en sus líderes, mis pensamientos volvían a mi país y agradecía a Dios que nos ha dotado de bienestar y riquezas suficientes para realizar en una década lo que al pueblo indio le llevará muchos años de persistente y heroico sacrificio. Y al ver a esos millones de hombres y mujeres encorvados bajo el peso de la cesta de mimbre repleta de cal o de ladrillos, levantando paredes y chimeneas en medio de la selva, comprendí que no hay fuerza humana superior a la de un pueblo que se une para una empresa común de liberación y supera la mezquina ambición y el rencor sectario, para servir a un programa que no es de nadie en particular sino de la nación en su conjunto. Comprendí entonces, frente a ese espectáculo de grandeza, cuán pequeñas son nuestras querellas de grupo y de partido, en una fuerte comunidad nacional como la nuestra, homogénea, sana, bien nutrida, con honda raíz espiritual y generosa vocación de patria.

Comprendí claramente entonces la razón profunda, el claro instinto que guía a nuestro pueblo, cuando rechaza la intriga y la mentira y se pronuncia en sentido constructivo y progresista, cada vez que se lo enfrenta a un pasado de rencores y de intereses reaccionarios que no puede retornar.

En Tailandia comprobamos también el espíritu de un pueblo en la inmensa tarea de modernizar la economía y elevar su propio nivel de vida y su educación.

Desarrollo económico y progreso social

Debemos señalar que en todos los países asiáticos que visitamos no existe la menor contradicción entre los planes de edificación económica y los de mejoramiento social. Apenas existen políticos que creen que los programas económicos pueden realizarse si se mantiene invariable el cuadro de indigencia material y cultural del pueblo. Precisamente porque esas naciones inician su ascenso desde un punto muy bajo de bienestar social y de educación, no pueden pretender forzar el ahorro nacional sobre la base de restricciones al consumo, pues ello

equivaldría a retroceder a niveles de hambre. Por el contrario, necesitan estimular el esfuerzo colectivo mediante avances, por modestos que sean al principio, en la situación social de las masas. Además, es vital para el propio desarrollo económico la acción estatal en materia de higiene, salubridad y educación.

En ese sentido, son extraordinarios los progresos realizados en todos los países que visitamos, pese a la magnitud del problema en zonas tan densamente pobladas.

Si bien las condiciones de vida no son comparables a las que imperan en Occidente, la política de los gobiernos es unánime en cuanto a beneficiar progresivamente a la población con mejores salarios, modalidades laborales y capacitación técnica. El desarrollo económico es el objetivo inmediato, pero el objetivo final es la elevación del nivel social. No se concibe el primero separadamente del segundo. No se considera posible la cooperación activa del pueblo en los planes de desarrollo si los frutos del progreso logrado no se distribuyen equitativamente. La experiencia de estos pueblos demuestran que es una falacia propender al desarrollo económico divorciado del progreso social. Confirmamos así lo que siempre hemos sostenido, es decir, que es una peligrosa ilusión creer que un país puede edificar una economía moderna sin la colaboración voluntaria y entusiasta de los trabajadores. Y esta colaboración solo se obtiene cuando el pueblo comprueba que las nuevas riquezas y bienes producidos por el esfuerzo nacional no son acaparados por una minoría, sino que se incorporan a la colectividad para elevar el nivel de vida de toda la población.

Expansión técnico-económica del Japón moderno

El pueblo japonés ha hecho una maravillosa experiencia de tesón y disciplina, al convertir una pequeña extensión superpoblada y no muy rica en recursos naturales, en una de las primeras potencias industriales contemporáneas. Esta hazaña se cumplió en el pasado a costa del esfuerzo de un pueblo férreamente organizado desde arriba

y sometido a duras condiciones de trabajo. Hoy el Japón es una democracia evolucionada, en la que los sindicatos y los partidos políticos populares exigen la creciente participación del pueblo en el goce de los bienes producidos. Este nuevo Japón impresiona por su pujanza y su espíritu de organización. Posee una gran industria, de altísima calidad, excelentes sistemas de comunicación internos y externos, y una clase dirigente muy cultivada y con vocación universal. A pesar del castigo sufrido durante la guerra, sus índices de producción superan considerablemente a los de anteguerra. El pueblo japonés y su gobierno son decididos partidarios de la paz. Expresan categóricamente su horror ante la más remota posibilidad de estallido de una nueva contienda mundial y aspiran a la amistad y cooperación con todos los pueblos de la tierra.

Entrevista con el presidente Kennedy

En el viaje de regreso al país, tuve el placer de entrevistarme nuevamente con el presidente Kennedy. Pasamos revista a la situación mundial y continental, y a la ejecución del programa Alianza para el Progreso. Encontré en el Presidente de la gran nación amiga una redoblada simpatía por el pueblo argentino y una exacta comprensión de nuestros problemas. Coincidimos totalmente en el examen de los graves asuntos internacionales y en la necesidad imperiosa de preservar la paz del mundo y la unidad de la familia americana. Puedo asegurar que coincidimos en todos los principios y medidas para lograr dichos fines, especialmente en los asuntos que más atañen al hemisferio y a los que serán discutidos en la próxima reunión de consulta interamericana de Punta del Este. La política del Gobierno de los Estados Unidos y la política del Gobierno de la República Argentina no difieren en absoluto al considerar que todos los esfuerzos de la comunidad americana deben concentrarse en asegurar y extender los beneficios de la democracia, de la libertad y de los derechos humanos a todos nuestros países. En respetar celosamente el principio de autodeterminación y no intervención y en guardar a la comunidad americana de la infiltra-

ción de ideas y procedimientos extraños a su modo de vida tradicional. Ambos gobiernos participan plenamente del concepto de que no hay mejor manera de fortalecer los ideales americanos que asentarlos en la base concreta del bienestar espiritual y material de sus pueblos. Y que este será el fruto del desarrollo rápido de sus economías internas, de la cooperación e integración regionales, y de la irrestricta corriente de inversiones y de comercio entre América latina y las naciones desarrolladas de Occidente, sin perjuicio del intercambio comercial con otras zonas del mundo. Reiteraré al presidente Kennedy la confianza del pueblo argentino en el programa Alianza para el Progreso, y en que será ejecutado sin demora y sin trabas burocráticas o de forma.

Resultados del viaje

Como mandatario de un pueblo orgulloso de su tradición y celoso de su soberanía, puedo decir, con emoción, que en este viaje, como en los anteriores, el Presidente de los argentinos ha sido intérprete ante el mundo de una nación libre, independiente y digna. No hemos recorrido muchos miles de kilómetros para suplicar ayuda, ni para negociar nuestra conducta internacional. Hemos obtenido el reconocimiento de la presencia argentina en el concierto universal de naciones. Hemos señalado los deberes de la comunidad internacional hacia los pueblos en desarrollo. Hemos demostrado que la cooperación que se nos preste no será una dádiva, sino la expresión de una política orgánica e inteligente de las grandes potencias, cuyos propios intereses les señalan la conveniencia de esa cooperación. Hemos planteado el problema de las restricciones al comercio mundial. No hemos pedido que se levanten esas restricciones como un gesto gracioso hacia las naciones afectadas. Hemos demostrado que, en la medida en que se traban nuestras exportaciones, se nos obligará a cerrar nuestras puertas a las importaciones de ultramar. Y que esta política es nefasta para quienes la aplican, tanto como para quienes la sufren.

Hemos partido de la base de que el mundo de hoy es un todo indivisible, incapaz de ser fraccionado en compartimentos cerrados

por razones económicas, políticas o ideológicas. Y que es quimérico, absurdo y antihistórico, pretender resucitar las prácticas exclusivistas y discriminatorias que contribuyeron a desatar las dos grandes guerras mundiales de nuestro siglo.

Hemos dicho al mundo que la Argentina es un país soberano, miembro voluntario de la comunidad democrática de Occidente, en la defensa de cuyos ideales no cederá su lugar a ninguna otra nación. Pero hemos dicho también que la Argentina no excluye a nadie y desea mantener las mejores relaciones y el intercambio más amplio con todas las naciones del mundo, en pie de igualdad.

Comerciar con todo el mundo es condición vital de la preservación de nuestra entidad nacional y de la ejecución de nuestros planes de desarrollo. Por eso hemos ido antes a Europa y a los Estados Unidos para conservar y ampliar nuestros mercados tradicionales y señalar los peligros del proteccionismo de los bloques regionales. Por eso hemos ido ahora a Asia para explorar nuevos mercados, tanto para nuestros productos primarios como para bienes y productos elaborados que estamos en condiciones de exportar.

Hemos obtenido todos los resultados previsibles en una misión que era más de buena voluntad que comercial. Una misión de paz y comprensión entre los hombres y los pueblos. Una misión destinada a ampliar horizontes humanos y perspectivas económicas. El contacto entre los dirigentes industriales y comerciales, que tuvieron la generosidad de acompañarme, y los hombres de negocio de los países visitados ha sido altamente provechoso. Estoy seguro de que veremos sus resultados concretos muy pronto. Ya los estamos viendo. Asia está bien dispuesta hacia la Argentina. Conoce nuestros esfuerzos y admira y quiere a nuestro pueblo. Hemos abierto el camino hacia una cooperación que será fecunda en el porvenir. Y hemos podido observar de cerca la grandiosa epopeya de esos pueblos que son ejemplo de sacrificio y disciplina en la tarea universal de extirpar de la faz de la tierra la miseria, el temor y la ignorancia. Y que comparten, sin excepción, el ansia de la especie humana por alejar para siempre de su horizonte el espectro de la guerra.

Situación interna e impostergabilidad del viaje

Emprendí este viaje con graves aprensiones. No pude diferirlo porque hubiera sido alterar planes elaborados desde mucho tiempo atrás por los gobiernos que nos aguardaban. Y, además, porque la situación delicada de nuestras perspectivas comerciales hacía impostergable este último tramo de un programa mundial de promoción de nuestras exportaciones, punto vital y crítico del saneamiento financiero de la República.

Pero partí con el sentimiento de no poder contribuir a la solución del conflicto ferroviario. Sin embargo, me alentaba la inveterada fe que mantengo respecto de la responsabilidad y patriotismo de nuestro pueblo. Sabía que el país encontraría la salida. Y la halló en la forma de la oportuna, clarividente y abnegada intervención del más alto prelado de la Iglesia católica en la Argentina, el cardenal primado doctor Antonio Caggiano. La historia registrará este acontecimiento como la prueba concluyente del papel pacificador y eminentemente nacional de la Iglesia en las tribulaciones y dificultades del pueblo. El cardenal Caggiano fue intérprete de la doctrina social de la Iglesia, recientemente reiterada en la encíclica *Mater et Magistra* del papa Juan XXIII. La solución a que arribó en franca y amistosa negociación con ambas partes, fue la que el interés y los sentimientos todos en la nación esperaban: reconoció los legítimos reclamos gremiales y, al mismo tiempo, dejó intactos los intereses nacionales empeñados en el plan de reestructuración. El ilustre prelado demostró, con su exitosa gestión, que los intereses de toda la nación y los de algunos de sus sectores no pueden ser incompatibles, y que la clase trabajadora no puede actuar contra la nación, ni la nación contra la clase trabajadora.

La aceptación de este principio por las dos partes es fundamental y definitiva. Descarta por igual a los extremistas que pretendieron enfrentar a los trabajadores contra la comunidad a la que pertenecen y a los extremistas que esperaban el aplastamiento de la organización sindical. Quedó reiterada la política del Gobierno, que es inmovible en el sentido de que nada constructivo puede hacerse en la nación sin la participación dinámica de los trabajadores.

Ahora los planes de estructuración ferroviaria, indispensables y urgentes para reactivar la economía, serán pronto una fecunda realidad. Y serán elaborados y aplicados por el directorio de la empresa de Ferrocarriles Argentinos, en el que están representados los dos sindicatos ferroviarios. La pronta y exhaustiva ejecución de este plan ferroviario será el punto de partida de una estrecha cooperación del Estado, los empresarios privados y las organizaciones sindicales para llevar adelante todo el programa de desarrollo nacional.

A pesar de los graves perjuicios causados a la economía nacional por un conflicto que debió evitarse, la lección que todos hemos recibido servirá para despejar el camino de las grandes realizaciones futuras.

Los comicios y el triunfo de la democracia

No puedo terminar esta exposición sin aludir al desarrollo de los comicios de Santa Fe, Catamarca y San Luis, cuyos resultados conocí en el Japón.

Creo que estos comicios marcan también una etapa decisiva en la recuperación institucional de la República. No hubo partidos ni candidatos proscriptos en ellos. La ciudadanía tuvo amplia libertad para expresarse. Nadie impugnó el acto comicial. Ha triunfado plenamente la legalidad, objetivo permanente que nos trazamos al asumir el gobierno. Ningún país puede alcanzar sus objetivos de progreso y bienestar sobre la división, el encono y la discriminación. Solamente la unidad nacional dentro de la ley es garantía del empeño fecundo del pueblo en sus luchas de liberación. Durante tres años hemos trabajado incansablemente por reducir la impaciencia y la intolerancia que hacían imposibles la paz interior y el prestigio exterior de la República. Sostuvimos que el acatamiento de las leyes del juego democrático, sin exclusiones, daría esa paz a los argentinos. Advertimos siempre, censuramos y reprimimos, a los exaltados que ponían la violencia por encima del derecho. Los invitamos a la reflexión y al diálogo. Tratamos de convencer a quienes temían que este

llamado a la concordia significara el resurgimiento de ideas y métodos antidemocráticos. Afirmamos que no hay mejor antídoto contra la dictadura que la libertad.

Los comicios en las tres provincias son un triunfo de la democracia argentina y la demostración cabal de que el respeto a sus normas disipa y anula la acción extremista.

Ganaron los partidos del orden, del respeto a las instituciones. Sufrieron el repudio popular los extremistas de la subversión y los que fluctuaron entre la democracia y el motín.

El pueblo no votó por partidos solamente, ni por candidatos, aunque es evidente que prefirió a los hombres que hacen obra antes que a los que critican negativamente. Pero votó sobre todo por la unión de los argentinos, por la paz social, por los grandes objetivos del desarrollo nacional, por la política internacional de defensa de nuestra soberanía y de los principios fundamentales de la autodeterminación nacional de todos los pueblos.

Este es un triunfo de la madurez política y cívica de nuestro pueblo. Por encima de las vicisitudes que aquejan a todos los hogares en un período de dura austeridad y de ajuste económico; por encima de las incitaciones al desorden y la rebelión, el pueblo ha votado por la prosecución del programa que sancionó en febrero de 1958.

El pueblo argentino ha sabido votar por el porvenir. Esta también es una lección para todos los partidos y para todos los políticos.

El Gobierno no quien jactarse de este triunfo. Al contrario, reconoce que está en deuda con el pueblo que le ratifica su confianza.

Perspectivas del desarrollo nacional

En tres años de gestión hemos alcanzado algunos objetivos, hemos echado las bases del desarrollo económico con la política del petróleo, de la energía, de la siderurgia y la petroquímica, de la radicación de capitales, de la descentralización geográfica del potencial económico, de los transportes y la vialidad. Hemos logrado estabilidad financiera y recuperado el crédito de la Nación en el exterior. Hemos afianzado

la legalidad y devuelto la independencia al movimiento obrero. Pero el Estado debe completar urgentemente la reorganización de su propia maquinaria burocrática y extirpar ese cáncer inflacionario que es el déficit fiscal. No podemos exigir austeridad al pueblo y restringir el crédito a los productores, si el Estado no suprime gastos improductivos y nivela el presupuesto.

Declaro que preocupa fundamentalmente al Poder Ejecutivo la situación financiera del erario y la iliquidez de la plaza comercial, así como la situación deficitaria de nuestro comercio exterior.

En estos días completaremos las medidas para reorganizar la administración pública y convertirla en un organismo ágil y barato. Para los primeros meses del presente año, los agentes del Estado nacional quedarán reducidos a la mitad con respecto al número registrado cuando asumimos el gobierno. Hemos avanzado mucho en este camino, sin recurrir a cesantías en masa y por el simple procedimiento de congelar vacantes y expedir jubilaciones conforme a las leyes vigentes. Con la misma técnica concluiremos en breve el proceso de racionalización administrativa.

Impulsaremos una dinámica política comercial, para incrementar nuestras exportaciones y sustituir importaciones. Gravaremos aún más toda importación suntuaria y de artículos que se producen en el país. Intensificaremos la saludable tendencia iniciada con el reemplazo de las importaciones de combustibles por importaciones de bienes durables, con lo cual ha sido posible reequipar la industria y alcanzar un aumento notorio en la productividad.

El Poder Ejecutivo está firmemente resuelto a afianzar la estabilidad de la moneda por el único camino que combate la inflación sin causar efectos deflacionarios: la supresión del déficit fiscal y del déficit de la balanza comercial.

En cambio, hará todos los esfuerzos a su alcance por estimular la producción, poniendo a disposición de los industriales y productores del agro todos los medios de pago disponibles sin riesgo para la estabilidad lograda con tantos sacrificios. El Poder Ejecutivo entiende que puede lograrse esa estabilidad sin sacrificar el normal financiamiento de la producción nacional y sus líneas de crédito. Por supuesto, esto

exige que las contenciones financieras sean drásticas en los sectores improductivos del Estado.

El Gobierno reconoce la responsabilidad que emana de la inequívoca decisión del pueblo de afianzar la legalidad y la paz social, y consumir los planes de desarrollo económico y bienestar social.

Por mi parte, afirmo que la conciencia de este deber me reconforta y me alienta.

El pueblo argentino ha hecho todos los sacrificios que se le pidieron. Con admirable estoicismo y profunda conciencia nacional ha resistido la prueba y rechazado a los provocadores.

Ahora le toca el turno al Gobierno, en su obligación de completar sus propias medidas de austeridad y de impulsar con nuevas energías los planes de expansión.

El pueblo argentino ha ganado la mitad de la batalla. Este año que se inicia debe ser de grandes y decisivos avances hacia el logro pleno de los grandes objetivos nacionales, el desarrollo económico y el bienestar social.

El interior y la unidad nacional

*Discurso pronunciado en el Auditorium de Mar del Plata,
el 12 de enero de 1962*

I

Dos circunstancias de naturaleza distinta, aunque concurrentes ambas a los grandes fines nacionales, nos reúnen hoy en Mar del Plata. No hay aparentemente relación entre la inauguración de un cable coaxil que, uniendo a nuestra primera ciudad balnearia con la Capital Federal y las ciudades de Rosario y Santa Fe, facilita las comunicaciones, y la creación de una universidad que, por ser puesta en marcha por el estado provincial bonaerense, encuadra dentro del espíritu del régimen de la universidad libre. Sin embargo, los dos hechos están entrañablemente unidos, puesto que representan la puesta en ejecución de planes concretos, sujetos a un orden de prioridades.

En el programa nacional que el pueblo argentino se ha fijado y está cumpliendo con sacrificio, uno de los primeros lugares corresponde a la unificación de nuestro territorio. Para que este objetivo se cumpla, necesitamos tanto de la fluidez en las comunicaciones, como de la unidad en la base espiritual de la Nación; tanto del acero y la energía, como de la formación de técnicos capaces de atender a esos importantes rubros; necesitamos promover la producción de riqueza en todas las regiones de nuestro vasto territorio y del mar epicontinental, así como vivificar los elementos nacionales cohesivos que son la unidad de religión, lengua, origen e historia. En eso estamos.

Se trata de romper una estructura económico-política que dividió al país en compartimentos estancos, no solo geográficos y económicos, sino también sociales. Como resultado de ello, cada zona del país era y aún es, en la medida en que no hemos quebrantado totalmente

la vieja estructura, un pequeño ámbito económico frustrado por la dificultad de comunicarse fluidamente con las otras regiones.

En nuestro programa figura, pues, la unificación del mercado interno. De esta manera, los productores de cada una de las zonas tendrán la posibilidad de llegar hasta las otras y de multiplicar así su intercambio hasta límites insospechados. Estas posibilidades serán tanto más amplias cuanto mayor sea el crecimiento de nuestra población productora.

El mercado único constituye uno de los presupuestos de la unidad nacional, en la medida en que se apoye en la comunidad espiritual y, a su vez, la favorezca. Para que el mercado único sea posible es necesario adecuar las comunicaciones a sus necesidades. El pueblo argentino tiene ya conciencia de lo que han significado los ferrocarriles en su historia y de la significación que tienen en la actualidad. Cuando los caminos de hierro sustituyeron a las caravanas de carretas que cumplían las grandes travesías, se abrieron las puertas al progreso del país. La transformación que generaron sorprendió no solo a los argentinos, sino al mundo entero. Sin embargo, el sistema de comunicaciones que ellos representaban y que le fue útil al país durante más de medio siglo concluyó por convertirse en un factor de detención y aun de retroceso. Es que esos ferrocarriles fueron trazados para una Argentina que no llegaba aún a los diez millones de habitantes y que se perfilaba como gran país exportador agropecuario. En la actualidad, para unificar el país es necesario quebrantar ese rígido sistema ferroviario, robustecer su red troncal y complementarla con caminos que penetren en todas las regiones, llegando hasta las tranqueras de los establecimientos de campo, hasta las bocas de las minas, hasta el pie de las grandes usinas eléctricas y aproximando los centros urbanos entre sí.

La Argentina es un vasto territorio en el que no solo la extensión, sino también la conformación y aun la falta de poblaciones numerosas en vastas regiones, hace difícil la intercomunicación. Debemos vencer todas estas dificultades, mediante la construcción de aeródromos y robusteciendo nuestra aviación de cabotaje, así como el transporte marítimo y fluvial. Debemos sembrar el país de grandes y pequeños

hoteles de turismo, que sirvan al intercambio humano y atraigan al viajero de más allá de nuestras fronteras. Mar del Plata, la ciudad turística por excelencia, ciudad que tiene, asimismo, prósperas industrias y un impulso de crecimiento sin parangón en el mundo, sabe de los milagros que puede operar la atracción turística. No solo Mar del Plata, la Argentina toda se halla en condiciones de transformarse en un gran centro turístico mundial, proveyéndose por ese medio de buena parte de las divisas que necesita para nivelar su balanza comercial.

Esta es la tarea en que nos encontramos empeñados. Y aquí es donde confluyen los dos grandes temas que nos convocan hoy en Mar del Plata: las comunicaciones, que se hacen fáciles con el nuevo cable coaxial y la cultura, que tiene desde hoy un nuevo asiento, en la Universidad marplatense.

Ambos hechos favorecen la ruptura del viejo esquema de los trecientos kilómetros en torno del puerto de Buenos Aires. La contradicción entre un interior dependiente y un poderoso centro en el que se aglutinaba la mayor parte de la riqueza, de la población, de las industrias, de la energía eléctrica, está desapareciendo.

Esa es la tarea que se ha impuesto nuestra generación. Y la estamos cumpliendo sin despojar a Buenos Aires –ni a sus alrededores– de nada de lo que ella tiene. Antes bien, propugnamos la racionalización de sus elementos constitutivos y enfrentamos la solución de los graves problemas que la aquejan. Tratamos, por el contrario, de reproducir en proporciones adecuadas y con criterio racional, el complejo urbano-industrial que es Buenos Aires, en distintos puntos del país. Nuestra aspiración consiste en que se dé en todas las zonas. Ya son claro ejemplo de ello no solo puntos estratégicos y con tradición permanente, como Mar del Plata y Córdoba, sino otros que vuelven a ponerse en marcha, tras una pausa prolongada, como Rosario, Mendoza y Bahía Blanca, y aun otros más, que surgen de pequeños embriones, como Comodoro Rivadavia.

Para promover la unidad espiritual, para facilitar la formación de técnicos, así como la enseñanza y creación de técnicas, hemos facilitado la constitución de universidades libres. Se ha superado así el monopolio estatal de carácter nacional. La universidad libre es ya

un hecho concreto que rinde sus fruto al país, no solo por lo que sus institutos hacen, que es mucho, sino también por cuanto han significado como emulación para la universidad estatal.

La nueva estructura económica puesta en marcha con el petróleo, la radicación de industrias, la siderurgia, la provisión de energía y la racionalización del transporte, requiere para tener sentido nacional, realizarse a un ritmo de creciente aceleración. Y para no quedarnos en el camino, necesitamos asimilar todas las técnicas modernas y contar con suficiente número de técnicos. Cada nuevo centro de estudios superiores que abre sus aulas, cada gabinete, cada laboratorio que se incorpora, equivale a un semillero de nuevos técnicos que el país reclama con urgencia. Lo reclama el país todo, no ya el centro saturado. Por eso es que estimulamos con particular empeño el nacimiento de nuevas universidades en el interior. Esta de Mar del Plata, fruto del desvelo y el empeño de un educador por antonomasia, como es el doctor Ataulfo Pérez Aznar, sustentado en el apoyo decidido del gobernador Alende, se concreta ahora en una obra de valor permanente, con vocación de servir a la patria.

Por este camino que estamos recorriendo hacemos efectiva y consolidamos la unidad nacional que estuvo presente en el pensamiento de Mayo, que hizo en los hechos la dictadura de Rosas y que institucionalizaron con Urquiza los hombres de Caseros.

Asoman ya las condiciones y ventajas de la nueva estructura nacional que compromete y asume, en una unidad indestructible, al país todo, a sus regiones, a sus sectores sociales, a sus grupos ideológicos. Nunca como hoy es clara la relevancia que cobran nuestras tradiciones de dignidad. Ya se crean nuevas condiciones de vida y de trabajo, que se perfilarán mejor en los próximos años, en la medida en que persistamos en el camino que estamos recorriendo. Ya el país afirma relieve internacional, y su palabra es no solo escuchada con respeto, sino que resulta requerida en circunstancias especialmente graves.

Así marcha el cumplimiento de la tarea de nuestra generación. Que Dios haya conferido tal tarea a esta generación compromete nuestro esfuerzo, al tiempo que lo estimula con el pensamiento de que no hay obstáculo que no podamos superar.

II

Estando en suelo de la provincia de Buenos Aires, no puedo dejar de referirme al vasto esfuerzo realizado aquí en el campo de la enseñanza.

En el período 1950-1958 fueron creados 664 establecimientos de educación elemental, mientras que en solo tres años, entre 1958 y 1961, se levantaron 406 escuelas. Igual tendencia se advierte en la zona del Gran Buenos Aires: 228 escuelas fueron establecidas entre 1950 y 1958; 232 entre 1958 y 1961.

La enseñanza privada lleva creados en la provincia 595 establecimientos, a los que concurren 131.135 alumnos bajo la guía de 4770 docentes.

El total de alumnos en todo el territorio provincial denota el nivel ascendente de la enseñanza: en 1950, existían 478.225 alumnos; en 1958, 664.694; en 1961, 722.401. Ello indica que el aumento de 186.469 alumnos producido entre 1950 y 1958 fue proporcionalmente menor que el del período más corto de 1958 a 1961 con 57.707 alumnos más en solo tres años. Para ello ha sido indispensable desde el 1º de mayo de 1958 habilitar 3151 aulas nuevas mediante la construcción de 230 obras, la instalación de aulas prefabricadas y también por cesión, locación, donación y reparación.

Igualmente intensos han sido los esfuerzos de la provincia en el campo de la enseñanza secundaria. El 50% de los establecimientos de este tipo fueron puestos en funcionamiento en los últimos tres años y reestructurados los restantes. Así se establecieron, entre otros, la Escuela Normal Técnica, el Instituto Superior de Perfeccionamiento Docente de Enseñanza Diferenciada, el Instituto Superior de Ciencias de la Educación de Mar del Plata, las diez primeras escuelas técnico-industriales y el Instituto Superior de Educación de la Comunidad.

Tales son los esfuerzos que lleva realizados esta gran provincia a los que ahora se suma la creación de la Universidad Provincial de Mar del Plata. Auguro para ella el más firme éxito.

El Gobierno subordina su política al desarrollo y al saneamiento financiero

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 17 de enero de 1962

Me dirijo esta noche al pueblo de la República para ratificar la inquebrantable decisión del Poder Ejecutivo de persistir en la ejecución integral de los planes de estabilidad y saneamiento financieros y desarrollo económico iniciados el 1º de mayo de 1958. Mediante la comprensión y los esfuerzos de todo país, esos planes han alcanzado sus objetivos fundamentales: la República Argentina es una nación organizada con una moneda estable y con amplio crédito internacional. La República Argentina es una democracia que funciona dentro de la Constitución, de las leyes y que está en vías de perfeccionar la vigencia plena de los derechos cívicos para todos sus ciudadanos, sin excepción. La República Argentina es una entidad respetada y consultada en el ámbito americano y en el ámbito mundial. La República Argentina ha creado las condiciones básicas de su desarrollo económico para convertirse en una nación moderna, con altos niveles de vida para su población.

En esta lucha por la legalidad, la paz social y el desarrollo, el pueblo argentino ha dado extraordinarias pruebas de sensatez, desprendimiento y patriotismo. Nada de lo que hemos hecho desde el gobierno es comparable al magnífico esfuerzo de los agricultores, hacendados, industriales, trabajadores, educadores, representantes de la Iglesia, integrantes de las Fuerzas Armadas y hombres y mujeres del pueblo.

Por eso quiero corresponder a esa clara determinación nacional de los argentinos y decirles que las conquistas alcanzadas son inmovibles y definitivas. Y quiero decirles también que no habrá modi-

ficación alguna en los objetivos económicos, financieros y sociales que hemos perseguido hasta ahora. Carecen de fundamento las versiones sobre supuestos cambios en la política monetaria, y en la ordenación y racionalización de la administración y de los servicios públicos. Al contrario, deseo anunciar hoy que redoblabemos los esfuerzos, alentados por la obra cumplida y por la inequívoca y reiterada adhesión del pueblo a los planes de gobierno.

Voy a hablar esta noche, especialmente, de la función del Estado en los planes de la Nación y de lo que el Gobierno federal hará desde hoy mismo, para ajustar su conducta y sus finanzas a las imperiosas necesidades del país en esta etapa definitiva de su liberación y expansión.

No se debe retroceder

La remoción de las viejas estructuras de un país no es un proceso fácil ni corriente. Cuando se quiere dar bases orgánicas a la industrialización, cuando se ataca frontalmente y a ritmo acelerado la explotación de los recursos naturales, cuando se abren las puertas del país a un aporte considerable de capitales externos en forma de inversiones, radicaciones y préstamos; cuando se fija una política de prioridades para dichas inversiones, de manera de orientarlas a los sectores básicos de la energía, la siderurgia y la química pesada y a transformar la geografía movilizándolo al extremo sur y las regiones del centro y del norte del país; cuando se derogan los controles y las normas estatísticas que frenaban la expansión interna y nos descolocaban en los mercados mundiales; cuando se hace todo sin mengua de la soberanía nacional, sin negociar la unidad de la República y enfrentando prácticas restrictivas y discriminatorias de los mercados tradicionales de nuestros productos, es natural que se produzcan transitorias distorsiones y que sea menester una fluida adaptación de la política nacional a las nuevas circunstancias determinadas por el crecimiento.

Esta adaptación solo puede hacerse hacia adelante, nunca hacia atrás. Nadie se atrevería en medicina a prescribir una terapéutica de los trastornos del crecimiento humano basada en retardarlo o frenar-

lo. La terapéutica consiste en adaptarse al fenómeno natural del crecimiento y en ayudar a que se realice plenamente y sin deformaciones. No se puede, pues, hacer una pausa en el avance argentino, con el argumento de que vamos demasiado de prisa. Hay que tener la decisión de marchar al ritmo de ese progreso. Hay que tener la decisión de ajustar la política a sus necesidades y de hacer nuevos sacrificios para no detenerlo. Por eso decimos que los planes de estabilidad y desarrollo no serán alterados. Las medidas que anunciaré, en líneas generales en esta exposición, tienden a complementar esos planes y a ajustarlos a las necesidades presentes, siempre con el sentido positivo de contribuir a la creciente expansión económica de la Nación. Con estas medidas, el Gobierno convierte al Estado y a su administración en un factor dinámico de la actividad económica, en lugar de ser un factor paralizante e improductivo.

La política de expansión, iniciada enérgicamente con contratos de explotación del petróleo, con la solución de los antiguos diferendos con empresas extranjeras y con las normas de fomento de las radicaciones de capital, ha cambiado fundamentalmente la mecánica interna y externa de nuestra economía. La reforma cambiaria y monetaria —base esencial del plan de estabilización, cuya responsabilidad asumí personalmente ante el pueblo el 29 de diciembre de 1958—, al establecer un mercado financiero y monetario sin controles estatales, al suprimir trabas al comercio, al eliminar los subsidios y los precios políticos, y al estimular la producción agropecuaria hasta entonces estancada, produjo los resultados previstos: después de una esperada contracción motivada por el encarecimiento brusco de las materias primas y el alza de los precios internos, la actividad económica ha recobrado su nivel y acusó notorios signos de progreso en el año que acaba de terminar. El país ha dejado de importar petróleo y, por primera vez en su historia, comienza a exportar. Se ha producido un cambio fundamental en la composición de nuestras importaciones: las divisas ahorradas en combustible, es decir, en consumo industrial, se gastan ahora en la importación de bienes de producción, con lo cual nuestra industria ha logrado un apreciable índice de reequipamiento. Las nuevas industrias, como las de automotores y maquinaria agrícola,

ya establecidas, y las que están en curso de establecerse en el campo de la petroquímica, la celulosa, el papel, la soda solway, demandan, y demandarán cada día más, nuevas erogaciones en divisas. La expansión industrial y comercial requiere el aumento correlativo de crédito y medios de pago para atender a sus necesidades financieras. Todo ello obliga a considerar dos problemas acuciantes relacionados con esta crisis de crecimiento. El primero se refiere a la insuficiencia de medios de pago para un mercado interno en expansión constante. El segundo se vincula con la nueva estructura de nuestro intercambio comercial, cuyos ingresos no alcanzan para cubrir las necesidades de importación de una industria en crecimiento.

La expansión económica exige crédito interno y externo, y exige ajustar nuestras compras en el exterior a las necesidades del crecimiento industrial, sustituyendo importaciones prescindibles.

El problema de los medios internos de pago nos confronta con esta disyuntiva: renunciar a la política de estabilización monetaria y de contención de la inflación, o destinar todos los recursos disponibles a financiar las actividades productivas de la empresa privada sustrayéndolos del financiamiento del déficit fiscal y de las empresas estatales.

En otros términos: o el desarrollo se financia con inflación o se financia con los recursos disponibles, a costa de burocracia. Hay que elegir entre financiar a los que producen o financiar la maquinaria deficitaria del Estado y de sus empresas, en sectores que nada tienen que ver con la actividad normal del Estado y que se sustraen artificial y antieconómicamente a la actividad privada.

El problema de la balanza comercial nos confronta con otra disyuntiva similar: o seguimos soportando un déficit que terminará por agotar en breve término nuestras reservas de oro y divisas o ajustamos los egresos a los ingresos, reservando los recursos para adquirir en el exterior solamente bienes reproductivos.

En ambos sectores, la elección consiste entre la inflación incontrolada o el equilibrio entre gastos y recursos.

Nadie discute la conclusión teórica. La inflación que se aplica a enjugar gastos improductivos no es nunca una técnica aconsejable y

sus efectos sociales son desastrosos, al reducir los niveles de vida del pueblo sin incrementar la producción.

Pero la discrepancia aparece cuando se trata de los medios prácticos para solucionar el problema. Entonces, se pretende que se reduzca el déficit fiscal sin reducir la burocracia ni privatizar aquellos sectores de las empresas del Estado que arrojan fabulosos déficits de explotación. Entonces se pretende que se nivele la balanza comercial, sin renunciar a la importación de artículos suntuarios, de mercaderías que la industria local produce y de materiales que pueden reemplazarse con los de producción nacional.

Evidentemente, no hay lógica alguna en estas postulaciones. Y el Gobierno está absolutamente decidido a defender el salario de los trabajadores; está absolutamente decidido a defender los ingresos modestos de millones de empleados y jubilados; está absolutamente decidido a defender la producción nacional que genera riqueza y suministra trabajo a los argentinos. Para ello no hay otra salida que dar a los que producen lo que se sustrae a aquello que no produce. Para ello no hay otra salida que ajustar los gastos del Estado y de sus empresas a sus ingresos.

No se puede pedir a los particulares y a los productores y trabajadores que no consuman más de lo que producen, si el Estado sigue dando el mal ejemplo del derroche y la ineficiencia en su administración y si persiste en la anomalía de querer reemplazar a la actividad privada en campos que pertenecer a ella.

La racionalización administrativa

El Gobierno reconoce que está en deuda con el país en este aspecto. No basta con lo que hemos hecho hasta hoy, a pesar de que podemos señalar que la burocracia se ha reducido en más de 200.000 agentes desde que asumimos el poder. Es la primera vez, en el último medio siglo, que un gobierno realiza un acto así. Pero no es suficiente. Interpretamos el mandato popular que nuestros conciudadanos nos reiteran cada vez que se los consulta por la vía democrática del comicio, como

la inequívoca voluntad de persistir en los planes de racionalización y desarrollo. El pueblo quiere un Estado moderno, ágil, barato. El pueblo quiere servicios públicos eficientes. El pueblo quiere empresas estatales que trabajen para el público y no para una burocracia desproporcionada. El público no comprende que el Estado deba reemplazar a la empresa privada en sectores ajenos a su actividad rectora.

No podemos desoír por más tiempo ese reclamo popular, tan notoriamente reiterado.

La racionalización administrativa que cumpliremos en virtud de los decretos que he firmado y que serán dados a conocer, obedece a las siguientes razones:

- 1) El Estado debe ajustar su estructura a las necesidades del país en cada momento de su historia. La administración pública es solo el instrumento de esa actividad del Estado a favor de la comunidad. Si este instrumento es caro no puede cumplir cabalmente su función.
- 2) Entre nosotros, la administración pública, en el orden federal que nos atañe, ha venido sufriendo una progresiva deformación, que se traduce en un organismo hipertrofiado, el cual insume una cuota desproporcionada de la renta nacional y esteriliza la actividad de miles de personas que vegetan en la burocracia en lugar de participar de la actividad altamente remunerativa de la empresa privada. Se perjudica la colectividad y se malogra el individuo.
- 3) Esta deformación se debe a que el Estado realiza funciones industriales y comerciales que cumple más eficientemente la empresa privada; se debe, además, a que ha asumido funciones que corresponden a las provincias y a los municipios, resabio de una época en la que el Estado federal era la única entidad solvente y centralizada, pero que no se justifica en nuestro tiempo, cuando las provincias y las comunas tienen amplias fuentes de recursos que crecerán aún mas con el desarrollo integral de la Nación.
- 4) El exceso de burocracia genera, a su vez, la irresponsabilidad de los agentes, la dispersión, la superposición de funciones,

el expedienteo innecesario, los gastos de locales, de teléfonos, papel, etc. multiplicados al infinito. Se desmoraliza al funcionario y se perjudica al público.

- 5) Una administración frondosa se nivela hacia abajo en materia de remuneraciones y ascensos. Es imposible pagar decorosamente al agente eficaz y al técnico.

Por consiguiente, hemos dictado decretos que eliminan de la función estatal todo servicio o ejecución de obra que puede hacer la industria privada, como construcción de edificios y su mantenimiento; muchas obras públicas que se hacen más económicamente por contrato que por administración; fabricación de artículos y procesos industriales que corresponden a la empresa privada; servicios de talleres, confiterías, limpieza, etc.

Hemos decidido transferir a las provincias y comunas muchos servicios que el Estado federal absorbió cuando era indispensable esa cooperación federal, tales como escuelas, hospitales, obras sanitarias, riego, conservación de caminos, usinas eléctricas, casinos de juego, etc.

Otra serie de decretos se refiere a la racionalización administrativa. Por medio de la privatización de servicio, de la refundición de oficinas, de la supresión de organismos duplicados y de otras cuya función ha caducado, así como la reducción de agentes a los estrictamente necesarios, se llegará a los siguiente resultados globales:

De 1.012.053 agentes que tenía la administración nacional cuando asumió el gobierno, el 1º de mayo de 1958, resultarán eliminados más de 500.000 agentes, lo cual significará:

- 1) Una economía en sueldos del orden de los 5000 millones de pesos mensuales.
- 2) Una economía de gastos indirectos (gastos de oficina) que ascenderá a unos 800 millones de pesos anuales.
- 3) Una economía en edificios públicos, que representará una liberación de inmuebles del orden de los 20.000 millones de pesos.

Quedarán totalmente congeladas las vacantes. El régimen de despido, que se establece por otro decreto, contempla ampliamente la situación de los agentes que resulten eliminados. Se les pagará el sueldo íntegro durante un año, además de las indemnizaciones legales. En ese lapso podrán hallar trabajo en la actividad privada, presunción perfectamente justificada en un época de expansión económica, cuando existe plena ocupación y la oferta de empleo supera a la demanda en casi todos los sectores.

Las reducciones permitirán, en el corto plazo en que se ejecuten, jerarquizar y mejorar la remuneración al personal que permanezca en funciones. La administración pública será así un organismo ágil, compacto y con funcionarios íntegramente dedicados a su labor.

Además, la administración pública será equiparada a la empresas privadas en cuanto a organización y perspectivas para sus agentes. La juventud que se oriente al servicio público no lo hará como refugio de una vocación frustrada, sino como brillante horizonte para la emulación y el ascenso en la vida. Será una verdadera carrera profesional, comparable a cualquier otra.

También contemplamos en otro decreto la situación de los jubilados del Estado, a quienes se les aumenta considerablemente sus ingresos, ajustándolos a los niveles actuales.

El Gobierno no desea crear desocupación ni desentenderse de la situación de sus servidores. Reiteramos enfáticamente que no tomaremos ninguna medida económica o financiera que signifique imponer nuevos sacrificios a la población.

Al contrario, la serie de medidas de racionalización que estamos poniendo en práctica tiende a liberar mano de obra y capacidad técnica, a incorporar a la actividad dinámica de la empresa privada a grandes contingentes de funcionarios que vegetan en el presupuesto y a suprimir la fuente más aguda de inflación que es el déficit fiscal.

Las empresas estatales

En cuanto a las empresas estatales, se han tomado las disposiciones necesarias para que funcionen como entidades comerciales totalmen-

te autónomas, sin depender en absoluto de fondos que no se originen en sus propios ingresos reales y comprobados.

La Tesorería Nacional no cubrirá en adelante inversiones y gastos de las empresas estatales. Además, estas deberán tender a desprenderse de toda actividad que puedan entregar por contrato a la empresa privada y deberán ajustar sus compras de materiales a los que pueden obtenerse en el mercado local para no gravitar en el presupuesto de divisas.

En este rubro, la racionalización del sistema ferroviario sigue siendo imperativa e irrevocable. El objetivo de suprimir el déficit de estos servicios debe ser logrado a toda costa. Las medidas de privatización de servicios auxiliares, de supresión de ramales improductivos y de ordenación del régimen laboral, serán adoptadas por el directorio de la Empresa de Ferrocarriles del Estado Argentino en el que están representados los sindicatos obreros. Habrá una amplia coordinación entre los planes viales y la modernización del servicio ferroviario, de modo que la reestructuración de la red ferroviaria se ajuste al trazado de nuevo caminos y a la ampliación de los existentes. A tal efecto, se han dictado los decretos respectivos sobre Vialidad Nacional. El Poder Ejecutivo comprueba con satisfacción que los trabajadores del riel están dispuestos a colaborar entusiastamente en la modernización de los servicios, que se traducirá en la jerarquización y elevación del nivel de vida de ellos mismos.

La burocracia en la educación

Una nación moderna, cuya estructura económica y social experimenta cambios profundos, no puede dejar de lado la reestructuración y actualización de sus servicios educativos. El Estado, por un lado, y la actividad privada, por otro, deben proveer servicios que respondan a las necesidades del país en transformación y que preparen técnicos y educadores imbuidos en la extraordinaria función que cumplen en la sociedad.

Nuestro sistema educacional, en todos sus ciclos, es anacrónico. Los mismos vicios de centralización y exceso de burocracia que se advier-

ten en la administración pública asfixian la iniciativa de los dirigentes de nuestra enseñanza primaria, secundaria y especial. La escuela es, por definición, un organismo vivo, de formación espiritual del alumno, en donde no cabe la fría mecánica del gobierno burocrático. La escuela debe ser orientada por el maestro y el padre de familia y nutrirse del estímulo directo de la comunidad en que actúa. No se puede manejar la escuela de Jujuy desde un despacho en Buenos Aires.

Por eso, hemos dispuesto la completa descentralización de la administración escolar, transfiriendo las escuelas primarias a las provincias y dando a las autoridades de cada establecimiento de enseñanza la autonomía necesaria para manejarse sin la pesada fiscalización de las oficinas centrales. Las medidas que se han adoptado, sin perjuicio de las que se tomarán más adelante para realizar una modificación orgánica de los planes de estudio, tienden, por ahora, a suprimir la burocracia y el centralismo en el gobierno de la enseñanza.

La vivienda

Uno de los problemas sociales más graves es el de la vivienda. Hasta ahora carecíamos de los recursos indispensables para iniciar la construcción en serie de habitaciones económicas para el pueblo. Hoy contamos con algunos fondos de origen externo y otros del ahorro nacional para comenzar a ejecutar un plan orgánico en esta materia. Hemos adoptado medidas tendientes a evitar la dispersión y duplicación en la administración de esos fondos y a coordinar estrechamente la acción oficial con la iniciativa privada y con la intervención directa de los propios futuros usuarios de las viviendas. Confiamos en que esta primera tentativa de edificación de vivienda popular en serie sea el punto de partida para que la iniciativa particular halle estímulos a sus inversiones en este rubro. La construcción de viviendas es un factor muy dinámico de la actividad económica en general, dada la diversidad de industrias y oficios que intervienen en ella.

Por otra parte, atacaremos de inmediato el problema de las llamadas "villas miseria", proporcionando habitación higiénica a este sec-

tor de la sociedad que vive en condiciones intolerables en el mismo seno de nuestras grandes ciudades.

El problema de la balanza comercial

Paso a referirme ahora al problema de la balanza comercial de la República.

El objetivo fundamental de las reformas financieras dictadas en diciembre de 1958 fue el de estimular la producción interna y poner en términos competitivos nuestros productos en el mercado mundial. Sabíamos que una economía en expansión necesitaría aumentar su capacidad de compra exterior para reequipar la industria y proveerla de materias primas que, por entonces, no producía el país.

Dichas medidas produjeron todos los efectos previstos en el ámbito interno. La producción agropecuaria salió del estancamiento al que la había relegado una errónea política de subestimación del agro y se pudieron reconstruir los planteles ganaderos y sostener la producción de carnes sin desmedro de la superficie cultivada. No obstante, los resultados previsibles en la balanza comercial no se concretaron, debido a causas externas que escapan a nuestro control. En efecto, no puede esperarse en el porvenir inmediato un incremento sustancial de nuestras ventas en el exterior mientras subsista la retracción de los mercados tradicionales respecto de las importaciones provenientes de América latina y de otras fuentes ajenas al sistema de los llamados mercados comunes europeos.

Nuestra balanza comercial presenta, pues, la siguiente característica: mientras se mantiene estacionario el ingreso, aumentan las compras provocadas por la presión del desarrollo económico nacional. Exportamos por montos invariables, pero importamos por montos en constante aumento. El año 1961 cerrará con un déficit cercano a los 450 millones dólares. Este déficit no puede repetirse en los años venideros sin grave riesgo para nuestras reservas en divisas.

No dejaremos en nuestros múltiples y diversificados esfuerzos por vencer la resistencia y las discriminaciones de nuestros mercados

tradicionales y por abrir nuevos mercados a nuestros productos industriales, aplicando el principio de comprar a quien nos compra y de comerciar con todas las naciones del mundo, sin excepción.

Estamos plenamente seguros de que, a largo lazo, en un porvenir no muy distante seremos un fuerte país exportador y llegaremos a incrementar quizás en un 50% el valor actual de nuestras ventas. Pero, entretanto, nos veremos forzados a reducir el valor de nuestras importaciones para equilibrarlo con el ingreso producido por las exportaciones. Esto nos plantea la necesidad de sustituir importaciones, conforme a un riguroso plan de prioridades.

La política petrolera ha dado, en tal sentido, los frutos previstos. Debemos tender a eliminar la importación de este rubro, orientando el consumo interno hacia los derivados que el país produce, mediante una política de precios que favorezca esa sustitución. Ya hemos comenzado a practicar esta política aumentando el precio del kerosén para que se consuma gas en su lugar. Esto exige la mayor concentración de los esfuerzos de Gas del Estado en la comercialización del gas para el consumo popular.

Una fuerte evasión de divisas se produce por vía de las compras de empresas estatales en el exterior. Cada empresa resuelve por su cuenta estas adquisiciones, en muchos casos se alega que se dispone de los fondos necesarios y que resulta más barato comprar en el exterior. Aunque así fuera, es menester tomar en consideración nuestro presupuesto global de divisas, para lo cual el ministro de Economía deberá autorizar cada operación, siguiendo un estricto plan de prioridades y solo en los casos en que sea indispensable o notoriamente conveniente la adquisición en el exterior. Las empresas del Estado están en condiciones de prescindir de una cifra del orden de los 300 millones de dólares.

Con igual criterio de prioridades se gravarán con nuevos recargos las importaciones suntuarias y de consumo prescindibles.

En materia de compras para el reequipamiento, se seguirán las listas de prioridades establecidas el 19 de mayo de 1958.

Algunas de estas medidas tendrán carácter transitorio y regirán por un período no mayor de seis meses, pasado el cual se volverá al

régimen actualmente vigente. No se quiere trabar indefinidamente el ingreso de productos que contribuyen a la movilización de la economía. El sistema debe ser flexible y condicionado a las variaciones del mercado y de la posición de divisas. Partimos de la base de que el comercio exterior es un instrumento más de la reactivación económica del país y no una categoría independiente.

El Estado, factor dinámico

Podemos resumir esta enérgica política que hoy iniciamos diciendo que el Estado somete sus gastos a las normas de estabilización y ordenamiento financiero dictadas para el país en general. En adelante, no será el Estado un privilegiado. Se somete en el doble aspecto de su presupuesto interno de gastos y recursos y de su presupuesto de divisas para el comercio con el exterior. La norma es no gastar más de lo que realmente ingresa y no comprar afuera lo que el país produce.

Ningún administrador del gobierno y de sus empresas podrá eximirse desde hoy del cumplimiento de estas normas de las que será personalmente responsable ante el Poder Ejecutivo y ante el país.

Entendemos la función del Estado como la de estimular, facilitar y requerir la participación fundamental de la iniciativa privada en la actividad económica. En los países altamente desarrollados existe un superávit de la economía para financiar costosos servicios sociales que la comunidad tiene derecho a exigir.

En los países que tienen muy limitados recursos financieros para desarrollar las bases estructurales de su economía, el Estado debe abstenerse de emplear esos recursos que la empresa privada necesita indispensablemente para expandirse y sostenerse. El Estado no tiene derecho a sustraer esos recursos a la promoción de la economía nacional, objetivo máximo de la comunidad, punto indispensable de partida para llegar al bienestar social.

No es una cuestión teórica entre estatismo y libre empresa, como suele sostenerse. Es un hecho económico inevitable cuando los recursos no alcanzan para financiar el desarrollo económico y el manteni-

miento de un costoso aparato estatal al mismo tiempo. Si se financia al Estado se descapitaliza a la actividad privada, es decir, al desarrollo económico, y se envilecen los salarios y los sueldos.

Por otra parte, en ningún país, desarrollado o no, se concibe un presupuesto estatal desproporcionado con el ingreso nacional bruto. Existen normas clásicas para establecer la proporción entre uno y otro. Nosotros hemos ido acumulando un aparato burocrático totalmente desproporcionado con el valor de la producción nacional, es decir, un factor parasitario que asfixia la economía de la Nación de dos maneras: como fuente crónica de inflación y como mecanismo que traba y entorpece al productor privado.

En 1958, el país tenía una burocracia que era en número dos veces y media superior a la admitida como media normal.

La hipertrofia estatal perjudica al pueblo, especialmente a sus clases menos pudientes: como fuente de inflación degrada el salario real de los trabajadores al presionar sobre los precios; como elemento entorpecedor de la actividad privada perjudica la productividad de las empresas y, por consiguiente, frena el influjo de bienes en el mercado, con lo cual se encarecen los artículos de consumo.

El Gobierno cumple pues una alta y auténtica función social al liquidar el déficit del presupuesto y al racionalizar la administración del Estado y de los servicios públicos. Cumple una más efectiva función social que si impusiera el control de precios, la reducción de las ganancias o la elevación masiva de salarios, medidas reclamadas por una mentalidad anacrónica y anticientífica, que prefiere operar sobre los síntomas y no sobre las causas.

Con estos reajustes, el Gobierno aspira a cumplir su parte en el gran esfuerzo argentino cuyos frutos son evidentes. Se impone este deber imperioso de reducir drásticamente sus gastos, porque la alternativa es negar recursos y crédito para la modernización y crecimiento del agro, la minería y la industria, fuentes de trabajo estable y bien remunerado para el pueblo.

Este reajuste es la etapa final de una política que está creando las bases inmovibles del progreso argentino.

De ahora en adelante, no cabe sino dirigir ejecutando sin vacilaciones esa política, reajustando periódicamente sus medidas parciales de acuerdo con los resultados que se logren y los que se persigan en cada caso. Pero la línea de la liberación y el desarrollo de la Nación está señalada y confirmada por el pueblo. La victoria está a la vista. Con la fe en Dios nos haremos dignos de disfrutar de los beneficios de este esfuerzo grandioso de un pueblo que ha sabido colocar el amor a su patria por encima de todo cálculo o de grupo. De este pueblo serán todos los méritos, como también serán de él todos los frutos de su gran empresa.

Transformación de la geografía nacional

Discurso pronunciado en la ciudad de Tandil, el 19 de enero de 1962

La mayor satisfacción que me deparan mis funciones de gobierno es la de recorrer el interior de la República y comprobar la trascendental transformación que se está operando en la geografía económica del país. La República Argentina está en camino de superar para siempre su imagen tradicional de un interior postergado y una ciudad capital hipertrofiada. Se está rompiendo el monopolio demográfico, técnico y político de Buenos Aires. Y este hecho tiene enormes consecuencias de todo orden. En primer término, ensancha el mercado interno en sus dos extremos de producción y de consumo, al multiplicarse la actividad económica a lo largo de todo el territorio. En segundo término, eleva la gravitación social, cultural y política de la población del interior en el conjunto de la Nación. Esto quiere decir que el país se integra como una gran unidad productora y consumidora, y como una gran familia espiritual en la que a no habrá hijos y entenados. Se produce pues una verdadera revolución, una revolución pacífica y positiva, de hondo contenido espiritual y humano, mucho más real y efectiva que las revoluciones violentas que destruyen y dividen a los pueblos.

La obra hidráulica que hoy se inaugura en Tandil es solo un aspecto de esta gran transformación argentina.

Obras provinciales similares se están ejecutando en el sur, en el centro y en el norte del país. El control de las ingentes corrientes fluviales de nuestra geografía conquistará nuevas tierras para incrementar la superficie cultivable y, por ende, nuestra producción agrícola que se halla estancada desde hace años.

A estas obras hidráulicas se agrega el vasto plan de promoción energética que realizan de común acuerdo la Nación y las provincias.

No puede hablarse de recuperación del agro sin energía abundante y barata. La energía cumple un doble propósito en el campo argentino: una función económica, al permitir la electrificación del proceso productivo; y una función social, al proveer de electricidad a las comunidades rurales. La electricidad en los hogares rurales significa alumbrado, significa utensilios domésticos que abrevian y aligeran la tarea del ama de casa, significan radio y televisión para el esparcimiento familiar. En síntesis, la electricidad lleva al campo los beneficios de la gran ciudad, de modo que la población campesina goce del confort moderno y no se sienta impulsada a emigrar de su lugar nativo. Lleva, además, al productor agrario la posibilidad de incrementar sus beneficios tecnificando la explotación de los predios.

En los países adelantados, la civilización se mide en términos de los kilovatios de que cada habitante dispone y consume. El Gobierno de la Nación y los de las provincias están empeñados en obtener para nuestro país los índices de consumo eléctrico por habitante que distinguen a los grandes países industriales del mundo. Por eso, el problema de la energía es una de las primeras prioridades del plan de desarrollo que nos hemos trazado. Puedo decir, con orgullo de argentino, que el gobierno de la provincia de Buenos Aires ha realizado en cuatro años, en esta materia, más que sus predecesores en cincuenta años. Un esfuerzo similar tenemos que promover a escala semejante en todo el territorio de la República, para dotar a todas sus regiones de la energía indispensable para impulsar el desarrollo.

Aquí mismo, en Tandil, está en plena construcción la línea de alta tensión y la subestación que distribuirán en la zona la energía producida en la gran central termoeléctrica de Necochea. Desde la subestación de Tandil partirán ramales hasta Ayacucho y Rauch.

También se está gestionando activamente entre la Municipalidad de Tandil y la Dirección de la Energía de la Provincia de Buenos Aires, la provisión de grupos electrógenos, para producir energía hasta tanto se terminen los trabajos del tendido de la línea de alta tensión desde Necochea.

Asisto, pues, con gran entusiasmo, a estos actos que revelan el esfuerzo de un pueblo en marcha, de un pueblo que está irrevoca-

blemente decidido a transformar su país, a disfrutar de los adelantos tecnológicos de la era moderna y a suministrar a la población rural todos los beneficios de la civilización.

Esta es la Argentina que estamos construyendo. Yo apelo a todos los que me escuchan para que no descansen en esta histórica tarea. Los gobiernos no somos sino instrumento del pueblo. Es el pueblo el que debe inspirarnos y el que debe exigirnos la contracción absoluta al servicio de la patria.

La política exterior independiente

Discurso pronunciado en el acto de inauguración de las obras de construcción del Túnel Subfluvial Paraná-Santa Fe, en Paraná (Balneario Thompson), el 3 de febrero de 1962

Nuevamente debo dirigirme al pueblo de la República para ratificar conceptos fundamentales de la política exterior del país.

Estos conceptos son conocidos por el pueblo. Más aún, el pueblo está plenamente identificado con ellos, porque no han sido improvisados ni inventados ahora. Se han venido gestando a lo largo de toda nuestra historia, desde los días liminares de Mayo y aun desde antes, cuando los vecinos de Buenos Aires expulsaron al invasor en las jornadas de la Reconquista de 1806. Esta historia la aprendimos en la escuela, en la universidad, en los institutos militares. Sus héroes no durmieron en lecho de rosas. Combatieron y murieron por la libertad de su patria, por el derecho del pueblo a darse el régimen de gobierno que estimaba más conveniente para desarrollar su personalidad en el mundo de esa época. Proclamaron y defendieron ese derecho contra toda pretensión extraña de tutelar a la joven república, nacida entre las violentas sacudidas de la guerra contra la metrópoli y de las luchas intestinas. Así desafiamos el bloqueo de Buenos Aires por las grandes potencias rectoras de Europa, fustigamos a compatriotas sinceros que querían remediar la anarquía interna con la implantación de una monarquía presidida por un extranjero y preferimos el desorden de la libertad al orden impuesto desde afuera.

En las escuelas de la República, en nuestros hogares criollos, padres y maestros nos enseñaron a reverenciar a los héroes que conquistaron en el campo de batalla y en las empresas revolucionarias la autodeterminación del pueblo argentino.

Este derecho revolucionario de independencia y soberanía, frente al derecho divino que invocaban las grandes monarquías coloniales,

es el fundamento de la vida autónoma de la comunidad americana, a lo largo y a lo ancho del continente de Washington, de Bolívar y de San Martín. La comunidad americana articuló este derecho esencial en sucesivos tratados y constituciones, en toda la larga y fecunda trayectoria del derecho internacional americano. La esencia de este derecho americano y su objetivo práctico más evidente ha sido la preservación de la autodeterminación nacional, de la independencia y soberanía de nuestros pueblos frente a las potencias europeas que nos habían colonizado y frente a toda nueva tentativa de dominación exterior. Es, en síntesis, el derecho que resguarda la libertad del débil frente al poderoso. Tanto los estados de la federación norteamericana como las nuevas repúblicas de la América hispana consideraron indispensable consagrar y preservar el derecho de autodeterminación y de no intervención como el pilar indispensable de la unidad del hemisferio y de la libertad de sus integrantes.

El derecho internacional americano, elaborado en torno a la autodeterminación, no es una formulación abstracta que puede dejarse de lado por razones contingentes o de urgencia. No es un medio, sino un fin. Es la razón misma de la independencia nacional, su cualidad esencial e inseparable, en la cual descansa íntegramente la noción de la soberanía. El Estado que abandona la norma jurídica internacional, que renuncia parcial o totalmente, aunque sea en forma transitoria, a la vigencia absoluta del derecho, se expone para siempre a la claudicación de su propia soberanía. Los Estados que no tienen suficientes cañones para oponerse a la superioridad material de las grandes potencias, no tienen otra arma que la fuerza ética del derecho para reclamar la solidaridad internacional. Los Estados que se avienen a soslayar o vulnerar el derecho en nombre de necesidades políticas circunstanciales –por urgentes y justificadas que estas sean– se desprenden para siempre del arma única que poseen para resguardar su propia integridad. Sientan un precedente funesto que justifica cualquier arbitrariedad ulterior fundada en parecidas razones de conveniencia política. En otras palabras, implantan la discrecionalidad de la fuerza en lugar de la verdad permanente de la ley.

No creo necesario insistir en estas verdades elementales para clarificar la conciencia de nuestro pueblo. Los argentinos llevamos en

la sangre la noción de la libertad y la noción del respeto a la norma jurídica, tanto en el orden interno como en el orden internacional. La Nación Argentina no se apartó jamás de la norma jurídica, ni siquiera cuando sus armas victoriosas pudieron imponer al vencido la ley del más fuerte.

Frente a la intriga y la violencia del comunismo internacional, que amenaza nuestra propia existencia en América, no se puede emplear cualquier expediente, como el de violar la ley internacional, que es la única coraza que nos protege. Censuran a los gobiernos de las seis naciones americanas que en la reciente conferencia de Punta del Este se negaron a olvidar los preceptos categóricos de los estatutos legales de la Organización de Estados Americanos y los principios básicos de la autodeterminación y de no intervención.

La conducta internacional de cualquier país, grande o pequeño, es un atributo esencial de su soberanía e involucra consecuencias tan graves que no puede ser analizada sino en profundidad.

La delegación argentina en la Reunión de Punta del Este no improvisó su gestión, ni actuó a la zaga de los acontecimientos. Fue intérprete de una doctrina argentina y americana que ha sido elaborada a lo largo de muchos años y basada en arduas experiencias. Encaró su intervención ajustándose estrictamente a las instrucciones que le diera por escrito el Presidente de la Nación al señor ministro de Relaciones Exteriores en una carta que dice así:

“A pesar de que no he recibido aún el proyecto de discurso que V. E. deberá pronunciar en la Reunión de Punta del Este, deseo adelantarle que el mismo debe responder a las ideas políticas fundamentales acerca de las cuales conversamos momentos antes de su partida al Uruguay y, sobre todo, ajustarse a los proyectos de resolución que obran en su poder, todo lo cual constituye el preciso e inalterable cupo de instrucciones con que cuenta la delegación argentina.

Como se lo dije verbalmente y se lo reitero ahora por escrito, deberemos ser absolutamente claros y precisos. A pesar de la guerra fría, los intereses egoístas que se esconden detrás de ella, a pesar de las reiteradas tentativas de penetración que realiza el comunismo internacional, nos cabe a nosotros, los argentinos, dejar claramente

establecido que lo que se está discutiendo en América no es la suerte de un caudillo extremista que se expresa a favor de un orden político que nada tiene que ver con la realidad de nuestros pueblos, sino el futuro de un grupo de naciones subdesarrolladas que han decidido libremente acceder a niveles más altos de desenvolvimiento económico y social. Si esa soberana decisión no es respetada, si se pretende ocultar o distorsionar con el juego ideológico de los extremismos, entonces sí que el mal será difícil de conjurar: un continente entero se convulsionará política y socialmente.

La Argentina está absolutamente segura que ese es el único enfoque válido del problema y al que deberá volverse irremediablemente si se comete ahora algún error.

Nosotros lo sabemos por experiencia propia, por la experiencia entrañable de nuestro pueblo al que no confundieron ni las provocaciones de la extrema izquierda, ni las aventuras de la extrema derecha. Un pueblo que siendo nacional y cristiano, sufrió y sufre las privaciones de un riguroso programa de estabilización y desarrollo, mirando indiferente las promesas de las izquierdas, sabiendo que se defiende su soberanía nacional y afirmando reiteradamente la continuidad de un desarrollo económico, con legalidad democrática y con paz social.

A este pueblo argentino, que forma parte del pueblo americano, nos debemos ahora y siempre. Por ello vamos a salvar la unidad del sistema interamericano y por ello nos abstendremos de votar sanciones que pueden vulnerar el principio de no intervención y que irritarán más las condiciones políticas actuales y que se prestarán a la continuación más agresiva de las actividades de los extremistas de izquierda y de derecha.”

La Argentina, en la emergencia, apreció el caso cubano como deben apreciarse todos los hechos que ponen en juego el mecanismo jurídico de la comunidad internacional, es decir, como un hecho que exigía, por un lado, el condigno tratamiento del hecho en sí, y por otro lado, el fortalecimiento de la ley internacional y de la solidaridad americana como ulterioridad permanente y constructiva.

El derecho no se satisface con la mera aplicación de sus normas al caso sometido a juicio. Es menester que la sentencia sea apta para

la ocasión, pero al mismo tiempo es menester también que sea apta para confirmar y reforzar la virtud permanente de la norma aplicada.

Estábamos dispuestos, y así lo demostramos en el debate y en la votación, a repudiar la intervención ilegítima del comunismo en América y a declarar, como hicimos, que el Gobierno de Cuba, en cuanto subordina su comportamiento en las relaciones hemisféricas al bloque de las naciones comunistas, adopta una posición incompatible con el sistema americano que justifica, en los hechos, su exclusión de los órganos del mismo, aunque el pueblo de Cuba, y Cuba como nación, que es lo permanente, no puede ni debe ser confundido con un gobierno, que es lo transitorio. Pero la reunión de cancilleres, convocada como órgano de consulta, no está facultada para excluir al gobierno de un Estado miembro, conforme a los estatutos y tratados en vigor. Las delegaciones de seis Estados (el Brasil, México, Chile, Ecuador, Bolivia y la Argentina) fundaron su abstención en esta vital consideración de orden jurídico. Quiero señalar que es este un punto de derecho absolutamente claro, tanto más sólido en cuanto el derecho internacional que resuelve cuestiones vinculadas a la soberanía de los Estados solo admite interpretaciones restrictivas.

Estas razones jurídicas no son meramente formales. Toda la tradición jurídica de la humanidad civilizada descansa sobre el principio de que no hay pena sin ley y de que nadie puede ser juzgado sino conforme a una ley anterior al hecho del proceso. Apartarse de este concepto fundamental es incurrir en la más flagrante arbitrariedad. Renunciar a este principio equivale, en las relaciones humanas, a adoptar la ley de la selva. Y equivale, en las relaciones internacionales, a una claudicación de la soberanía. Equivale a poner la integridad de las naciones a merced de las decisiones políticas y de las conveniencias circunstanciales de otra nación o de un grupo de naciones.

El Gobierno argentino actuó en Punta del Este con la más estricta fidelidad a los principios que rigen su conducta en el orden nacional. Cuando el orden interno estuvo amenazado por la subversión, el sabotaje, el terrorismo y el atentado contra las personas y los bienes, nos negamos sistemáticamente a contestar la violencia, el crimen con el crimen. Pusimos en movimiento el mecanismo legal ordinario y

los procedimientos de excepción que prevé la Constitución Nacional. Cuando consideramos que había lagunas o deficiencias en las leyes vigentes, proyectamos nuevas leyes y las sometimos al Congreso.

Procedimos de igual manera en el arreglo de antiguas controversias del Estado argentino con ciudadanos y empresas del exterior y del país. Aplicamos la ley y respetamos compromisos contraídos, incluso cuando su aplicación contrariaba los intereses del fisco. Así reconquistamos el respeto del mundo para nuestra nación.

Erigimos el reinado incondicional de la ley, aun en los casos en que nos enfrentamos a la conspiración antinacional, a la intriga internacional del comunismo y de los monopolios, y a la criminal actividad de peligrosos inadaptados sociales y políticos.

Hemos sostenido la intangible vigencia del derecho americano en punta del Este. Con ello no quisimos aprobar la conducta del Gobierno cubano, que hemos calificado dura y categóricamente, y que representa de manera exacta la antípoda del proceso democrático y cristiano que estamos consolidando los argentinos. Pero sí quisimos defender a toda América del peligroso precedente de vulnerar, aun en un caso aislado, los principios permanentes del derecho internacional que la Argentina ha contribuido tan grandemente a elaborar. Consideramos que los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos son los únicos capaces de resguardar la soberanía de los Estados, especialmente de las naciones pequeñas del hemisferio. La historia demostrará que las naciones que se negaron a infringir esos principios salvaron la inviolabilidad de América frente a cualquier eventualidad futura de agresión franca o encubierta. Y cuando se aplaquen las pasiones y la impaciencia de estos días, los mismos que no escucharon la serena advertencia que esa actitud significaba, reconocerán que ella respondió a los más altos y permanentes intereses de la libertad y de la soberanía de las naciones americanas.

Repito, con absoluta convicción, que la conducta internacional del Gobierno corresponde exactamente a su gestión en el orden interno. Presido un gobierno que hace respetar el orden, que protege la propiedad y estimula la iniciativa privada, que garantiza las libertades democráticas y acata la voluntad popular, que preserva la concepción

cristiana de los derechos humanos y no tolera disminución alguna de la soberanía nacional. En la defensa total de estos principios he comprometido mi honor y mi vida. El honor y la vida de un gobernante que no presidirá jamás un gobierno títere.

Este gobierno aspira a una sola recompensa: el respeto de su pueblo. Y aspira a ser digno de los sacrificios que está realizando ese pueblo para conquistar su efectiva independencia y asegurar el bienestar moral y material a todos los habitantes del país. No seríamos dignos de ese pueblo si negociáramos o declináramos su soberanía.

El pueblo argentino está ganando las sucesivas batallas de su liberación. Los frutos visibles de su esfuerzo, unidos al claro instinto nacional que lo distingue, lo determinan a apoyar –con creciente firmeza, demostrada en las cifras de los últimos comicios– la obra del Gobierno y su insobornable conducta internacional. En la medida en que el pueblo triunfa, los políticos que no confían en él se ofuscan y se lanzan desesperadamente a provocar la quiebra de una legalidad democrática en la que están definitivamente derrotados. Cualquier pretexto les resulta útil para propiciar el derrocamiento del Gobierno constitucional. Yo asumo la responsabilidad de denunciar ante el pueblo a estos políticos que se presentan como apóstoles de la democracia en el ámbito mundial, pero que están empeñados en acabar con la democracia en su propia patria. Agitan el fantasma de la supuesta claudicación del Gobierno ante el comunismo, con el único y oculto propósito de implantar una dictadura en el país. Allá ellos en sus planes liberticidas. Pero como argentino, tengo la obligación de señalar esta confabulación que tiene por objeto crear el clima del miedo y de la tiranía. Lo que no se atreven a plantear en el cauce limpio y abierto del comicio lo destilan en la trastienda antidemocrática de la conspiración. Es que saben que si consultan al pueblo, el pueblo repudiará a los políticos frustrados y a los aventureros resentidos que conspiran contra los más altos y dignos intereses e ideales de su patria.

Están conspirando contra la legalidad constitucional precisamente cuando esa legalidad se afianza en la República y se hace respetar en el mundo. Están dispuestos a arrojar a la Nación al caos precisamente cuando la Nación está dando el salto definitivo hacia su gran-

deza. Las futuras generaciones marcarán a fuego el nombre de estos políticos enemigos de la unión y la grandeza de su propio país.

Pero no nos equivoquemos tampoco al definir a estos agentes del caos. No se mueven solamente en la defensa de sus posiciones políticas amenazadas o de sus ambiciones personales. Responden a un cuadro más amplio y siniestro: a la conspiración mundial de los elementos reaccionarios, que se oponen a la liberación y el desarrollo de nuestros pueblos porque prefieren mantenerlos en su condición colonial. Prueba de que esta conspiración responde a un comando unificado es que repiten sus argumentos en distintas latitudes: ciertos órganos de opinión argentinos acusan a nuestro gobierno de ser instrumento de la diplomacia brasileña; algunos diarios del Brasil acusan a su Gobierno de marchar a la zaga de la diplomacia argentina. En los propios Estados Unidos cierta prensa acusa de apaciguamiento al presidente Kennedy y también lo acusa de contemplar demasiado la posición de la Argentina, el Brasil y México. En todas partes, la misma dialéctica confusionista, la misma ofuscación, las mismas calumnias.

No es el pueblo norteamericano el motor de esta conspiración internacional contra el desarrollo y la soberanía de América latina. Los arquitectos de esta conspiración mundial son ciertos intereses agresivos, los mismos que combatieron a Franklin Roosevelt hasta su muerte, los mismos que se burlan de la concepción idealista y auténticamente democrática del joven Presidente de los Estados Unidos; los monopolios que el ex presidente Eisenhower en su mensaje de despedida de enero del año pasado denunciaba como amenazas a la libertad y al proceso democrático del pueblo norteamericano. Estos sectores reaccionarios conspiran para minar la confianza de los norteamericanos en sus instituciones y en su gobierno, y conspiran con sus agentes directos e indirectos en los países de América latina, para alentar la insurrección contra los gobiernos nacionales que luchan por la dignidad y la independencia de sus pueblos.

Comprendo los móviles de esos grupos de la reacción internacional. Y el pueblo argentino también los comprende, y sabe que aquellos que se presten a secundarlos, creyendo servir a la causa de la libertad

en el mundo, se equivocan profundamente, porque en realidad sirven a la destrucción de la libertad de su patria.

Estos políticos equivocados son en nuestro país una minoría y están ofuscados. Pero si debo enfrentarme a una situación en que peligre la dignidad de la República, moriré en la defensa de esa dignidad.

Que no quepa duda alguna de esta determinación. No soy solamente el presidente constitucional de los argentinos. Soy un hombre del pueblo que tiene el orgullo de pertenecer a él, de pertenecer a un pueblo que no quiere ser traicionado ni entregado.

El pueblo argentino, guiado por Dios, proseguirá su ineluctable lucha hacia su felicidad y su grandeza. En esta marcha lo acompañaré siempre, sin miedo ni jactancia, sin renunciaciones ni impaciencias. De él he recibido siempre inspiración y fe.

Con el pueblo me siento amparado y seguro, porque el pueblo argentino no renuncia ni retrocede jamás.

Las obras del desarrollo y la soberanía

*Discurso pronunciado en la ciudad de Bahía Blanca,
el 10 de febrero de 1962*

Nuestros sentimientos argentinos se fortalecen al visitar esta bella y pujante ciudad del sur, tan vinculada a la historia del progreso nacional y a la epopeya de la conquista de nuestras tierras australes.

Desde estas mismas costas, se rechazó la invasión extranjera y se defendió nuestra nascente soberanía. Puesto de avanzada sobre el desierto, Bahía Blanca sirvió de atalaya para la lenta y heroica integración de la Patagonia en la comunidad nacional. Más tarde fue el eje de las comunicaciones con el sur y el gran puerto de salida de los productos patagónicos.

Pero esta obra civilizadora, comenzada con la conquista del desierto, quedó en gran parte interrumpida. Los centros productivos y focos de cultura, como Bahía Blanca, quedaron dispersos y aislados entre sí, como oasis en medio del páramo. El puerto de Buenos Aires concentró la actividad de todo el país, y quedaron rezagados los puertos de nuestro extenso litoral atlántico. La Patagonia parecía destinada a ser solamente tierra de pastores, y hasta el ubérrimo valle del Río Negro era casi desconocido. La misma explotación petrolífera, a la que dieran impulso genial Yrigoyen y Mosconi, no alcanzaba a cobrar el ritmo necesario para autoabastecer al país.

Con tenaz esfuerzo se había conquistado el desierto y afirmado nuestra soberanía jurídica, pero el aislamiento del sur y su estancamiento demográfico y productivo hacían ilusoria esa soberanía. Porque la soberanía no es un acto declaratorio ni una simple reivindicación de fronteras, sino la potencia efectiva que nace del esfuerzo del pueblo. Los argentinos proclamábamos que el sur era nuestro, pero

no hacíamos casi nada por integrarlo realmente a la Nación. Lo seguíamos considerando la tierra olvidada.

Sin embargo, es menester destacar la acción de los pioneros que, como los padres salesianos, pobladores y soldados, pusieron con coraje y con tesón los fundamentos de esa soberanía que puede ahora hacerse efectiva en los hechos merced a aquella acción, investida de heroísmo.

Ha correspondido a nuestra generación el honor de volcar sobre la Patagonia, sobre el lejano sur, la preocupación de todo el país. Estamos absolutamente resueltos a transformar esta vasta región en un emporio espiritual y material en pocos años. El acueducto, la usina y el oleoducto que hoy se inauguran son un símbolo de esa decisión nacional. En esta nueva y definitiva conquista del desierto, los nuevos fortines se llaman petróleo, gas, hidroenergía, caminos, agua, fábricas, plantas petroquímicas, hierro y carbón. Estamos asentando la soberanía sobre el mineral que extraemos de Río Turbio y Sierra Grande, sobre el petróleo y el gas que estos poliductos transportan, sobre las chimeneas de las plantas químicas y de aluminio, sobre la futura e impostergerable represa de El Chocón.

Hemos dictado las normas legales para la rápida promoción del desarrollo del sur argentino, estimulando la radicación de capitales y dando toda clase de facilidades a la iniciativa privada, nacional y extranjera. Hemos dado prioridad a la extensión de las redes de comunicaciones con la región. Estamos colaborando con la magnífica obra de los gobiernos provinciales de toda la zona, desde el de Buenos Aires hasta el de Tierra del Fuego, que sienten esta pasión argentina de la transformación de la Patagonia.

Contamos para ello con otra colaboración aún más valiosa: el entusiasmo de los habitantes de la región, que han dejado de lado cualquier rivalidad política o de sector, para sumarse a la empresa común. Precisamente porque estos pueblos han sido por tanto tiempo olvidados, hoy reaccionan con fervor ante las inmensas posibilidades que se están abriendo por la acción tenaz de un ordenamiento jurídico que busca promover el desenvolvimiento económico de la Patagonia y por el efecto rápidamente percibido de la masiva radicación de capitales según un orden sistemático de prioridades.

Afirmo que en ninguna parte he encontrado tanta unidad de propósitos y espíritu de auténtico patriotismo como en los pueblos del sur, antes segregados y aislados. Sienten la inmensa alegría de sentirse argentinos y de construir su patria chica en la tierra de la esperanza, en la tierra de promisión para el gran futuro de su patria.

Como gobernante me reconforta ponerme en contacto con pueblos como el de Bahía Blanca. Reconforta contemplar la voluntad y la alegría con que estos pueblos construyen el poderío de su nación y el bienestar propio y de sus hijos. Se sienten felices y fuertes cuando descubren en el horizonte una nueva torre de perforación, una nueva chimenea, el perfil de una usina. Están viendo nacer una nueva Nación. Y saben que esta nación moderna y pujante es el mejor desafío a las doctrinas catastróficas del extremismo extranjero. Una defensa mucho más efectiva que cualquier decisión política. El comunismo no circula por los oleoductos, ni se mezcla con el humo de las fábricas. Circula, en cambio, por las rutas polvorientas y la maleza del atraso y la miseria.

Por eso, puede decirse que este sur argentino que despierta y se mueve no teme al extremismo demagógico son aliados inconscientes del comunismo tanto los que dudan de la eficacia de los planes de desarrollo, como los que combaten esos planes de desarrollo con gastados lemas que solo atienden a los medios y se desprecupan de los fines. También son aliados del comunismo quienes, dentro y fuera del país, se esfuerzan por convencernos de que éramos más felices cuando producíamos carne y cereales para Europa y que todos nuestros males nacen de la ilusión de querer convertirnos en una potencia industrial.

Son aliados del comunismo los círculos reaccionarios y los intereses que combaten a los gobiernos progresistas del Occidente que quieren ayudarnos –sin vasallajes inadmisibles– para acelerar el ritmo de nuestro desarrollo. Estos mismos intereses extranjeros prefieren enfrentar a una dictadura comunista en el hemisferio con otras dictaduras anticomunistas. No se dan cuenta que la quiebra de la legalidad democrática en cualquiera de nuestros países significaría un paso más hacia la disgregación y el colapso de la unidad de América para resistir el comunismo.

Son también aliados naturales del comunismo, quienes alentando una supuesta posición de izquierda, atacan la acción de gobierno porque estamos utilizando no solo capitales nacionales, sino que hemos creado las condiciones propicias para radicar los extranjeros.

Inauguramos hoy dos expresiones concretas de esta soberanía que estamos conquistando. Este oleoducto que baja desde las fuentes mismas del petróleo en Challacó, en la provincia de Neuquén, cruzando dos importantes corrientes de agua, el Colorado y el Neuquén, constituye una importante obra de ingeniería. Se ha realizado en un breve lapso y permitirá que los buques-tanque surtos en este puerto bahiense reciban el combustible en cantidades necesarias para el abastecimiento de nuestro litoral marítimo, que está poblándose aceleradamente y para la eventual exportación.

La superusina de Ingeniero White viene a resolver un grave problema de provisión de energía. Forma parte de una obra que sin pausa se viene cumpliendo en todo el territorio nacional y que tiene especial relieve en el ámbito de la provincia de Buenos Aires, gracias a la labor cumplida por el gobierno de esta provincia. Es muy grato señalar que en poco menos de cuatro años, el primer estado argentino ha visto elevarse su provisión energética con la incorporación de casi 200.000 kW. Estamos firmemente convencidos de que por medio de la realización de obras como estas, aseguramos la soberanía efectiva del país y consolidamos el respeto por la libertad.

El pueblo argentino ha amado siempre la libertad. Está firmemente resuelto a defender la democracia y los derechos humanos contra toda amenaza. Está consolidando, con infinitos esfuerzos y paciencia, la legalidad de sus instituciones republicanas. Ha recuperado el respeto del mundo hacia su país. Cuida celosamente su soberanía y nadie lo hará retroceder en su decisión de explotar sus recursos naturales, desarrollar su industria y asegurar los beneficios de la civilización y la cultura a todos sus integrantes.

No hay un solo argentino que no esté dispuesto a luchar por estos ideales. La ofuscación ideológica puede confundir transitoriamente a algunos ciudadanos bien intencionados. Pero el instinto nacional y el amor a la patria son más fuertes y prevalecerán. Porque estoy conven-

cido de ello, acepto todos los deberes de mi cargo y asumo todas las responsabilidades; en el acierto y en el error. No hay sacrificio que no deba hacerse en aras de la unidad y la paz de los argentinos. Porque solamente esta unidad y esta paz evitarán que nuestra nación caiga en la anarquía y en la miseria.

En esta tierra de la esperanza, en este nuevo fortín del progreso que es Bahía Blanca, proclamo una vez más mi fe ilimitada en el patriotismo del pueblo, de todo el pueblo, de todos los argentinos que quieren a su país.

Este pueblo superará todas las vicisitudes, saldrá indemne de todos los desgarramientos, porque realiza el milagro de construir con sus manos una nación soberana y próspera.

Desde esta puerta atlántica de la Patagonia, miles de argentinos salieron con el pasado a conquistar el porvenir. Muchos murieron a manos del indio, o fueron abatidos por la soledad, el hielo y el viento. Pero la patria ganó su batalla.

Nosotros, nuestra generación, también la ganará. Porque nunca el pueblo argentino ha estado tan unido ni tan resuelto, ni tan alerta. Porque nunca ha estado tan cerca de consolidar la grandeza de la Nación.

Discurso pronunciado por televisión, el 15 de febrero de 1962

Muchas veces he recurrido a estos grandes instrumentos de información pública, que son la radio y la televisión, para dar cuenta al pueblo de la marcha del Gobierno y para concitar la colaboración popular en una obra que no podría tener éxito sin la adhesión, la confianza de todos los argentinos. He cumplido así uno de los deberes fundamentales del mandatario en una democracia, es decir, el deber de rendir cuentas a su mandante, que es el pueblo.

Sin embargo, creo que algo falta en esta clase de comunicación oficial del Presidente de la República al país. Por fuerza, esa comunicación debe ser impersonal y debe referirse objetivamente a los hechos que documentan la acción de gobierno. Le falta el tono y el sentido familiar con que los ciudadanos comunes comentan y discuten lo que ocurre en su patria. En estos diálogos cotidianos en el hogar, en la oficina y en la calle, el pueblo discurre con ideas e imágenes que no figuran en la literatura oficial. No se habla de doctrinas económicas o políticas, ni se analizan estadísticas o informes técnicos. Se usan conceptos simples y categóricos para juzgar al gobierno y para juzgar a la oposición. Se invoca la experiencia de todos los días, más que las previsiones teóricas. Se habla de lo que se ve, de lo que se palpa, más que de lo que se promete o se proyecta. En una palabra; el pueblo quiere saber si es cierto que el Gobierno está “entregando” el país al imperialismo. Si es cierto que el Presidente dice una cosa y hace otra. Si la oposición es constructiva o negativa. El pueblo quiere saber si el país avanza o retrocede; si hay o no hay trabajo para todos; si el sueldo alcanza o no alcanza para vivir, si hay o no hay libertad. Si vivimos en un país soberano o en una colonia. El pueblo quiere saber si realmen-

te se cumplen los planes económicos y si estos son para beneficiar a una minoría o para asegurar el bienestar de todo el pueblo.

El Presidente de la República no puede conversar de estas cosas con cada ciudadano, con cada trabajador, con cada ama de casa. Pero el Presidente de la República es también un ciudadano, un hombre común, un argentino más. Y en esta condición simplemente humana querría dialogar con sus ideales, mano a mano. No puede hacerlo físicamente con los veinte millones de argentinos. Por eso me decido a interrumpir brevemente la amable velada en el hogar, en torno al receptor; para conversar como ciudadano, como argentino, como hombre; con todos los que me disculpen la suspensión del concierto; el radioteatro o la canción que escuchaban.

No les voy a hablar de grandes problemas. Simplemente y en una serie de charlas como esta, que se difundirán periódicamente, voy a mezclarme en el diálogo que tiene entablado el pueblo desde que asumimos el gobierno. Voy a recoger las inquietudes de ese diálogo, voy a tratar de explicar sencillamente el porqué de las cosas que estamos haciendo juntos el pueblo y el Gobierno. Voy a tratar de desvanecer las dudas de algunos y recoger los ataques otros, con un solo propósito: con el propósito de que el pueblo tenga fe en el esfuerzo que está realizando, tenga la certeza de que su sacrificio no es en vano y de que los argentinos, todos los argentinos, estamos construyendo una nación. Una nación fundada en la libertad y en la dignidad del hombre. La libertad no termina en el derecho fundamental de opinar, de votar y de elegir sin trabas a los gobernantes. La dignidad del hombre no es solamente una cuestión de conciencia individual. Una nación asegura la libertad y la dignidad de sus habitantes cuando crea las condiciones morales y materiales que la liberan de intereses contrarios a su genuina independencia. Cuando crea condiciones morales y materiales que aseguran a todos sus habitantes ocupación plena, salarios dignos, educación, cultura y todos los beneficios de la fabulosa civilización moderna. Esta nación tiene que desarrollar sus recursos, edificar su industria; sanear sus finanzas, fortalecer sus instituciones democráticas y asegurar la paz social.

Por eso, como candidato a la presidencia, concreté mi programa en esas tres ideas básicas: legalidad, desarrollo, paz social. Estamos por cumplir el cuarto año de gobierno. En estos cuatro años no hemos hecho otra cosa que luchar por afianzar la legalidad, por sentar las bases del desarrollo económico y por crear las condiciones de la paz social. En esta tarea hemos soportado las acusaciones más temerarias. Se nos ha acusado de entreguismo cuando invitamos al capital extranjero para que nos ayudara a desarrollar nuestros propios recursos naturales, en lugar de seguir atados al suministro por vía de la importación de todo lo que teníamos inexplorado en nuestro propio suelo. Se nos ha acusado de violar la legalidad cuando nos vimos forzados a implantar el estado de sitio para defender las instituciones de la República contra conspiradores crónicos, saboteadores y terroristas. Se nos ha acusado de perturbar la paz social y de dictar una ley de asociaciones profesionales calificada de totalitaria, cuando levantamos las intervenciones a los sindicatos, cuando restauramos la democracia gremial y cuando devolvimos la CGT a los trabajadores, sin condiciones y sin la menor injerencia del Estado en la conducción del movimiento obrero.

Se nos ha acusado de dualidad y de maquiavelismo, porque se dice que hacemos como gobernantes lo contrario de lo que prometimos como candidatos. Lo cierto es que prometimos gobernar con todos los argentinos y se creyó que esto era una falsa promesa para obtener los votos independientes y que, una vez en el gobierno, daríamos el monopolio de la función pública a nuestros correligionarios de la UCRI. Porque cumplimos lo prometido y llamamos a altos cargos en el gabinete y a funciones electivas a hombres de otros partidos e independientes, se dice que hacemos maquiavelismo.

Prometimos desarrollar los ingentes recursos naturales de la nación para dar bases firmes al agro y a la industria.

Pero se creyó que mantendríamos en el gobierno el esquema anticuado de la economía tradicional de un país que exportaba carne y cereal e importaba combustibles y minerales que teníamos abundantemente en nuestro subsuelo. Porque cumplimos nuestra promesa y hemos dejado de comprar petróleo en el exterior y fabricamos trac-

tores, camiones y autos en el país se dice que somos “entreguistas” vendidos al imperialismo extranjero.

Prometimos asegurar libertad de enseñanza para que la iniciativa privada se uniera a la acción estatal en la formación masiva de los técnicos y hombres de ciencia que necesita un país en desarrollo. Se dijo que esto era anzuelo para pescar los votos de los católicos y de los empresarios, y que una vez en el gobierno mantendríamos el viejo esquema del monopolio estatal de la enseñanza. Porque cumplimos lo prometido y se abren amplias perspectivas al concurso privado en la instrucción del pueblo, dicen que estamos entregados a la Iglesia y a los empresarios.

Prometimos levantar las interdicciones y proscripciones que pesaban sobre los ciudadanos y los trabajadores. Se dijo que esta era una promesa demagógica. Pero dictamos una amplia ley de amnistía, y estamos normalizando la vida democrática y otorgando personería legal a todos los partidos y gremios que se ajustan a las leyes y se apartan de las prácticas superadas del caudillismo totalitario. Porque cumplimos lo prometido se dice que buscamos pactos y arreglos turbios con los proscriptos del pasado, sin advertir que lo que estamos haciendo es continuar el proceso de reconstrucción democrática para que cuantos acaten la ley puedan participar en la vida política y social argentina.

En síntesis, se nos ataca no porque estemos faltando a nuestra palabra, sino porque la estamos cumpliendo. Si la hubiéramos traicionado, tendríamos el aplauso de nuestros actuales críticos. Porque muchos de estos críticos conciben la legalidad como vehículo mutilado para que gobierne una minoría que cree tener el monopolio de la democracia. Porque muchos de estos críticos no quieren el desarrollo nacional y quieren, en cambio, que el país siga dependiendo de los monopolios que nos vendían petróleo extranjero y acero extranjero, y máquinas extranjeras y vehículos extranjeros.

Porque muchos de estos críticos no quieren la paz social fundada en el libre ejercicio de los derechos sindicales y en la activa colaboración de las fuerzas del capital y del trabajo, puesto que prefieren un movimiento obrero digitado y sometido por el Gobierno y prefieren

una clase patronal enfrentada a los trabajadores y hostil a sus legítimas reivindicaciones.

Porque muchos de estos críticos no quieren, en suma, una Argentina soberana y libre, respetada en el concierto internacional, y fiel a su tradición y a sus principios, sino un satélite que marche a la zaga de las políticas dictadas desde afuera.

Esta es la mentalidad que alienta a los que me acusan de duplicidad, de maquiavelismo y de entrega.

Ellos saben muy bien que, con estas acusaciones, confunden a mucha gente honesta y patriota, que ama a su país y daría su sangre para defenderlo de cualquier imperialismo. Por eso, como ciudadano, como un argentino más, me propongo terciar en el debate y demostrar que la entrega y la duplicidad son rasgos inequívocos de los que envenenan o pretenden envenenar la mente del pueblo para impedirle que prosiga su lucha por una auténtica liberación nacional, por una democracia sin hijos y entenados, por una cooperación fecunda de todos los argentinos, por encima de banderías y sectores, para sacar a la Nación del atraso y el estancamiento.

Cuando iniciamos la batalla del petróleo comenzó la campaña que nos acusa de "entreguistas". Voy a referirme especialmente a este tema del petróleo, porque es un ejemplo de todo lo que vino después.

Se dijo que la política petrolera del Presidente era todo lo contrario de lo que había sostenido el ciudadano Frondizi en su libro *Petróleo y política*. Me complace recoger este cargo. No vacilo en reconocer que la doctrina de dicho libro no corresponde enteramente a la política practicada por mi gobierno. En el libro sostuve la necesidad de alcanzar el autoabastecimiento del petróleo a través del monopolio estatal. Era una tesis ideal y sincera. Cuando llegué al gobierno me enfrenté a una realidad que no correspondía a esa postura teórica por dos razones: primera, porque el Estado no tenía los recursos necesarios para explotar por sí solo nuestro petróleo; y, segundo, porque la inmediata y urgente necesidad de sustituir nuestras importaciones de combustible no dejaba margen de tiempo para esperar que el Gobierno reuniera los recursos financieros y técnicos que demandaba una explotación masiva que produjera el autoabastecimiento en dos

años. La opción para el ciudadano que ocupaba la presidencia era muy simple: o se aferraba a su postulación teórica de años anteriores y el petróleo seguía durmiendo bajo tierra, o se extraía el petróleo con el auxilio de capital externo para aliviar nuestra balanza de pagos y alimentar adecuadamente a nuestras industrias. En una palabra: o se salvaba el prestigio intelectual del autor de *Petróleo y política* o se salvaba al país. No vacilé en poner al país por encima del amor propio del escritor. Creo que cualquier argentino en mi lugar hubiera procedido en igual forma, salvo que hubiera sido un político que prefiriera cuidar su suerte electoral antes que el bienestar y el progreso de su pueblo. Mantuve el objetivo fundamental que era el autoabastecimiento, pero rectificué los medios para llegar a él. No me arrepiento, pues, de haberme rectificado en los medios para lograrlo. Al contrario, me siento plenamente satisfecho de haber tenido el valor de hacerlo y de firmar convenios que han significado el autoabastecimiento del petróleo en menos de tres años. Así, en 1958 la producción fue de 5,6 millones de metros cúbicos y en 1961 de 13,4 millones de metros cúbicos.

El pueblo argentino no entregó su petróleo al extranjero. La Ley Nacional de Hidrocarburos, que sancionó el Congreso en 1958 por iniciativa del Presidente de la Nación, reserva para la Nación Argentina la propiedad exclusiva de sus recursos energéticos, o sea el petróleo, la hidroelectricidad, el carbón, etc. Pero recurrimos al capital extranjero para concertar contratos de extracción de petróleo que los contratistas entregan a YPF. El petróleo sigue siendo nuestro, y además no lo tenemos escondido a centenares de metros debajo del suelo, sino que lo tenemos en las destilerías y en los oleoductos que alimentan a nuestro campo y a nuestra industria. Extraer este petróleo argentino con capitales nacionales y extranjeros nos cuesta más barato que el que importábamos del exterior y más barato que el que sacaba YPF con sus propios recursos. Además, extraer nuestro propio petróleo significa que ahorramos más de 200 millones de dólares anuales, que girábamos al exterior para pagar el petróleo que importábamos, y podemos dedicar esos millones de dólares a comprar bienes que el país no produce. Significa trabajo para obreros y técnicos argentinos.

Significa el ingreso al país de capitales y maquinarias que no teníamos. Significa que, en caso de guerra mundial, no dependeremos de la importación que suele interrumpirse o encarecerse en una conflagración internacional. Significa, en suma, que consumimos nuestro petróleo y que empezamos a exportarlo. Significa que exportamos nafta y gas a otros países y que a cambio de esa nafta y ese gas, podemos comprar en el exterior otros productos que no existen en el país. Es decir, que tenemos más riqueza, más trabajo para nuestros trabajadores y, sobre todo, más soberanía efectiva.

Los que nos acusan de “entreguistas” dicen que no hay mérito alguno en pagar a los contratistas extranjeros por petróleo que es nuestro. Se les debe contestar que nada es nuestro si está enterrado bajo el suelo. Es nuestro cuando sale a la superficie. Los peces del mar no son nuestros hasta que no los pescamos. El pez comienza a ser riqueza cuando se convierte en pescado. El petróleo comienza a ser riqueza cuando surge del pozo, lo transportamos, lo destilamos y lo quemamos en las fábricas o cocinas de nuestros hogares.

Hoy tenemos petróleo y gas para mover nuestros tractores y nuestras máquinas y vendemos gas en garrafas al ama de casa de Jujuy y de Córdoba y de todas las ciudades y los campos de la República.

No hay, pues, tal entrega de la soberanía nacional. Al contrario, fortalecemos nuestra soberanía cuando dejamos de estar librados a la provisión de petróleo extranjero y no corremos el riesgo de paralizar nuestro agro, nuestra industria y nuestro transporte si sobreviene una crisis bélica internacional, como la pasada crisis del canal de Suez, que elevó enormemente el precio del petróleo.

He de hablar de muchos otros temas en estas conversaciones que seguiré manteniendo con ustedes periódicamente.

Entretanto, quiero que piensen en el enorme esfuerzo que han debido hacer ustedes mismos para sacar al país de la bancarrota en que lo encontramos el 1º de mayo de 1958. Debíamos más de mil millones de dólares al exterior, no teníamos cómo pagarlos, los planteles de nuestra ganadería estaban reducidos al mínimo, la industria y los transportes, paralizados por falta de material de reposición, no teníamos posibilidad de recurrir al crédito exterior, la familia argentina se

hallaba dividida por el rencor político, el movimiento obrero, disperso e intervenido, y los empresarios descapitalizados.

Era más fácil hacer demagogia, repartir lo que no teníamos, seguir endeudando a la Nación, y decir, como aquel monarca absolutista: "Después de mí, el diluvio". Entonces nadie nos hubiera acusado de entreguismo y duplicidad, porque los gobiernos que no hacen nada no provocan resistencias ni merecen que se los critique.

Resolvimos hacer, porque el pueblo nos eligió para ejecutar un programa que expusimos claramente y sin rodeos.

No aceptamos la provocación de los políticos golpistas y de los dirigentes sindicales convertidos en agentes del motín, y aplicamos la ley para defender el orden, sin excedernos en la ejecución de esas medidas de seguridad y sin interrumpir el proceso democrático, que se expresa en elecciones absolutamente libres y correctas.

Fuimos acusados de maquiavelismo y entreguismo por los extremistas de todas las tendencias, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, que coinciden como siempre cuando el pueblo gobierna y cuando el Gobierno defiende los intereses del pueblo.

Pero el pueblo no se deja confundir. Prefiere un gobierno que haga obra positiva aunque tenga que desafiar los prejuicios, los lemas sagrados de todo extremismo y la concepción interesada del los políticos que quieren una democracia cortada a su medida.

Para este pueblo que tiene confianza en sí mismo y que comienza a palpar los frutos de su esfuerzo, he hablado hoy y lo volveré a hacer próximamente.

El sentido de la unidad nacional en la lucha contra el subdesarrollo del interior

Discurso pronunciado desde los balcones de la Casa de Gobierno de La Rioja, el 16 de febrero de 1962

El camino internacional a Chile, cuyas obras están en plena ejecución, será de trascendencia histórica para La Rioja y para las provincias limítrofes.

Al abrir este camino, no construimos solamente una obra pública indispensable para el desarrollo de estas regiones. Estamos también transitando la huella por donde vino el general Peñaloza en 1840 con un puñado de hombres, para luchar por una causa de autonomía provinciana frente a la absorción de Buenos Aires. Por aquí fue a Chile la expedición del coronel Dávila, para auxiliar desde el norte el esfuerzo emancipador que San Martín emprendía en esos momentos en las lomas de Maipú. Este fue el camino del exilio, por donde los montoneros, esos guerreros valientes, emprendían tristemente el viaje de la derrota, del destierro, de la muerte olvidada.

Resulta paradójico señalar que esta obra moderna, que abre extraordinarias perspectivas a la economía de la región, es una especie de reivindicación y de retorno del pasado. Este camino reabre una ruta trasandina que, hace un siglo y medio, determinaba el extraordinario auge económico de La Rioja. Largas caravana de carretas traían valiosas manufacturas europeas desembarcadas en el puerto chileno de Calderas, y regresaban con cueros, lana y otros productos agrarios. El transporte de ganado en pie era la principal actividad del comercio con el país vecino y se recuerdan arreos de miles de cabezas.

Es la historia, tantas veces repetida, del interior argentino. Los viajeros que visitaban el país en la época colonial y posrevolucionaria, se asombraban de la riqueza y feracidad de estas tierras y han dejado testimonios elocuentes de ese asombro. El sabio Martín de

Moussay afirmaba, allá por el año 1850, aludiendo a La Rioja, que “en parte alguna de la Confederación Argentina se recoge un trigo más rico, ni un vino mejor”.

La enorme contradicción de nuestra historia –cuyas consecuencias estamos sufriendo todavía– es que cuanto más progresaba el país, cuantos más inmigrantes, capitales vías férreas se incorporaban a su economía, más retrocedían las provincias mediterráneas. El crecimiento se operaba en beneficio del litoral y del puerto de Buenos Aires, a costa del empobrecimiento del Noroeste argentino, cuyo comercio con el exterior a través de Chile y Perú, quedaba anulado por la hegemonía de la Capital Federal.

La Rioja dejó de exponer sus productos y comenzó a perder su principal riqueza: sus hombres. La miseria aleja a los hombres de su terruño. Por las mismas sendas antes transitadas por los arrieros que transportaban sus harinas, sus vinos y sus minerales, La Rioja vio marcharse a sus hombres de trabajo en busca de otros horizontes.

En este proceso, el país argentino perdía la unidad y el vigor conquistados en las cruentas luchas de la Independencia y de la organización nacional. El federalismo, forjado por las lanzas de los grandes caudillos del interior y estatuido en la Constitución del 53, quedaba relegado a un enunciado formal. Las provincias pobres vivían de la ayuda del poder central y languidecían en el atraso, mientras la Nación en su conjunto se convertía en la granja del mundo y mientras el potencial demográfico y económico se concentraba en el litoral.

La realidad de esa economía se imponía sobre el ideal de la Nación unida por los pactos federales. El fraccionamiento y la disociación de las guerras civiles reaparecían en la nación pacificada y pujante. El país se dividía entre regiones ricas y regiones pobres, entre la abundancia de unas y la indigente condición de otras.

Casi un siglo ha pasado desde que las últimas guerras civiles asolaron los llanos y los valles de La Rioja. A los espíritus de los valientes montoneros que tal vez vaguen todavía por las altas cuestas de la Cordillera, les decimos que la historia no los confina, porque ellos no supieron hacer otra cosa que pelear; porque con Dávila, con Quiroga, con el Chacho, con Varela, dieron generosamente su sangre en cau-

sas que arrebataron a las multitudes argentinas hacia la guerra entre hermanos. Y a ellos viene a decirles este provinciano que hoy preside el destino de todos los argentinos, que en esta tierra borraremos las injusticias y las deformaciones que a ellos los llevaron a una lucha de desesperación. Pues no queremos una patria de hombres sin esperanza, sino un país para todos, construido en paz y con amor.

El desarrollo nacional se hará en profundidad y a lo largo de toda nuestra geografía. La nación que estamos construyendo en medio de grandes sacrificios, será una nación liberada de la pobreza en toda su extensión, desde las mesetas andinas hasta los ventisqueros de Tierra del Fuego. En el término de esta generación, ya no habrá en la Argentina provincias olvidadas.

Estamos resueltos todos los argentinos a terminar con la desigualdad y el aislamiento entre las provincias que han dado su sangre y lo mejor de sus hijos por la libertad y la unidad de la Nación.

No solamente será construido rápidamente este camino internacional que restablecerá para La Rioja su importante mercado trascordillerano. En virtud de las medidas que hemos adoptado para fomentar el desarrollo del Noroeste, construiremos otros caminos, se establecerán plantas hidroeléctricas y sistemas de riego, se activará la explotación intensiva del rico subsuelo mineral de la provincia y se radicarán nuevas industrias. El agua y el camino reactivarán la agricultura y la ganadería. Estas nuevas fuentes de trabajo fijarán al riojano en su provincia e incluso habrá un lógico aumento de la población.

Los riojanos habrán oído muchas veces en el pasado palabras parecidas. Pero la promoción del interior del país no se hace con buenas intenciones y con declamar los derechos federales. El progreso del interior es solamente posible como consecuencia de un vasto plan de desarrollo de la Nación. No se realiza este progreso con dádivas y ayudas del poder central, como lo ha demostrado la experiencia. La promoción económica de cada una de las regiones de las provincias es parte indivisible de los planes generales de desarrollo. Cuando se extrae petróleo en la Patagonia se está promoviendo el progreso de La Rioja. Cuando La Rioja extrae amianto de sus ricos yacimientos, está promoviendo el progreso de la Patagonia.

Los grandes factores del desarrollo nacional actúan simultánea y recíprocamente en toda la geografía del país. Estos factores se llaman petróleo, gas, carbón, electricidad, productos químicos, caminos, aeródromos, transporte.

Por eso no declaman el federalismo los gobiernos y los pueblos que han resuelto unirse sólidamente para una empresa nueva y revolucionaria en nuestra historia: la empresa de transformar a un país agropecuario, subordinado a las limitaciones de su estructura agroimportadora, en una gran potencia en la que se integran el agro, la minería y la industria.

Estos no son simples enunciados. Los argentinos estamos construyendo este nuevo país. Porque lo estamos haciendo, porque ya producimos todo el petróleo que se consume, porque estamos multiplicando la capacidad energética e incrementando la producción de acero, porque construimos caminos y modernizamos el transporte y porque el capital extranjero acude en crecientes volúmenes a financiar nuestro desarrollo, somos objeto de los más violentos ataques y de una persistente campaña de insidia para debilitar la confianza del pueblo en su Gobierno.

Estos críticos nos dejarían tranquilos y convertirían sus dardos en alabanzas si abandonáramos esta irrevocable decisión de consolidar la independencia de nuestra patria. Seríamos unánimemente aplaudidos si nos limitáramos a declamar nuestro amor a la democracia, a la soberanía nacional, al federalismo y a la unión nacional, como tantas veces se hizo en el pasado. Lo que no se nos perdona es que no declamamos la libertad, la democracia y la soberanía, sino que las estamos afirmando en los definitivos pilares del desarrollo económico. No declamamos el federalismo, sino que lo concretamos en obras energéticas y en caminos. No declamamos nuestra preocupación por el bienestar del pueblo, sino que estamos creando nuevas fuentes de trabajo, asegurando ocupación plena y elevando la demanda de técnicos y operarios calificados en todo el país.

Porque hacemos todas estas cosas, se alarman y conspiran los intereses que se oponen a que saquemos nuestro propio petróleo, porque nos vendían petróleo extranjero. Se oponen a que se funda acero en nuestras propias acerías, porque nos venden acero importado.

Se oponen a que desaparezcan las desigualdades entre porteños y provincianos y a que el pueblo supere sus inútiles rivalidades partidarias, porque los viejos empresarios de la política viven del fraccionamiento y de la desunión del pueblo en mil rótulos partidarios. Se oponen ciertos políticos a que el Gobierno resguarde y defienda la soberanía y la autodeterminación de nuestra patria, porque se beneficiarían con el hecho de que las grandes decisiones de la personalidad de la nación se adoptasen en gabinetes extranjeros.

Porque hemos empeñado nuestro honor y nuestra vida en la causa de la legalidad democrática, de la unión de todos los argentinos y de la transformación de nuestra nación en un país moderno, próspero y auténticamente soberano, se nos ataca con una saña y pertinacia que no tiene precedentes en la historia institucional de la República.

Pero les digo a estos riojanos, descendientes de los que lucharon a las órdenes de San Martín y de Quiroga, que bajaron de sus cerros para consolidar la unión nacional, que aman entrañablemente a su tierra natal, olvidada y postergada por generaciones, que el Presidente de la República se mantiene sereno e inmune frente a todo y seguirá luchando sin descanso, porque sabe que el pueblo de la nación, este pueblo de las grandes hazañas de la historia, jamás se dejará confundir.

Porque este pueblo es infinitamente superior a los que pretenden confundirlo y dividirlo. Porque este pueblo sabe que no se trata de alinearse en una lucha de facciones, sino de optar entre el atraso y el progreso, entre el sometimiento y la liberación.

La Nación sabe perfectamente quiénes están con ella y quiénes contra ella. Por eso, el Presidente de la República, que no es sino un ciudadano y un hombre del pueblo, está absolutamente confiado en la victoria y en el triunfo final de su pueblo y de su nación.

Los valores espirituales y el desarrollo económico

*Discurso pronunciado desde el despacho del interventor federal,
en la Casa de Gobierno de Córdoba, el 17 de febrero de 1962*

Me dirijo al pueblo de la República, desde Córdoba, meridiano espiritual y cultural de la Nación, para referirme precisamente a un tema de orden espiritual. Voy a hablar de la filosofía que inspira nuestra acción de gobernantes y los valores éticos en que ella se sostiene.

Un gobernante democrático tiene el deber de mantener una comunicación permanente con sus mandantes. Esta es una convicción profunda de mi espíritu, afirmada en la experiencia de estos casi cuatro años de gobierno. En los días difíciles por que atraviesa el mundo, este diálogo con el pueblo es el único medio del que puede valerse el hombre de Estado para disipar la confusión, el desconcierto o las dudas que provocan en el mismo público los urgentes y complejos problemas de la actualidad nacional y mundial. En unos casos, esta confusión es natural, emerge de la misma complejidad del asunto en debate. En otros casos, es provocada por intereses que se empeñan en oscurecer las ideas y los actos más claros, porque su estrategia consiste en sembrar la inquietud para impedir que el pueblo realice sus objetivos en paz.

Nuestra experiencia nacional es muy ilustrativa a este respecto. El pueblo argentino, como muchas otras veces en su historia, se ha fijado un rumbo que es muy claro y directo: superar rencores y diferencias sectarias para liberarse del atraso y la dependencia de intereses extraños. Este es un programa nacional, de concordia y unión de todos los argentinos, para lograr, con nuestros infinitos recursos naturales y humanos, la consolidación de una unión independiente y próspera. En esta nación, el hombre argentino, nacido para la libertad, tendrá los medios materiales para educarse. Para dignificar su

trabajo, para fundar y enaltecer los vínculos familiares. Para dar a sus hijos no solamente techo, alimento y vestido, sino cultura y aptitudes profesionales, y para adquirir esa imponderable paz del espíritu que el hombre siente cuando sabe que su porvenir y el de sus hijos están al abrigo de la inseguridad y la pobreza.

A pesar de ser tan claro este programa, que se reduce a lograr el bienestar espiritual y material de nuestro pueblo, la prédica interesada se empeña en presentarlo como confuso y ambiguo. Se ha llegado a sostener la tesis absurda de que el pueblo argentino se sacrifica y lucha por obtener bienestar material con el artero propósito de edificar una sociedad materialista y atea. Cargo semejante podría haberse hecho a Alberdi cuando sostenía que gobernar es poblar, a los militares y estadistas que conquistaron el desierto, a Rivadavia que proyectó la enfiteusis y organizó nuestros primeros institutos de crédito, a Avellaneda y Pellegrini, financistas del desarrollo agropecuario nacional, o a Hipólito Yrigoyen y a los generales Mosconi y Savio, que hicieron del petróleo y la siderurgia pilares de nuestra soberanía nacional.

El pensamiento de la Iglesia

Uno de los grandes doctores de la Iglesia, santo Tomás Aquino, decía que el poder temporal tenía la obligación de proveer a la comunidad de suficientes bienes materiales, porque ellos son necesarios para el ejercicio de la virtud. Y en este pensamiento se funda la magnífica acción social de la Iglesia católica, tantas veces expuesta en los documentos papales y que ha tenido reciente y magistral afirmación en la encíclica *Mater et Magistra*, de S.S. Juan XXIII; cuando sostiene con un nuevo sentido que “el problema tal vez mayor de la época moderna es el de las relaciones entre las comunidades políticas económicamente desarrolladas y las comunidades políticas en vías de desarrollo económico” y –sigue diciendo– que “las causas que un considerable número de comunidades políticas determinan un estado permanente de indigencia, de miseria o de hambre (...) se encuentran principalmente, en lo primitivo o atrasado de sus sistemas económicos”.

Y estas son las palabras del vicario de Cristo en la tierra y no las de un pensador materialista. Estas son las palabras del jefe de la Iglesia católica. Estas son las palabras de Juan XXIII.

Ejemplos históricos

Gran Bretaña creó el más perfecto sistema económico universal que registran los tiempos modernos y los Estados Unidos se convirtieron en el país más rico de la tierra, en nombre del liberalismo y del respeto a la dignidad del hombre. Crearon una fabulosa civilización industrial, controlaron la navegación y el comercio del mundo entero, ensancharon sus fronteras, vieron nacer y crecer a los más poderosos sindicatos patronales y obreros. A ningún inglés de la era victoriana, a ningún norteamericano de la marcha hacia el oeste, se le ocurrió decir que las nuevas chimeneas y los nuevos sembradíos y las nuevas exploraciones mineras se hacían para esclavizar al hombre, sino para elevarlo a su máxima dignidad como ser libre.

Pero a los argentinos de hoy, que luchamos para salir de nuestra economía pastoril, que insistimos tercamente en explotar nuestros recursos y en edificar nuestra industria pesada, que llamamos a la colaboración de patronos y obreros para incrementar la producción y abaratar el consumo, se nos acusa de pretender construir una colectividad materialista.

Los verdaderos materialistas

Podría responderse que el verdadero materialista es el que niega la posibilidad de progreso y que quien facilita la acción comunista es el que se esfuerza por conservar una estructura económica que significa la creciente pauperización, empobrecimiento y rebelión de las masas. Porque son éstas las condiciones que abren la puerta a las soluciones extremistas. Podríamos decir que son verdaderos materialistas aquellos pequeños sectores que pretenden mantener el dominio sobre

toda nuestra economía. Ellos procuran consolidar su poder sobre la base de detentar el manejo de la economía y acrecer sin límite sus ganancias. Invocan en cambio el espíritu, cuando quieren constreñir a los trabajadores y a los nuevos sectores empresarios a mantenerse dentro de los límites de su dominio. El que se quiera liberar a estos de ese poder omnímodo les parece entonces grosero materialismo, aunque la lucha por esa liberación la aliente la propia Iglesia, a través de su doctrina social.

Un pueblo con alma y con historia

Nadie quiere hacer de la Argentina un país rico pero sin alma, un país de mercaderes egoístas y trabajadores pauperizados. Aunque hubiera un argentino, tan desviado y tan ignorante de las raíces que lo sustentan, que se formulara un plan de este carácter, la realidad nacional y universal se encargaría de desautorizarlo categóricamente.

Una nación, un pueblo, no son cosas que se inventan, que se crean o se recrean en un esquema mental. Son realidades vivas que se desarrollan en un proceso histórico pleno de formas espirituales y que conviven con otros pueblos y otras culturas, en permanente interrelación espiritual.

Estas realidades se dan en un ámbito geográfico, obedecen a coordenadas geopolíticas, actúan en función de espacio y tiempo. Tienen caracteres inmutables y caracteres adquiridos, que transforman el ritmo del acontecer universal.

La Nación Argentina es un pueblo con historia. No hay plan político, económico o social, que pueda imponerse a este pueblo en oposición a las profundas corrientes de su pasado.

Fuimos colonizados por los españoles con un doble propósito: incorporar un nuevo continente a la producción y al trabajo de la comunidad civilizada y convertir al paganismo indígena a la fe cristiana. El conquistador vino a estas playas con la espada y la cruz, en nombre de su soberano y de Dios. Toda la historia de la conquista de América, de ambas Américas, es una doble función terrena y divina. Los sacer-

dotes y misioneros católicos fundaron aquí las primeras escuelas y las primeras universidades. El silabario y el catecismo eran instrumentos más poderosos aún que la espada y el arado. La cultura colonial era reflejo de las letras españolas de la época, recorridas de acentos místicos y cristianos.

La revolución de Mayo no fue una empresa política y económica solamente. Desde Moreno y Belgrano hasta los caudillos federales que plasmaron la nación, supieron que un pueblo no conquista realmente su independencia si no se fija claros objetivos espirituales. No hay documento de la gesta emancipadora que no invoque, en una u otra forma, los fueros del espíritu de la nueva nacionalidad.

Cuando hubo que “educar al soberano”, Sarmiento sembró de escuelas el territorio patrio. Hubo poetas y escritores entre nuestros soldados y estadistas de la revolución. Y hubo una literatura argentina y un arte argentino nacidos al calor de los combates y de las polémicas de la nación en marcha.

La ruptura del vínculo con España puso en contacto a los criollos con todo el movimiento enciclopedista y liberal de Francia y de Inglaterra. Cuando llegaron a nuestras playas los grandes contingentes de inmigrantes de toda Europa, nuevos aportes religiosos y espirituales se incorporaron a lo que era ya un crisol de razas. La convivencia de distintos orígenes nacionales y credos religiosos impuso a la nación la norma civilizada de la libertad de cultos, aceptada por la Iglesia católica, que era hasta entonces la única oficial. No tuvimos en este país, nuevo y abierto a todos los hombres del mundo, problemas de persecución religiosa o racial. Había un signo común que impedía la fragmentación y el encono: era la conciencia de la nacionalidad, el insuperable instinto de un pueblo que coloca el interés nacional por encima de los legítimos enfrentamientos partidistas. En esta nación, que se desarrollaba bajo el lema de la tolerancia y del supremo interés común, era una herejía conspirar contra la unidad nacional. La historia argentina demuestra que nuestros grandes héroes fueron siempre los hombres de la tolerancia, el perdón y el acuerdo. Hasta en los momentos más violentos de la lucha de facciones, había un espíritu que levantaba el estandarte de la unión nacional y el pueblo,

tarde o temprano, se congregaba a su sombra. No hay fuerza humana ni interés parcial capaces de vencer el instinto nacional de un pueblo.

Nuestra nación y nuestra lucha

Esta nación argentina, católica, idealista, democrática, tolerante, respetuosa de la dignidad del individuo y de la libertad dentro de la ley, no puede ser materialista ni comunista. Ningún individuo, ninguna ideología, puede defender mejor ese patrimonio que su propia historia. Somos demócratas y somos cristianos, porque así nacimos a la vida independiente y así nos hemos desarrollado hasta ahora. No hacemos el bienestar material de la Nación Argentina para convertirla en una potencia mundial con sentido meramente económico. Queremos una nación independiente y próspera para servir en el mundo la causa de la paz, de la fraternidad humana, de la libertad y de la democracia. Estamos convencidos de que nada contribuye más a esa gravitación de nuestra soberanía, que la firme decisión del pueblo argentino de consolidar su independencia y actuar en el concierto mundial con voz propia y arbitrio propio.

No luchamos, no nos sacrificamos, no postergamos nuestras legítimas necesidades para ahorrar y capitalizar a la Nación, con el absurdo propósito de enriquecer a un grupo de empresarios y mantener a los trabajadores en la estrechez. Nos guía el pensamiento, profundamente espiritual y cristiano, de aumentar la producción de bienes para acrecentar precisamente la capacidad consumidora, es decir, para dar trabajo y salarios dignos y oportunidades de progreso cultural y moral a nuestros obreros y sus familias. Sabemos que no hay otra política social que la de acelerar el desarrollo económico y que es una mentira demagógica sostener lo contrario. Consideraríamos una violación de nuestra moral de gobernantes y de ciudadanos, engañar al pueblo con la falsa promesa de un bienestar que solo puede lograrse si nos unimos todos para sacar a la nación del estancamiento económico en que está sumida. Se nos llama materialistas porque tenemos el valor de decir la verdad al pueblo y de desafiar todas las maniobras

que realizan, desde todos los ángulos y todas las tribunas, los enemigos del desarrollo nacional.

Se nos llama materialistas porque nos proponemos, claramente, sin reservas, con insistencia que hasta se ha tachado de terquedad, canalizar el esfuerzo del pueblo argentino hacia los siguientes objetivos, esencialmente espirituales, cristianos y patrióticos:

- 1) Terminar con el odio, la revancha y la persecución entre hermanos.
- 2) Asegurar los beneficios de la democracia y la legalidad a todos los partidos y todas las opiniones que respeten la Constitución nacional.
- 3) Hacer un país fuerte, dueño absoluto de sus inmensas riquezas naturales, desarrollado en toda la extensión de nuestro territorio, desde La Quiaca hasta la Antártida.
- 4) Crear nuevas fuentes de trabajo y elevar el nivel de vida de la población, a medida que aumente la producción y se industrialice el país.
- 5) Capacitar a la juventud para que se asegure trabajo bien remunerado y contribuya al progreso científico y cultural de su patria.
- 6) Fomentar la cultura nacional en todas sus expresiones y la libertad de enseñar y aprender.
- 7) Defender la soberanía nacional y la democracia republicana contra la conspiración, la infiltración extremista y la presión exterior.
- 8) Practicar una política internacional al servicio de los grandes intereses de la nacionalidad, de los principios del derecho internacional y de la paz mundial.

Nuestro compromiso con el pueblo

Hace cuatro años, el pueblo argentino nos dio mandato para ejecutar este programa. Desde entonces, lo hemos reiterado cien veces y en medio de las mayores dificultades jamás abandonamos sus objetivos.

Tal como lo habíamos prometido al pueblo, no hicimos un gobierno sectario o de comité. Llamamos a colaborar con el Poder Ejecutivo a hombres de todas las tendencias. Dictamos leyes de olvido y de amnistía, para unir a todos los argentinos. En menos de seis meses desde nuestra asunción al poder, resolvimos el problema del petróleo, sentamos las bases de la industrialización del país, promovimos la radicación de industrias en las provincias. Nos propusimos gobernar con las leyes comunes de la Nación. Implantamos los beneficios de la enseñanza libre, que ya ha tenido concreción en el funcionamiento de institutos de enseñanza técnica y universidades.

Pero, desde el primer día de gobierno, estuvimos sometidos a una lucha sin cuartel, al ataque sistemático de diversos sectores que se propusieron impedir la realización del programa sancionado por el pueblo. Desde dentro y desde fuera del Gobierno, la tenaza política cerró sus brazos de extrema izquierda y extrema derecha para que renunciáramos al doble objetivo de pacificar al país y desarrollar sus recursos. Nos vimos forzados a sostener el orden institucional con leyes de excepción para reprimir la anarquía y el extremismo. Nos vimos forzados a postergar planes vitales de reconstrucción económica para atender al diario problema de defender la estabilidad institucional. Pero a través de todas estas alternativas y vicisitudes los objetivos siguen siendo los mismos: los que exhibimos públicamente aun antes de alcanzar el poder.

Porque no renunciamos ni renunciaremos a cumplir hasta el fin el mandato de nuestro pueblo, se nos ha atribuido duplicidad, ambición y soberbia. No hubiéramos incurrido en nada de esto para nuestros detractores si, desde el comienzo, hubiésemos dejado librada la Nación a la aventura de los más audaces. Declaramos enfáticamente que preferimos que la historia nos juzgue por lo que hicimos en el puesto de lucha, a que nos olvide por haberlo abandonado.

No estamos solos en esta lucha. Puedo decirlo con orgullo argentino. Pese a la intriga y a la difamación, el pueblo sostiene la legalidad institucional. La sostienen los sectores responsables de la comunidad nacional: la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas, las entidades patronales y obreras, los partidos políticos, y el instinto democrático y

nacional del hombre de la calle. Tenemos también nosotros el respeto y la simpatía de todas las naciones que desean el afianzamiento de la democracia argentina.

Cumpliremos hasta el fin con nuestro deber. Haremos todos los sacrificios necesarios para restablecer la vigencia del derecho. Reprimiremos con rigor la anarquía, pero no dejaremos de exhortar a los inadaptados a que depongan su intolerancia para que el Gobierno pueda asegurar los beneficios de la igualdad jurídica a todos los argentinos.

Cumpliremos inexorablemente nuestros planes económicos y sociales, porque no se han ofrecido al pueblo otros planes que resuelvan mejor la grave crisis que atraviesa el país y que sienten las bases inmovibles del desarrollo nacional y del bienestar moral y material. Si estos planes tuvieran que ser modificados, corresponde decidirlo exclusivamente al Congreso de la Nación, órgano legítimo de la voluntad popular, periódicamente renovado en comicios libres.

La Argentina que estamos construyendo

La Argentina que estamos construyendo con el esfuerzo común, es la Argentina que los padres de la nacionalidad hicieron nacer con sangre y heroísmo. Es la misma Argentina que se educó en el cristianismo, que abrazó la democracia republicana como irrenunciable ideal de vida, que venera a sus héroes, a sus santos, a sus sabios y a sus artistas.

Esta Argentina que están construyendo no es la creación de nadie, sino que es hija de su historia, amasada por el espíritu insobornable del pueblo. Los argentinos que hoy la estamos haciendo somos simples continuadores de un proceso que comienza en la conquista española y se afirma en la emancipación.

Esta Argentina no es materialista y no se dejará "atar al carro de ningún vencedor de la tierra", como juraron nuestros progenitores. Es la Argentina de la definitiva independencia y de la auténtica soberanía. La Argentina de la unión nacional, de la libertad para todos, de

la prosperidad espiritual y material de sus habitantes, de la cultura nacional fortalecida por un sólido basamento económico y por el desarrollo económico de todas las regiones del país.

No hay desarrollo espiritual ni progreso cultural en pueblos corroidos por la miseria. El chango harapiento del norte no tiene aliento para ir ni a la escuela ni a la iglesia. Tampoco se levantan escuelas o iglesias en países descapitalizados, que apenas tienen lo suficiente para alimentar malamente a sus hijos.

Esta ciudad de Córdoba transformada hoy en un centro fabril de primordial importancia, dentro del mapa económico de la República, es prenda cabal de cuanto digo y signo inequívoco de que el progreso material no está reñido con el cultivo de las facultades espirituales más elevadas. Córdoba está dando al país el gran ejemplo rector de una pujanza y una voluntad de transformación que se conjugan con el ejercicio de acrisoladas virtudes cristianas. Y está operando, al mismo tiempo, el milagro de redimir a sus hijos. El hombre de campo, otrora abandonado, viviendo precariamente de una actividad agrícola que no alcanzaba a brindarle existencia decorosa, es hoy el obrero especializado, el técnico de sus modernas plantas industriales. Ha alcanzado los beneficios de una educación que antes se le negaba. Ha constituido su familia, ha establecido su hogar y tiene la reconfortante certidumbre de que se abre para sus hijos un porvenir de progreso y de esperanza. Ese es el camino que está en vías de recorrer la entera sociedad argentina. Y por eso Córdoba, donde las torres de las iglesias centenarias alternan aiosamente con las chimeneas de las fábricas, entona, cada día, un cántico al trabajo fecundo y lo hace plena de amor a la patria y plena de humildad cristiana.

El progreso material no daña el espíritu; antes bien, lo sostiene y le brinda las bases para su desenvolvimiento pleno, los sólidos fundamentos en que descansa y se haga indestructible. Máxime cuando, como ocurre entre nosotros, el desarrollo económico se realiza proyectándose sobre objetivos éticos.

Es un fraude colosal que se hace a la opinión pública sostener que puede haber justicia social, desarrollo espiritual y democracia efectiva sin un vigoroso esfuerzo por vitalizar y expandir la economía. Cuando

pedimos al pueblo que haga ese esfuerzo, estamos invocando sus más nobles sentimientos y su vocación de pueblo libre.

Esta vocación es irrevocable e invencible, porque nace en el fondo de la historia. La comparten obreros, patronos, soldados, sacerdotes, maestros y alumnos. Ninguna intriga, ninguna campaña organizada de difamación, es capaz de destruirla. Esta es la fuerza espiritual y la fe cristiana que mantienen unido al pueblo, a pesar de todas las dificultades. La misma fuerza y la misma fe inspiran al ciudadano que desempeña la presidencia de la Nación en nombre de todos los argentinos. Con ayuda de Dios, seguiremos luchando por la causa del pueblo.

Un campo próspero y una industria poderosa, pilares de una nación soberana

*Discurso pronunciado en la muestra de la Fiesta Nacional del Trigo,
Leones, Córdoba, el 18 de febrero de 1962*

Esta fiesta del trigo refleja la suprema alegría del hombre cuando ve que la tierra le devuelve en frutos su desvelo. Constituimos un país de profunda tradición agropecuaria y, por eso, la fiesta del hombre de campo es la fiesta de toda la nación. Cuando luchamos por desarrollar la industria nacional no establecemos contradicción alguna entre la industria y el agro. Al contrario, hemos sostenido repetidamente que no puede hablarse de un efectivo desarrollo industrial si no está sustentado en la creciente productividad de la tierra. Cuanto mayor sea la importancia de nuestra industria, mayor será la demanda de productos agrarios, porque esta demanda crece proporcionalmente a la elevación del nivel de vida producido por el auge industrial. La agricultura sustenta a la industria de dos maneras: proveyendo alimentos para sus trabajadores y materias primas para sus procesos mecánicos.

En las más grandes potencias industriales del mundo, como los Estados Unidos de América, los ingresos que la nación obtiene de la industria se vuelcan en parte al subsidio a los productores agrarios en el conocido sistema de la paridad de precios. Es interesante señalar que en ese país de libre empresa, el Estado regula y subvenciona a la agricultura en miles de millones de dólares. Esta acción intervencionista del Estado en favor de uno de sus sectores económicos es posible y conveniente porque el desarrollo y la potencia creciente del estado industrial permiten la compensación. Y esta función compensadora se mantiene en el país del norte a pesar de la insistente protesta de algunos círculos industriales contra lo que ellos califican de dirigismo en favor del campo. El hecho positivo que a nosotros nos

interesa es que en ese país es tan grande el poderío de la industria que el Estado puede desviar una parte de sus utilidades al subsidio agrícola.

Este es un ejemplo que debe hacer reflexionar a todos aquellos que, entre nosotros, desconocen un hecho irrefutable: la interdependencia de los sectores económicos, la concepción del mecanismo económico de una nación como unidad integrada e indivisible.

Este error se expresa de diferentes maneras, según sean el ángulo de enfoque y el interés en juego: existen teóricos de la economía agraria pura, que sostienen que nuestro país fue rico y próspero cuando solamente producía cereales, carne y lana, y los canjeaba en el extranjero por productos manufacturados, incluso el calzado y el vestido que se elaboraban en Europa con nuestros cueros y nuestra lana. Este esquema funcionó sin tropiezos mientras éramos un país de diez millones de habitantes, de los cuales solo una minoría participaba plenamente de la vida activa de producción y consumo. Mientras nos pagaban un precio retributivo por nuestras exportaciones y mientras el producto de estas alcanzaba para adquirir en el exterior todos los productos y artículos que satisfacían la reducida demanda interna. Todos conocemos hoy las causas internas y externas que han tornado inoperante este esquema.

La integración del campo y la industria

El otro enfoque erróneo es el de considerar que el desarrollo industrial debe hacerse a expensas del agro.

En un país en desarrollo como el nuestro, sería suicida sacrificar al campo para ayudar a la industria. También sería no solamente suicida, sino prácticamente imposible que una industria incipiente y con escasos capitales para su expansión subvencione a la agricultura.

La solución efectiva y científica es la que se concreta en los planes de estabilización y desarrollo que el pueblo argentino está realizando con notorio e indiscutible éxito. Tanto en sus aspectos financieros como en sus aspectos económicos, estos planes tienen por objetivo

el desarrollo integral y armónico del agro, la minería y la industria. Parten de la base de que no habrá una genuina recuperación nacional si los tres sectores no concurren en una total movilización de sus recursos para producir más y a menor costo. El problema argentino es hacer producir más al campo, más a la minería, más a la industria. Y fortalecer nuestra moneda y racionalizar la explotación para que estemos en condiciones de satisfacer la demanda interna a precios razonables e ingresar en el mercado mundial con precios competitivos.

Me dirijo aquí a una comunidad agraria, una de las grandes comunidades tipo de nuestro país. Estoy seguro de que todos los que me escuchan coincidirán conmigo en que el único problema que deben resolver es el de producir más y a menor costo, sin que el menor costo impida la elevación del nivel de vida. Ninguno de los que están presentes o me escuchan por radio cree que el problema agrario argentino se resuelve dividiendo la tierra y multiplicando el número de propietarios. Entre ustedes habrá sin duda propietarios, arrendatarios y peones. Tanto el propietario que explota su predio, como el arrendatario que lo tiene en alquiler, como el peón que trabaja en el surco, tienen el mismo problema: necesitan tractores y máquinas baratas, buena semilla, plaguicidas, combustible, crédito bancario, y rápida y compensadora comercialización de sus productos.

Esto es fácil de enunciar y difícil de conseguir. Para conseguirlo tienen que intervenir muchos factores, algunos propios del campo y otros ajenos a él.

La tecnología y la productividad agraria

Para que el campo disponga de maquinaria y plaguicidas, es menester que una industria nacional sólidamente asentada se los proporcione. Para que esta industria pueda producir a precios accesibles al agricultor, debe dejar de importar acero caro y combustibles y materias primas caras. Debe disponer de instalaciones y máquinas modernas que aumenten la productividad y reduzcan el costo de cada unidad. Debe aprovisionarse de hierro, acero, petróleo y gas producidos en el

país. Entonces tendremos tractores y automotores baratos; ahora son caros, porque se hacen con partes importadas y materia prima importada y la producción no satisface la demanda y, por consiguiente, no tiene el incentivo de la competencia.

Para que los productos de la tierra tengan un mercado interno de grandes dimensiones y puedan llegar rápidamente y sin pagar fletes excesivos, hay que construir caminos y racionalizar el transporte.

Para que nuestros productos agropecuarios provean al país de las divisas indispensables para financiar nuestro desarrollo, es necesario incrementar la producción y conservar y expandir los mercados extranjeros.

Por último, para que las comunidades rurales ofrezcan a sus habitantes el incentivo humano que los arraigue en el campo, deben disponer de energía, servicios públicos, luz, cultura y esparcimiento, equiparables a los que disfrutaban los habitantes de la ciudad.

Así funcionan y prosperan las economías agrarias en las grandes potencias industriales del mundo. El campo deja de ser una ecuación primitiva y atrasada, y adquiere la estructura y los caracteres de la economía y la sociedad industriales. Todo el país debe ser una inmensa comunidad interdependiente, con niveles de vida equiparables tanto en la ciudad como a el campo.

Este es el profundo sentido de la transformación que se está operando en nuestro país. Estamos reproduciendo en el interior argentino el vigor y las formas de vida antes concentrados en el cinturón de Buenos Aires. La magnífica eclosión de la provincia de Córdoba, con sus centenares de plantas industriales de diverso tamaño e importancia, es un ejemplo concreto y visible del salto que está dando la República. Córdoba es el prototipo de esta integración de la industria y el agro, que es el secreto del porvenir argentino.

Perspectivas del agro

Estamos aquí, en Leones, celebrando el triunfo de las mieses. Ha sido un año bueno para los productores y para el acervo del país. Las pers-

pectivas son igualmente excelentes en cuanto a la colocación de esta buena cosecha. Debemos dar gracias a Dios por haber premiado así el esfuerzo de sus hijos.

El país argentino seguirá siempre afirmado en la feracidad de sus praderas y en el tesón de quienes trabajan la tierra. Con estos hombres y mujeres que dan a nuestro pueblo la satisfacción de ser uno de los mejor nutridos del mundo, la nación tiene contraída una deuda. Debe dar al campo todo lo que necesita para aumentar su producción. Debe dar a los campesinos todo lo que necesitan para que su vida esté rodeada de las comodidades y de los beneficios culturales y materiales de que gozan las poblaciones urbanas.

Puedo afirmar que los extraordinarios progresos que está realizando nuestro país en la explotación de sus recursos naturales y en la expansión de su industria, se reflejarán de inmediato en el progreso del agro y sus trabajadores.

No estamos haciendo una nación para los privilegiados de la ciudad, ni para enriquecer a una nueva oligarquía. Estamos haciendo una nación para todos sus hijos, para los que forjan el acero y para los que roturan la tierra.

Los hombres de gobierno somos simples instrumentos de este pueblo en marcha. Pero quiero que estos esforzados productores del interior sepan que el Gobierno no retrocederá un solo paso en su política de estímulo al trabajador de la tierra. En ella reside la riqueza básica de la República. Cuando levantamos una usina, cuando construimos un alto horno, cuando tendemos un oleoducto y cuando ampliamos la red caminera, pensamos en el campo y servimos al campo.

Sin trigo y sin carne no habría industria. Sin industria peligran el trigo y la carne. Esta es la íntima convicción que anima a nuestros planes de gobierno.

El pueblo, base de la realización

Pero los planes de gobierno tampoco son nada sin el apoyo del pueblo. Por eso nos sentimos fortalecidos cuando comprobamos, como

hoy en Leones, que el pueblo tiene una clara conciencia de lo que se está haciendo en el país:

Podrán algunos políticos barajar combinaciones y acechanzas en ciertos círculos de la Capital Federal. El argentino que vive de su trabajo y contempla con orgullo la espiga que germinó con su sudor, permanece indiferente a los rumores y las conspiraciones. Está trabajando para sus hijos y para su patria.

Yo me siento orgulloso de este pueblo. Y en los días más agitados y sombríos de mi gestión de gobernante he dirigido mi pensamiento a los provincianos que aran la tierra y se inclinan sobre el torno de la fábrica, mientras una minoría conspira y se ofusca en la estéril disputa de las sectas y partidos. Dirijo mi pensamiento a los argentinos del cereal, del ganado y de las fábricas, y encuentro en ellos la base de la Argentina verdadera, la Argentina que lucha y no se abandona al escepticismo y la intriga.

Para estos argentinos trabaja el ciudadano que ellos llevaron a la Casa Rosada. Trabaja convencido de que la victoria del pueblo es ya una realidad y nadie puede malograrla. Solamente el pueblo mismo podría retardarla o disminuirla, si se dejara ganar por la desconfianza y el temor. Pero he visto siempre, invariablemente, que el pueblo argentino no desmaya, ni claudica, ni se deja confundir. Y ahora menos que nunca, cuando ya ha hecho el sacrificio mayor y toca con sus manos el triunfo.

Porque confío en el pueblo y en su firme conciencia nacional, recorro los caminos de la patria para decirle que no retroceda. Para decirle que esta nación de gente laboriosa y apegada a su solar nativo, es eterna e invencible.

La llamada crisis moral: un recurso que tiene su historia

Discurso transmitido por radio y televisión, el 22 de febrero de 1962

Reanudo hoy mi diálogo con el pueblo.

Insisto en calificar estas conversaciones de “diálogo”, aunque sea solo mi persona la que aparece en la pantalla y mi voz la que se escucha.

Los interlocutores existen y dialogan con el Gobierno diariamente desde las columnas de una prensa libre, desde las tribunas de los partidos políticos, desde los recintos legislativos y desde el seno de cada hogar argentino.

Es un síntoma de vitalidad democrática esta preocupación del pueblo por la cosa pública y esta vigilancia activa y constante que se ejerce sobre la conducta de los gobernantes.

A mí me satisface profundamente este control y no podría gobernar si dicho control no existiera.

Estoy constantemente informado de las reacciones y opiniones de la ciudadanía.

Lo primero que hago por la mañana es leer los diarios y por la noche sintonizar con frecuencia las mesas redondas y las entrevistas que la radio y la televisión dedican a la discusión de los grandes problemas nacionales.

Esta es la voz de la opinión pública, el interlocutor múltiple y variado, que se escucha a diario.

Como gobernante he recogido muchas veces las observaciones y sugerencias constructivas de los críticos.

Me he rectificado cuando las conceptué justas y he admitido que nadie es infalible, y menos el gobierno de un país que se transforma velozmente y que está haciendo una nueva experiencia en su historia.

Diálogo con la oposición

Pero hay otro género de crítica que solo se expresa en palabras, en conceptos generales de extrema y deliberada vaguedad.

Y a esta crítica el gobernante no puede contestar sino con refutaciones como las que intento hacer aquí.

Estoy pues dialogando con mis críticos, que han iniciado este diálogo desde sus órganos de expresión.

Sería injusto negar al gobernante el derecho de responderles, pues la democracia es una calle de doble mano, por la que circulan con el mismo derecho, el Gobierno y la oposición.

Si solo pudiera circular el Gobierno, estaríamos sufriendo una dictadura. Si solo pudiera circular la oposición, estaríamos sumidos en la anarquía.

El equilibrio de la libertad consiste en la sabia convivencia de ambos términos y en pie de igualdad.

Las formas de la democracia

Las formas de una democracia adulta son muy simples y de vigencia universal: el pueblo elige a sus gobernantes, estos gobiernan conforme a una Constitución y dentro del mecanismo de la división de poderes, y garantizan al pueblo todas las libertades constitucionales de criticar, acusar y remover a los malos funcionarios y al propio Presidente de la Nación.

Dentro de una democracia, la oposición tiene una función irrenunciable de control.

El Gobierno tiene la obligación de ampararla y respetarla.

Incluso, aunque no esté obligado jurídicamente a hacerlo, puede el Gobierno aceptar criterios y observaciones de la oposición, cuando se concretan adecuadamente.

Si la oposición denuncia un acto irregular del Gobierno, el incumplimiento de sus deberes por parte de algún funcionario o cualquier hecho que comprometa la moral administrativa, el Gobierno tiene el

deber de investigar el cargo y de dar intervención a la justicia cuando se impute la comisión de un delito.

Nuestro gobierno así lo hizo en las ocasiones en que se denunció algún hecho concreto.

Se ordenó una amplia investigación del Poder Ejecutivo o del Congreso y se enviaron los antecedentes a la justicia.

Sin embargo, hay una acusación que escapa a toda comprobación material.

Es la acusación que se hace en términos tan generales y ambiguos que es imposible confrontarla con los hechos.

De esta acusación imprecisa quiero ocuparme hoy.

Existencia de un problema moral

Se habla de una "crisis moral" del Gobierno, mejor dicho, de la conducta de los hombres de gobierno.

Nadie atina a definir exactamente los términos de esta crisis moral, pero se repite la frase en todas las tribunas.

Resulta por lo menos curioso que, siendo tan varios los temas que comprende la llamada "crisis moral" de que hablan los severos guardianes de la ética, ninguno de ellos tenga sensibilidad para percibir la real crisis de valores morales que a escala mundial afecta a los pueblos de todas las latitudes.

La liberalización de las costumbres –por ejemplo– y la corrupción que avanza a través de ciertas formas innobles del cine, la literatura, el teatro o la televisión, preocupan profundamente a padres de familia, educadores, sacerdotes y gobernantes.

Una verdadera cruzada contra esta ola de inmoralidad, un verdadero esfuerzo por consolidar la familia, la educación de los jóvenes, un verdadero esfuerzo por fomentar el buen cine y teatro, la buena literatura y los buenos programas de televisión, sería realmente saludable y lograría canalizar tanta energía inutilizada en el absurdo empeño de mostrar que los argentinos están siendo gobernados por un grupo de gente que carece de elemental sentido ético.

Como hombre, estoy profundamente preocupado por la crisis de valores éticos que afecta al mundo e incide sobre todos los pueblos, y como presidente de la República, me siento obligado al mayor esfuerzo en colaborar por hacer desaparecer en nuestro país las causas que puedan provocar problemas morales y sus consecuencias.

Por ello, debo señalar que sería más útil al país que la energía utilizada por nuestros críticos en ocuparse de la presunta crisis moral del Gobierno y de ciertas instituciones fundamentales, fuera dirigida hacia los problemas morales de fondo que conmueven a nuestras sociedades.

La conducta de los gobernantes

Hay muchas formas por las cuales el gobernante puede violar los principios éticos que reglan su función.

En nuestra conversación anterior, hablé del “entreguismo”, o sea, el sometimiento de la economía nacional al imperialismo.

Esta sería una infracción a la ética del gobernante, pues estaría entregando el control del patrimonio nacional al extranjero, traicionando los intereses de su propio país.

Creo haber demostrado el jueves pasado que en la política del petróleo y de la radicación de capitales, no solamente no nos hemos entregado al extranjero, sino que hemos sentado las bases de una soberanía efectiva al liberar a la Nación de los monopolios ligados a la importación de combustibles y materias primas, y de maquinarias que pueden fabricarse en el país.

Otra violación a la ética administrativa sería que, en estas negociaciones con el capital internacional, el presidente de la Nación, sus ministros o simples particulares vinculados al Gobierno practicasen como socios o comisionistas del contrato.

Hemos concertado convenios que significan la inversión de centenares de millones de dólares, pero nadie ha denunciado concretamente la menor irregularidad ni el menor enriquecimiento de los

funcionarios actuantes, aunque hubiera sido fácil arrojar sombra sobre negociaciones de tan elevado monto.

Los contratos petroleros resultan excepcionales, no solo por su importancia económica, sino porque fueron suscriptos por un método también y realmente excepcional. Por acuerdo directo y sin licitación.

La opinión pública nacional e internacional justificó el procedimiento y nadie con seriedad ha impugnado la honradez de las tratativas. En el exterior se lo ha elogiado unánimemente.

Pues bien, estos contratos, que importan cientos de millones de dólares, no han maculado a ningún funcionario y llevan tres años en ejecución.

Entretanto, paradójicamente, el rumor sobre negociados se vierte una y otra vez en torno a operaciones de menor cuantía.

Estos rumores no se concretan en denuncias ciertas, pero persisten. Buscan lesionar el prestigio del Gobierno y de los hombres que lo integran.

También sería una traición inmoral a los intereses y al prestigio del país, que el Gobierno hubiera aceptado cualquier compromiso político o la más insignificante claudicación de la soberanía nacional a cambio de la ayuda financiera proveniente del extranjero.

No solamente no se nos ha imputado tal traición, sino que desde algunas tribunas políticas y órganos de prensa, se nos ha reprochado que fuéramos demasiado lejos en la defensa de la autodeterminación de nuestra política exterior.

No se nos ha criticado por ser satélites, sino por nuestra inquebrantable decisión de no serlo.

Cumple señalar a ese respecto que algunos de los que agitan el estribillo de la crisis moral del Gobierno y ciertas instituciones fundamentales, son los mismos políticos que nos critican cuando nos aferramos a la suprema y fundamental norma ética de un país soberano, o sea la de conducir su política internacional conforme al derecho y a los intereses históricos de la Nación Argentina y de nuestra comunidad latinoamericana.

El levantamiento de las proscripciones

Hubo un tiempo en que se nos acusaba de otra inmoralidad política, la de cortejar a los partidarios de un movimiento proscrito mediante la promesa de devolverle la legalidad.

Ahora ya no se puede imputar mala fe al Gobierno cuando se esfuerza por restaurar los derechos cívicos para toda la ciudadanía, porque no hay un solo partido o grupo de la oposición que no se haya expedido públicamente en favor del levantamiento de las proscripciones.

Pero ocurre algo muy curioso: todos están de acuerdo en que hay que terminar con las proscripciones, pero cuando el Gobierno intenta instrumentar jurídicamente la igualdad de derechos cívicos, la oposición vuelve a acusarlo de pactar con los proscritos.

En otras palabras: es lícito declamar el fin de las proscripciones, pero no es moral ejecutarlo en la práctica. Habría que preguntarse, entonces, dónde están la dualidad y el oportunismo.

Cuando el único objetivo es desacreditar al Gobierno

Todos los procedimientos son buenos para desacreditar al Gobierno.

Si el Gobierno adjudica una obra, se dice que alguien del gobierno o un amigo del presidente o del ministro tal o cual tiene interés en que se la ejecute.

Si no se la adjudica, se dice que alguien del gobierno o un amigo del presidente o del ministro tal o cual tiene interés en que no se haga la obra.

Si se hacen caminos, se dice que es para beneficiar a los fabricantes de automotores.

Si se privatiza el transporte para que sea más eficiente, se dice que se quiere liquidar al ferrocarril.

Si se racionaliza y moderniza el ferrocarril, se dice que se carece de sensibilidad social para adoptar las medidas, aunque se comprueba a diario que el personal voluntariamente se retira, cobra impor-

tantes indemnizaciones y pasa a revistar en mejores condiciones a la actividad privada.

La única manera de no ser blanco de las críticas sería cruzarse de brazos y dejar las cosas como están.

Pero nosotros preferimos que se nos critique porque hacemos cosas.

Crisis del rumor

La supuesta “crisis moral” se apoya en el rumor y quienes lo defienden tienen vieja experiencia en su manejo. El procedimiento les ha dado resultado tantas veces que no reparan en que ahora se mueven ante nuevas condiciones.

El rumor pudo prosperar creando enfrentamientos que concluyeran en crisis, cuando estos enfrentamientos estaban ya contenidos en el proceso.

Pero el rumor no puede hacer mella cuando ataca una obra que comprende y unifica a todos los sectores sociales de la comunidad.

Este es nuestro caso y lo digo sin jactancia, puesto que se trata de un hecho.

Petróleo, siderurgia, caminos, petroquímica, son términos que unifican en su torno.

Dan trabajo al obrero, perspectiva de crecimiento al empresario, ensanchan mercados para el agro, promueven el crecimiento económico de todas las regiones.

Cuando se dan estas condiciones, la democracia se hace más auténtica y profunda.

Cuando el pueblo gobierna

No es la primera vez en nuestra historia política que se utiliza este cargo ambiguo de crisis moral.

Se lo esgrime cada vez que gobiernan partidos y hombres elegidos por la mayoría auténtica del pueblo.

En cambio, jamás se ha habló de la crisis moral de los Gobiernos del fraude.

Como radical, no puedo olvidar la sistemática campaña de difamación contra Hipólito Yrigoyen, en sus dos gobiernos.

Este extraordinario caudillo popular, que murió en la pobreza y vivió una existencia austera, fue atacado sin piedad y en todos los tonos.

También se habló de corrupción y negociados y, con el lema de la "crisis moral", se instrumentó un movimiento que derrocó al Gobierno constitucional en 1930.

Partidos políticos de todas las tendencias, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, estudiantes, profesores y militares, fueron arrastrados a promover la quiebra del orden institucional, precedente nefasto del cual no se ha repuesto aún la Nación.

Desde entonces, y durante quince años, se sucedieron Gobiernos de facto y Gobiernos fraudulentos y minoritarios. Ninguno de ellos fue acusado de corrupción por los que derrocaron o contribuyeron a derrocar a Yrigoyen.

Yrigoyen significaba la conquista del poder político por el pueblo.

Significaba el avance del país hacia una democracia efectiva, de contenido social y popular.

Este avance no convenía a ciertos intereses que, dentro y fuera del gobierno, pretendían mantener el control político de la oligarquía bajo la apariencia de la democracia. El pueblo apoyaba a Yrigoyen y votó por él, incluso a los pocos meses de su caída.

Entonces había que reemplazar al Gobierno del pueblo por un Gobierno de fuerza.

Y la fuerza se pondría en movimiento solamente si se lograba desacreditar suficientemente al Gobierno popular. Cuando se comprobó que el pueblo seguía fiel a sus legítimos representantes, no se vaciló en desacreditar al propio pueblo.

Se habló entonces del Gobierno de la "chusma".

Es decir, se sustentó entonces la teoría de que el pueblo necesita ser tutelado, porque no sabe usar sus derechos.

Así se justifican los llamados despotismos ilustrados, así se burla, en la práctica, la tan decantada soberanía popular.

La historia se repite

Recuerdo este antecedente, porque el proceso argentino hacia la plena vida democrática es uno solo.

Las luchas del pueblo por su emancipación y su bienestar se reproducen a lo largo de la historia.

También se repiten los métodos para calumniar y sofocar al pueblo.

Sé perfectamente que la injuria y la calumnia contra nuestro gobierno y contra algunas instituciones fundamentales del país, no hacen mella en el pueblo.

Su experiencia histórica y su conciencia nacional le previenen debidamente contra la intriga.

Descubre en los censores de la supuesta crisis moral del Gobierno a los que se oponen al desarrollo nacional, a la legalidad para todos los argentinos, a la paz social, a una democracia auténtica y sin tutores.

Tampoco conmueve esta campaña nuestro ánimo de gobernantes y de ciudadanos.

Somos viejos hombres de lucha y, por serlo, sabemos que los hombres son efímeros y que lo único permanente e invencible es la marcha de la nación hacia su porvenir.

La intriga irá en aumento

Pero considero un deber prevenir a los jóvenes, a la gente de auténtica buena fe, a los patriotas, a quienes preocupa la salud moral de su país, porque esta campaña de acusaciones diluidas, de intriga menuda y des crédito contra el Gobierno e instituciones del pueblo irá en aumento.

Irá en aumento a medida que se logren los objetivos nacionales de la legalidad y el desarrollo.

Irá en aumento a medida que el pueblo vuelva la espalda a los políticos de la conspiración y de la violencia, y se vuelque al ejercicio pacífico de sus derechos ciudadanos.

Cuando el pueblo se exprese masivamente y sin restricciones en las urnas y ratifique el mandato que ha conferido a sus representan-

tes, cuando sea evidente que el pueblo argentino apoya los planes de recuperación democrática, de desarrollo económico y de bienestar social, la campaña ya no será dirigida solamente contra el Gobierno.

Se dirá que el Gobierno ha corrompido a todo el pueblo y que no queda otra solución que la dictadura.

Felizmente el pueblo conoce el juego.

Y los sectores fundamentales de la sociedad, los productores y empresarios, los trabajadores, las Fuerzas Armadas y la Iglesia, así como los que, desde el exterior, confían y creen en nuestro país, comprueban la falacia de la llamada "crisis moral".

Comprueban que el pueblo está consagrado a trabajar en paz.

Que nunca han sido más pacíficas y razonables las relaciones entre el capital y el trabajo.

Que el nivel de las costumbres y de las relaciones humanas es sensiblemente superior al de otras sociedades más antiguas y poderosas que la nuestra.

Que la influencia espiritual de la Iglesia mantiene incólume la cohesión de la familia y la paz social, hasta el punto de que los sindicatos recurren a la mediación de la alta jerarquía eclesiástica para la solución de difíciles conflictos.

Comprueban que existe la más amplia libertad de expresión y de sufragio.

Que el Gobierno escucha y contesta a sus oponentes y no vacila en sacrificar supuestas ventajas electorales cuando adopta medidas de saneamiento económico que pueden provocar reacciones populares, como en el caso de la racionalización de la administración pública y de los servicios ferroviarios.

Cuando un pueblo trabaja con fe y esperanza

Este es el clima de orden y de convivencia en el cual los argentinos libran su histórica batalla contra el estancamiento y la pobreza.

Este es el clima de optimismo patriótico, de nobles sacrificios por el bien común, que quieren perturbar los inventores de la "crisis moral".

A su consejo pesimista y escéptico, el pueblo argentino responde con las grandes conquistas espirituales y materiales que ha tenido con su sacrificio: responde con el afianzamiento de la democracia, con la libertad sindical, con la libertad de enseñanza, con las chimeneas de las nuevas usinas y fábricas, con las nuevas carreteras y oleoductos; con el petróleo y el gas que empezamos a exportar a América y Europa.

El pueblo argentino no se siente en crisis, ni está desalentado ni confundido.

Advierte, sin embargo, la angustia y la crisis de quienes no confían en el pueblo y temen a sus pronunciamientos democráticos.

Esta es la verdadera crisis moral de la que tenemos que preservarnos los argentinos.

La experiencia de cuatro años de gobierno

Declaración formulada al recibir a la mesa directiva del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical Intransigente, con motivo de celebrarse el 4° aniversario de la elección presidencial, el 23 de febrero de 1962

El cuarto aniversario de los comicios del 23 de febrero de 1958 encuentra al país encauzado firmemente en las vías de la legalidad democrática y del desarrollo nacional. El pueblo advierte que se están cumpliendo los grandes objetivos que lo movilizaron, por encima de diferencias de partido, de clase o de sector, para coincidir en su apoyo a un programa de clara sustancia nacional.

Dichos objetivos traducían el profundo anhelo del pueblo de superar el rencor político y crear las condiciones de convivencia social indispensables para afrontar la grave crisis financiera y económica de la República y emprender un vigoroso programa de desarrollo de sus recursos naturales inexplorados, con el propósito de eliminar las fallas estructurales de su economía.

La acción del Gobierno en estos cuatro años es simple resultado de los extraordinarios esfuerzos del pueblo argentino, al que corresponden todos los méritos de la obra cumplida. Solamente su inquebrantable voluntad le permitió desoír el consejo de quienes se empeñaron en soliviantarlo y anarquizarlo, y le hizo estrechar filas para realizar la difícil transición hacia la vigencia plena de las instituciones democráticas.

La historia registrará este grandioso proceso de unidad de un pueblo que reconoce el peligro, mide sus acciones y no se equivoca respecto de sus metas fundamentales. Frente a todas las provocaciones, los trabajadores recuperaron su organización sindical y la mantienen absolutamente ajena a cualquier presión oficial. Frente a grandes dificultades y rémoras, los productores agrarios e industriales han logrado sanear sus empresas, modernizarlas y equiparlas, y alcanzar

índices de productividad sin precedentes en nuestra historia reciente. Con capitales argentinos y extranjeros se logró el autoabastecimiento petrolífero y de gas, se expandió la producción de energía y de acero, se levantaron centenares de nuevas plantas industriales en toda la República, que producen maquinarias, tractores, automóviles, productos químicos y artículos de consumo popular. Institutos oficiales y privados están reorientando sus planes de enseñanza hacia la formación de técnicos, investigadores y obreros especializados para cubrir la creciente demanda de una economía en expansión. Todo ello, sumado a la digna y consecuente conducta internacional de nuestro país, nos ha asegurado el respeto y la consideración del mundo.

Reitero que esta obra no pertenece al Gobierno, sino al pueblo. Es la demostración concluyente de su madurez política y de su inequívoca conciencia argentina.

El pueblo supo convertir la coincidencia electoral del 23 de febrero en un continuo y persistente proceso de unidad al servicio de la nación. Esta aglutinación de todo un pueblo en defensa de sus ideales y en la persecución de objetivos concretos de liberación económica, de vivencia de la democracia y de defensa de los derechos esenciales del hombre, no es un hecho aislado ni efímero. Es un rasgo definitivo de nuestra historia política y de nuestras prácticas sociales. Sobrevivirá a todo intento de fraccionamiento y de sectarismo. El Gobierno de la Nación señala esta circunstancia histórica y la considera la más noble y ejemplar retribución a que puede aspirar en su condición de intérprete y ejecutor del mandato del 23 de febrero.

Por encima de los partidos políticos está la unidad en los objetivos nacionales

*Discurso pronunciado desde el despacho del señor gobernador de la
provincia de Mendoza, transmitido por radio a todo el país,
el 24 de febrero de 1962*

Invitado por el señor gobernador de la provincia, he venido a Mendoza para expresar la cálida adhesión del Gobierno federal a la tradicional Fiesta de la Vendimia.

El gesto del señor gobernador ha conmovido mi fibra ciudadana y se lo agradezco profundamente. Dicho gesto demuestra que los argentinos constituimos una gran familia y estamos unidos en la tarea de engrandecer a nuestra patria más allá de cualquier diferencia partidaria o ideológica. Por mi parte, me siento honrado de hablar desde este despacho gubernamental rodeado de adversarios políticos de mi partido, que conducen con dignidad y patriotismo los destinos de esta pujante y rica provincia argentina.

No es la primera vez que los mendocinos ofrecen al país este ejemplo de cultura ciudadana. Recuerdo que en uno de los más ásperos momentos del debate político en la Capital Federal, me visitaron en mi despacho de la Casa de Gobierno representantes de la Unión Cívica Radical del Pueblo, del Partido Demócrata Nacional y de la Unión Cívica Radical Intransigente para gestionar la solución de problemas de interés para la provincia.

En el propio ámbito provincial se registró muchas veces la coincidencia de los sectores legislativos en la sanción de leyes importantes para el pueblo mendocino. Es que las provincias han dado siempre el ejemplo de una mayor tolerancia y cooperación constructiva cuando se trata de trabajar por el bien común.

Desde la Presidencia de la Nación me empeño obstinadamente en reproducir este clima de convivencia en todo el país. Lo considero indispensable e impostergable para que el pueblo argentino pueda dedicarse totalmente a trabajar en paz y a labrar el progreso de nuestra patria. La historia cargará en nuestra cuenta las horas, los días y los meses que perdemos en la estéril discusión sobre ideologías, sobre intereses de partido o de sector, y sobre rivalidades personales.

Cada minuto del día es valioso para resolver los grandes problemas económicos, sociales y culturales que se refieren a la reconstrucción, moral y material, de un país que recibimos fragmentado y en crisis. Aunque todos dedicáramos nuestro esfuerzo íntegro a esta tarea, apenas podríamos dejar concluidas las bases de esa recuperación. Apenas cumpliríamos nuestro deber con las generaciones futuras, dejándoles una estructura elemental sobre la que ellas tendrían que seguir trabajando.

Los argentinos hemos logrado gran parte de los objetivos que nos fijamos hace cuatro años. Tenemos la prueba evidente de que nuestros sacrificios comienzan a dar fruto. Si en la etapa decisiva que nos aguarda tuviéramos el valor y el desprendimiento de estrechar filas y trabajar unidos, la victoria de la Nación sería una realidad histórica indestructible. Y digo "victoria de la Nación" y no del Gobierno ni de un partido porque he sostenido siempre que el único protagonista de esta hazaña es el pueblo argentino.

Mendoza: ejemplo vivo de la transformación del país

Mendoza es un ejemplo vivo de la transformación del país. Su inmensa y tradicional riqueza vitivinícola está siendo igualada por la riqueza que se extrae de los yacimientos petrolíferos.

De esta manera se complementan y enriquecen los recursos tradicionales de la zona.

Hemos dicho muchas veces que la economía nacional es una entidad indivisible y que las economías regionales y provinciales están integradas en esa unidad nacional. El petróleo que el país extrae del

subsuelo mendocino alimenta la industria de todo el país y también aporta importantes ingresos para el erario provincial. Pero, además, petróleo y gas significan petroquímica, es decir la producción de fertilizantes, plaguicidas, material sintético para envase de productos perecederos, todo lo cual revierte sobre la producción agraria de la economía. Petróleo y gas significan también ahorro de divisas al eliminarse este rubro de la cuenta de importaciones. En su lugar, se importan máquinas y materias primas que no se producen en la República y con ellas se moderniza y expande la producción industrial.

Los planes de desarrollo nacional asignan destacada prioridad a las inversiones en plantas energéticas, tanto térmicas como hidráulicas. El concepto moderno de estas inversiones es el de construir grandes centrales que abarquen y alimenten toda una región del país, mediante acuerdos interprovinciales y la acción combinada del poder central y los gobiernos provinciales. Es perfectamente factible coordinar jurisdicciones y recursos para que las inversiones resulten más económicas y productivas.

Consolidación de las autonomías provinciales

En esta forma, el federalismo se convierte en un concepto dinámico y las autonomías provinciales, lejos de debilitarse, se fortalecen cuando se implementan y asisten recíprocamente. Esta coordinación es un acto voluntario de la autonomía provincial, del mismo modo que los convenios de cooperación internacional son actos voluntarios de las soberanías nacionales.

Es fácil comprender, entonces, que en este esquema de desarrollo armónico de la Nación, no caben las viejas rivalidades localistas y los celos partidarios. Las provincias pueden estar gobernadas por hombres de distintos partidos políticos y es un hecho que en el Gobierno de la Nación colaboran hoy hombres de todas las tendencias. Es altamente conveniente que así sea, porque la unidad de acción y de objetivos históricos en una democracia no debe basarse en la uniformidad del partido único ni de gobiernos encasillados en rótulos partidarios.

La diversidad y la libertad de opinión son esenciales para el funcionamiento eficiente de cualquier democracia. Y lo son aún más en una democracia en pleno proceso de recuperación y en un país que libra la batalla decisiva de su liberación.

Como gobernante de esta Nación en marcha, mi más profunda preocupación es la de fomentar esta coincidencia vital de todos los argentinos en torno a los problemas de la República. Hemos asegurado y seguiremos asegurando la más amplia libertad electoral para que en cada provincia gobiernen quienes mejor interpreten la voluntad popular. Pero no nos damos por satisfechos con garantizar esta libertad fundamental. Deseamos que la convivencia democrática no se limite al respeto de la norma jurídica, sino que se manifieste en el diálogo político de todos los días, en la discusión parlamentaria, en la cooperación constructiva para adoptar y ejecutar una política del progreso moral y material de la Nación.

La conciliación es un deber sagrado

Los argentinos tenemos el sagrado deber, frente a la patria común, de olvidar los rencores que hasta hace poco nos dividieron. Tenemos el sagrado deber de elevarnos por encima de toda ambición o cálculo de sector o de hombres, para que no se malgaste el esfuerzo de derrotar al atraso y la pobreza. Vivimos en una de las tierras más ricas del mundo. Contamos con el respeto y la simpatía de la comunidad universal, que quiere nuestro triunfo y nos ayuda para lograrlo. Pertenece a un pueblo inteligente, pacífico y laborioso, que no comprende a los dirigentes y a los sectores que se empeñan en luchas y rivalidades que él —el pueblo— no comparte ni apoya. El pueblo está presente en cada gesto, en cada minuto de silenciosa labor diaria, para exigirnos tolerancia, comprensión y espíritu fraternal en la empresa de construir una nación próspera y feliz. Traicionamos ese mandato tácito pero evidente, cuando damos paso a la intriga, al rencor o a la ambición que nos separan.

Dios querrá iluminarnos para que por siempre desaparezcan de nuestra querida patria el recelo y la desunión. El porvenir está preña-

do de esperanzas concretas y de realizaciones de insospechada magnitud. Todos los factores internos y externos de la coyuntura argentina y mundial son favorables a nuestro progreso ilimitado. Solamente nuestra ceguera y nuestra desaprensión podrían retardar la victoria que tenemos por delante y nos espera.

No defraudemos al pueblo que nos contempla y a la historia que nos juzgará.

Expreso este mensaje de fraternidad y de esperanza, junto a un gobernante que no pertenece a mi partido. Quiero que el abrazo con que me estrecho a él frente al pueblo de Mendoza, sea el símbolo de la unión nacional, a la que estoy dedicado con todas las fuerzas de mi alma y de mi amor a mi patria.

La creación de la Bandera Nacional

*Discurso pronunciado en la ciudad de Rosario con motivo del
150 aniversario de la creación de la Bandera Nacional,
el 27 de febrero de 1962*

La bandera que la inspiración nacional de Manuel Belgrano legó a los argentinos fue izada por primera vez sobre el parque de campaña de un ejército en guerra. El general que lo mandaba quiso dar a sus soldados y al pueblo el símbolo de una soberanía que se disputaba aún en el campo de batalla.

Nació, ondeando al viento en estas barrancas del Paraná, como resuelta afirmación de una esperanza, como un signo de fe en que serían vencidos los peligros que acechaban a la nacionalidad emergente.

La bandera recién creada representaba la firme voluntad de un pueblo que peleaba por su libertad y estaba seguro de conquistarla.

El temple de los cruzados de la independencia no decayó ni en los momentos aún difíciles de la epopeya emancipadora.

El amor a la propia tierra y a su libertad sostuvo a la bandera de la patria en su tránsito por llanuras y montañas. Más allá de los Andes, sus colores condujeron e iluminaron la emancipación de otros pueblos. San Martín confirmó su dimensión americana.

Los ejércitos del Libertador se formaron con el aporte de todas las provincias y su jefe se negó a que participaran en las querellas intestinas que asomaban en la nueva nacionalidad. No hubo, para los héroes de nuestra independencia, otra misión que la de liberar a su tierra de la dependencia colonial. Por eso, la insignia de Belgrano no fue nunca emblema de sectores o de grupos, sino el símbolo de la unidad nacional, la insignia de todos los argentinos.

Bajó sus pliegues celestes y blanco, sucesivas generaciones lucharon por afirmar nuestra soberanía, por perfeccionar las instituciones

democráticas y por defender los ideales cristianos que nutren, de manera indestructible, nuestra conciencia de seres libres.

Somos producto de esa historia sin mácula. Somos custodios de una tradición que hizo grande a la patria y le atrajo el respeto del mundo.

Demos hoy gracias a Dios, nuestro Señor, al celebrar el 150 aniversario de la creación de la bandera nacional, y renovemos el juramento de nuestros padres.

Juremos luchar por la preservación de la libertad y de la democracia, por la sagrada inviolabilidad de la persona humana, por la soberanía nacional, por el credo que defendieron con su sangre los héroes del pasado y que alienta, intangible y eterno, en el corazón de cada argentino.

Repitamos hoy, para que el río Paraná la siga guardando en su memoria, la proclama que el 27 de febrero de 1812 Manuel Belgrano hiciera a los soldados de la Patria:

“Juremos vencer a los enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad.

En fe de que así lo juráis, decid conmigo: ¡Viva la patria!”.

Integración territorial y cultura nacional

Discurso con motivo del 50 aniversario de Presidencia Roque Sáenz Peña, transmitido por LRA Radio Nacional, el 1º de marzo de 1962

Hace cincuenta años, el 1º de marzo de 1912, se fundó un pueblo en el kilómetro 173. Un esforzado grupo de militares argentinos, pertenecientes al regimiento 6º de caballería, bajo el mando del comandante don Carlos D. Fernández, delineó el pueblo, despejó la selva, distribuyó los solares y cavó la tierra virgen en busca de agua.

El propio comandante Fernández solicitó posteriormente la venia del presidente Roque Sáenz Peña para designar con su nombre a la nueva población. Venciendo la resistencia del ilustre repúblico adujo como argumento definitivo que ya los pobladores habían bautizado con su nombre una picada que existía antes de la fundación del pueblo.

Así nació una de las más prósperas ciudades del Chaco, convertida en medio siglo en un emporio de trabajo y en centro algodonero de extraordinaria pujanza.

Esta ciudad es un símbolo del heroísmo de los soldados que conquistaron la selva y el desierto, y de los criollos y extranjeros que abrieron el surco, fundaron escuelas y aseguraron el ejercicio de la democracia en medio de tremendas dificultades.

A estos hombres que vencieron a la naturaleza y soportaron las penurias de todos los pioneros, la Nación les debe su homenaje y su eterna gratitud.

Hoy, la Nación Argentina, cuya grandeza es obra de trabajadores como estos, emprende una etapa que producirá una profunda transformación en la economía nacional y en el bienestar de sus habitantes. Uno de los primeros objetivos de este cambio histórico es el de reproducir en el interior argentino la potencia cultural y material de Buenos Aires. Con energía, caminos, transporte y servicios educativos y sani-

tarios, quebraremos para siempre la desigualdad y el aislamiento que fragmentaban nuestra geografía.

Desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego, el pueblo argentino está realizando una nueva epopeya: la de arrancar al subsuelo la inagotable riqueza de combustibles y minerales que dormía inexplorada; la de construir usinas y fábricas en toda la extensión de la República; la de unir con caminos y transportes modernos a todas las provincias entre sí, facilitando la rápida comercialización de sus productos y el intercambio cultural.

Recordamos hoy a los soldados que fundaron el pueblo Presidencia Roque Sáez Peña. Recordamos a sus primeros pobladores y a sus primeros inmigrantes. Su heroico esfuerzo convirtió a esas tierras en una de las más productivas de la República. Ahora, en el cincuentenario de su fundación, la República viene, por mi intermedio, a saludar con afecto a todos los habitantes de este gran emporio chaqueño y a decirle que la epopeya de sus fundadores será completada con la victoria que está obteniendo con su sacrificio el pueblo argentino.

El Presidente de la Nación se asoció al júbilo de esta fiesta y renueva su promesa de trabajar sin descanso por el progreso de todo el país y por el bienestar de todos sus habitantes. Pese a todos los contratiempos, el pueblo argentino está ganando la batalla de su liberación y de su progreso.

Los dos planes de gobierno y de acción política

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 1º de marzo de 1962

En la conversación de esta noche trataré de establecer las diferencias entre dos tipos de planes de gobierno. A esta altura de nuestra gestión, es frecuente oír a ciertos enconados críticos de ayer, aceptar que la obra cumplida en cuatro años es satisfactoria.

Pero –agregan– esto no tiene nada de extraordinario, pues el Gobierno ha realizado lo que cualquier otro hubiera hecho en estas mismas circunstancias.

Nada está más lejos de mi espíritu que envanecerme por los pasos dados en el camino del desarrollo, la legalidad y la paz social.

Estos pasos se han dado con el sacrificio del pueblo y con el esfuerzo de todos.

En consecuencia, el triunfo nos corresponde a todos.

Pero lo que no puedo ni debo admitir, en homenaje a este mismo sacrificio y a este mismo esfuerzo, es que se diga que hemos recorrido un camino obligado.

Nada más distante de la realidad.

Nuestro camino ha sido elegido y tenía, como aún tiene hoy, una cruel alternativa.

Existían entonces y existe hoy dos planes posibles de gobierno y acción política.

Uno de estos planes es el que expusimos al pueblo y que estamos ejecutando a pesar de todas las dificultades.

El otro plan resulta de la suma de las actitudes y opiniones con que cierta oposición enfrenta al Gobierno.

Podríamos, entonces, hablar de un plan del Gobierno y de un plan de la oposición, aunque el plan de la oposición no es coherente

ni uniforme y varía de acuerdo con las circunstancias y los sectores diversos que lo expresan. Existe una versión antigua del plan de la oposición que el pueblo conoce.

Y existe una versión moderna de él.

El pueblo la conoce porque sus teóricos no desaprovechan oportunidad para exponer en sesudos estudios las bases doctrinarias en que se sostiene.

Son algunos ortodoxos de la libre empresa, quienes encuentran que por nuestra parte no somos suficientemente libre-empresistas, porque establecemos un sistema de prioridades dentro de cuyo marco juega, con entera libertad, la empresa privada.

Pero los argentinos no olvidamos que ese tipo de falsa libre empresa hizo su propia experiencia en el país en tiempos igualmente críticos de nuestra economía.

Creo que los autores fueron hombres de buena fe, que amaban al país y deseaban vehementemente su bien.

Su preocupación estabilizadora se reflejó en una serie de concretas medidas de política económica y financiera que en su oportunidad fueron muy discutidas.

Pero el pueblo, que no se preocupa demasiado por las doctrinas y teorías, veía los resultados de esa economía, que es al fin lo que en esta materia importa. El punto extremo de esa política se vio en las provincias cuyanas. Se comenzó por arrojar el vino a las acequias para "defender" el precio del vino.

En esa época se difundió una broma que circuló mucho en los tablados de teatros de revistas y en las páginas de periódicos: se sostenía que era mejor que se emborracharan las vacas y no los hombres.

Arrojar el vino a las acequias fue el gesto casi espontáneo de una economía que no encontraba otro medio para defenderse.

Ese mismo vino podría haber entrado en el consumo, creando una mayor demanda, o podría haber sido exportado para obtener divisas.

Pero no solo se arrojaba el vino a las acequias, sino que se procedía también a arrancar las vides y a establecer cuotas para el cultivo.

He querido hacer esta referencia porque hay políticos opositores que desean para el país este tipo de economía.

No hace mucho, un distinguido economista, que merece mi mayor consideración y respeto, exponía esta tesis en una serie de artículos publicados en un diario de amplia circulación.

La teoría es muy simple.

Se trata de organizar una economía de escasez y no una economía de abundancia como corresponde.

Se trata de estimular el trabajo mediante la desocupación.

Mientras nuestra política consiste en fomentar la productividad por la expansión del mercado, la otra política consiste en fomentar la competencia de la mano de obra por la escasez del trabajo.

La masa de desocupados, al mismo tiempo que debe nivelar los salarios, debe servir también para debilitar al movimiento obrero.

Si esto se hiciera, se llegaría a las largas filas de desocupados frente a las llamadas "ollas populares".

El recuerdo es doloroso, pero al mismo tiempo estimulante.

Ustedes y yo sabemos que este espectáculo ya no es posible en la Argentina y que nunca se repetirá.

A juicio de muchos opositores, nuestro mal radica en un exceso de población y en el abandono que hemos hecho del viejo esquema según el cual producíamos materia prima y alimentos para la exportación y consumíamos productos elaborados y enseres procedentes del exterior.

He aquí la debilidad esencial de la tesis que quiere reemplazar el plan que estamos llevando adelante: este país tiene ya más de 20 millones de habitantes y no los ocho millones de cuando aquel esquema podía ser válido, ni los doce millones de cuando se lo puso en práctica con el resultado que acabo de relatar y que tan tremendo fue para el pueblo.

No obstante, se insiste con él.

Si ya no es posible eliminar nuestra poderosa industria liviana de artículos de consumo, se desea mantenerla en el punto al que ha llegado y no atrevernos a la empresa de producir nuestro acero y nuestro combustible, nuestras máquinas para fabricar máquinas, ni nuestros tractores que aumentan la producción agropecuaria.

Se insiste, igualmente, en contener el alza de los costos manteniendo los salarios bajos gracias a una pretendida "razonable" cuota de desocupación.

Por el manejo del crédito y los impuestos se trata de alentar la producción de los artículos primarios y no dar cabida a los rubros esenciales del desarrollo.

Este es el plan de la oposición.

El plan que se opone sistemáticamente al nuestro, como alternativa inexcusable, como remedio para los males que padecemos.

Y yo diré que no hay duda de que padecemos males, pero solo como consecuencia de la falta de un ritmo adecuado en el proceso de desarrollo en que estamos empeñados.

Quiero exponer ahora, una vez más, cuál es el plan de Gobierno. Trataré de hacerlo de una manera muy simple. Partimos del estudio de la situación en que se encontraba la República en 1958 y de la búsqueda de una solución orgánica a cada aspecto de esa situación. En 1958 el país atravesaba una crisis política y económica sumamente grave.

La crisis económica se expresaba en diversas formas: no teníamos reservas para atender deudas exteriores de muchos millones de dólares.

Nadie podía prestarnos dinero si antes no cumplíamos con nuestros acreedores y resolvíamos viejos pleitos con empresas extranjeras que ejercían influencia en la banca internacional.

Parte importante de la industria nacional se hubiera visto obligada a cerrar sus fábricas porque no teníamos divisas para importar combustibles, acero, maquinaria y otros elementos indispensables para hacerla funcionar.

La producción del campo, o sea carne, lana, cereales, estaba en retroceso y podía haber llegado a no satisfacer el mercado interno.

Dicha situación planteaba la disyuntiva de exportar carne y cereales a fin de obtener las divisas necesarias para importar combustibles y otros materiales, reduciendo el consumo popular de carne y pan –o sea hacer padecer hambre–, o bien mantener este consumo a costa de suprimir todas las importaciones y matar a la industria –o sea producir desocupación–.

Es decir, teníamos que elegir entre el hambre y la desocupación, que es como elegir entre la escasez de alimentos y la falta de dinero para comprarlos.

A todo esto se sumaba el déficit energético, el estado deplorable del transporte y la falta de caminos.

En suma, vivíamos en una de las tierras más ricas del mundo, pero no podíamos pagar nuestras deudas, teníamos cerrado el crédito y la economía sufría una parálisis que iba a desembocar, a corto plazo, en la desocupación y la miseria para el pueblo argentino.

¿Era irremediable esta situación?

¿Nos encontrábamos acaso en un callejón sin salida? De ninguna manera.

Había una salida y era perfectamente factible encontrarla.

Nosotros la propusimos al pueblo y el pueblo la aprobó en los comicios.

La salida era el desarrollo de los recursos naturales del país, aunque dicho desarrollo costara muchos sacrificios transitorios.

Teníamos en el subsuelo nacional enormes depósitos de petróleo y gas, de hierro, de carbón y de otros minerales.

Teníamos agua en abundancia para conquistar nuevas tierras para la agricultura y para proveernos de energía hidroeléctrica.

Teníamos materiales para construir caminos, aeródromos y viviendas.

Teníamos una industria liviana altamente desarrollada, a la que solo había que alimentar con energía eléctrica y materias primas de extracción nacional.

En síntesis, debíamos romper el círculo vicioso de una economía basada en la exportación de carne y cereales, cada vez más difícil, y la importación de combustibles y materias primas, cada vez más caros, y que dormían enterrados bajo nuestros pies.

Para hacerlo necesitábamos vencer viejos prejuicios, enfrentarnos con intereses vetustos, promover la adhesión popular a un programa que al principio impondría sacrificios a la población y, por último, recuperar la confianza y la buena voluntad del mundo exterior.

Este esfuerzo era revolucionario en sus alcances.

Para emprenderlo necesitábamos hacer una revolución previa en los espíritus, es decir, superar la crisis espiritual que tenía dividido y confundido al pueblo.

Si no lográbamos unir a los argentinos y si no los movilizábamos en una lucha nacional de liberación, no podríamos ejecutar el programa de desarrollo económico.

Ningún plan teórico, ningún grupo de economistas o de políticos son capaces de transformar a una nación si el pueblo no acepta y hace suyo el programa.

Además, el mundo exterior no podía venir en nuestra ayuda si no se procedía rápidamente a restaurar la democracia representativa, el orden institucional y la vigencia del derecho.

Las naciones desarrolladas que podían ayudarnos no confían en países anarquizados y que viven fuera de la ley.

Por eso, nuestro programa se resumía en tres postulados esenciales e inseparables: legalidad, paz social y desarrollo.

La legalidad significa el funcionamiento pleno de la democracia, sin distinciones ni exclusiones, el acatamiento sin reservas a los tres poderes de la Constitución, y la vigencia plena del derecho para nacionales y extranjeros.

La paz social significa el reconocimiento de los derechos patronales y de los derechos obreros, y el concepto de que las ganancias legítimas del capital y el bienestar creciente de la clase trabajadora no son incompatibles.

El desarrollo significa quebrar la relación de dependencia de una economía estancada y sustituirla por la independencia de una economía en expansión. Comprendimos desde el primer momento que este programa de legalidad, paz social y desarrollo, era el programa de toda la Nación Argentina.

Por eso, en cada uno de nuestros mensajes reiteramos la convicción de que el programa no era nuestro ni de nuestro partido solamente, sino de toda la nación. Hablamos de un programa para 20 millones de argentinos.

Para esto había que terminar con el rencor político, pues no podíamos reconstruir el país sobre la base del divorcio permanente de la familia argentina.

Esto era y sigue siendo elemental. Nuestro plan de gobierno es, pues, de toda la nación.

Al servicio de este plan, sancionado por la inmensa mayoría del pueblo, pusimos nuestra energía, nuestra paciencia, nuestra tolerancia.

Y lo concretamos en hechos: dimos una ley de olvido, levantamos las proscipciones, devolvimos los sindicatos y la central obrera a los trabajadores, garantizamos la más completa libertad de sufragio y el derecho de opinión, restauramos los mecanismos institucionales, arreglamos las controversias con empresas nacionales y extranjeras, restablecimos el crédito exterior del país, recorrimos el mundo para reconquistar su confianza, sentamos las bases de la independencia económica con las grandes conquistas del petróleo, la siderurgia, la radicación de capitales, la rehabilitación del agro, la energía, la vialidad y los transportes.

El plan de la Nación está en marcha y, en buena parte, se está logrando.

Quedan así esbozados los dos programas y espero haber demostrado que no estamos haciendo lo que cualquiera hubiera hecho en nuestro lugar. No dudo de que otros pudieron hacerlo mejor.

Pero sostengo que hemos elegido un camino, entre dos posibles, y hemos elegido el mejor.

Pero existe también una actitud política que, por su forma de operar, aparece con las características de un verdadero plan.

No obstante, dicha actitud no tiene más objetivo que evitar los éxitos del Gobierno, aunque para ello haya que sacrificar el destino de la Nación y del pueblo.

En definitiva, hay quienes sirven al interés antinacional, aunque muchas veces lo hagan sin advertir la gravedad de su actitud.

También quiero hablar de sus procedimientos.

Es un plan que consiste en impedir, trabar o retardar la ejecución del plan de la Nación.

Frente a nuestro programa de unidad nacional, hay políticos que persisten en dividir a los argentinos.

Lo que se procura es impedir que el Gobierno logre un gran apoyo del pueblo en torno a los grandes objetivos nacionales.

Lo que se busca es el fracaso de estos objetivos mediante el enfrentamiento del Gobierno con algunos sectores populares.

Por un lado, se fomenta la legítima aspiración del pueblo a que se reconozcan sin restricciones sus derechos. Por otro lado, esos mismos políticos amenazan al Gobierno para que no restaure esos derechos.

Ese no es un plan nacional porque perturba permanentemente los intereses de la Nación.

Cuando el Gobierno dicta una ley de asociaciones profesionales y devuelve la central obrera, se dice que está creando un monstruo totalitario.

Pero cuando esa misma central obrera declara un paro para impedir el cumplimiento de uno de los objetivos nacionales (como en el caso de la racionalización ferroviaria) se apoya y estimula la huelga.

Cuando el Gobierno inicia un vasto plan de reorganización administrativa al reducir la burocracia y el déficit fiscal, se alega que está dejando sin pan a esforzados servidores públicos.

Si el Gobierno por no tener dinero se retarda en indemnizar a los obreros, se ataca al Gobierno acusándolo de insensibilidad.

Si se los indemniza, como lo estamos haciendo en este momento, se dice que tiramos a la calle los dineros públicos.

Estos opositores son perturbadores del orden institucional, porque recogen y propagan el rumor para crear un clima de conspiración y difunden en el exterior la falsa imagen de un país anarquizado.

Este plan, cuyo objetivo es paralizar al país y mantenerlo dividido y convulsionado, no es el de todos los opositores del Gobierno.

Existen opositores sinceros, que discrepan con el gobierno en cuanto a la magnitud y oportunidad de algunas medidas o porque creen que el desarrollo nacional debe hacerse solamente con capital argentino o porque estiman erróneo el orden de prioridades en el desarrollo o porque asignan mayor urgencia a lo social que a lo económico.

No puedo dejar de recordar en este momento a ese digno adversario que fue mi amigo Crisólogo Larralde, y los problemas que tuvo que soportar a causa de ello dentro de su partido.

Estas críticas constructivas ayudan a la Nación a buscar su camino.

El plan negativo que comentamos responde a una mentalidad que no es la del empresario argentino moderno, consciente de sus derechos y obligaciones sociales.

Responde a una mentalidad que no es la de los políticos modernos, que saben que no hay política posible al margen del interés nacional y de las aspiraciones del pueblo.

Esta mentalidad que se opone al plan nacional, corresponde a una etapa concluida de la evolución del país.

Es la mentalidad que habla de soberanía y de independencia sin reconocer que estos son conceptos teóricos mientras no se apoyan en la realidad de una nación unificada alrededor de sus grandes ideales espirituales, y que en el campo material explota sus recursos naturales y crea la sólida estructura económica que defiende a la misma Nación de las presiones y del dominio exterior.

Soberanía e independencia son conceptos teóricos mientras no se apoyen en la realidad de una nación que cree una retaguardia inexpugnable a los ejércitos que protegen sus fronteras.

Esta mentalidad está superada por las fuerzas progresistas del capital nacional y por el vigor y la conciencia argentina de la clase obrera.

Pero libra su batalla postrera, en momentos en que el país le vuelve la espalda para siempre.

Se disfraza tras los más diversos matices ideológicos y alienta a la izquierda contra el gobierno cuando el Gobierno defiende la legalidad y el orden y alienta a la derecha contra el Gobierno cuando el Gobierno defiende la soberanía nacional y la cimenta en la obra perdurable y positiva del desarrollo económico.

A veces se disfraza, incluso, de progresista, pero propicia un desarrollo limitado y quiere frenar las justas reivindicaciones sociales del pueblo.

En vano invoca los fueros del espíritu y de la nacionalidad.

Nuestro pueblo, que es cristiano y profundamente nacionalista, sabe que su conciencia individual y su dignidad nacional son invulnerables en una nación libre del espectro de la desocupación y la miseria.

Esta es la nación que el pueblo argentino está construyendo con su esfuerzo.

Todo argentino tiene la obligación moral de escoger entre la desunión y el atraso del pueblo, por un lado, y la unión fraternal, sin rencores y el progreso del pueblo, por otro lado.

Así convertiremos a la Nación Argentina en un Estado moderno, organizado en democracia y libertad, con altos niveles de producción y de consumo, y con un pueblo espiritualmente unido y seguro de la virtud de su tradición cristiana y de su vocación nacional.

Los dos extremismos: peronista y antiperonista

Discurso pronunciado por radio y televisión, el 8 de marzo de 1962

Me he preguntado en estos días si debía volver a responder o no a quienes afirman que estas charlas no son un diálogo.

Sostienen que el Presidente monologa y que ha descendido a la arena política, lo que, a juicio de ellos, constituye grave falta.

Que esto no es un monólogo lo sabe usted, ciudadana, que me escucha y lo sabe usted, ciudadano, que en estos tiempos políticos le dedica al televisor o a la radio más tiempo que el habitual.

El jueves último me ocupé de los dos planes económicos y de los dos programas de acción política que considero posibles.

Pues bien, no solo al día siguiente, sino todos los días que se sucedieron hasta hoy mismo, los espacios radiales y de televisión que el Estado cede gratuitamente a los partidos políticos y los que estos adquieren con su propio peculio, han estado destinados en buena parte a polemizar con el Presidente.

Los he escuchado y los he visto.

Con el mismo énfasis con que sostienen algunos políticos que carecen de libertad para expresarse, mientras formulan las críticas más agrias a mi gestión de gobierno, otros se empeñan en quejarse de la falta de diálogo, mientras dialogan vivamente.

Alguno ha dicho, al pasar, que las cosas ofensivas que dicen contra mí las profieren sin ánimo ofensivo.

Sea esto cierto o no, la verdad es que no he visto a alguno de ellos se le siga juicio por desacato.

Ni siquiera se les llama la atención.

Siguen disponiendo de espacios gratuitos y pagados en la radio y la televisión, para criticar, para dialogar y hasta para insultar.

Criticán, dialogan e insultan a veces sin saberlo.

Quizá fuera más justo que ustedes, los millares de oyentes que ahora están sentíos frente al televisor o la radio, se quejaren de la falta ocasión para dialogar.

Porque es prácticamente imposible que yo lo haga con cada uno de ustedes.

Es lógico, entonces, que esperen ser interpretados o bien por mí, si están de acuerdo con mis palabras, o bien por los jefes políticos de la oposición, si están disconformes con ellas.

Si así no ocurre, es decir, si ustedes no son interpretados por los jefes políticos de la oposición, es porque algo está sucediendo en este país sin que algunos dirigentes políticos lo adviertan.

Y lo que está pasando es simplemente que las partes positivas y nacionales de los programas de los diversos partidos políticos han sido incorporadas a la acción de gobierno; pertenecen a todos y se están realizando.

Esto es lo que desconcierta a esos dirigentes políticos.

En lugar de luchar los opositores por que tales ideales se lleven a la práctica con mayor fuerza o vigilar su cumplimiento estricto, hacen como si ignoraran que se están llevando adelante y reclaman lo que el país ya está alcanzando mediante el esfuerzo del pueblo y del Gobierno.

Por eso no pueden descender a recoger las observaciones de orden práctico, que cada uno de ustedes tiene que formular.

Por eso el diálogo resulta difícil.

Está perturbado por las pasiones partidistas y personales, que impiden ver el cuadro de la realidad argentina con claridad.

No creo estar exento de esta crítica general que formulo.

Pero lo que sí les digo, es que hago todo lo que puedo para abandonar prejuicios y mirar objetivamente una realidad sobre la cual, por mandato de ustedes, tengo que gobernar.

He sido testigo y actor de la política argentina de los últimos treinta años.

No siempre actué con objetividad y con aciertos.

Me apasioné, cometí errores de juicio y de acción, y a veces no serví al interés colectivo, aunque sinceramente creía servirlo.

Tampoco tengo la jactancia de creer que ahora estoy siempre en lo cierto.

Por eso me preocupa permanentemente el juicio de los demás y trato de desarrollar mis propias facultades de autocrítica.

Uno de los ejercicios mentales que suele ayudarme para mantener la serenidad y la objetividad, es el de reflexionar sobre los treinta años de la vida política argentina que me tocaron presenciar de cerca.

Esta noche les propongo hacer el mismo ejercicio.

Esta historia comienza con un acto de intolerancia: la quiebra de la continuidad institucional en 1930, después de casi ochenta años de laborioso y esclarecido proceso de organización, a cuyos promotores les debemos gratitud eterna los argentinos.

Desde 1930 y hasta 1943 quedó subvertido en su esencia el régimen democrático.

Los políticos habían instigado a algunos militares para que salieran de los cuarteles a fin de asegurar el ejercicio de la democracia.

Pero en lugar de la democracia prometida, una minoría se estableció en el poder mediante el fraude, al que se dio en llamar "patriótico".

Muchas veces hemos hablado ustedes y yo de qué es lo que había tras esta crisis política, como que sigue siendo el tema de nuestro tiempo, puesto que es el punto de partida del proceso a que asistimos.

Ella transcurría en un país enfrentado a otra crisis, de efectos aún más perentorios: la caducidad de una estructura económica que había funcionado sin tropiezos mayores hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

Esta estructura ya no satisfacía las necesidades de un país en crecimiento.

Estaba basada en un régimen de intercambio exterior que comenzaba a sernos desfavorable y cuyos resultados serían cada día más contrarios a nuestra posición en el mercado mundial.

Los Gobiernos que sucedieron a la revolución del 30 eran doblemente ineficaces para resolver esta crisis.

Por una parte, carecían del respaldo popular necesario para plantear al pueblo soluciones de sacrificio y, por otra parte, seguían careciendo del programa indispensable para emprender las reformas exigidas por la crisis.

Es justo reconocer que ningún grupo político le ofrecía al país, por entonces, una salida orgánica de la crisis.

A lo más, dentro y fuera de los partidos tradicionales, se manifestaban tendencias que procuraban captar la realidad argentina y colocar al país en condiciones de marchar al compás de los tiempos.

Esta búsqueda de una salida se hacía a tientas y con grandes dificultades.

Recuerdo que algunos políticos y sociólogos extranjeros, que por entonces visitaban el país, anunciaron la inminencia de un golpe que ni el oficialismo, ni la oposición supieron ver.

Así sobrevino la revolución del 4 de junio de 1943, que procuraba ser la última revolución, y cuyo programa consistía en terminar con el fraude y crear las condiciones de retorno a la esencia popular y nacionalista del yrigoyenismo.

Algunos jefes llegaron a proclamar su identidad con la política social e internacional de Yrigoyen.

De la revolución del '43 surgió un movimiento de raigambre popular que, por obra de su jefe, quiso lograr, sin conseguirlo, la alianza con el radicalismo, para ejecutar una política de justicia social.

El pueblo que había perdido la confianza en los partidos políticos y en la democracia, como consecuencia de trece años de burla sistemática a la voluntad popular, apoyó al peronismo en las elecciones de 1946.

Desde entonces, la política argentina se congeló en los términos antagónicos de peronismo y antiperonismo.

Y de allí nació la oposición tenaz y sin cuartel al peronismo.

Esta actitud, negativa en la práctica, facilitó la permanencia de su jefe como único caudillo de masas y anquilosó la acción crítica y dinámica de la oposición.

En lo económico el error fundamental del peronismo consistió, a mi juicio, en no entender que así como no puede haber una política

económica que se desentienda de la justicia social, tampoco puede mantenerse una política de justicia social sin base económica.

No se puede repartir la riqueza que no existe.

Si el peronismo hubiera invertido las reservas acumuladas por el país durante la guerra, en explotar el petróleo, el hierro y el carbón, en construir usinas hidroeléctricas y caminos, en modernizar el transporte y en mecanizar al agro, su política social hubiera tenido bases económicas permanentes.

Sin esas bases, su final era previsible. Ante el fracaso de dicha política, se alentó el enfrentamiento de los sectores sociales.

Y necesariamente, en esas condiciones, la situación creada no podía terminar sino por una revolución, es decir, violentamente.

De movimiento nacional que realmente era, aun con todos sus errores políticos, económicos y sociales, pasó a ser facción.

Paradójicamente, el peronismo se convirtió, desde el poder, en una fuerza extremista.

El régimen se aisló del pueblo en general y con él aisló a la clase obrera de los otros sectores, al querer convertirla en su único sostén político.

Su crisis moral se expresa en el enfrentamiento con la Iglesia.

La revolución del '55 tuvo como propósito declarado restablecer un régimen de libertad y evitar el enfrentamiento entre los argentinos.

En el momento de su estallido, estábamos al borde de la guerra civil. La historia hará justicia a todos los argentinos que contribuyeron a evitar dicha guerra civil.

Pero, desde ya, podemos decir que el pueblo, en su conjunto, fue quien conquistó la paz.

Al margen de este sentimiento general del pueblo, que el jefe de la revolución interpretó en la frase: "Ni vencedores, ni vencidos", quedaron definidas dos posiciones, cruelmente antagónicas y que pronto tuvieron nombre propio: el extremismo antiperonista, que se llamó a sí mismo "gorila", y el extremismo peronista que se autodenominó "duro".

El primero aspira a borrar todo rastro de peronismo, como si no hubiera existido.

El otro aspira a borrar todo rastro de Revolución Libertadora, como si no hubiera ocurrido.

Los dos son retornistas. Ambos se nutren en el pasado y aspiran a volver a él. Como si esto fuera históricamente posible.

Sean cuales fueren los errores en que incurrieron los hombres de la Revolución Libertadora, lo cierto es que ella concluyó su misión entregando el gobierno a quien no era su candidato.

La revolución de 1930 desembocó en el continuismo por el fraude; la de 1943 fue continuista, quizás aun a despecho de la voluntad de algunos de sus actores.

El "continuismo" que albergaba en su seno el Gobierno revolucionario de 1955 fracasó ante la firme voluntad de las Fuerzas Armadas de cumplir la promesa de garantizar la pureza comicial y de entregar el poder a los elegidos por el pueblo.

Esto honra a los jefes militares que lo hicieron posible.

El gobierno que presido recibió el poder de una inmensa mayoría del pueblo que lo votó en comicios libres.

Hace poco celebramos el cuarto aniversario de un encuentro popular, casi sin precedentes en nuestra historia.

Pero conviene recordar que, al mismo tiempo, al margen de esta voluntad masiva, que votó la legalidad, la paz social y el desarrollo, quedaban los dos extremismos enunciados.

El pueblo llama indistintamente "gorilas" a unos y a otros. "Gorilas" antiperonistas y "gorilas" peronistas. Estos no quieren la paz. Quieren la victoria de sus propias pasiones sobre todo el país y por encima de todo interés nacional.

Los extremistas antiperonistas no se han dado tregua en estos últimos cuatro años. Antes de que nos fuera entregado el poder, conspiraron para que así no ocurriera. Después de entregado, organizaron golpe tras golpe.

No es verdad que ellos se recluten entre los jefes y oficiales de nuestras Fuerzas Armadas.

Están principalmente en los partidos políticos, constituyendo en su seno minorías activas, que contra el sentir de los dirigentes mayoritarios y de la masa de afiliados, crean focos de perturbación y desorientación.

Pero están también fuera de la actividad política partidaria.

Y en este plano constituyen elementos de lo que llamé en mi discurso de Paraná, el "comando unificado", en el que militan persona-

lidades de gravitación en la vida civil que, declarándose apolíticos, no hacen otra cosa que tratar de imponer al Gobierno que ejecute la política que responde a sus propios y únicos intereses.

Propios y únicos intereses, los de estos señores, que son incompatibles con los intereses políticos, culturales, sociales y económicos de la Nación.

En su conjunto, aspiran a constituir una suerte de aristocracia, a la que el destino, según sus propias creencias, le hubiera confiado la suerte de la República.

Los "gorilas" peronistas se han empeñado también en estos cuatro años en hacer imposible la conciliación de los argentinos.

Tienen algunos conatos de golpes en su haber y hasta alguna acción de guerrillas, tan quimérica como ajena a la índole de nuestro pueblo y al proceso nacional que vivimos.

Pero su campo de acción se ha dado preferentemente en el medio gremial, tratando de perturbar la vida de los sindicatos y su normalización.

El sabotaje, el terrorismo y aun el golpe han sido sus armas habituales, que costaron muertos y heridos al país.

Por paradoja, muy explicable, han concluido por darse la mano con el otro extremismo y concertar algunas acciones en conjunto.

Es que ambos, independientemente de la voluntad de sus actores, son instrumentados por el "comando unificado".

Este, ligado a un interés extranacional, alienta a todo extremismo que perturbe una acción de gobierno que tienda al pleno desarrollo nacional, es decir, a la plena independencia.

Felizmente, el pueblo ha tenido confianza en el proceso que impulsó con su voto el 23 de febrero de 1958 y ahora comienza a tener a la vista algunos de los resultados del esfuerzo que le fuera requerido.

Fruto de esta claridad es la derrota constante de toda clase de extremismos cada vez que el pueblo se puede pronunciar con libertad.

Hemos llegado a un punto de esta conversación en el que, obligadamente, debemos volver al comienzo.

En estos años de gobierno hemos logrado algunos avances concretos. Lo hicimos cumpliendo un programa que no era de un partido, sino que procuraba comprender a todo el país y a todos sus sectores.

Esto explica por qué hemos llevado adelante postulaciones en las que ponen especial énfasis otras agrupaciones.

De allí que tales puntos programáticos, al realizarse, se transformen en patrimonio de la Nación. Esto no es de hoy.

Las plataformas políticas son circunstanciales, puesto que constituyen los puntos tácticos de un programa ideal, adecuado al tiempo en que han de aplicarse.

Por eso, puntos que figuran en un partido como revolucionarios, son incluidos por otros, cuando la necesidad histórica requiere que efectivamente sean aplicados.

Así, por ejemplo, muchos puntos de la programática más revolucionaria de los partidos más izquierdistas de comienzo de siglo, parecen hoy reaccionarios.

Recuerdo que cuando los radicales aprobamos nuestro programa de Avellaneda, algunos socialistas se me quejaron porque al lado del nuestro, el programa mínimo de ellos aparecía como conservador.

Me decían, además, que tenían dificultades en adecuar el propio programa a la nueva realidad por temor a las corrientes partidarias más extremistas que, abierta la puerta a los cambios, quién sabe adónde hubieran querido ir a parar.

Pero no se trata de esto.

Ahora, para mí, ya no es cuestión de programas más o menos avanzados, sino de avanzar realmente, en la medida de las posibilidades, hacia la construcción de una nación libre y poderosa, capaz de brindar bienestar a todos sus habitantes.

En este camino, el país ha ido más adelante, en materia de justicia social y de libertad, de los puntos que aún inscriben en sus programas partidos que se autotitulan de izquierda o liberales.

Los partidos de filiación cristiana podrían quejarse contra nosotros con igual derecho, porque hemos dado la libertad de enseñanza que ellos postulan, porque defendemos el núcleo familiar en los términos que ellos preconizan y porque la jerarquía eclesiástica ha sido requerida por el Gobierno para que interviniera en la solución de pleitos gremiales.

Podría protestar también contra nosotros el conservadorismo, porque hemos realizado puntos programáticos que ellos no pudieron cumplir cuando fueron gobierno.

Así garantizamos la propiedad y aseguramos la libre empresa.

Pudimos hacerlo porque la propiedad constituye un derecho que interesa al pueblo todo y porque la libre empresa es el resorte que impulsa el desarrollo, cuando se han establecido adecuadas prioridades.

Pero pudimos hacerlo, sobre todo, porque contamos con el apoyo popular suficiente, del que carecían los conservadores.

Y es lógico que el pueblo resistiera aun las sanas medidas que preconizaran, no solo porque no les daban contenido social adecuado, sino porque pretendían construirlas sobre el fraude, o sea, contra la voluntad popular. Sé que mis críticos dirán ahora que no me avergüenzo de confesar que me he apropiado de sus programas y que esto constituye una muestra de falta de pudor inigualado.

Desde ya les contesto: los grandes ideales de la nación pertenecen a la nación en su conjunto, no a un sector.

No gobernamos para los dirigentes partidarios, gobernamos para el país.

Por eso hemos podido hacer para el interior más de lo que se ha hecho en el último cuarto de siglo, al quebrar el cerco de los 300 kilómetros que en torno de la capital constituía un núcleo de privilegio a expensas del resto del país.

Por eso ha sido posible dar satisfacción a demandas obreras, aun a despecho de muchos de los propios dirigentes gremiales empeñados en mostrarse "duros" para mantener una primacía política sobre sus organizaciones.

Por eso, y sin que ello entrañe contradicción alguna, satisfacemos demandas de lo empresarios.

Para ellos, la ampliación del mercado interno y la proyección hacia el exterior les brinda un campo de acción cada vez más extenso.

Para los trabajadores no solo no existe desocupación, sino que hay cada vez mayores oportunidades de empleo y el acceso a los nuevos conocimientos técnicos les brinda la ocasión de mejores remunera-

ciones. La política que hacemos es nacional. Por serlo, es de tolerancia y convivencia.

En ella no tienen cabida los extremismos, que, en consecuencia, se muestran más exacerbados, en tanto son minorías cada vez más restringidas. La intolerancia está proscrita.

Tanto más la intolerancia racial, a la que quiero referirme aunque sea muy sucintamente.

Ella, que ha aparecido como un brote tan violento como reducido, no es más que una manifestación extrema de un falso nacionalismo que exacerban deliberadamente algunos sectores interesados.

Nos preocupa porque afecta a un grupo de jóvenes, no importa cuán reducido sea su número.

Estoy convencido de que esta manifestación de intolerancia es solamente episódica.

Corresponde a padres y maestros influir sobre esta juventud profundamente equivocada, para que comprenda que el camino que pretende recorrer no es nacional, que bordea frecuentemente el delito y que a menudo cae en él.

Contra ellos se aplicará, cada vez que sean descubiertos en actos criminales, todo el rigor de la ley penal.

La política que hacemos es nacional, por eso se proyecta con esos caracteres en el exterior.

Porque estamos construyendo las bases que hagan efectiva nuestra propia autodeterminación como pueblo, defendemos la autodeterminación de las demás naciones y, en forma especial, de las naciones del continente.

Pero nuestra preocupación máxima es preservar la unidad nacional y, en tal sentido, estoy convencido de haber obrado bien al tener la serenidad suficiente como para colocar esta unidad, cuando ella peligraba, por encima de toda otra consideración.

Estoy firmemente convencido de que esta es la etapa de la vigencia plena de la soberanía del pueblo y que los pueblos, por eso, encontrarán su camino a despecho de los intereses de los monopolios que no tienen patria.

Y que por no tener patria colocan sus intereses particulares por encima de las intereses generales de cualquier país, aun de aquellos en los que tienen punto de partida.

Estas son las reflexiones que me suscitan los 30 años de historia que acabamos de recorrer.

Las entrego a la consideración de mis conciudadanos de todas las clases, sectores y profesiones.

Estas reflexiones aspiran a ayudarlos a comprender los términos reales del problema político de nuestro pueblo. Términos reales del problema político, oscurecidos por un insistente martilleo sobre cuestiones que solo sirven de pretexto a los adversarios de la recuperación nacional. Adversarios que anticipan maniobras y atribuyen intenciones a largo plazo.

Adversarios que hablan de maquiavelismo y de crisis moral.

Y, sin embargo, todo ello constituye una cortina de humo para distraer al pueblo de sus labores pacíficas y envolverlo en estériles disputas y especulaciones antojadizas, con la vana esperanza de que se confunda y se asuste.

Toda esta intriga menuda no pasa de los límites también reducidos de una minoría que siembra la alarma.

El pueblo no la escucha. Es como el soldado que en la trinchera se está batiendo con el enemigo y a quien se le pretendiera distraer contándole cuentos de brujas y fantasmas.

El pueblo se bate por el mañana. La intriga agita los fantasmas de un pasado que el pueblo ha dejado atrás, porque está demasiado ocupado en vivir su presente y en forjar su porvenir.

El avance de la Patagonia es el fundamento de la Argentina potencia mundial

Discurso pronunciado en Comodoro Rivadavia, el 10 de marzo de 1962

Me es grato dirigirme al país desde Comodoro Rivadavia, símbolo de la Argentina nueva que estamos construyendo entre todos los argentinos.

Aquí y en los yacimientos del norte y del extremo sur de la República, se ha librado y ganado la batalla del petróleo, punto de partida de la transformación nacional.

Aquí, en la vasta extensión de la Patagonia, se están creando los principales instrumentos de la liberación nacional. Puede decirse, sin exagerar, que la Patagonia es la región clave de la transformación de nuestra patria. Cuando se completen los planes de desarrollo que están en plena ejecución, el potencial económico de esta región será igual o superior al del resto del país. En otras palabras, el desarrollo patagónico duplicará la actual riqueza argentina; será como si se agregara otro más al que ya existe.

Cuando examinamos la obra realizada en estos cuatro años y que sigue un curso ascendente en los proyectos que se están elaborando y ejecutando, cuesta explicarse el olvido en que se tuvo a esta fabulosa región austral durante todo el proceso de crecimiento de nuestro país.

Este olvido ha sido la más flagrante evidencia de la política tradicional que concebía al país como un apéndice agropecuario de las potencias industriales de ultramar. Esta política se limitó a desarrollar el agro dentro de los límites abarcados por las praderas húmedas del litoral y a centralizar la industria liviana y el comercio en un radio de 300 kilómetros en torno del puerto de Buenos Aires. Esta política dio la espalda al interior de la República y a estas inagotables riquezas patagónicas durante muchos años. Esta política de abandono de

las reservas naturales de un país políticamente soberano significaba frustrar a la larga esa soberanía política, puesto que la economía nacional era cada vez más dependiente de los intereses monopolistas del exterior. Cuando la estructura de la Argentina pastoril entró en crisis desde la década de 1920-1930, por razones internas y externas que fuimos explicando reiteradamente, nuestro país estuvo indefenso, inerme, para superar esa crisis. Hoy mismo, pese al enorme esfuerzo realizado por nuestro pueblo en estos cuatro años, tropezamos aún con el grave problema del estancamiento de nuestras exportaciones y la consiguiente retracción de nuestro poder de compra en el exterior. Me trevo a afirmar que si el pueblo argentino bajara la guardia ahora y creyera que nuestros problemas básicos están totalmente resueltos y no impidiera celosa y activamente el retorno de la vieja política, la obra de estos cuatro años quedaría trunca y frustrada.

Desde aquí, desde la Patagonia, desde esta grandiosa reserva argentina, afirmo que la batalla decisiva por el desarrollo económico y el reciente bienestar del pueblo se va a librar en los próximos cinco años. Y que la Patagonia va a ser el campo principalísimo de esa batalla.

En lugar de dormirnos sobre los laureles conquistados, propongo al pueblo que se una y se empeñe por completar urgentemente el proceso de liberación integral. Para ello es menester hacer un tremendo esfuerzo tendiente al logro de los siguientes objetivos:

- 1) Activar al máximo la explotación del petróleo y el gas natural. No hay que olvidar que hemos llegado a cubrir apenas la cuota de abastecimiento de combustible a niveles de consumo reducido. Este consumo va en aumento constante, en la medida en que la industria y la economía familiar incrementan la demanda. Pero el petróleo y el gas no son solamente combustibles. Son materia prima indispensable para el desarrollo de la química pesada, que apenas ha comenzado a expandirse entre nosotros. Necesitaremos millones de metros cúbicos de petróleo y gas para elaborar sintéticos, plásticos, fertilizantes, plaguicidas, y toda la infinita gama de nuevos y revolucionarios productos de la petroquímica.
- 2) Explotar intensivamente los yacimientos de hierro y de carbón, base de una siderurgia que debe proveer al país, los

próximos años, un mínimo de cuatro millones de toneladas de acero y otros productos metalúrgicos. Sin esta base, nuestra industria de máquinas-herramientas y de manufacturas estaría encadenada al estancamiento y al retroceso.

- 3) Explotar el vasto potencial hidráulico, que significa conquistar enormes extensiones de nuevas tierras para la industria agropecuaria y suministrar energía barata para la electro-metalurgia y la industria en general.
- 4) Crear condiciones sociales para el asentamiento en la Patagonia de grandes contingentes de trabajadores y técnicos. Esto plantea el problema del agua, de los caminos, de las comunicaciones marítimas, terrestres y aéreas, de la vivienda y del abastecimiento local de alimentos.

Todos estos objetivos tienen primera prioridad en los planes del Gobierno nacional y de los gobiernos de las provincias sureñas. Estamos acelerando los trabajos de provisión de agua a Comodoro Rivadavia, de habilitación y equipamiento de puertos y aeródromos en todo el litoral patagónico, de construcción de caminos y vivienda. Pero sobre todo, estamos empeñados en la enorme tarea de acelerar la explotación de nuevas áreas petrolíferas y de los yacimientos de Río Turbio y Sierra Grande. Me es grato anticipar que estamos trabajando febrilmente para concretar, dentro de pocas semanas, el extraordinario contrato de la construcción del complejo hidráulico de El Chocón-Cerros Colorados, obra que por sí sola representa convertir a esa región en una de las más ricas y productivas del mundo. Las obras de El Chocón concentrarán en la Patagonia más de la mitad del potencial económico de toda la República.

Quiero expresar mi más profunda confianza de que todo el pueblo de la República y especialmente el pueblo de la Patagonia llevará a feliz término esta vasta obra de transformación que ya hemos iniciado. No abrigo, ni por un instante, el temor de que el pueblo abandone este esfuerzo o le vuelva la espalda. Los pueblos lanzados a conquistar su progreso no retroceden jamás. Los pueblos de las pequeñas provincias del norte argentino han dado recientes pruebas de que luchan por asegurar su porvenir y se han unido para apoyar la obra de

sus gobernantes desoyendo las consignas derrotistas del sectarismo político. Con más razón lo harán los pueblos patagónicos, que palpan a diario la fabulosa transformación que se está operando en su tierra.

Y sobre esto quiero ser concreto, porque no faltan los incrédulos que dicen que el Gobierno hace propaganda sobre proyectos en el aire. Aquí hablo a argentinos que saben que no son proyectos en el aire el incremento de la explotación petrolífera en toda la Patagonia y los nuevos yacimientos puestos en explotación; no es proyecto la nueva destilería de petróleo que se construirá en Comodoro Rivadavia, no es proyecto la planta de elaboración de aluminio cuya radicación está autorizada por un valor de más 40 millones de dólares, no es proyecto el comienzo de la segunda etapa de la explotación intensiva de Sierra Grande, no son proyectos los caminos y aeródromos que se están construyendo y los adelantos técnicos en las líneas aéreas, como el que estamos presenciando con los servicios de los Comet de Aerolíneas Argentinas y, por último, no es proyecto en el aire el gasoducto del sur, obra que significa una inversión del orden de los 300 millones de dólares y para el cual se concretará la semana entrante una operación crediticia respaldada por el Gobierno de Italia.

Creo que en esta rápida enumeración hay más hechos concretos para el desarrollo patagónico que los realizados en toda la historia de esta región a través de sucesivos gobiernos. Los argentinos que me escuchan y que ven con sus ojos estos hechos saben a qué atenerse cuando leen o escuchan las afirmaciones escépticas y negativas que se propalan en algunos círculos políticos.

Repito una vez más que esta lucha del pueblo por labrar su grandeza no es patrimonio exclusivo de un partido político ni del Gobierno. Es una lucha que abarca e interesa a todo el pueblo.

Aquí en la Patagonia viven los pioneros que conquistaron el desierto, que perforaron los primeros pozos de petróleo y de agua, que desafiaron las inclemencias naturales para sembrar la tierra y criar ganado. Aquí viven sus hijos y los inmigrantes que llegaron de otros países a esta tierra de la esperanza. Aquí viven los argentinos que recientemente bajaron de sus cerros andinos y de sus tierras norteñas, para la gran aventura de trabajar en las tierras de la nieve y el viento.

Esta es la Argentina del futuro, la gran Argentina soberana y próspera que está naciendo ante nuestros ojos.

No abandonemos la epopeya. Sigamos trabajando unidos, por encima de nuestras legítimas diferencias ideológicas y políticas, por asegurar nuestro bienestar y el progreso de la patria.

Como presidente de todos los argentinos, expreso mi emocionada fe en el porvenir inmenso de estas tierras y digo a sus esforzados pobladores que la República entera los contempla y admira. Porque ellos están haciendo otra Argentina para todos los argentinos.

El plan nacional de energía

*Discurso pronunciado desde la usina
en construcción en Dock Sud,
el 14 de marzo de 1962*

El atraso que registra nuestro país en materia de energía es la demostración más palmaria de los errores sistemáticos que se han venido cometiendo durante muchos años. Nuestro gobierno, por el contrario, encaró el problema con criterio realista y en auténtica defensa del interés nacional.

Habíamos desarrollado una industria liviana que carecía de bases internas de sustentación. Dependía casi enteramente del abastecimiento externo de combustible y materias primas. La energía eléctrica, fundamentalmente de origen térmico, dependía de la importación de petróleo en crecientes cantidades. El estancamiento de nuestras exportaciones y el agotamiento de las divisas extranjeras acumuladas durante la guerra e invertidas en adquisiciones de las que podíamos prescindir, habían reducido nuestra capacidad de importar estos combustibles.

Estábamos expuestos a plazo fijo al colapso de nuestra economía. Además, una larga serie de pleitos con las empresas prestatarias del servicio eléctrico habían paralizado la modernización y ampliación de sus plantas generadoras. Así llegamos a la deplorable situación de falta de energía eléctrica que todo el pueblo sufre, desde el industrial hasta el ama de casa. Fábricas y talleres obligados a racionar su consumo de energía, ciudades a oscuras, cortes de corriente, deficiencias inauditas en la provisión de agua potable y hasta el funcionamiento de clínicas y hospitales amenazado por falta de energía, eran el cuadro de esta dramática falla estructural de nuestra economía.

Comprendimos de inmediato la gravedad del problema y su relación decisiva con todo el complejo sistema de la reestructuración económica de la Nación.

Así, libramos la batalla de petróleo y la explotación de los yacimientos de carbón, para producir en el país lo que ya no podíamos seguir importando. En el mismo sentido, dimos rápida terminación a pleitos engorrosos con las compañías extranjeras concesionarias, y, por esta vía, obtuvimos la pronta y eficiente repuesta que esperábamos: en las antiguas usinas de SEGBA, en la Compañía Ítalo y en Dock Sud –para dar solamente tres ejemplos– se están invirtiendo miles de millones de pesos para la ampliación de las distintas plantas en todo el país. Ya hemos inaugurado y puesto en ejecución un grupo generador eléctrico de 140.000 kilovatios de potencia en la usina de Puerto Nuevo de SEGBA, y entre los meses de mayo y junio de este año instalaremos en la zona del Gran Buenos Aires, actualmente servida por SEGBA, cinco turbinas de gas de 10.000 kilovatios cada una, a fin de aliviar el déficit que pudiera existir para esa fecha, todo lo cual, significa un aumento del 20% de la potencia instalada, que era en mayo de 1958 de 1.100.000 kilovatios, incluyendo el potencial de San Nicolás.

Es importante destacar que para la concreción de nuestros propósitos, hemos recibido el fundamental apoyo de instituciones internacionales de crédito, como el Eximbank y el Banco Mundial. Concretamente, el préstamo concedido por el Eximbank para invertir en un nuevo grupo generador eléctrico en SEGBA, es del orden de los 13,2 millones de dólares, que significa un incremento de potencia de 194.000 kilovatios. Este grupo se halla en plena construcción y se piensa habilitarlo en un plazo menor de dos años. Para la Central Buenos Aires, desde donde estamos hablando, el Banco Mundial otorgó un crédito de 95 millones de dólares a pagar en veinticinco años, con mínimo interés. Esto posibilitará un aumento de potencia del orden de los 600.000 kilovatios, cuya habilitación total se producirá en 1964.

A todo esto debemos agregar la inversión de 80 millones de dólares que la empresa Ítalo realizará con el objeto de ampliar su propia potencia en más de 250.000 kilovatios.

Como primer paso de ese plan se encuentra en marcha actualmente la construcción de un generador que produzca 110.000 kilovatios antes de cumplirse un año y medio de la fecha.

Paralelamente a este vigoroso impulso dado a nuestra capacidad energética para aumentar la potencia instalada, se adoptaron las medidas financieras necesarias para ampliar las redes de distribución. Esta obra complementaria reviste singular importancia, pues por cada peso que se invierte en instalar potencia, se necesita por lo menos una cantidad igual para las redes de distribución a fin de que el usuario pueda recibir directamente los beneficios derivados del incremento obtenido.

Todo este esfuerzo implica estar aumentando el potencial eléctrico del Gran Buenos Aires en una cifra aproximada al millón de kilovatios, lo que significa llegar a duplicar la potencia instalada, hasta mayo de 1958, fecha en que asumimos el gobierno.

Pero la solución integrada del problema, en términos del desarrollo pleno de nuestra industria, de electrificación masiva del campo y de la habilitación de nuevas y extensas áreas de cultivo, la dará el plan de energía hidroeléctrica, que constituye uno de los pilares del programa nacional de desarrollo económico. En este sentido, la construcción del complejo El Chocón-Cerros Colorados constituye la preocupación inmediata de nuestro gobierno.

En esta materia esencial del abastecimiento energético estamos procediendo con el criterio que nos permitió lograr en tres años el autoabastecimiento petrolífero. El criterio es bien simple: aplicar en este sector todos los recursos nacionales y extranjeros que sean capaces de financiar las cuantiosas inversiones que demanda la construcción de plantas modernas y de gran capacidad. Para ello hay que abandonar el erróneo concepto que consiste en no hacer nada si el Estado no puede hacerlo todo y el repudiar al capital extranjero, aunque lo necesitamos para explotar nuestros propios recursos naturales y liberarnos de la dependencia exterior y del atraso crónico.

Servimos al interés nacional y al interés de nuestro pueblo cuando sacamos el petróleo del subsuelo y cuando ampliamos nuestro potencial eléctrico. La soberanía económica de los pueblos no se mide

en discursos ni proclamas retóricas. Se mide en el índice de energía por habitante de que dispone la Nación. El bienestar del pueblo no se logra declamando la soberanía. Se logra creando las bases del desarrollo autónomo de la industria argentina. Se logra haciendo que las fábricas y talleres no trabajen a horario reducido por falta de energía, sino las veinticuatro horas del día. Esto significa más demanda de brazos, ocupación plena y mejores salarios. Al obrero solo se lo puede explotar cuando hay más brazos que trabajo. Cuando hay más trabajo que brazos, es el obrero el que fija el precio de su esfuerzo. Cuando hay más oferta de brazos que de trabajo, es el patrón el que fija el salario.

Si algún mérito reclama nuestro gobierno ante el pueblo, es que actúa guiado por esta simple matemática de las leyes económicas y que no pierde tiempo discutiendo hipótesis utópicas. Trabajamos con la realidad que encontramos, no con la quimera que soñamos. Y así estamos reconstruyendo, con el esfuerzo de todo el pueblo, una nación próspera, donde abunde la oportunidad de trabajar, de progresar en la medida en que el país progresa.

